

Luis Galdames

La Juventud de Vicuña Mackenna

SUMARIO

I. LA OBRA Y EL HOMBRE.—II. LA HERENCIA Y EL AMBIENTE.—III. LAS PRIMERAS HOJAS.—IV. SENTIMENTALIDAD.—V. LA INICIACIÓN POLÍTICA.—VI. EL LIBERALISMO ROMÁNTICO.—VII. LA CAMPAÑA DEL GUERRILLERO.—VIII. EL VIAJE A NORTE AMÉRICA.—IX. LA IMPRESIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS.—X. EN FRANCIA E INGLATERRA.—XI. LA IRLANDA Y LOS MACKENNA.—XII. EL JUICIO SOBRE LOS INGLESES.—XIII. A TRAVÉS DE ITALIA Y EUROPA CENTRAL.—XIV. LAS PERSPECTIVAS DE LA PATRIA.—XV. NOTAS SOBRE EL BRASIL Y LA ARGENTINA.—XVI. LAS «PÁGINAS» DEL DIARIO DE VIAJES.—XVII. LA LABOR SOCIAL DE REGRESO.—XVIII. «EL OSTRACISMO DE LOS CARRERAS».—XIX. LA POLÍTICA DE 1857.—XX. «LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE».—XXI. EL REFORMISTA EN LA CÁRCEL.—XXII. LA ODISEA DEL PROSCRITO.—XXIII. LA RESIDENCIA EN EL PERÚ.—XXIV. «EL OSTRACISMO DE O'HIGGINS».—XXV. LA SOMBRA DE RODRÍGUEZ ALDEA.—XXVI. LA SILUETA DE IRISARRI.—XXVII. LA BIBLIOTECA AMERICANA.—XXVIII. EL POEMA DE AMOR Y DOLOR.—XXIX. LOS TREINTA AÑOS.—XXX. «LA GLORIA POR LA GLORIA».

La Juventud de Vicuña Mackenna

SUMARIO

- I. LA OBRERA Y EL HOMBRE.—II. LA DIFERENCIA Y EL AVANCE.—III. LAS PRIMERAS NOTAS.—IV. SENTIMENTALISMO.—V. LA INICIACIÓN POLÍTICA.—VI. EL LIBERALISMO.—VII. LA CAMPAÑA DEL GUERRILLERO.—VIII. EL VIAJE A NOROCCIDENTE.—IX. LA DEPRESIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS.—X. EN FRANCIA E INGLATERRA.—XI. LA IRLANDA Y LOS MACKENNA.—XII. EL JUICIO SOBRE LOS INGLESES.—XIII. A TRAVÉS DE ITALIA Y EUROPA CENTRAL.—XIV. LAS PERSPECTIVAS DE LA PATRIA.—XV. NOTAS SOBRE EL BRASIL Y LA ARGENTINA.—XVI. LAS «PÁGINAS» DEL DIARIO DE VIAJES.—XVII. LA LABOR SOCIAL DE REGRESO.—XVIII. EL OSTRACISMO DE LOS CARRETEROS.—XIX. LA POLÍTICA DE 1857.—XX. LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE.—XXI. EL RECONQUISTA DE LA OBRERA.—XXII. LA OBRERA DEL PROSCRITO.—XXIII. LA RESIDENCIA EN EL PERÚ.—XXIV. EL OSTRACISMO DE O'HIGGINS.—XXV. LA SOMBRERA DE RÓDOLFO.—XXVI. LA SIESTA DE IRISARKO.—XXVII. LA BIBLIOTECA AMERICANA.—XXVIII. EL TORMENTO DE LA OBRERA.—XXIX. LOS TREINTA AÑOS.—XXX. LA GLORIA POR LA GLORIA.



LA OBRA Y EL HOMBRE

La personalidad que va a ocuparnos se perfila ante nosotros con una nitidez fascinadora. Extinguida ya cerca de medio siglo,—en 1886,—sus luchas de agitador y de político, sus creaciones de intendente, sus prédicas de bien público, sus innumerables columnas de prensa, sus biografías e historias, y hasta algunas de sus frases y actitudes se conservan todavía, en la generación actual, mejor apreciadas tal vez de lo que pudieron serlo por los contemporáneos; y con la ventaja de que ya al hombre no se le discute ni denuesta; al contrario, se le elogia y admira. Tal reconocimiento no ha demorado tanto como suele ocurrir al común de las mentalidades superiores. Desde hace muchos años, el nombre de Vicuña Mackenna está perpetuado en monumentos, plazas y avenidas de Santiago y de otras ciudades; es representativo, popular y amado; tiene amplio sitio en las letras nacionales; y hay quienes visitan periódicamente la tumba que guarda sus restos, en peregrinación de gratitud y civismo.

Sobrada razón existe para ese culto a su memoria. Batallador incansable,—desde la adolescencia y mientras tuvo aliento,—por la reforma político-social y la expansión económica de la república, se identificó a su pueblo y a su raza, glorificó a sus próceres en páginas dignas de ellos, compartió los pesares y anhelos de la muchedumbre, reclamó a toda hora sus derechos, exaltó sus cualidades,—tanto en la paz como en la guerra,—y manifestó siempre inquebrantable fe

en su porvenir. Por eso, cuando le recordamos o leemos, surge ante nosotros un Vicuña Mackenna romanesco que nos envuelve en una onda cálida de dinamismo patriótico y viril, a la vez que de gentileza y arte; onda cálida que impulsó su vida hacia un torbellino de inquietud y acción.

Cuanto en el país podía ser un hombre de sus extraordinarias facultades, todo lo fué: conspirador y revolucionario, guerrillero y diarista, organizador de instituciones de cultura y progreso social, historiador y político, parlamentario y diplomático, reformador y funcionario, polemista y conductor de masas en horas de expectación suprema; todo, a excepción de ministro de Estado... Nunca, en efecto, se le llamó a participar en el gobierno de la república, aunque más de una vez encabezara formidables pronunciamientos de opinión. Batalló siempre desde abajo, caballero en su imaginación creadora, reclutando para sus ideales de libertad y justicia, de bienestar común y de grandeza patria, las huestes dispersas que lo aclamaban y seguían sin lograr nunca exaltarlo al poder. Y así treinta y cinco años, casi desde niño, hasta sucumbir al peso del trabajo en la plenitud de la inteligencia y el vigor.

Pero no agotó sus horas sin provecho para la vida pública y para las letras chilenas. Iniciativas de aliento, orientaciones saludables, puntos de vista luminosos, escritos de belleza sorprendente, aportes valiosísimos arrojados al cauce de nuestra cultura espiritual y material le sobreviven y son todavía los lauros de su gloria. La obra que alcanzó a realizar es tan múltiple y vasta que difícilmente admite una superación y mucho menos una clasificación rigurosa. Porque Vicuña Mackenna fué simultáneamente hombre de acción y pensamiento. Ejecutaba y escribía. Preocupado durante la lucha de ejemplarizar o de vindicarse, cuanto ejecutó lo escribió. Y es tal la variedad de oportunidades en sus actuaciones, lo mismo que la multitud de matices en sus ideas, que sólo siguiendo paso a paso el curso primero de su vida,—el curso superior de las grandes corrientes,—es posible descubrir la riqueza de aquella organización mental hecha de selecciones ancestrales y la fuerza de aquel carácter que no conoció el reposo ni el silencio.

Naturaleza apasionada y vehemente, era sin embargo constante en sus resoluciones y leal a los principios que lo dirigían. Desparramado en trabajos de distinto género, parecía llevarlos de frente todos a la vez; y así salían de su pluma estudios agrícolas o mineros, bosquejos biográficos, libros históricos, artículos de actualidad o literatura, como de su boca discursos académicos o parlamentarios. Aquella máquina de tantos resortes producía a voluntad lo que las circunstancias le exigían o sus predilecciones reclamaban; y aunque la prontitud era su recomendación sobresaliente, fácil es presumir que no podía ser la mejor de sus cualidades. A pesar de eso, cualquier escrito suyo, hasta sus cartas familiares,—y a veces éstas con mayor razón,—llevan el sello inconfundible de su estilo: claridad y sencillez en el relato, viveza y fuerza en la expresión; a menudo también, cierta ironía retozona que, cuando menos se espera, hace asomar una sonrisa. Desde los primeros tanteos aparece esta última característica de su estilo. Así, anotando en su *Diario Intimo* las felicitaciones que le envió un alto personaje del ejército, por su ensayo moceril sobre *El Sitio de Chillán*, afirma que aprecia mucho esos elogios, «porque los soldados no saben mentir... sino cuando refieren sus campañas». Todos los volúmenes,—que pasaron de ciento,—y los artículos,—que pasaron de mil,—publicados por Vicuña Mackenna, ostentan la unidad de ese estilo que los hace atrayentes sin fatiga y les proporciona vida propia. Es la gracia y la sal de su ingenio.

Se le ha reprochado que escribiese tan de ligera, lo que, junto con cierta superficialidad y exageración en los juicios, es causa de numerosas fallas de lenguaje que salpican sus producciones, aun las de la edad madura. Y el cargo es efectivo. Andrés Bello mismo lamentaba que un hombre de sus talentos descuidase tanto la gramática. Pero la mayor parte de esas fallas, a fuer de notoria, es susceptible de remediarse en ediciones nuevas que se hagan con algún esmero. Los impresores de sus libros no aparecen tampoco exentos de responsabilidad en los dislates. Como quiera que sea, subsiste y poco pierde la magia arrobadora de la expresión que da a esas páginas singular encanto. Aspiraba a ser leído y comprendido; y ade-

más de eso, era admirado. Bien podía permitirse hacer rabiar a los puristas.

No es solamente el estilo lo que contribuye a aquilatar su obra y a dotarla de una relativa unidad. También son los propósitos y las ideas. De cada una de sus publicaciones trasciende un anhelo insaciable de justicia y verdad; de justicia póstuma para los que se han sacrificado por el bien común, para los que han sido capaces de sostener grandes causas y entregar a ellas sus vidas; de verdad, para restablecer el mérito de sus acciones y apreciarlas con conocimiento y razón. Eso es para él, si no toda la historia, a lo menos su enseñanza más útil. Pero, en su sentir, el anhelo de justicia y verdad no debe ser sólo un privilegio del pasado, sino además un deber del presente. Y entonces lo concreta de preferencia en el hombre del pueblo, en cuantos sufren y han menester de ayuda, en quien quiera que esté humillado u oprimido por las circunstancias o por sus semejantes. Para los infortunados que han hambre y sed, la Iglesia reserva el reino de los cielos; él querría también concederles el reino de la tierra. Ama entrañablemente al desheredado y al humilde, mucho más que al poderoso y opulento; y sobre todo, cuando el desheredado o el humilde pertenece a la raza de su pueblo. Hay en la obra total de Vicuña Mackenna una inspiración cristiana de sereno altruísmo, que toca en los lindes del humanitarismo sistemático; actitud espiritual profundamente socializada, sin ser por eso socialista. Sus preocupaciones del porvenir económico del país, de la agricultura, de la minería, de la industria, de la inmigración, de la educación pública, de la salubridad, de la urbanización,—de todo lo cual dan fe sus libros y su labor de prensa,—no se encaminaron sino al bienestar de las multitudes y al levantamiento del nivel moral de sus conciudadanos.

Por rango y por familia, ya que no por fortuna, pertenecía a la aristocracia de cepa colonial; sin embargo, fué siempre un demócrata, despreocupado de los intereses y de las preveniciones de su estirpe. Comprendía bien que la república debía descansar sobre la dignificación del bajo pueblo, que eso resumía el problema social de su época y que eso mismo llegaría a ser la gran causa del porvenir. No le importaba que las gentes

de su clase lo tuviesen por un descastado y lo trataran como tal, negándole la opción a ascender las gradas superiores del gobierno. Su conciencia cívica bastaba para sustentarlo y para conducirlo a la acción. En ningún momento se quebró en sus labios ni en su pluma esta idealidad que era su fuerza y que con los años sería su aureola, aunque le acarrease ingratos sinsabores.

Y hay más que eso en su obra total: una aspiración inextinguible de libertad civil y política, que siempre tendió a romper todos los diques del autoritarismo y todas las redes de la arbitrariedad, por cuanto medio halló a su alcance, desde la conspiración y la revuelta hasta el libro, el diario y la tribuna. Ya en la mitad del siglo pasado, en tiempos en que surgía la primera generación republicana bajo un régimen que apenas se diferenciaba del despotismo colonial,—porque la evolución era lenta,—él se hizo paladín de esa libertad que sólo acariaban unos pocos caracteres escogidos; y lealmente, consecuentemente, la reclamó sin cesar hasta los últimos años de su vida, que fueron también los de su desengaño; porque veía que la abandonaban muchos de los mismos que con él la habían defendido en horas de peligrosas complicidades.

Así se acaba de explicar el que nunca llegase al poder. Carecía de flexibilidad; no pactaba con la hipocresía; la sinceridad fué siempre su escudo; y era pobre, y altivo en su pobreza. Pero así se explica, además, por qué sus ímpetus le han sobrevivido y por qué la posteridad ha conservado su nombre sin mácula alguna. A lo largo de toda su actuación fué un patriota; y no quiso o no pudo ser más. En el país de la gravedad y la cautela, de la discreción y la cordura, donde la inopia mental se disfraza bajo un silencio huraño o una sonrisa de buen tono, él aparecía como un raro en tal medio, un espontáneo gozoso y expansivo, agudo en la crítica, irrespetuoso a veces, pero franco sin rudeza ni provocación; y más que todo, independiente y abnegado, poseído del afán de servir los intereses públicos por encima de los convencionalismos en boga y hasta de la maledicencia que hince el diente en cuantos superan el nivel de la mediocridad.

Su patriotismo tenía los más altos quilates y podía, sin nin-

guna mengua, dejarse ver a plena luz. En las horas de exaltación colectiva, también fué exaltado, porque necesitaba ponerse a tono con el momento para vibrar con la muchedumbre e impulsarla. Aquello fué principalmente en los días supremos de las guerras de España y del Pacífico. ¡Cuánta fibra entonces de épico entusiasmo! Pero en las horas normales, nada de esa patriotería cómoda y barata que emplean para su equilibrio los malabaristas del poder. Para acreditar sus sentimientos le bastaba con la actitud expectante frente a los más serios problemas del día. No disimulaba, eso sí, la conciencia de su propio valer y no habría de buscar artificios para el halago de la envidia, la necedad o la incomprensión. Allá ellas y ellos, sus devotos. Por sobre todo, su independencia espiritual. Lucía su penacho de rebelde; y lo era, pero siempre en tensión hacia un bien.

Una idealidad no exenta de realismo,—como cumple a un hombre que convive con el presente y el pasado,—inspirada en un concepto positivo de los deberes de la ciudadanía, guiaba su pluma, su palabra y sus actos. No era cuestión de estar pendientes de lo que se nos veda, que eso todos lo sabemos, sino de lo que se debía y se podía hacer por el país. Y en este sentido, la unidad de su vasta labor, no obstante la multiplicidad de sus aspectos, tiene mucho de transparente y hondo. La vida moderna es de por sí complejísima; y no busquemos en el estadista o el político una simplicidad imposible. Contentémonos con hallar siquiera la línea directiva de su acción, que es la idealidad de la cual parten los impulsos realizadores. Vicuña Mackenna se mostró capaz de sostener esa línea desde su juventud y la conservó hasta el fin de sus días.

En el seno del hogar y en el círculo más inmediato de sus relaciones, se rendía fervoroso culto a aquel liberalismo que cristalizó en la Constitución de 1828 y que guardaba la inspiración más renovadora de 1810. Se ansiaba sacudir de la sociedad y la política el encogimiento de la antigua colonia,—pobre, quieta, pacata e ignorante,—europeizar el país, para incorporarlo de lleno en la más avanzada civilización; y redimir la masa del pueblo de la servidumbre y la miseria, para hacerla partícipe del gobierno y de los beneficios de la república. Vi-

cuña Mackenna se empapó desde su niñez en ese espíritu; pronto las lecturas y meditaciones sobre la revolución francesa y las mezquindades del despotismo, hicieron su obra de convencimiento; y ya en los albores de la adolescencia la flor del ideal cuajó en fruto. Más tarde, sus viajes por América y Europa, la observación de tantos pueblos de superior cultura y las experiencias allí recogidas, no hicieron sino confirmarlo en los puntos de vista iniciales y robustecer sus convicciones. De ese modo, frisaba apenas la edad adulta con una mentalidad plenamente desenvuelta y el ánimo celta-ibero heredado de sus mayores le proporcionaba el necesario impulso. Sería, pues, un civilizador y un filántropo, puesto al servicio de la regeneración social y política de su pueblo por cuanto medio tuviese a su alcance, desde el estado llano o desde el poder, como las circunstancias dispusieran. He ahí su misión; y he ahí también el significado de su obra. Antes y después de él, y a un tiempo con él mismo, muchos otros han servido en Chile ese elevado ideal; algunos seguramente con más éxito; pero nadie con más brillo y constancia, y muy pocos con igual conciencia y sacrificio.

La misión liberatriz que se impuso no comprendía solamente a su puebló; rebalsó las fronteras; fué mucho más vasta. Al iniciarse el movimiento emancipador de principios del siglo XIX, hubo en la mayor parte de las antiguas colonias hombres que sostuvieron la aspiración a la unidad política de todas ellas, como consecuencia del sincronismo de su desarrollo y de la sacudida revolucionaria que se había producido simultáneamente en todas también. Juan Egaña y Martínez de Rozas fueron en Chile los expositores de tal aspiración. Bolívar la sustentó a su vez y pretendió consagrarla con el aletazo del genio. Sus designios no lograron realizarse, pero la idea continuó brillando como estrella lejana. Vicuña Mackenna se embriagó en su luz; y de igual modo que en las exaltaciones reformistas se sentía solidario de la generación emancipadora, también desde muy joven se hizo el propagandista del hispano-americanismo; luchó por él en compañía de todo un partido; acumuló antecedentes y razonamientos; publicó libros para propiciarlo; y fué tan adepto de la Confederación Hispano-

Americana, nunca nacida, como lo era del nacionalismo en cuanto cosa afectase a su propio país. Los prohombres de 1810 se habían dicho ciudadanos de la Hispano-América, dentro de la comunión de la república. El nuevo líder gustaba llamarse como ellos, sin perjuicio de ser un ciudadano de Chile, pleno de fe en la libertad.

Muy de temer hubiera sido que idealidad tan arraigada trajese consigo una exuberancia de acción, algo como una potencialidad disipada, a la manera de esos árboles que en fuerza de su crecimiento y de sus ramificaciones demasiado extendidas agotan casi la savia productora. Un falso criterio acerca de la oportunidad y un sentido no menos falso de las proporciones, son frecuentes en temperamentos de esa naturaleza, lo cual concluye por esterilizar sus iniciativas y por abatir sus más nobles anhelos. Tal sucedió con Francisco Bilbao, alma tan bien puesta como la de Vicuña Mackenna,—unidas también en horas de peligro y de lucha,—pero que carecía del lastre suficiente para ajustar sus impulsos a la realidad en que actuaba. Resultado, una llamarada en el horizonte de su tiempo; y después, un puñado de gloria y olvido. Vicuña Mackenna, al contrario, se disciplinó tempranamente en el realismo histórico. No se limitó a enfrentar la visión de sus sueños redentores; miró a su alrededor y hacia atrás, seguro de que el presente es hijo del pasado y entraña el porvenir. Así corrigió su idealismo con el contrapeso de la realidad,—lógica inexorable de los hechos,—y pudo ser a la vez historiador verídico y estadista práctico. Con propiedad se ha dicho de él que pensaba históricamente. Es cierto que puso pasión y énfasis en las evocaciones de discutidas personalidades; pero eso anima y colora sus cuadros y al fin no es más que un signo de sensibilidad. Que como estadista no llegara al poder, tampoco dice nada contra sus intenciones y su acción de prensa y de tribuna. La opinión es la atmósfera de los gobiernos; y quienes contribuyen a formarla, marcando el rumbo y explorando el camino, son en rigor tan estadistas como los que resuelven y mandan.

Todavía otro vínculo lo ataba a la realidad circundante. Fué su credo religioso. El había nacido en un hogar católico

y la tradición de su doble stirpe hispano-irlandesa no admitía pensar en rebeliones contra el dogma. Vivió, pues, dentro de la comunidad de la Iglesia, como creyente sincero, aunque no como fiel observante. Eso no le impedía, sin embargo, juzgar con severidad instituciones que, como el tribunal del Santo Oficio, habían atenazado las inteligencias y arrojado a las llamas las ideas. Tampoco le impedía eso aceptar la laicización de las instituciones jurídicas y promover la educación del Estado. Además, su respeto por la religión no se extendía sin reservas al clero. Dicho de una vez, era un católico liberal, tolerante y discreto, contrario a todo fanatismo y a toda exclusividad compulsiva en el fuero de la conciencia. Si creer es una fuerza vitalizadora, él sumó esta fuerza a las que tanto realzaban su espíritu; y con auxilio de ella sostuvo la fecunda jornada de su vida.

Resalta así, en la obra múltiple de Vicuña Mackenna, cierta unidad de pensamiento que propende a la cohesión de la sociedad republicana mediante el culto de sus héroes y el recuerdo de sus tradiciones; al afianzamiento del Estado sobre bases de libertad y justicia, iguales para todos; a la reforma de las costumbres y de la moral ambiente, por la adopción de nuevos hábitos y por la salubridad y el ornato del hogar común que es la ciudad; y en fin, al bienestar colectivo, con el fomento sistemático de la riqueza y la cultura. Del crecimiento de estas dos agencias socializadoras dependían fundamentalmente la prosperidad y el poder de la nación. En torno a esas ideas giró siempre, tanto en el diario y en el libro como en el congreso, en el comicio y en la administración pública, donde quiera que pudo actuar y ser oído.

Ese programa, expuesto en palabras tan escuetas, nos parecería ahora simple y vulgar; pero si paramos mientes en los problemas que cada uno de sus puntos suscita, al tratarse de la realización, y en las soluciones diversas que en todos ellos caben, nos persuadiremos de que tal síntesis no ha perdido aún su actualidad. Cuando él habla de ferrocarriles, de canalización de ríos y de irrigación artificial; cuando traza planes de urbanismo, y distribuye parques, paseos, plazas y avenidas; cuando condena el juego de azar como el vicio más ruinoso,

presente y pretérito, en nuestro país; cuando insiste en la necesidad de adoptar una política mercantil para la venta del producto agrícola en el exterior y una política de protección para la industria nacional, contra el sistema de libre cambio profesado en Chile por Courcelle-Seneuil como una verdad inamovible; cuando patrocina la difusión de la enseñanza en las clases sociales inferiores y la reforma de las ramas que le siguen en grado para su mayor eficiencia; cuando afronta esos y cien problemas más de notorio interés público, no parece que escribiera para sus días solamente, porque aún nos ocupamos con los mismos problemas y no se ve la esperanza de que lleguemos a un acuerdo ni de que en la práctica resolvamos, respecto a cada uno, algo definitivo y estable.

Con razón se ha dicho que sería incompleto el conocimiento histórico de nuestra sociedad, desde los promedios del siglo pasado, sin la lectura de Vicuña Mackenna, en cuyas obras se refleja el ambiente en que se desarrollaron sus principales actuaciones. Y es porque él se identificó con su tiempo y se hizo representativo de cuanta noble aspiración se manifestó en el país. Por eso también se le cuenta entre los escritores más genuinamente chilenos. Sin embargo, no se le lee hoy lo bastante y varios de sus mejores libros están semi-olvidados. Sensible. Pero guardamos de él una impresión de conjunto, grata al patriotismo y a las corazonadas populares; es a nuestros ojos un campeón de memorables gestas cívicas y una columna de la historiografía americana; y a fé que esos conceptos valen por sí solos un significativo homenaje que ojalá perdure en las generaciones (a).

(a) Ningún publicista chileno ha sido objeto de mayor número de semblanzas biográficas y críticas que Vicuña Mackenna y ninguno tampoco más asequible a estudios de esta especie, por la extraordinaria subjetividad de sus escritos, rayana a veces en cierta megalomanía. Las confidencias y los diarios íntimos que redactó cuidadosamente para su propia satisfacción, en diversas circunstancias, hasta por largos años, y que en gran parte se han publicado después; sus defensas contra los ataques de que por varios motivos fué víctima, defensas en las cuales se vió obligado a rectificar hechos que se referían a sus actuaciones y se creyó en la necesidad de hacer mérito de sus servicios; los manifiestos, cartas, memorias y libros destinados a dar cuenta de sus actos como funcionario o como político; sus mismas obras de historia contemporánea, en las que ocupan buen espacio los recuerdos personales; y en fin, sus crónicas de viajes, reconocimientos y excursiones, junto con su correspondencia y una porción de folletos y artículos; todo eso proporciona copiosísimas fuentes de índole auto-biográfica para reconstituir su pasado hasta en los

Por nuestra parte, al asociarnos a la conmemoración del centenario de su nacimiento, no queremos analizar toda su vida de luchador y publicista. Ya otros se han ocupado de ella en amplios y meritorios libros; revisarla otra vez, con el criterio que vamos a ensayar, nos llevaría demasiado lejos. Nos concretaremos, en consecuencia, a poner en relieve los rasgos culminantes de su formación mental, de su acción política y de su obra literaria e histórica hasta la etapa viril de los treinta años, límite que generalmente se concede a la plasticidad natural del espíritu. Más allá de ese límite se descubre con frecuencia la madurez o la estabilidad en las ideas conductoras y seguimos la senda ya trazada delante de los mismos horizontes. La fecundación de la mente se operaría dentro de esa edad y en tal hecho se funda el interés que despierta la juventud de los hombres selectos. En la ejecución de nuestro propósito reproduciremos a menudo las propias palabras del biografiado, ya con referencia a sí mismo, ya sobre temas de su predilección. Así llegarán hasta nosotros las generosas vibraciones que parece se hubiera empeñado en transmitir. Evocando con fidelidad los motivos de sus luchas, nos dispondremos a apreciar mejor una vida cuyas vicisitudes le imprimieron carácter y una obra de la cual se diría que fué batida en bronce, porque aún conserva el temple con que se la fundió.

Intentaremos, además, sugerir alguno de los deberes que a la juventud de pensamiento incumben, dentro de un país nuevo, todavía en plena evolución. El ejemplo de esta vida, tan tempranamente entregada a los azares de su época, puede muy bien ser un estímulo para las almas fuertes que recién se abren a la idealidad. La precocísima y a la vez honrada preocupación de los intereses públicos, que fué el sello distintivo de aquel carácter, no es un fenómeno singu-

menores detalles. De más está decir que hemos tenido a la vista la casi totalidad de esos elementos, en cuanto se relaciona con el período que este trabajo comprende, como lo iremos anotando en su oportunidad; pero a quien quiera obtener informaciones más minuciosas, nos es grato recomendarle la prolija y completa obra de RICARDO DONOSO, *Don Benjamín Vicuña Mackenna; su vida, sus escritos y su tiempo; 1831-1886*. (Santiago, Imprenta Universitaria, 1925), 1 vol. 661 pp. La bibliografía vicuñista, inserta al final del libro, es lo más acabado que se haya hecho hasta hoy.—Consúltese, además, la bibliografía especial de libros, folletos y hojas sueltas, escrita por GUILLERMO FELIU CRUZ, que se publica a continuación de estas mismas páginas.

lar: al contrario, es la manifestación casi siempre inequívoca de los superiores. La naturaleza parece querer ostentarse en ellos apresuradamente, en una como eclosión incontenible. Brillan con luz propia desde el amanecer. Una quimera les señala el futuro y los subyuga a la visión lejana; preside siempre sus meditaciones; con ella y por ella actúan; con ella y por ella mueren; y ella les sobrevive velando su sueño... La historia suele decir después que estos hombres, dados desde niños a una noble quimera, fueron eficientes valores sociales.

II

LA HERENCIA Y EL AMBIENTE

Hay todavía un misterio en las leyes que rigen la herencia. El caso de Benjamín Vicuña Mackenna merece a este respecto observarse, siquiera a título de dato o hecho singular. Nació en Santiago, en el seno de un hogar distinguido y de apergamínados abolengos, el 25 de agosto de 1831. Su padre, Pedro Félix Vicuña Aguirre, era hijo a su vez de Francisco Ramón Vicuña Larraín, quien procedía de nobles ascendientes con casa y escudo de armas en la península ibérica. Y es coincidencia curiosa que tanto la familia Vicuña como la familia Larraín, asentadas en Chile durante el siglo XVIII, descendieran de progenitores venidos de la misma villa de Aranaz, en Navarra. Sus entroncamientos las vincularon en Chile con las familias del mejor linaje; y llegaron a tener, en las últimas décadas de la colonia y en las primeras de la república, considerable influencia social y política. Su profesión era el comercio (b).

Francisco Ramón Vicuña, el abuelo paterno de nuestro historiador, fué un acaudalado hombre de negocios, que actuó en el bando patriota desde los primeros días de la independencia e hizo durante veinte años una vida pública expectable. Figuró como diputado del primer congreso nacional en 1811 y dirigió los debates de la asamblea que dió al país la Constitución de

(b) Cons. JOSE T. MEDINA, *Diccionario Biográfico Colonial de Chile*. (Santiago, 1906) y D. AMUNATEGUI SOLAR, *Mayorazgos y Títulos de Castilla*. (Santiago, 1901-4), 3 vols. t. II, Cap. VII.

1828. Presidente accidental de la república en 1829, se sintió afectado por una asonada popular y abandonó el poder de manera poco decorosa para su posición y su prestigio. Pero era un hombre de honradas intenciones y de bondadoso carácter. De su matrimonio con doña Mariana Aguirre, hija del marqués de Montepío, nació Pedro Félix Vicuña, el cual a su vez casó con doña Carmen Mackenna Vicuña, su prima. De este último matrimonio fué uno de los frutos Benjamín. Doña Carmen Mackenna era hija del general Juan Mackenna, osado irlandés que ilustró su nombre combatiendo por la causa de Chile durante los primeros años de la emancipación y que también procedía de noble estirpe en su tierra natal. Así se combinaban en nuestro historiador dos corrientes de sangre europea, filtradas bajo el cielo americano a través de varias generaciones.

Pero hay más. Pedro Félix Vicuña Aguirre fué un ciudadano de relevantes méritos. Nacido en 1805, a los veintiún años fundaba en Valparaíso el primer periódico que tuvo el puerto, con el título de *Telégrafo Mercantil y Político*. Al año siguiente contribuía a fundar allí mismo *El Mercurio* y sentaba plaza entre sus redactores; creación que le sobrevive hasta ahora con todo el realce de las vitalidades centenarias. Desde el tiempo de aquellas iniciativas, Vicuña Aguirre se consagró al periodismo y la política, a la par que a sus negocios de agricultura y minería. Publicó varios periódicos de circunstancias, fué miembro de distintos congresos y tuvo actuaciones destacadas en días difíciles y tormentosos, como revolucionario y caudillo. Su participación en la vida pública no terminó sino con la muerte, en 1874.

Era un hombre de acción y de ideas; y a la vez, de sentimientos filantrópicos. Liberal de recio cuño, mantuvo siempre inalterable la tradición de los pipiolo de 1828, cuya suerte desgraciada arrojó durante largos años, sin que se quebrantara su fe en el triunfo final de esta ideología política. Aparte de sus colaboraciones de prensa, dió a luz en aquellos tiempos varios opúsculos sobre temas de interés general y hasta un bosquejo filosófico sobre *El Porvenir del Hombre* (1858). Lo más que en abono de esas publicaciones pudiera hoy decirse

es que ellas son el reflejo de una inteligencia cultivada y de un carácter dotado de inalterable valor cívico para expresar con franqueza sus convicciones, aun a riesgo de provocar las iras de los poderosos. Apreciadas literariamente, son páginas difusas en que falta el vuelo de la inspiración y en que el lenguaje, perdido en consideraciones abstractas, aunque correcto en la forma, más se arrastra que camina.

Uno de sus mejores folletos es el que tenemos a la vista, *Unico Asilo de las Repúblicas Hispano-Americanas en un Congreso General de todas ellas*. Publicado en 1837, cuando ya la guerra de Chile con la Confederación Perú-boliviana era un hecho, en él aboga por la realización del ideal de Bolívar, para unir en un haz a todas estas repúblicas, «con el sólo objeto de intervenir en las diferencias que pudieran tener entre sí y de asegurar la paz interior de cada una de ellas». Se le tomó entonces como un panfleto de circunstancias, disimulada protesta contra la política de Portales, que había conducido el país a aquel conflicto. En realidad, el tono sereno en que está escrito, como una disertación académica sobre el deplorable régimen colonial español y la posibilidad de que, afianzada ya la independencia, las nuevas repúblicas pudieran llegar a confederarse, no autoriza para atribuirle ese significado. Si bien deplora la guerra y cree que aún habría lugar para un avenimiento, tampoco la censura. Lo más a que aspira es a que las hostilidades se suspendan, para el caso de que los gobiernos de Chile y el Perú logren ponerse de acuerdo, en el sentido de aceptar la idea de la Confederación Americana y someter al arbitraje de esta nueva entidad las divergencias que los enojan. No se trata, pues, de una protesta sino apenas de un disentimiento. Pero, fuese ésta o la otra su intención, lo cierto es que el folleto se lee sin agrado, no obstante el atractivo y la importancia del tema.

Cuando ya su hijo Benjamín estuvo lanzado a todos los vientos de la política y la publicidad, no omitió en sus libros la semblanza de su padre; y como ensayamos un análisis psicológico, se nos permitirá que recordemos algunas de las informaciones que aquél proporciona sobre su eminente progenitor. «Vicuña,—escribe Benjamín acerca de su padre,—había na-

cido tribuno entre los blasones de su aristocrática cuna. Desde su infancia, eran sus amigos y sus camaradas predilectos aquellos de sus vecinos de barrio que se encaminaban más animosos, sin otra armadura que el poncho y sin más arma que la honda, a sostener esos duelos «a piedra», que la política fomentaba entonces en una belicosa niñez y que tenían por teatro las calles, las plazuelas de las parroquias y más comúnmente, el pedregal del río, donde *la Chimba* y Santiago, divididos en feudos hostiles, se daban diaria batalla. El imberbe caudillejo había conquistado su puesto entre los compañeros en fuerza sólo de su diestra puntería para arrojar la honda y de las cicatrices que las de sus contrarios habían dejado en su rostro» (c).

Refiere en seguida la educación de su padre en los colegios de la época, donde a los estudiantes se les dividía, para que compitiesen dentro del aula, en cartagineses y romanos; más tarde, haciendo el curso de Derecho, su admiración por las democracias antiguas, que los filósofos franceses tanto habían exaltado; y en fin, el carácter de esa educación literaria y política, que en el joven Vicuña Aguirre había sido «como su niñez, turbulenta y activa, pero rodeada de lampos de esplendor». Y así había de serlo seguramente, si se atiende a la posición social desde que actuaba. El mismo Vicuña Mackenna continúa diciendo: «Su familia, sea a virtud del mérito, sea en fuerza del acaso, sea por el culpable monopolio, sobre el que la historia está llamada a pronunciarse en breve, había alcanzado en aquella época (1829) la supremacía de todos los poderes. Su padre era presidente de la república; uno de sus tíos había sido electo vice-presidente; otro (de santa y querida memoria) era el jefe de la Iglesia. Aquel prestigio fugaz y deslumbrador pasó, sin embargo, por el ánimo entero del joven liberal sin cambiar ni sus creencias, ni su amor al pueblo, ni su culto por la democracia... A diferencia de muchos de sus nobles compañeros de ideas y de infortunios, que enmudecieron alguna vez delante del terror o de los halagos de sus enemigos,

(c) B. VICUÑA MACKENNA, *Historia de los Diez Años de la Administración de don Manuel Montt*, (Santiago, 1862-3), 5 vols. t. III. p. 127.

él permaneció siempre al lado del pueblo y sostuvo sus derechos con incontrastable firmeza» (d).

El hogar regido por un jefe de la posición y de las cualidades que su hijo proclama, era por sí solo una enseñanza viva y una sugestión permanente de los ímpetus de lucha que allí se sustentaban con el calor de las convicciones sinceras y con la angustia de los contratiempos que por la misma causa se sufrían. Al lado de ese padre vertían su luz tenue y melancólica los sentimientos de la madre, alma también de otro caudillo muerto trágicamente demasiado temprano para los suyos y para su segunda patria, por obra del rencor que engendran las discordias civiles. Juan Mackenna, caído en duelo contra Luis Carrera en Buenos Aires, allá en los albores de la emancipación (1814), era una sombra gloriosa pero triste, sombra veneranda que se cernía sobre el hogar de la hija como un ejemplo de abnegación viril y como un consuelo en las tribulaciones. No sólo, pues, la sangre de dos antiguas estirpes confluía en los retoños de ese hogar; a un tiempo vibraban en ellos los ideales superiores, los impulsos más fuertes y las amarguras más hondas de toda una época.

No habría necesitado realmente Vicuña Mackenna otra escuela que la del hogar para fortalecer el civismo de que siempre dió pruebas en su agitada vida. Pero, como se comprende, eso no bastaba para su porvenir. Otras circunstancias favorecieron, además, la formación de su espíritu. Pasó sus años de infancia en el campo, en el asiento minero de Llay-Llay, donde su padre tenía negocios; lo que vale decir que vigorizó su organismo al aire libre, en aquel valle fértil y circundado de elevadas montañas que proporcionan un marco imponente al paisaje. La aldea de hoy no existía aún, como que aquello había sido apenas una ranchería indígena. Entonces sólo se levantaba allí una que otra casona con techo de paja. Bajo uno de esos aleros se abrigó esta infancia nerviosa e inquieta. La tierra actual de cultivo estaba cubierta de baches y espinares, por en medio de cuyas zarzas era menester cruzar para subir las faldas de los cerros.

(d) B. VICUÑA MACKENNA, *Historia de los Diez Años*, cit. t. III, pp. 128-9.

Aquella naturaleza agreste y silenciosa invita a la concentración y al aislamiento; y las consejas de la campesina, que siempre saborea el niño en lo que tienen de maravilloso y extrahumano, hacen nacer a la imaginación sus alas, para que vuele libre por los vergeles del ensueño. Seguramente que tales estímulos holgaban en la precoz mentalidad de Benjamín, pero eso no impedía que ejerciesen en ella su natural influjo. En más de uno de sus libros recordó él de ligera,—así como se fueron,—esos dichosos años de rusticidad, bajo un sol y un viento acariciantes (e).

Vuelto a la capital, vino la obligación del colegio, con la disciplina metódica a base del latín, la aritmética y la gramática, cosas que aprendió mal o poco menos no aprendió, como las demás complementarias de sus estudios secundarios. «Me gustaba sólo leer libros de historia, cuyos argumentos contaba a mis compañeros,—refiere en unos *Apuntes Confidenciales*,—y esto y charlar eran mis ocupaciones». Lo cierto es que el colegial alternaba las lecturas y la asistencia a clases con frecuentes cimarras que de ordinario se resolvían en siestas y juegos entre las rocas y matorrales del *Huelén*, cerro con que entonces confinaba por el oriente la ciudad y que él mismo había de convertir, andando el tiempo, en uno de los sitios públicos de más original belleza. Sin embargo, hay constancia de que siquiera asimiló medianamente el latín. También lo confesó él más tarde, pero añadía que de nada le había servido y lo tenía casi olvidado. Aparte de otros de mayor solidez, ése fué uno de sus argumentos para librar entonces empeñosas campañas con el objeto de que esta lengua muerta se suprimiese de las humanidades.

Seis años duraron esos estudios, o más bien esas lecturas

(e) B. VICUÑA MACKENNA, *Introducción a la Historia de los Diez Años de la Administración Montt. Don Diego Portales*. (Valparaíso, 1863), 2 vols. t. II, p. 261. *De Valparaíso a Santiago* (Ed. Brockhaus, Leipzig), p. 338. «Después una erupción volcánica, cuyas señales son visibles por todas partes, levantó del abismo estas grandes masas, cavó a sus pies el valle de Llay-Llay (que hasta hace pocos años formaba inmensos pajonales), como el fondo de un lago disecado, y levantó a las cumbres las rocas que yacían en el fondo de las aguas, dejando para el paso de éstas la grieta que se llama Quebrada de los Maquis. Nada es más selvático ni más grandioso que el desorden de aquel cataclismo que el ojo más vulgar ve escrito todavía en los accidentes del terreno. Rocas inmensas han rodado a los abismos, otras se mantienen a media falda, amenazando a

de historia amenizadas con paseos cerriles, años a los cuales siguió un tiempo de vagabundaje, hasta que se decidió a seguir el curso de Derecho. Como tantos otros jóvenes de su categoría, él sería abogado. La rigidez de las exigencias previas para iniciarse en los estudios superiores no existía aún en la reglamentación universitaria; y así fué cómo el joven fracasado en varios exámenes del colegio, que no mostraba disposiciones para someterse a un régimen escolar estricto y que no había concluído bien las humanidades, pudo ingresar al curso de Derecho que funcionaba anexo al Instituto y recibir el grado de Bachiller en Leyes y Ciencias Políticas en 1849, a los dieciocho años de edad. Quedaba por delante el camino de la práctica, para poder alcanzar el título abogadil.

Mientras tanto, la calidad de estudiante y la permanencia en la capital no podían serle sino gratas. Vivía en casa de su tío Félix Mackenna, hombre de negocios muy vinculado socialmente, a quien ayudaba en sus operaciones mercantiles y por quien el sobrino conservó siempre respetuoso afecto. De él decía, en uno de sus libros, que era en aquel tiempo «un carácter a la vez serio y entusiasta, alma irlandesa envuelta en el helado ropaje de un gentleman inglés» (f). Aquí las relaciones del comercio y del hogar, que comprendían también las de su familia, y afuera, la camaradería universitaria, tan propensa a la discusión sobre hombres y cosas de actualidad, le formaban un marco atractivo dentro del cual hallaban cabida sus preocupaciones intelectuales. Además, él se buscó oportunamente el conocimiento y la amistad de los individuos de figuración que estaban en condiciones de informar y guiar su criterio en los asuntos de interés público. Lastarria era su maestro

los empinados farellones con su caída, otras se balancean en las cimas, otras, por último, se ven partidas por el centro, como si pugnaran todavía por arrancarse de sus bases. Algunas se sostienen como mudos gigantes sobre la falda de la montaña, mientras que la mayor parte yacen en el fondo de la quebrada, hacinadas entre sí, formando caprichosos grupos, por entre cuyos senos el agua de la quebrada se desliza azotándose con ruido». *Miscelánea* (Santiago, 1872-4), 3 vols. t. I, pp. 96-7. Art. *La República Carri-lana*.

(f) B. VICUÑA MACKENNA, *Historia de la Jornada del 20 de Abril de 1851*. (Ed. Jover, Santiago, 1878), p. 315.

preferido. Los hermanos Amunátegui, Eusebio Lillo y la mayoría de los jóvenes de su tiempo que se reunían en ágapes literarios y artísticos, lo trataban ya como a un muchacho de porvenir; y había en la ciudad, desde algunos años,—desde 1842 por lo menos,—cierto ambiente propicio a la lectura y las ideas. La aristocracia de su cuna y el círculo político de sus mayores obraban a la vez en su espíritu para estimularlo a las disciplinas del pensamiento y del estudio (g).

Aparte de las memorias,—que se conservan,—escritas sobre su vida en aquellos años, él recordaba más tarde en algún libro a la generación juvenil e ilustrada de 1848, que había recogido las lecciones de Bello y de Mora, de Gorbea y de Sazie; hacía referencias a la política serena y tolerante del ministerio Vial; elogiaba la liberalidad del presidente Bulnes; y luego trazaba el bosquejo de aquel ambiente con esa animación que sólo es suya. A través de la perspectiva en que él mismo se colocaba y de la en que nosotros nos situamos ahora, ese cuadro es de una irreprochable fidelidad y no creemos que haya quien pretenda substituirlo por otro siquiera semejante en fuerza expresiva y realismo evocador.

«En ese tiempo, como hoy (escribe en 1876), el Instituto era un semillero, pero la Universidad no era todavía un cementerio ni la literatura patria un cadáver. Nacía, al contrario, la historia nacional, y alboradas lucientes iluminaban su cuna.

(g) Entre las anotaciones de un *Diario Intimo*, de que hablaremos en seguida, se hallan referencias a ese tiempo como las que siguen: «Después de comer me dirigí a casa de mi amigo Adolfo Ibáñez, pero no lo encontré; pasé también a casa de Angel Cruchaga, que tampoco se encontraba en ella. En el camino me reuní con dos magníficos compañeros, los dos interesantes jóvenes Amunátegui, Miguel Luis y Gregorio Víctor, que serán un día la gloria literaria de nuestra patria. Amo la amistad de todos los corazones; es para mí una dicha tener amigos en todas partes; pero prefiero y busco con ansiedad el afecto de los que reúnen la virtud y el talento. Después de habernos paseado por la Alameda con los Amunátegui me reuní con Francisco Salas y Luis Sanfuentes, con los cuales me quedé hasta las 9; y para completar mi satisfacción vino a reunirse con nosotros mi muy querido amigo Juan Zorrilla... Jamás Chile ha sido más favorecido por la prensa de Santiago y Valparaíso. Esta nos da diariamente *El Mercurio* y *El Comercio*, dos veces por semana *La Reforma*, *El Independiente* y *The Mubough*, diario escrito en inglés. Santiago publica todos los días *El Progreso*, *La Tribuna*, *El Comercio* y *La República*. El domingo, el bonito *Picaflor* deja las hojas de la prensa para ir a extender sus alas sobre el seno de las vírgenes... Sus precios son muy módicos, excepto el de *La República*, que vale un real, mientras que *La Tribuna*, mucho más grande, no vale más que medio real».—PEDRO PABLO FIGUEROA, *Historia del Popular Escritor don Benjamín Vicuña Mackenna*, (Santiago, 1903), pp. 139-40.

Lastarria, Benavente, los Amunátegui, el presbítero Salas, Santa María, Tocornal, Concha y Toro, Sanfuentes, compaginaban esas hojas dispersas de una gran edad. La prensa mostraba ya vigor lozano, promesa de su robusta vida de más tarde. Espejo, Vallejos, Blanco-Cuartín, Talavera, los tres Matta, (Francisco de Paula, Manuel Antonio y Guillermo), Rafael Vial, Felipe Herrera, Eusebio Lillo, Ambrosio Montt, Francisco Marín y su ilustre hermana, (Mercedes Marín del Solar), Pedro Gallo, Irisarri (Hermógenes), Jacinto Chacón, Santiago Godoy, Santiago Lindsay, Víctor y Pío Varas, Francisco, Carlos, Juan y Andrés Bello, Ramón Sotomayor, Francisco y Manuel Bilbao, los tres Blest (Joaquín, Alberto y Guillermo), Marcial González, Marcial Martínez, Diego Barros, José Antonio Torres, Paulino del Barrio, Juan Vicuña, Cristóbal Valdés, Salustio Cobo, el malogrado Ruiz-Aldea, Santos Cavada, Ignacio Zenteno, don Pedro Godoy,—que era ya un veterano de la espada y de la pluma,—Isidoro Errázuriz, que era sólo un niño, (¡pero qué niño!); y en pos de éstos llegaban ya en hora temprana, pero lucidos, los dos Arteaga Alemparte, Vicente Reyes,—musa perezosa y espiritual, inimitable en el chiste,—Balmaceda, Eduardo de la Barra, brillante en todo, Román Vial y tantos otros que no vienen de golpe al recuerdo (porque escribimos sin otro libro que el de la memoria), todos historiadores, diaristas, poetas, críticos, polemistas, los más escritores serios de cierta nota, cada cuál en su esfera. En pos de ellos se agrupaba una juventud ávida de saber, abierta al bien, tumultosa a veces, como en la *Academia de Leyes*, pero empapada siempre en el amor a la justicia y consagrada con tesón a la labor.

«La sociedad misma se sentía como de suyo arrastrada a las emociones de una vida de novedad en cambios y en encantos. Era la vez primera que el arte desplegaba sus alas de oro en nuestro cielo de zafir. Monvoisin había clavado al muro de su taller sus primeras telas. Ciccarelli nos había traído en seguida su rica paleta meridional. Teresa Rossi cantaba desde antes como las sirenas de que habíamos oído hablar en la cuna; y ya la arrogante Clorinda Corradi (la Pantanelli) revelaba en los salones, poblados en esos años de bellezas que hoy

reaparecen dando casta sombra a nuevas flores, los secretos del cielo y de sus ángeles. En todo se notaba un movimiento, una expansión, una vitalidad poderosa y brillante como en esas alegres mañanas de la juventud y del estío en que se emprende, en medio del alborozo y el bullicio de la casa, un viaje de placer. ¿A dónde íbamos? Nadie lo preguntaba. Divisábase en el horizonte la luz del faro, y esto bastaba para que cada cuál alistase animoso y confiado su barquilla para lanzarla a las olas. El entusiasmo soplabá en la brisa, sentíamos el ruido de sus alas en la ribera y el grito de todos era: —*al mar!, al mar!*» (h).

Quien quiera que se detenga en estas páginas no podrá menos de reconocer que la generación intelectual a que Vicuña Mackenna se incorporaba, todavía adolescente,—al aproximarse la mitad del siglo,—había de prestar calor a sus impulsos y de acogerlo con benevolencia. Muy pocos de los hombres mencionados por él en su mirada retrospectiva alcanzaban entonces los treinta años y aún algunos, como él mismo, estaban por debajo de los veinte; pero eran una juventud idealista y esforzada, romántica y nerviosa, que traía en el pecho la savia febril de la emancipación, anhelante de ponerse al servicio de la democracia y de la libertad. Orgullosa del pasado reciente, animada por el espíritu de sus mayores y segura de sí misma, no vacilaba en dar el grito de lanzarse *¡al mar!* en demanda de la tierra ignota, plena de fe en el porvenir.

La sociedad sacudía ya, aunque con cierta timidez, el aire monacal de la colonia, tan misérrima como alejada de las irradiaciones culturales; la última generación de aquel tiempo estaba casi totalmente extinguida; y la renovación ideológica, así como la de las costumbres, caminaba en vapor hacia varios años, desde los puertos de Francia e Inglaterra hasta las costas de Chile. El libro, sobre todo el libro francés,—a veces traducido al español,—llegaba a manos de la juventud estudiosa sin ninguna traba y con regular frecuencia. El movimiento de viajeros, estimulado por los negocios, se intensificaba también; era mayor el número de los chilenos que conocían la Eu-

(h) B. VICUÑA MACKENNA, *Relaciones Históricas*, (Ed. Jover), 2 vols. t. II, pp. 371-3. Art. *Los Girondinos Chilenos*.—Santiago, octubre de 1876.

ropa y mucho mayor el de los europeos que pasaban por Chile o que se detenían y aun se radicaban en sus pueblos. Las artes liberales comenzaban a ser apreciadas; y no faltaban extranjeros que las diesen a conocer. La actividad económica recibía cada vez más impulso y la mercadería importada, junto con las cambiantes modas, traía hasta aquí el confort relativo de la época. Todo aquello era como la aurora de un nuevo período en el desenvolvimiento cultural y social del país; y la generación que surgía estaba animada también de un espíritu nuevo.

Pero ¿en qué consistía ese espíritu? Sin duda no era otro que la soberanía de la libertad, aplicada a las formas científicas, literarias, artísticas y políticas, que filósofos, historiadores y hombres de letras proclamaban con ligeras variantes como la suprema ley de la inteligencia y de la vida, desde Cousin hasta Comte y Stuart Mill, desde Delacroix hasta Rodin, desde Chateaubriand y Byron hasta Lamartine y Hugo, Macaulay y Michelet. Ser libre como la naturaleza y cuanto en ella crece, bulle y palpita: he ahí el ideal común, el ideal romántico que se anunció como un nuevo renacimiento después de la sangrienta etapa de principios del siglo XIX (i).

También llegó hasta Chile aquella corriente difusa cuya expansiva vitalidad remeció la Europa y la América, y fué como el clima mental de mediados del siglo, una manera casi uniforme de comprender la sociedad y el mundo para hacer feliz a la especie. Vicuña Mackenna se impregnó muy temprano de esa atmósfera y había de respirarla luego con afanosa plenitud. Como consecuencia, otra característica del espíritu nuevo era la fuerte expansión de la personalidad, una como hipertrofia del yo, de la cual tampoco nuestro joven pudo sustraerse; y tan suya la hizo que llegó a constituir uno de sus mas definidos rasgos morales.

(i) Cons. entre otros, MARIUS-ARY LEBLOND, *L'Idéal du XIX^m. Siècle*, (París, Alcan, 1909), pp. 125 y sigts.

LAS PRIMERAS HOJAS

Por más que el estudiante de Derecho no malgastara sus horas en frívolas distracciones, es seguro que no fueron las Institutas su preocupación principal. Lo mismo que el estudiante de humanidades, aquél seguía con el mayor ahinco las lecturas de historia que tanto le apasionaban; y ya en ese tiempo tendía a concretarlas en ejercicios de composición. Además, desde el 25 de agosto de 1848 había comenzado la redacción de un *Diario Intimo*, que continuó durante veinte años con sólo algunas interrupciones. A veces lo escribía en francés, como ejercicio para el cabal aprendizaje de este idioma. También le preocupaba el inglés. Sus lecturas históricas se extendían a los autores más célebres de la época,—Lamartine, Chateaubriand, Villemain, Blanc, Mignet, etc.,—y su curiosidad desbordaba insaciable hacia la poesía, el drama y la novela. En el *Diario* dejó constancia de haber devorado más que leído hasta seis obras de esta especie en un día.

Pero no todo debía ser mera lectura; convenía también a esta vocación irresistible, absorbente, casi patológica, probar fuerzas en escribir algo más que esas consolaciones de sus largas veladas y publicar alguna página que llamase la atención hacia el muchacho que se burlaba del sueño con los ojos clavados en los libros. La lectura y compulsión de las historias de Torrente, Guzmán y Rodríguez Ballesteros en la Biblioteca Nacional, le permitieron redactar su primer bosquejo histórico, *El Sitio de Chillán en 1813*. Un diario, *El Progreso*, lo rechaza,

pero *La Tribuna* lo acoge; en junio de 1849 lo da a luz y llena de alborozo a su autor, por los comentarios que se hacen y las felicitaciones que recibe. A tal distinción concurren aun personas de alta intelectualidad, nada menos que Andrés Bello y Antonio García Reyes. El firmante no ha cumplido todavía la edad de dieciocho años (j).

Al mencionado bosquejo siguen inmediatamente otros dos que, como el primero, son leídos con aplauso en la Sociedad Literaria de la juventud de Santiago. Se trata en ellos de *La Fundación del Instituto Nacional*, que se publicó también, y de la *Historia de Almagro*, que no se publicó, pero cuyo tema no perdería de vista su admirador para explotarlo más tarde. Los periódicos insertan en cambio varias traducciones breves de literatura francesa, hechas por el novel escritor que ya no se da reposo. En el espacio de un año y a un tiempo con sus estudios de Derecho, ha leído centenares de libros y escrito centenares de páginas. Comienza con su *Diario Intimo*, al cumplir los diez y siete años, y sigue... para no terminar sino con la muerte. Razón ha tenido el más entusiasta de sus panegiristas, Pedro Pablo Figueroa, para decir: «El 25 de agosto de 1848 trazó su pluma inexperta, pero ya sentida como la cuerda de un laúd melodioso, la página primera de su inmensa labor literaria, cuyo capítulo final alcanza a ciento cincuenta volúmenes» (k).

Pero son *El Sitio de Chillán en 1813* y *La Fundación del Instituto Nacional* los ensayos que en plena adolescencia le señalaron el camino de la celebridad futura. Por eso, piadosamente, los recogió más tarde él en la colección de artículos

(j) Bello, según el *Diario Intimo*, le habría hablado de su talento de escritor y de la viveza de su estilo; no obstante, le habría añadido: «Es una lástima que le afeen tantos yerros de lenguaje; pero Ud. parece tan rebelde a este estudio que prefiero no mitigar mi elogio; escriba, siga escribiendo, sin pensar en la gramática; siempre escribirá bien y se hará leer». En cuanto a García Reyes, que era el director de *La Tribuna*, al trazar años después su semblanza, Vicuña Mackenna recordaba agradecido: «Cuando en 1849 García Reyes se encontraba en todo el auge de su popularidad, como político, como orador y como diarista, un joven oscuro publicó cierto artículo en las columnas de *La Tribuna*... Al día siguiente, el popular redactor dirigía una carta al desconocido, lo estimulaba en su nueva carrera y ponía a su disposición la vasta publicidad de su diario». *Historia General de la República de Chile*. (Compilación dirigida por Vicuña Mackenna), t. IV, p. 8.

(k) P. P. FIGUEROA, *Historia del Popular Escritor* cit. p. 121.

dispersos que llamó *Miscelánea*. Respecto al *Sitio de Chillán*, trátase más bien de un discurso apologético que de una monografía histórica; porque en este último sentido sería un pobrísimo trabajo; pero tiene el mérito de la iniciación y de señalar ciertas características de estilo que perdurarían en la misma pluma: viveza, colorido, hipérbole y fantasía creadora. Apréciase, por las líneas con que empieza, la calidad de ese escrito, que la escuela romántica no podría desconocer como suyo.

«¡Teatro sangriento del drama de la revolución, oscura y desconocida Chillán! Yo, bardo sin nombre y desconocido como vos, oso entonar el himno de tus glorias para consolaros en vuestra injusta orfandad. Quiero llamar a la vida las sombras magnánimas de esos mártires generosos que murieron disputando al león de las Españas el imperio de tus murallas, hoy confundidas con el resto de la tierra; quiero poblar tus soledades con las formidables falanges de la patria y turbar el silencio mortuorio de tu recinto, evocando de sus tumbas esos esforzados campeones que con los nombres de Carrera, Mackenna, Spano, Oller, Gamero, te dieron con sus inmortales proezas un nombre ilustre en la historia de los pueblos» (1).

Lo que, sin embargo, más impresión hizo en ese discurso, fué la admiración manifestada por los hermanos Carrera,—conductores responsables del fracaso del sitio,—porque no se olvidaba que su autor era el nieto del general Mackenna, a quien uno de aquéllos había dado muerte en lance de honor, y que descendía de la familia Larraín, la de «los ochocientos», enemiga implacable de esos hermanos también. El patriotismo y la imparcialidad, se dijo, obligan a acallar viejos rencores; y quien así procede muestra tener la fibra severa del historiador; delante de la verdad, pospone sus sentimientos de hombre. Y aunque tal elogio no fuese todo lo justo que se pudiera creer, porque la verdad histórica no estaba puesta allí muy en claro, de ningún modo esta circunstancia amenguaba aquel otro mérito del autor, que era su independencia espiritual; la misma que ni las borrascas ni el tiempo habían de conseguir arrebatarle.

En cuanto al bosquejo sobre el Instituto, consistía en

(1) B. VICUÑA MACKENNA, *Miscelánea*, cit. t. I, p. 47.

una narración serena y documentada, pero demasiado breve para la importancia del tema. Así y todo, era el primer ensayo con que se llamaba la atención hacia un hecho de historia social, a la que el niño de entonces consagraría posteriormente tantos generosos esfuerzos. Después de tributar sus homenajes a los fundadores del Instituto, quienes, en medio de la guerra que asolaba el sur del país, no descuidaron la creación de este centro de estudios, describe la ceremonia inaugural con el colorido de la página que se va a leer.

«El día 10 de agosto de 1813 fué señalado para la solemne instalación. Desde la primera luz, el cañón resonaba de minuto en minuto; las campanas enviaban al aire sus alegres y bulliciosos repiques; era aquél un día de alegría y de fiesta. Los funcionarios públicos y las corporaciones se dirigían en traje de gala a la sala de la Universidad, entre las olas de un pueblo alegre que se agolpaba para ser testigo del acto más hermoso que presenciara jamás un Estado naciente:—la iniciación de sus destinos. Iba a abrirse ese libro en el que más tarde debían inscribir sus nombres tantos ingenios esclarecidos que darían lustre y honor a la patria científica; la esperanza sonreía a todos, al anciano que dejaba el mundo, al niño que entraba en él. Llegaban los magistrados y ocupaban en silencio sus bancos. De improviso cesa el bullicio de las campanas y un coro de voces argentinas eleva al cielo un cántico de amor y de esperanza, poblando el aire de dulces melodías. . . » (m).

La poesía del pasado despuntaba en esta mocedad ardorosa y le inspiraba sentimientos de admiración y gratitud para los fundadores de la patria. Su espíritu empezaba por socializarse y por reconocerse solidario de los supremos esfuerzos de la generación que se extinguía, dignificada por su obra redentora. Había, por cierto, en esa actitud mental un fecundo germen de consagración al servicio de sus conciudadanos, un larvado designio de llegar a señalarse por análogos hechos. Sólo las circunstancias decidirían de su suerte y de los frutos que aquella disposición de ánimo lograra rendir.

Si hubiéramos de examinar esas primeras producciones

(m) *Miscelánea*, cit. t. I, p. 277.

con rigor de crítico, no nos detendríamos en las modalidades de composición y de lenguaje, por más que éstas revelen ya un temperamento, sino en las ideas y los propósitos insinuados o manifestados ostensiblemente por el autor. Dos rasgos bien definidos aparecen en el fondo de su pensamiento; es el uno la imaginación simpática, que le conduce a exaltar las proezas de sus héroes y a reconstituir escenas gratas a sus actuaciones, sobre las que se proyecta un nimbo de luz vivificante; es el otro la exaltación patriótica, que se resuelve en el ditirambo y la alabanza sin atenuaciones, ante el arrojo, la temeridad y el civismo. Ambos estados afectivos tienen raigambre de espontaneidad; y por eso han de subsistir en los futuros escritos que ya se anuncian. Caracteres secundarios de fuerza, hipérbole y pasión en el tono de los relatos y de las descripciones, derivan naturalmente de esos dos surtidores matrices y pueden llegar a constituir una superación de sus cualidades, como así mismo un exceso que las ensombrezca o desfigure. De lo uno y de lo otro habrá seguramente en la carrera posterior del publicista que, por ahora, apenas si somete a prueba la inclinación dominante de sus aptitudes.

Y hay todavía otro aspecto que no debe escapar a la más ligera penetración crítica. Aludimos a la precoz madurez del sentido histórico con que aparecen redactadas esas hojas; porque, cualquiera que sea la índole o el valor que se les atribuya,—y nosotros no les reconocemos intrínsecamente ninguno,—no cabe dudar de la significación de los temas escogidos para ellas, ni de la clara comprensión con que éstos son tratados. Que la labor investigadora no haya ido más lejos se explica, por el objeto con que se las escribió,—para ser leídas en una academia,—por las escasas fuentes divulgadas hasta entonces y por el natural anhelo del autor de verlas cuanto antes publicadas; pero, dígase lo que se quiera, no sería razonable exigir más a un niño de diez y ocho años que ni ha hecho estudios regulares ni ha tenido maestros que lo guíen en este género de composiciones. Todo, por consiguiente, es allí suyo propio: impulso, estilo y reflexión.

La adolescencia es la edad de lo natural, de lo personalísimo, de lo sincero; es el fondo del alma transparentado ha-

cia el exterior; y de ordinario, bajo la luz de ese amanecer deciden el rumbo de su vida las capacidades superiores, sobre todo las de recia subjetividad. Para un observador de mediana experiencia, aquellas primicias literarias eran ya por sí solas bastante expresivas y nada tiene de raro que el niño recibiese por ellas los halagadores estímulos de un Bello y de un García Reyes, aparte de muchos otros que, aunque no de igual valor, habían de influir para evitar que se borrara el surco recién abierto por manos todavía trémulas.

SENTIMENTALIDAD

Por aquellos mismos días, otras preocupaciones embargaban el alma del improvisado escritor. Su *Diario Intimo*, comenzado en edad tan temprana, daría margen para creer que ya se revelaba en su interior el sueño de su destino y que, con esa suficiencia o adivinación de que dan señales a menudo los adolescentes de talento, ya también se sentía obligado a la posteridad. Es posible que algo de eso hubiera pasado por su mente, al emprender la redacción del *Diario*; porque siempre se mostró dueño de sus aptitudes y no desdeñaba la preza que ellas pudiesen labrarle; pero a esa causa se añadía a la sazón una mucho más premiosa e inmediata, que indudablemente lo inducía a proporcionarse el medio de expansionar sus congojas. El adolescente casi niño estaba enamorado; por natural reserva u otras circunstancias, no tenía un amigo a quien confiarle el secreto de sus amores; y si un momento brillaron para él la felicidad y la esperanza, muy pronto sobrevinieron la amargura y la desolación de los imaginarios imposibles.

En el temperamento emocional e impetuoso que era el suyo, la reactividad de los sentimientos adquiría rápidamente formas extremas, entre los arrebatos de la ira y el dolor. Era forzoso dar salida a tales impresiones, ya fuese con el aturdimiento de un trabajo excesivo, en una tensión nerviosa constante, ya por medio de la confidencia escrita que engaña la pesadumbre abrumadora, a la manera del enfermo que se siente aliviar cuando en el lecho muda de posición. Ambos procedi-

mientos puso en práctica instintivamente el niño enamorado; y eso quizás contribuye a explicar de una vez las devoradoras lecturas y la concepción inicial de su *Diario Intimo*. (n).

Por otra parte, el romanticismo de la época, «el mal del siglo» como se dió en llamarlo, con *Pablo y Virginia*, *Atala* y *René*, *Rafael*... y los demás, no era por cierto extraño a su espíritu. Y así se vió que esa espiga, que ya había asomado en sus primeras publicaciones, brotaba también al lado suyo, tanto en los poemas de Salvador Sanfuentes, como en los dramas de Carlos Bello; y pronto aparecería robusta en las novelas de Alberto Blest Gana. El niño enamorado empezaba por narrar sus cuitas en ese mismo tono. En las primeras líneas con que se abren las confesiones del *Diario*, se lee: —«Diez y siete años que ví la luz primera. ¡Cuántos recuerdos dejo tras de mis pasos! Horas dichosas que habéis volado ya, ¿cuándo volveréis a consolar mi pobre corazón?... Nunca vendrá a iluminar mis juveniles sueños esa tranquila paz en que me mecí, hasta que mi corazón despertó herido por la primera mirada de una mujer».

Y a los pocos días: «En un tiempo respiraba sin zozobra su aliento purísimo y su palabra llegaba a mi oído perfumada con el aroma de sus labios. Pero hoy, que siento arder un volcán de amor y de ternura, la dignidad y el deber me ordenan callar.—Un amor infortunado merece compasión, pero un amor ilegítimo, no. Sólo una fatalidad, una verdadera extravagancia del destino, puede castigar el corazón con una plaga igual. Eso trae la desesperación o la ignominia. ¿Será mi destino?... ¡Oh amor! Nadie puede gloriarse de haber triunfado de tí. Tu invencible poder me domina; y yo, que podría hablarla sin rubor y estar perpetuamente a su lado, prefiero ir a dar una mirada oculta y fugitiva por entre las rejillas de una ventana».

Y todavía, después: «Siento vacío el pecho de aquel corazón que antes lo llenaba por completo; ya no me turban los ojos de una bella; mi sangre circula indolente; y frías mis venas,

(n) El *Diario Intimo* de Vicuña Mackenna se conserva entre los papeles de su archivo en la Biblioteca Nacional; pero muchos trozos de él se han reproducido en diferentes revistas y en obras biográficas como las antes citadas de R. DONOSO y de P. P. FIGUEROA.

vivo en inerte paz. Esa es una felicidad bien triste; prefiero ser desgraciado como antes; echo de menos aquellas penas dulces y terribles que arrebatan el alma de la tierra y depuran nuestro ser de toda materia. Algo ha salido de mi corazón y deseo llenar este vacío. ¿Quién lo llenará? Dejemos al destino la solución del misterioso problema. Tarde o temprano mis labios hablarán de amor y mi corazón palpitará con los latidos de un corazón adorado...» Pero se equivocaba al creer que se había arrancado la espina que llevaba adentro. Ella, la hermosa de sus sueños, está en sus veladas de estudio presente a toda hora; y como en el *Nocturno* de Acuña, «en vez de amarla menos la adora mucho más». Entonces escribe: «Es la una y media de la mañana. Descansa tranquila, alma sin mancha. Si en este momento eres feliz, te juro que daría toda mi vida porque este momento se prolongase por toda tu existencia, mujer celeste y adorada...».

Y se dispone en realidad a sacrificarse a su dicha. Sabe que hay otro admirador que la corteja; y entonces se traza su plan: «Mi virtuoso y tal vez feliz rival tiene la más absoluta confianza en mí. Yo le he hablado de todo con mi franqueza de siempre y sólo le he ocultado mi amor. Yo le serviré con lealtad, porque me siento bastante generoso para sacrificarme por la felicidad de una mujer a quien amo y de un hombre a quien aprecio». He ahí un poema en cuatro líneas; poema de sensibilidad, de desprendimiento y de delicadeza exquisita. ¿No parece insinuar el argumento de algún drama helénico, en que el héroe vibra con los temblores inefables de la magnanimidad? Pero dejemos al tiempo este episodio de sus amores, que habrá de seguir, no sin sus sorbos de amargura. Todavía pueden hallarse referencias a él en su *Diario*, durante unos tres años más, con alternativas de halagos, dudas y esperanzas. La crónica no ha perdido la fisonomía de aquella beldad que por primera vez encendió el fuego en el corazón del niño poeta.

No ya el apresurado despertar del amor, sino más que eso su fuerza, denuncia el temperamento imaginativo y vehemente que habría de persistir en él desde la adolescencia y que no le permitiría pasar de ligera junto a ninguna persona u objeto que le impresionara con alguna intensidad. La huella se gra-

baría fijamente en su espíritu como sobre una placa iluminada, para descubrir a cada momento en la imagen los rasgos que más concurriesen a hacerla grata u odiosa. La memoria emotiva suele ser una característica de los verdaderos creadores en los dominios del arte, como también una manifestación enfermiza de la sensibilidad; pero, sea lo que fuere, en ningún caso le pertenece al vulgo.

Es digno de observarse además que en la expresión de este carácter,—que ya empezaba a mostrarse combativo,—los sentimientos eróticos se unen a los ímpetus por el bien público. En algunos pasajes del *Diario* se queja de que tal o cual andanza política lo haya privado de la satisfacción de pasar bajo los balcones de su amada, como lo creía de su deber, mucho más grato por cierto que esos otros estériles trajines. Hasta en estos detalles se perfila el nuevo gesto romántico, el mismo del caballero andante que juraba por su Dios, por su rey... y por su dama. También él jurará por todo eso; sólo que a la majestad del rey substituirá en cada ocasión la majestad de la república.

El respeto a la amistad, fundado en una profunda simpatía humana, y la tierna dedicación a la familia, aunque cualidades comunes, revisten en sus manifestaciones formas de abnegación y hombría de bien que acusan una alma de bondadosa comprensividad. No sabría él faltar a la lealtad que le debe al amigo, ni empañar los afectos que debe a los suyos. Tampoco sabrá mirar con indiferencia las lacras y dolores sociales.—Es el ordinario camino del hogar sufrido y de la tertulia espiritual hacia el pueblo, mediante la representación afectiva que hace sentir como propio el infortunio ajeno.

Tan natural y firme era en el joven Vicuña ese rasgo, que ya aún antes de la adolescencia puede hallársele alguna manifestación significativa. Cuando sólo había cumplido doce años, holgaba el colegial sus vacaciones por las playas de Valparaíso, puerto donde vivían sus padres. Los cargadores del muelle, que trabajaban semi-desnudos, con el dorso al viento y al sol, le impresionaron. Semejante espectáculo está reñido con la moral, con la decencia y con el tratamiento que esos hombres merecían; era sencillamente inacep-

table. Su amigo Blas Cañas, niño como él, que le acompañaba, creía lo mismo. Ambos dirijieron entonces una correspondencia a *El Mercurio* de aquella ciudad, que se publicó sobre su firma el 21 de marzo de 1844, para protestar de ese vestigio de barbarie que repugnaba a sus sentimientos.

El futuro escritor decía más tarde de su amigo Blas Cañas, en el *Diario Intimo*,:—«Es el corazón más puro y cándido que he conocido; vive solo en el amor de Dios».— Y así fué con los años, realmente, aquel amigo, un sacerdote de las más perfectas virtudes cristianas. A él se unió Vicuña desde la niñez, por un afecto inalterable y por esa benevolencia sensible y humana que les era común.

Otro aspecto sentimental suyo, delatado en el *Diario*, se refiere a la religión. Se reconviene a veces por las profanas distracciones que lo tientan durante la misa; pero no calla ni atenúa la firmeza y la sinceridad de su credo. «Juraría delante del Todopoderoso que mi fe y mi amor a esa fe vivirán conmigo siglos enteros, si esos siglos enteros debiera yo vivir...» También se lisonjea de la solidez de su moral privada. «Estoy contento porque mi conciencia es pura. Aunque pasen los años unos tras otros, no abandonaré jamás el camino de la virtud y la senda del honor».

Tampoco la naturaleza le deja impasible; es capaz de sentirla y admirarla con sencilla emoción. He aquí una ingenua marina del adolescente: «Nos paseamos en la sucia playa. ¡Ah! ¡Cuán hermoso espectáculo el del mar azulado en calma! Una nave salía del puerto; las olas mugientes venían a expirar a nuestros pies, regresando de nuevo al océano; pero antes de que esas aguas impuras se mezclasen con la azul sin mancha, éste, enfurecido, al sentir en su seno el contacto de las ondas enturbiadas por las plantas del hombre, las rechazaba incesantemente contra las rocas y la arena...»

Todo vive y actúa en esta imaginación candente y romántica. En ella la naturaleza se humaniza y adquiere alma, la grande alma del cosmos. Es el principio de la espiritualidad incontenible que a raudales brotará después. Pero, por de pronto, su presentimiento lo conduce de preferencia a abrirse el

camino de la fama y la vida en pugna con el medio político que le es hostil; y aun en esto la queja dolorida suele punzarlo como una lancetada. «¡Días por venir! Os saludo con el corazón lleno de confusión e incertidumbre!». Pero la lucha no le arredra e irá decidido adelante.

LA INICIACION POLITICA

El 6 de octubre de 1849 Vicuña Mackenna escribía en su *Diario Intimo*: «Mi carrera política, si es que tengo alguna, ha comenzado». Se le acababa de nombrar secretario de una comisión electoral que dirigía los asuntos de la provincia de Aconcagua. Decir que en esa comisión figuraba Lastarria es suficiente para comprender que ella pertenecía al liberalismo entonces más extremo. Al día siguiente, ya el iniciado se disponía a tomar posiciones. «Las cámaras están convocadas para el 12 del presente, se decía, y espero en el *dios de las bolinas* que haya bastantes para hacer algo por la patria». Las «bolinas», en efecto, no tardaron en producirse; pero él debía aguardar aún la ocasión de «hacer algo por la patria». Desde aquellos días su preocupación dominante fué la política. Va y viene por los corrillos del congreso, asiste de espectador a las sesiones y capitanea la barra liberal que grita, aplaude o censura. Es un turbulento aprendiz de parlamentario y de tribuno. Por lo demás, aquellas luchas fueron memorables.

A fines del mismo mes de octubre se organiza el *Club de la Reforma*. Vicuña Mackenna es uno de sus secretarios. El aprendiz no conoce todavía la máxima de César; no sabe apresurarse lentamente. Pero ese Club, mal llamado de la *Patagua*, languidece pronto, apenas con el verano vienen las vacaciones que desbordan la ciudad hacia los campos. El apodo aquí expresa la desdeñosa forma en que por lo general el Club fué recibido. El joven secretario lo recuerda así: «El diputado

Rafael Vial, que asistió a la sesión de instalación y fué uno de los oradores oficiales, tuvo la fantasía de comparar la futura asamblea, por la solidez de las raíces que habría de echar en el corazón del pueblo, al árbol indígena de la *patagua*; y desde ese mismo día los chistosos del bando contrario diéronle por mofa aquel nombre que producía cierta involuntaria hilaridad; y fué, por lo mismo, de mal augurio en la pila bautismal» (ñ).

En los primeros meses de 1850, el Club de la Patagua o la Reforma se vacía en la *Sociedad de la Igualdad*, que acaban de fundar Santiago Arcos y Francisco Bilbao, con el ánimo de dar impulso a la renovación social del país por medio de la asociación y la cultura de las masas obreras. Vicuña Mackenna sienta plaza de «igualitario» y acude asiduamente a las reuniones de consocios. Pero él es todavía un estudiante, bachiller en leyes que está cursando la práctica forense que le permitirá obtener el título de abogado. Se hacía esa práctica en una llamada Academia, de origen y corte coloniales, a la cual acudían los bachilleres en derecho dos veces por semana. Dirigía esta Academia el anciano deán Meneses, de larga y sombría actuación en nuestros fastos políticos. Decano de la Facultad de Derecho y director de la Academia de práctica, jamás había sido abogado y era difícil explicársé, a menos de pensar con malicia, el por qué estaba puesto en tales cargos. Pero las juntas de la Academia eran de ordinario presididas por el regente de la Corte de Apelaciones de Santiago, Máximo Muxica, abogado distinguido y joven, conservador y autoritario tanto o más que el deán Meneses. Era uno de esos espíritus mandones y altaneros, muy a tono con la política imperante.

Acababa Muxica de ser llevado al ministerio de justicia, lo que significaba que el gobierno de Bulnes se decidía a intervenir en favor de la candidatura presidencial de Montt, a quien los liberales resistían y odiaban, y de quien el nuevo ministro era diario contertulio. Meneses intentó que se dirigiese en nombre de la Academia una nota de felicitación a Muxica. Hubo voces de protesta. El bachiller Vicuña Mackenna fué el más exaltado y esa actitud le valió la inmediata expulsión

de la Academia. Era en julio de 1850. El bachiller apeló al Consejo de la Universidad, que se declaró incompetente para resolver el caso. Entonces los demás bachilleres, por solidaridad con el expulsado, se declararon en abierta rebelión; todos corrieron la misma suerte que él; y por fin, la Academia fué disuelta. Mientras tanto, la cuestión se había debatido en el gobierno, en la prensa, en el congreso; el joven igualitario había sido puesto en franca expectación; y desde aquellos días pudo tomar los aires de víctima y caudillo: víctima de un régimen escolar despótico y caudillo estudiantil del idealismo liberal que renacía.

Ha contado él mismo, en un donoso folleto, las principales incidencias de esta jornada. Ella mostró el temple de un carácter que había de mantenerse con igual firmeza durante el curso de toda la vida; porque «ése es el hombre, observa él. Lo llaman niño, joven, anciano; y creen que todos esos seres han ido sucediéndose dentro de la estructura artificial y prestada en que vivimos. Pero es la corteza sólo lo que muda. La savia que da vida, calor, raíces, forma propia al árbol y a la flor, a la encina y al abrojo, es siempre la misma» (o).

Nada en realidad parece más exacto que ese pensamiento. En aquella ocasión lo rebelaron indignado el servilismo y la injusticia; y nunca después el hombre desmentiría al estudiante de la Academia de Leyes. Su personalidad exhibía ya en la adolescencia los rasgos que en su actuación pública le serían más característicos; y bajo la presión de influjos semejantes, reaccionaría siempre en el mismo sentido. Era la savia que por igual colora al abrojo y la flor. . .

Cuando a fines de agosto se solucionaban las dificultades provocadas por aquellos sucesos, el país entraba en un período de nerviosa agitación política. La candidatura presidencial de Manuel Montt era ya un hecho. El partido liberal, reorganizado después de veinte años de exclusión del poder,—desde que la espada de Prieto lo sepultó en Lircay,—ansiaba más que pretendía recuperar su fugaz predominio con la elec-

(o) B. VICUÑA MACKENNA, *La Disolución de la Academia de Leyes*. Crónica estudiantil. (Valparaíso, 1868). foll. pp. 7-8.

ción de un presidente de la república salido de sus filas. En el criterio de sus hombres, Montt representaba genuinamente el régimen de fuerza que durante esos veinte años había prevalecido, si bien con largos intervalos de laboriosa calma; y significaba algo peor aún, la vuelta al sistema dictatorial de Portales, con sus estados de sitio y sus flagrantes atropellos a las libertades que la Constitución garantiza pero que el gobierno burlaba.

Siguiendo un precedente llamado a convertirse en norma, el presidente Bulnes designaba a Montt para sucederle y se disponía a ordenar su elección en los comicios populares, que de este modo sólo vendrían a ratificar una resolución ya acordada por el poder supremo. A esa intervención, precisamente, se oponía con violencia el liberalismo; pero como la máquina electoral estaba en manos del presidente de la república, los opositores aparecían en este caso sin esperanzas de éxito y sólo arrastrados por la desesperación de la impotencia. Era preciso luchar, sin embargo; y he aquí la hora propicia para la impetuosidad del neófito que tanto anhelaba «hacer algo por la patria».

En la noche del 19 de agosto de 1850, la *Sociedad de la Igualdad*, que había ido desviando su acción cultural hacia el campo de la contienda cívica,—naturalmente contra la candidatura de Montt,—fué asaltada de improviso a garrotazos por agentes del gobierno, en medio de un gran desorden, con el ánimo de intimidar y dispersar a sus miembros. El joven Vicuña Mackenna se había retirado de la asamblea antes de que ocurriese el tumulto; pero desde aquel momento entró a participar en los conciliábulos de los opositores que se organizaban en la capital y en Valparaíso, donde los dirigía su padre. Fué un *corre vé y dile* entre los inspiradores y jefes inmediatos de la resistencia armada que se veía venir en respuesta a la presión electoral que ejercitaba el gobierno. La vida política es hecha sobre todo de pasión; y en estas circunstancias se gastó un fuego hasta entonces desconocido en los movimientos civiles del país; porque la pasión se desbordó en provocaciones de prensa y de tribuna, con una inaudita procacidad de len-

guaje, para combatir la aborrecida candidatura sustentada por los elementos conservadores (p).

En medio de una intensa propaganda, la *Sociedad de la Igualdad* definió en octubre su actitud. Incrementada considerablemente, como consecuencia de la persecución de que era víctima, celebró mítines y organizó desfiles populares, práctica nueva en las costumbres políticas del país, que provocó al principio alguna alarma entre los comerciantes y los pacíficos moradores de Santiago. La atmósfera estaba caldeada cuando el día 14 de ese mes desfiló por el centro de la Alameda una columna de más de un millar de hombres, después de haberse reunido bajo el techo de un viejo edificio ubicado en una de las calles adyacentes. «Iba a la cabeza Francisco Bilbao,— cuenta Vicuña Mackenna,— con su traje favorito de verano, frac azul, de metales amarillos, ceñido al cuerpo, y pantalón blanco de lienzo, esmeradamente planchado (vestido de paz y de cielo como inocente paloma), y llevaba en sus manos con cierta unción de apóstol, a manera de custodia de Corpus, un pequeño árbol de la libertad, que podría tener dos cuartas de elevación y que había sido trabajado de finísima y multi-color mostacilla, no sabemos en qué claustro o taller femenino de la capital» (q).

La última asamblea de la *Sociedad* tuvo lugar el 28 de octubre; y en ella se hizo la siguiente declaración, síntesis de los motivos en que se fundaba la resistencia a la candidatura gubernativa: «*La Sociedad de la Igualdad* rechaza la candidatura Montt, porque representa los estados de sitio, las depor-

(p) En el periódico *La Barra*, a cuya redacción colaboraba Vicuña Mackenna, se decía el 22 de agosto (1850), aludiendo a la posible aunque supuesta intervención del ministro Muxica en el asalto a la *Sociedad de la Igualdad*: «Muxica ha pagado y armado a los asesinos del 19. El grupo de esos bandidos ha salido de la casa de ese ministro-verdugo... El gobierno que paga asesinos para inmolarse a los ciudadanos, es más que asesino; es salvaje, monstruoso, gobierno de bandidos». Y dos meses después, cuando ya la candidatura Montt era un hecho ineludible, el mismo periódico publicaba, con fecha 21 de octubre, un artículo titulado: *Proclamar a Montt Candidato a la Presidencia es autorizar la Revolución*. Entre otras lindezas, en este artículo se decía: «Montt es un tirano conocido, bajo, cruel, sin religión y sin otra patria que el quejido de los que hace sufrir. Montt es el enemigo más declarado del pobre... «Bien se puede beber una copa por la muerte de Pascual Cuevas», dijo Montt. Y si el cráneo de ese republicano lo hubiese tenido Montt, en él habría bebido». Apenas se concibe la posibilidad de imprimir mayores ineptias, (q) *La Jornada del 20 de Abril*, cit. p. 206.

taciones, los destierros, los tribunales militares, la corrupción judicial, el asesinato del pueblo, el tormento en los procedimientos de la justicia criminal, la ley de imprenta, la usura, la represión en todas las cosas a que pueda extenderse, con perjuicio de los intereses nacionales y especialmente con respecto al derecho de asociación».—Tal era la causa que el joven Vicuña Mackenna abrazaba como igualitario y liberal, para combatir en todo terreno la candidatura que simbolizaba ante sus ojos un pasado de oprobio y tiranía. Veía venir la revolución armada; y desde el día de aquella declaración empezó a llevar un *Diario* secreto sobre las conjuraciones en que intervenía y los sucesos públicos de mayor importancia que se iban desarrollando como preliminares de la guerra civil (r).

Bien pronto un motín ocurrido en la ciudad de San Felipe pareció confirmar esas predicciones. Este hecho y la inquietud que se observaba en la capital y poblaciones vecinas, determinaron al gobierno el 7 de noviembre a poner en estado de sitio las provincias de Santiago y Aconcagua. Dos días después el intendente de la primera de estas provincias, por simple decreto suyo, declaraba disuelta la institución popular a que se atribuía la responsabilidad de esos trastornos. «Se prohíbe desde hoy,—decía el decreto intendentil,—la Sociedad de la Igualdad y cualquiera otra de la misma clase». De modo que la bullada libertad de asociación quedaba entregada al buen juicio de un funcionario subalterno. Pero el ministro del interior lo había indudablemente autorizado (s).

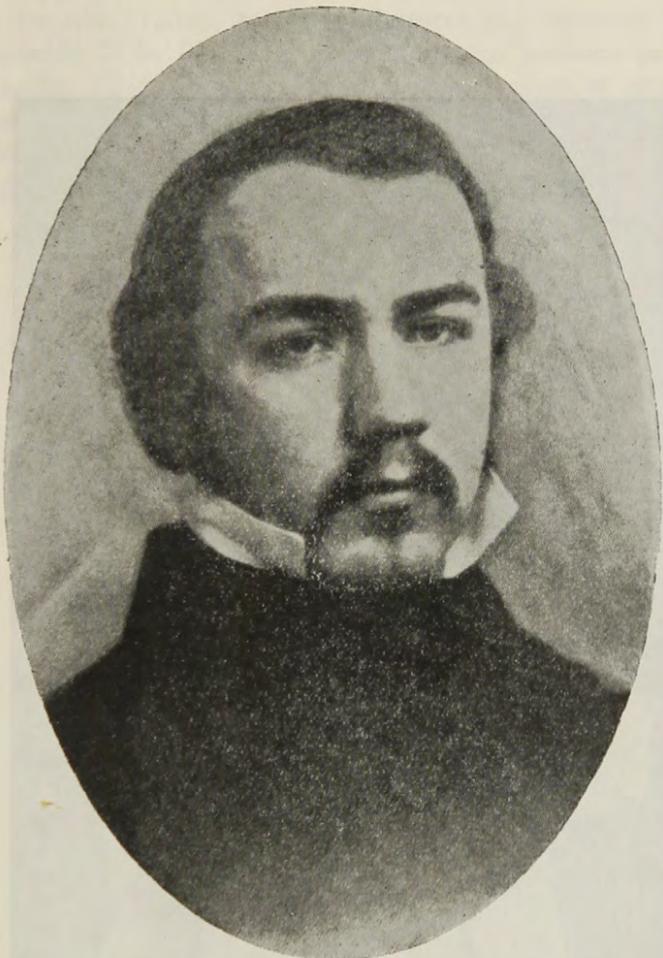
Por lo demás, los diarios de oposición se clausuraron; los corifeos liberales, presos, deportados o fugitivos, no pudieron actuar; el liberalismo quedó totalmente desbaratado por la fuerza de la autoridad en pocos días; la revolución que se anunciaba fué puesta en la imposibilidad de surgir; y aunque lo pretendiera, sus planes resultaron fallidos. Sólo quedaba abierta

(r) Este *Diario*, que empieza el 28 de octubre de 1850 y termina el 17 de abril de 1851, ha sido publicado en la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, t. I. (Santiago, 1911), pp. 161, 449, 583 y sigts.

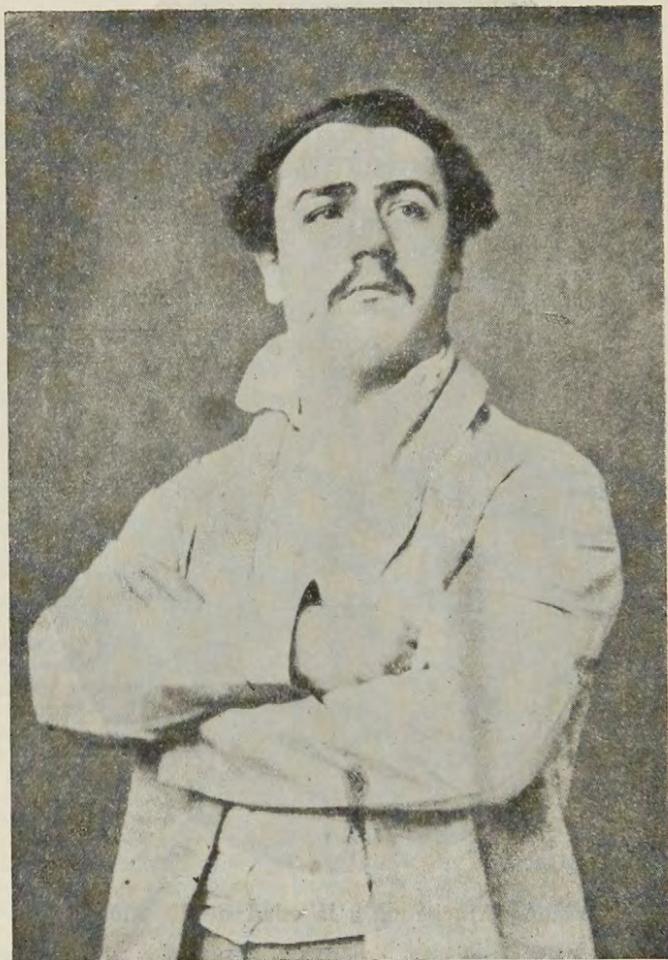
(s) Así se desprende de la comunicación del ministro del interior al presidente de la república, destinada a fundar la declaración del estado de sitio. En esa comunicación se hace el proceso de los acontecimientos últimos y se conmina a la *Sociedad de la Igualdad* con los más severos epítetos. «La prensa, con actividad incansable,—dice el ministro

la vía de la conspiración a largo plazo. Tales eran los tiempos. Y no importaba la calidad de las personas. Precisamente, aquel gobierno estimaba que las mayores responsabilidades de la situación debían recaer en los jefes del movimiento liberal o igualitario; y con la misma fecha 7 de noviembre en que se declaraba el estado de sitio, el ministro del interior dictaba un decreto, que transmitía al intendente de Santiago con el carácter de confidencial, en el que le ordenaba proceder al arresto inmediato de los siguientes ciudadanos: Federico Errázuriz, José Antonio Alemparte, Pedro Ugarte, Bruno Larraín, José Victorino Lastarria, José Zapiola, Rafael Vial, Francisco Bilbao, Luciano Piña, Eusebio Lillo, Antonio Alemparte, Manuel Guerrero, Ramón Mondaca y Ambrosio Larrechea.—

Varas,—ha aumentado día a día la virulencia de sus ataques, no sólo contra las bases de nuestra organización política, sino también contra aquellas en que reposan todas las sociedades humanas. El código fundamental, sus leyes complementarias y todas las instituciones son señaladas al odio del pueblo como la causa de males de que el hombre jamás quizá se verá exento. La propiedad ha sido denunciada como un crimen y los propietarios señalados como delincuentes sobre quienes debía recaer la venganza de las personas menos laboriosas o menos favorecidas por la fortuna. La calumnia derramada sobre los funcionarios, sobre los magistrados judiciales, el clero y las personas honradas y juiciosas, venía a aumentar los motivos de odio y descontento que se tenía ánimo de introducir en el corazón de los incautos. Se ha provocado a la revolución, se ha proclamado el derecho de insurrección, y como si esto aún fuese poco, se ha ocupado la prensa en señalar la manera de conspirar. Todos los males sociales debían remediarse no por las vías marcadas por la ley sino de hecho, por la fuerza bruta, y la palabra revolución ha llegado a ser una especie de ídolo a que han erigido altares algunos hombres inapercibidos, bajo la influencia de perturbadores veteranos en las revueltas y trastornos. La revolución, según aquella prensa, debía ser ejemplar y sangrienta, y las cabezas de magistrados y ciudadanos designados por sus propios nombres, debían servir para aplacar al pueblo. La *Sociedad de la Igualdad* se ha convertido en un foco de insurrección, donde los afiliados se alientan para cuando llegue el momento de obrar, y donde se aleccionan y organizan para la acción. Lo que el público ha conocido de los propósitos de esas sociedades ha excitado la indignación general, y las maquinaciones secretas de parte de sus afiliados van quizá más lejos que el radicalismo feroz predicado por sus diarios... La *Sociedad de la Igualdad* está, pues, amenazando la tranquilidad pública. Sus primeras manifestaciones por las calles causaron una verdadera alarma; y sus reuniones posteriores y el espíritu que en ellas se revela, la han aumentado. La inseguridad es la idea que preocupa todos los espíritus; y un fundado temor de que esa Sociedad, bajo cuyo nombre y amparo se burla la autoridad, provoque a la desobediencia y proclame la insurrección, se desborde y cause en esta capital males irreparables, se ha hecho general. La *Sociedad de la Igualdad* de Santiago a quien la de San Felipe debe su origen, de donde ha tomado su espíritu y con la cual fraterniza, ha precedido a la de San Felipe en atentados análogos. Los principios que allá se proclaman, los actos que allá se ejecutan son imitaciones de los de aquí. Los órganos de esta Sociedad aplauden el motín y convidan a imitarlo. Hay uniformidad de miras y principios, hay uniformidad en los medios que se emplean. Individuos afiliados en ellas han proclamado en alta voz la insurrección, y otros han sido sorprendidos conduciendo elementos de guerra de esta capital para Aconcagua... »



Vicuña Mackenna a la edad de 20 años.



Vicuña Mackenna a la edad de 21 años. (Daguerreotipo hecho en Estados Unidos durante su primer viaje).

Este último era sombrerero y artesanos eran también algunos otros de los nombrados, como fundadores por derecho propio de la *Sociedad de la Igualdad*; pero el mayor número pertenecía a elevadas clases sociales. En el mismo decreto se ordenaba además suspender la publicación de *El Progreso* y *La Barra*, que eran los diarios voceros de la resistencia al poder. Todo pareció por el momento quedar en completa paz.

VI

EL LIBERALISMO ROMANTICO

A pesar del estado de sitio,—y quizás si por su misma causa,—en los últimos meses de 1850 las conjuraciones siguieron su curso subterráneo con actividad febril, en Santiago y en Valparaíso. Agente de todas ellas, con los más delicados hilos de la trama en sus manos, iba y venía Vicuña Mackenna sin reposo. Tal vez por su mocedad no despertaba todavía la sospecha de las autoridades. No sólo en su *Diario* sino en varias de sus publicaciones ha referido él con detalles caseros, sabrosísimos algunos, las peripecias de aquellos sucesos. Entre otros pormenores, recuerda que en el mismo día 7 de noviembre en que se declaró el estado de sitio, dado a conocer ya caída la noche, Francisco Bilbao expuso en su presencia y ante dos conjurados de importancia, que no quería más que se adoptara esa medida para hacer estallar la revolución con seis mil igualitarios que él levantaría al momento, en actitud de protesta contra la opresión ministerial. Pero como ocurrió que junto con la publicación del estado de sitio se dió la orden de arresto contra los más destacados opositores, el propio Bilbao hubo de ocultarse en una casa vecina a la suya, saltando la pared divisoria cuando estaba ya a punto de ser aprehendido. Allí, en ese escondite, logró Vicuña Mackenna hablarlo instantes después, para advertirle que ya era tiempo de levantar a los seis mil igualitarios, en vista de que el estado de sitio acababa de proclamarse.

«Estaba éste sereno y dueño de sí mismo,—cuenta el

infatigable narrador,—pero disfrazado de mujer y tras de las cortinas de una ancha cama de matrimonio, con sombrero de flores de lienzo en la cabeza, por el estilo de los que entonces se usaban en París como en Santiago y que encerraban dentro de un marco todo el rostro. Lo que más extraño parecía era que Bilbao, teniendo la cutis sumamente blanca y limpia, los ojos azules y hermosos y una cabellera profusa hasta la extravagancia, representaba a lo vivo el papel que ahora le cabía, al punto que el airoso triunviro de la tarde me pareció una ruborosa miss inglesa, embarazada un tanto por el exceso de la hora y el sitio de la cita. Fué aquél un encuentro verdaderamente curioso y peculiar, y recuerdo bien que ni uno ni otro de los interlocutores pudo evitar de reírse de la escena.

Por supuesto que nada fué posible hacer en aquella emergencia, de parte de Bilbao ni de nadie; pero el joven mensajero de conspiradores no podía resignarse a que las cosas quedaran así; algo había de pasar, alguna tentativa siquiera habría de manifestarse para resistir el atropello gubernativo y secundar la revuelta de la capital de Aconcagua. Y se echó a andar, movido más por el ansia que por el presentimiento de la agitación que se debería producir. Tal era su inexperiencia. En un cuadro posterior de aquel momento chispean confundidos el tinte local y la ironía.

«Había entrado ya la noche con todo el volumen de su cuerpo y de sus sombras. Las estrellas brillaban diáfanas y temblorosas en lo alto, al paso que unos cuantos muchachos prendían lentamente las opacas linternas del alumbrado de aceite, que habían valido hacía poco al apreciable intendente de la Barra el irrespetuoso apodo de «Miguel el farolero», cuando el narrador de estos contrastes se retiraba del asilo de Francisco Bilbao y se dirigía a la Alameda en busca de otros ecos para su agitación no adormecida por un primer rechazo. En nada parecía alterado el diario vivir de la ciudad. Los mismos raros paseantes, algunas mujeres de mantón, que iban o volvían de la vía sacra; acá un bodegón abierto; en un zaguán indulgente algún bollero con su canasto y su farol; el agudo grito de un vendedor de pasto que volvía a su potrero, —*yerba!*, *yerba!*,—el esquilón de la Catedral tocando la hora

de ánimas, y los vivos como ánimas dentro de sus levitas rondando silenciosos las aceras... He aquí el cuadro vivo de aquella ciudad que parecía muerta. Pero no obstante era preciso siquiera encontrar cooperadores, armas, soldados de la idea y de la libertad.—«La promulgación del estado de sitio debe haber estallado como una bomba en el corazón de los patriotas, decíanos la voz sorda del presagio; los clubs se han congregado; la Igualdad despliega las banderas de sus grupos (y el que esto escribe era secretario del Vº, y guarda su diploma refrendado por la rúbrica mitológica de Bilbao); los ciudadanos marchan, por fin, a cumplir su deber y sus promesas».—Todo esto revoloteaba como un torbellino de fuego en derredor de mis pasos y me empujaba y atraía hacia el abismo. La patria iba a salvarse... Con el corazón henchido de estas imágenes llego al fin a la vasta, sombría y apenas iluminada Alameda, atravieso con pasos acelerados el costado norte del paseo, me acerco receloso a las avenidas, y al fin diviso ¡oh Santiago! formados en batalla, en triples hileras y en larguísimas filas, por la derecha y por la izquierda, cuatro o cinco mil... álamos» (t).

A lo largo de ocho décadas o más y en análogas circunstancias, el fondo de este cuadro ha permanecido siempre el mismo, salvo complicaciones imprevistas en que ha corrido la primera sangre; lo que autorizaría para creer que el carácter nacional, o lo que otros llaman «el alma colectiva», no es un signo nigromántico. Al contrario, parece algo sensible, si bien impalpable como todo lo que emana del espíritu. Somos reposados y fríos, con la serenidad de la montaña que cierra el

(t) B. VICUÑA MACKENNA, *Relaciones Históricas*. cit. t. I. Art. *Cosas de Chile*, pp. 44-7. Por su parte, D. BARROS ARANA, refiriéndose al mismo hecho y al ánimo ficticio de la *Sociedad de la Igualdad*, escribe: «Cuando se esperaba que el día en que el gobierno intentase un golpe de autoridad, aquella asociación se levantaría como un sólo hombre «para derribar a los tiranos», se la veía permanecer inmutable en presencia del estado de sitio. Aquella actitud del pueblo, de que sus presuntos directores no podían darse cuenta cabal, tiene, sin embargo, la más sencilla de las explicaciones. No estaba éste preparado para acoger las doctrinas de una exagerada democracia con que se pretendía agitarlo. La Sociedad de la Igualdad, tan temida durante algunos meses como elemento de desorganización, no había hallado asiento en las ideas ni en los hábitos de las clases trabajadoras, no había desorganizado nada, y desaparecía sin dejar otro recuerdo que el de una frustrada quimera. *Un Decenio de la Historia de Chile*, (Santiago, 1905-6), 2 vols, t. II, p. 505.

horizonte del oriente; somos, si se quiere, un pueblo de orden al que sólo exalta el atropello flagrante y la injusticia extrema; y cuando nada de esto ocurre a nuestra vista, nos sometemos al hecho consumado con cristiana resignación. Hay indudablemente un fondo de apatía en la raza. Y no estaríamos distantes de creer en la herencia social que cada pueblo arrastra consigo, que contribuye a la formación de su ambiente y que condiciona en él la acción individual.

Por lo demás, aquel estado de sitio continuó durante cuarenta días... y cuarenta noches,—fué un diluvio,—con el uso y el abuso de cuanta facultad extraordinaria quiso el gobierno ejercitar. Vicuña Mackenna anota en su *Diario*: «Horrible es la manera cómo se ejercen las facultades extraordinarias. Todos los caminos están interceptados, las comunicaciones son abiertas, aún las del Ilustrísimo Arzobispo, que se ha presentado reclamando contra este inaudito desacato. Han abierto también dos cartas de mi papá, dirigidas a don Bruno Larraín. Los postillones de la posta son desnudados por completo, para registrar si traen comunicaciones ocultas de Valparaíso, y hasta los mismos pasajeros son detenidos y registrados. Vivimos como en una Venecia de los peores tiempos, en que la vergüenza de sufrir tales humillaciones equivale a las torturas materiales de entonces. Dios, que es justo, no puede consentir que esto dure por largo tiempo» (u).

He aquí cómo, ya en la edad madura, en 1878, el mismo joven revolucionario de aquellos días juzgaba ésa y otras análogas suspensiones de las garantías constitucionales: «Una declaración de sitio, conforme a la pauta de Portales, que era la que hasta esa sazón regía, no implicaba sólo la suspensión de las leyes protectoras del ciudadano, sino el desenfreno cruel e impune de todos los agentes de la autoridad lanzados como enojada jauría contra el paria y el leproso que se llamaba opositor. El subdelegado, el comisario de policía, el juez, el ministro, el simple guardián del orden, todos reasumían, en mayor o menor dosis, la soberanía retirada de la circulación como moneda de mala ley; y no había más señor que el agrio bene-

(u) *Revista Chilena de Historia y Geografía*, cit. t. I, pp. 192-3.

plácito de los triunfadores. Los estados de sitio, como las antiguas *lettres de cachet*, que vendían los reyes franceses para encarcelar a los enemigos de sus favoritos o de sus queridas, eran las cartas blancas de todos los despotismos y de todos los desmanes, grandes y pequeños, hechos para martirizar y deshonorar al hombre libre» (v).

Los mismos y aún peores vejámenes soportó la república ochenta años después, durante largo tiempo, bajo el régimen,—que se hizo normal,—de las «facultades extraordinarias», sin ninguna protesta colectiva ni amago siquiera de revolución, hasta que los muchachos universitarios, fuertes dentro de sus aulas, lanzaron al gobierno, en julio de este año 1931, el cartel de desafío ¡LIBERTAD!; y caído el primero en la brecha, los profesionales, sus excamaradas, se les unieron para derribar una dictadura que llevaba a la ruina el país. Si fuese verdad que los espíritus de los muertos rondan en el espacio, no cabría duda de que el de Vicuña Mackenna estuvo entonces con la muchachada y la ayudó a sostener sus más firmes anhelos. Algo de su impetuosidad característica hubo en aquellos arrestos juveniles que él habría saludado con caluroso regocijo. ¡Tanto eran suyos!

La patriótica indignación del joven y del viejo liberal contra la política de fuerza, fué en verdad inquebrantable. La fustigó siempre con saña, desesperadamente; y ya en aquellos angustiosos días de sus trajines de conjurado, vista la nulidad de los intentos para impedir el triunfo de la candidatura Montt, perdida la esperanza del concurso militar y el obrero, clausurado el periódico *La Barra*, desde el cual contribuía a remover el ambiente, alumbraba la aurora de 1851 y estampa en su *Diario* la amarga pero a un tiempo alentadora queja que se va a leer.

«¡Todo concluyó! El año 51 comienza funesto. La patria está perdida, y ya creo ver la horda brutal de los déspotas enseñorearse entre sus ruinas. ¡Miserables ellos, y miserables también nosotros, que no hemos sabido sacudir el yugo! Y yo, iluso, que renunciaba a la tranquilidad de mi vida y a las delicias de un amor feliz, para sacrificarme por una libertad soñada!

(v) *La Jornada del 20 de Abril* cit., pp. 283-4.

Pero aún burlado en todas mis bellas esperanzas, siento que arde en mi pecho una fe incontrastable en el porvenir. Que se alce algún hombre que llame a los que de veras aman la libertad, y yo seré el primero en ir a su lado y en caer atravesado de balas pronunciando tu nombre, ¡oh patria mía!» (w).

La combatividad del animoso niño no sólo procedía de su temperamento; en ella entraban a la vez las sugerencias de la hora que el país estaba viviendo y de sus lecturas preferidas. Ningún libro había ejercido hasta entonces mayor influencia en su imaginación que la *Historia de los Girondinos*; y es muy improbable que algún otro lo ejerciese hasta tal punto con posterioridad. Mucho después recordaba que, allá por los años 1848 a 1850, aquel libro tuvo en Chile, y particularmente en Santiago, una boga inmensa, no superada jamás por libro alguno. Era a sus ojos la obra más perfecta del genio de Lamartine, cuyo estilo proclamaba «único en el presente siglo y tal vez en los que le precedieron»; y siempre hubo en el admirador una tendencia incontenible a adoptar los procedimientos literarios del gran vate francés.

Hubo más aún; al sentimiento estético se unía la pasión por lo heroico y lo abnegado, por el desprendimiento de sí mismo ante la causa de la patria, ante la revolución y las ideas regeneradoras que el libro exaltaba en términos de santificar y hacer deseable el sacrificio de la vida si su sostenimiento lo exigiera. Aquellas reflexiones de las páginas finales no caían en terreno estéril.—«Una nación debe llorar sin duda sus muertos y no consolarse de que una sola cabeza haya sido injusta y odiosamente sacrificada; pero no debe echar de menos su sangre cuando ha sido derramada por hacer surgir verdades eternas. Dios ha puesto este precio a la generación y desarrollo de sus designios sobre el hombre. Las ideas vegetan con sangre humana; las revelaciones descienden de los patíbulos; todas las religiones se divinizan con los mártires. ¡Perdonémos, pues, hijos de los combatientes y de las víctimas! Reconcilié-

(w) *Revista cit.*, t. I., p. 466.

monos sobre sus tumbas para proseguir la obra interrumpida!» (x).

El mismo Vicuña Mackenna reconoce que esas sugerencias llegaban en hora propicia a la juventud de Chile y que la atmósfera política, social y literaria estaba en su punto para recibirlas y hacerlas germinar, con la vaga intuición de un nuevo liberalismo. En los frecuentes ágapes en que esa juventud se reunía, hasta se apropiaba los nombres y papeles de los más destacados girondinos, para distribuirlos en relación con el carácter y las condiciones sobresalientes entre los individuos de su grupo; y así había un Brissot, un Vergniaud o dos hermanos Lameth, frente a un Danton, un Robespierre o un Saint-Just chilenos. Tal era el entusiasmo con que el libro de Lamartine fué acogido aquí durante aquellos días y muy principalmente por el joven conspirador (y).

No se necesita mucho más para comprender la filiación romántica de aquellos espíritus, visionarios de un idealismo transplantado pero henchido de generosidad para con la masa de los humildes, carne de explotaciones seculares y de inveterados apetitos. Todo el campo de las actividades colectivas estaba dominado por esta organización que circunstancias y fuerzas tradicionales habían impuesto y que no era remo-

(x) La obra de A. DE LAMARTINE, *Historia de los Girondinos*, se publicó en París a principios de 1847, fué rápidamente traducida a todos los idiomas y de ella circularon innumerables ediciones, incluso una impresa en Chile en 1853. Con posterioridad y hasta en el presente siglo se han hecho muchas otras. Es, pues, uno de los libros más vulgarizados que se conocen. La cita del texto corresponde al párrafo XVIII del último capítulo.

(y) B. VICUÑA MACKENNA, *Los Girondinos Chilenos*, en *Relaciones Históricas*, t. II, pp. 367-420. «Asistían a esas reuniones, dice, casi todos los jefes del partido liberal, llamado entonces por apodo *igualitario*. Pedro Ugarte, que había juzgado a los garroteros del 19 de agosto en su carácter de juez del crimen; Lastarria, el jefe parlamentario del partido; José Miguel Carrera, que debía ser uno de sus caudillos militares; los dos Bilbao, Francisco y Manuel, sus tribunos; Eusebio Lillo, su poeta; Santa María, su inspirador; Federico Errázuriz, su consejo; Francisco Marín, su honradez; Manuel Recabarren, su firmeza; Juan Bello, su brillo; y por último, entre otros de menos nota, como el que estos recuerdos compagina, Santiago Arcos, que pretendía ser la sombra de aquel club patriótico, empujándolo, por fantasía más que por propósito o intención vedada, a la revuelta tenebrosa de la capa y el puñal, «a la española». Ugarte era el Dantón; Lastarria se comparaba a Brissot; Francisco Bilbao, se decía Vergniaud y Manuel, su hermano, Saint-Just; Eusebio Lillo representaba a Rouget de Lisle; Santa María, a Louvet; Marín era llamado Robespierre; Recabarren se apodaba Barbaroux; Juan Bello tenía su homónimo en Camille Demoulins; Santiago Arcos, por fin, hacía de Marat. No nos dice el autor cuáles eran los roles asignados a Carrera y a Errázuriz, ni tampoco el suyo propio. En cambio recuerda algunos otros nombres y entre ellos el de los hermanos Lameth, adjudicado a Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui.

vible por la sola voluntad de uno o varios hombres; pero ellos miraban de preferencia el aspecto político del impulso renovador y a él subordinaban erradamente los demás. Con Bilbao y Arcos, habían entrevisto también el aspecto social del problema en su sentido más amplio, como que las iniciativas de éstos procedían de la revolución francesa de 1848, explosión del romanticismo libertario que en poco tiempo dió la vuelta al mundo; no obstante, todos se dejaron absorber muy luego aquí por el pulpo de la política y se expusieron a naufragar con él en una odiosa contienda de elecciones que, a medida que se aproximaba, iba adquiriendo más peligrosos caracteres de intransigencia y terquedad.

Las últimas semanas de 1850 transcurrieron bajo una calma aparente. Luego sobrevino el verano, dispersador de los hogares conocidos de la capital; y respecto a la candidatura del liberalismo, se estaba aún en un callejón sin salida. Pero a principios de 1851 los descontentos de la provincia de Concepción consiguieron levantar un hombre con aires de caudillo. Fué el general José María de la Cruz, prestigioso adalid de las campañas de la independencia y de la guerra contra la Confederación que terminó en Yungay. Servía ahora la intendencia de aquella provincia, donde estaban radicados sus intereses, y era deudo inmediato del presidente Bulnes. El 10 de febrero Cruz fué proclamado allí candidato a la presidencia de la república, frente a la candidatura oficial de Montt. En su bandera de político inscribió él «la libertad electoral» y en su corazón de soldado, «el engrandecimiento de la patria». No hizo más declaraciones. Los liberales de Santiago se acogieron, no sin vacilar, a su candidatura y en abril ella estaba reconocida en el país entero. Habría lucha. El general Cruz era para muchos una esperanza de regeneración civil.

¡Ilusiones de los políticos! El gobierno que patrocinaba la candidatura Montt no cejó en el designio de imponerla; y para ello contaba con su influencia incontrastable en la realización del acto electoral. La oposición, por su parte, se veía constreñida a librar la contienda sin expectativa alguna de buen éxito en el terreno de la legalidad; y si pretendía alcanzarlo debía fatalmente recurrir a las armas. Fué lo que de consuno

decidieron la obstinación gubernativa y la exacerbación de las pasiones en el ánimo de sus adversarios. En la madrugada del 20 de abril, un pronunciamiento militar secundado por civiles estalló en Santiago, como epílogo del largo y cauteloso trabajo de las conspiraciones; y después de un confuso y lamentable encuentro con las tropas leales al poder, en plena calle y en la mitad del día, el triunfo se decidió por el gobierno. Doscientos hombres, entre ellos el coronel Urriola, caudillo militar de la revuelta, habían perdido la vida; y los jefes civiles, que eran los del liberalismo, debían sufrir las consecuencias dolorosas de aquella jornada.

Con la decisión y el empuje propios de su temperamento. Vicuña Mackenna había tenido en estas circunstancias una destacada actuación, oculta hasta la víspera,—como mensajero de los conjurados,—pero pública a la vez que fatal durante el día de la prueba. No le tocó batirse, sin embargo; porque, nombrado ayudante del coronel Urriola, frente a las mismas tropas formadas en la plaza central, recibió la orden de ir en busca de otro regimiento comprometido en la aventura, donde halló la traición y fué arrestado.

La revolución fracasó aquel día torpemente, por falta de una sólida organización en sus fuerzas militares y de un plan bien combinado para el ataque; pero falló además por falta de cooperación popular. El pueblo, aun aquella falanje de los «igualitarios», no tomó en la jornada una participación apreciable; apenas si unos cuantos obreros se incorporaron en las filas; y la muchedumbre sólo sirvió de expectadora. El mismo Vicuña Mackenna lo reconoció más tarde, al escribir la crónica de ese acontecimiento. «Al hombre del taller faltábale la cohesión de la idea, el fuego del convencimiento, la razón de su sacrificio, porque aquellos hombres que se veían eternamente supeditados por una clase superior y oligárquica, no se daban cuenta de los intereses a cuyo nombre esa misma clase explotadora les pedía ahora su vida. Por esto, con excepción de cincuenta a cien hombres resueltos, la mayor parte jefes de taller o jóvenes aprendices, el mayor número se resistía evidentemente a nuestra vista a tomar las armas».

Refiere en seguida cómo gran parte de los mismos «igua-

litarios», fué incorporada aquel día en las filas de la guardia nacional, al tocársele generala para que corriese a armarse en sus cuarteles, y cómo esos hombres se batieron a favor del gobierno, del candidato Montt y de sus secuaces, por inconsciente disciplina, y contra la *Sociedad* que los había cobijado, contra Bilbao su apóstol y contra su propia causa política, sin noción alguna de lo que ésta significaba. Y luego añade: «La gran fuerza de los gobiernos, en países como el nuestro, no son las bayonetas, que éstas basta a veces un capitán animoso para volverlas contra el pecho de los que las sustentan; la fuerza verdadera de los despotismos es la ausencia total de ideas, la extenuación de ese vigor múltiple que hace crecer, renovarse, renacer, fortificarse y aún volver a renacer los principios, cuando han sido muertos o anonadados por la fuerza brutal; el calor fundente de los intereses armónicos, que amalgama la voluntad de las masas, como el combustible funde en el mismo crisol los más variados competentes» (z).

Pero la verdad era que ese pueblo carecía hasta de la más incipiente educación para la vida ciudadana y que todos los gobiernos, fuesen conservadores o liberales, prescindían de él en los negocios del Estado y le captaban su voto con iguales artimañas, porque estaban convencidos de su inconsciencia para usarlo; de modo que combatir por la libertad electoral, exigiéndosela al que estaba en el poder a sabiendas de que el partido que lo asumiese denegaría a su turno la misma libertad al adversario, no era leal ni siquiera excusable; y mucho menos era honrado llevar al sacrificio a esa muchedumbre en aras de un ideal que no comprendía ni le aprovechaba. En este sentido, el mismo mozo conspirador y revolucionario había de rendirse después a la evidencia y declarar que todos los gobernantes de aquel tiempo, cualquiera que fuese su partido, procedían de igual manera para arrebatarse al pueblo su soberanía, o sea, su sufragio. Copiamos en seguida su paladina confesión, a propósito de las captaciones de votos que el gobierno de Bulnes llevaba a cabo esta vez en la capital y en las provincias, para afianzar la candidatura conservadora, como en otros años lo había hecho a favor de los liberales.

(z) *La Jornada del 20 de Abril* cit., pp. 518-9 y 589.

«Hácese un llano deber de sometimiento a la verdad manifestar aquí que en muchas ciudades, como en Santiago y en Talca principalmente, la oposición habíase adueñado, en el tiempo en que era poder, de las calificaciones de la guardia nacional, por medio de los comandantes que habían sido nombrados durante el ministerio Vial. De modo que lo que en realidad existía era mucho más abominable que los actos sin freno de una intervención aislada: era el choque de dos intervenciones que constituían en sí mismas la negación más absoluta del derecho público de un país que no ha vacilado en llamarse en la carátula de sus leyes republicano y democrático» (aa).

Se vé, pues; cuán deleznable eran los motivos de aquellas enardecidas luchas de mediados del siglo XIX, cuando para sostenerlas se batía el estandarte de la libertad electoral, derecho que sinceramente ningún gobernante ni partido estaban dispuestos a otorgar desde el poder y sí muy llanos a exigir desde la oposición, invocando la soberanía del pueblo y los principios de la democracia. Pasiones e intereses personales, viejas odiosidades y rencillas, con mezcla de un grano de idealismo puesto por la inexperiencia y la abnegación de la juventud, tales eran los móviles de aquella política de batalla que iba a parar muy pronto, para afrenta suya, en los estados de sitio y en la conculcación de las más caras garantías, como consecuencia de la inquietud constante en que se mantenía al país en nombre de un imperativo teórico que nadie en el fondo se hallaba dispuesto a respetar.

Lo que pasaba entonces realmente era que las familias de la oligarquía colonial, republicanas todavía a medias, se disputaban el honor de dirigir el Estado, junto con ejercer las influencias que ello trae consigo; comprometían en su lucha a los elementos conscientes de la sociedad; e invocaban el nombre del pueblo para justificar sus pretensiones. Aparte de su ambición de mando, las dividía y agrupaba en partidos su diferente concepto de los intereses públicos, en el sentido de una evolución lenta o de una evolución acelerada del conglomerado social; pero sin que ello significara una diferenciación de pro-

cedimientos políticos, que era lo que en sus contiendas hacían aparecer. Se reservaban expresar en cambio las verdaderas fuerzas psíquicas que las movían. Tal era la política llamada de círculo, o de familia, diríamos mejor; la misma política oligárquica que ha imperado durante un siglo y que tiende a continuar aún, semi adaptada a las exigencias de los tiempos.

Envuelto por la corriente liberal, que era su herencia y su orgullo desde la niñez, Vicuña Mackenna participaba en todo y por todo del idealismo de aquella juventud que formó la primera generación republicana, porque tendía a plasmar en moldes democráticos el nuevo Estado, aunque hubiese de comprender que su obra, más que a ella, le pertenecería al porvenir. Pero él era sincero en su actitud política. No reflexionaba aún sobre el medio en que actuaba y no podía explicarse que la democracia y la república estuviesen divorciadas en Chile por obra de una estructura social que habían labrado los siglos y que no se corregiría sino con los siglos también.

Dependientes las clases laboriosas, por su origen indio, de unas cuantas familias dueñas del suelo y los negocios, que descendían de los encomenderos coloniales, la igualdad civil y política entre estas familias y aquellas clases era utópica. A tal igualdad se oponían de consuno factores permanentes de índole moral, jurídica y económica, que las traían diferenciadas desde los principios de su existencia. El gobierno estaba aún exclusivamente en manos del grupo superior, por derecho de conquista; y así había de seguir ese estado de cosas durante muchos años, durante generaciones enteras, mal que pesara a los visionarios pipiolo de 1828 y a sus continuadores de mediados del siglo. Entre estos últimos, ya Bilbao lo había reconocido en su protesta de juvenil arrojo, que fué *Sociabilidad Chilena*, y Lastarria no había sido menos explícito en sus *Investigaciones* sobre las modalidades sociales que impuso en Chile la dominación española.

También Vicuña Mackenna lo reconoció más tarde, en uno de sus escritos de mayor viveza. «Había entonces juventud, decía, si bien es cierto que no había pueblo, como no lo hay todavía (1876); pero aquella lo suplía todo. Era una gene-

ración ilustrada, laboriosa, susceptible de fe en las creencias y de aspiraciones altas en los hechos» (*ab*). Seguramente lo era; pero las masas populares, sangre y nervio de una democracia, estaban aún por venir a tomar parte en la vida política. Hoy mismo, todavía no llegan; y llevamos más de un siglo de régimen republicano. Porque no sería leal sostener que nuestro pueblo hace actualmente libre uso de la soberanía cada vez que se le llama a emitir su voto, puesto que lo entrega a la subasta de miles de agentes corrompidos y corruptores; a menos de que se crea que en tal coyuntura el billete de banco no es más que una forma de convencimiento... Como quiera que ello se mire, el cohecho será siempre la marca de oprobio que el amo sigue grabando sobre las espaldas del siervo secular.

Es indudable que aquel liberalismo se proponía la reforma política en el sentido democrático; pero no es menos cierto que su error consistía en imaginar que ésta podía conseguirse con sólo corregir las líneas del derecho público, que nunca fueron más que una derivación de la estructura social subyacente, sin cuya reforma la otra fué siempre un vano empeño, cuando no una mentira o una quimera. El caso era ahora que la psiquis colectiva, determinada por la jerarquización de raíces ancestrales, no permitía borrar las subordinaciones de clase, incompatibles con una verdadera democracia. Las masas eran todavía poco más o menos la misma servidumbre de las encomiendas, cuya sumisión continuaba bajo distintas formas pero sin alteración en el fondo. La oligarquía gobernante no se diferenciaba mucho, a su vez, de los antiguos encomenderos, habituados a imponerse sobre las indias con la argucia o la violencia que las circunstancias requerían. Aún en el siglo actual, cuando una tercera generación se ha sucedido en el poder y cuando son tantos los progresos de todo orden alcanzados, la supervivencia de aquellas condiciones reaparece y repercute constantemente en la vida pública.

Conviene tener en cuenta, sin embargo, que sólo la perspectiva histórica permite observar tales anomalías y que los

(*ab*) *Relaciones Históricas*, t. II, p. 370. Art. cit. *Los Girondinos Chilenos*.

hombres que a pesar de ellas y contra ellas combatieron en ese tiempo, bien han merecido el dictado con que se les honra, de fundadores de una nueva y más amplia política, cuyo desarrollo intermitente continúa aún. No hay duda de que eran rebeldes e ilusos, pero padecían de una generosa ilusión. Románticos en literatura, inspirados al calor de los sacudimientos europeos de 1848, sentían a través de los mares las palpitaciones de la libertad y la república, y soñaban con su perfecta implantación en el suelo de la patria, donde una autoridad recelosa y omnímoda ejercía el poder y donde dormía el rebaño de un pueblo sin tradición ninguna de civismo y sin mayores exigencias de asimilarse a las formas avanzadas de organización constitucional. No era suficiente decirle a este leproso «levántate y anda», para que el milagro se repitiera en él; se necesitaba un largo período de educación y un cambio completo en la estructura económica del país, para ponerlo en aptitud de adquirir la personalidad que en principio se le reconocía pero que en el hecho se le negaba, porque la realidad ambiente era más sólida e inamovible que todas las ideas.

Sin embargo, como quiera que a esos hombres los juzguemos hoy, en ellos se confirma el ya viejo aforismo,—a menudo tan olvidado,—de que la fuerza evolutiva de una sociedad se mide por la proporción de sus rebeldes. Siempre son pocos; si se quiere poquísimos; pero son los sembradores de nuevas verdades, cuya cosecha harán otros hombres en el porvenir; es probable que tardíamente; lo seguro es que la harán; y así cada generación empuja el carro hacia mejores destinos. Aquéllos son sus benefactores, los que le han dado impulso con su crítica y disconformidad. También son a menudo sus mártires. El conformismo es la quietud y la estagnación. La rebeldía o el no conformismo fué siempre germen de progreso e indicio de vitalidad. Cierto es que a veces confina con la utopía y la insania; pero entonces la colectividad concluye por extirpar al inadaptado como un absceso o por atribuirle apenas una significación artística, sin contacto alguno con las realidades.

Hay, sin embargo, tantas formas de rebeldía como procedimientos de hacerla sentir. Sin desconocer el problema social

que tenían delante y por el contrario, tomándolo en un principio con el interés que merecía, aquellos hombres prefirieron al fin actuar en sentido político, acaso porque les pareció lo más urgente. La posteridad,—una posteridad tan próxima a ellos que se confundió con ellos mismos,—recogió los frutos de sus valerosos esfuerzos. En definitiva impusieron su liberalismo; con el auxilio del tiempo triunfaron; pero el problema social quedó en pie, aunque aliviado en mucho de su peso en cuanto se relacionaba con el problema político. Fué su suerte y su error.

Si contener la acción del gobierno dentro de límites más definidos, en lo que concierne a las libertades públicas y a las garantías individuales, era necesario, no lo era menos,—y tal vez lo era mucho más,—levantar el nivel económico y cultural del pueblo mediante una labor bien dirigida, continuada y serena; hacer obra de socialización y de justicia humana en el fondo del mestizaje semi bárbaro y en las clases intermedias que recién comenzaban a interesarse en la dirección del país. Eso habría sido a la postre de mayor eficacia para la sociedad. Sin duda pensaron hacerlo, pero desde el poder; y la constante disputa por la posesión de éste mismo no les dejó tiempo para preocuparse seriamente de aquella exigencia apremiantísima; la pospusieron, empañaron su clara visión de los primeros días y comprometieron las ventajas de su propio triunfo. En suma, iniciaron una política de estricto derecho y lograron dominar todo su campo, pero postergaron la verdadera política que las circunstancias reclamaban y que el desarrollo histórico exigía; postergaron la política social. Que hicieron bien es innegable, pero durante largos años privaron al país de un bien mayor, que acaso debió ser el primero de sus bienes.

La exaltación individualista exageraba los beneficios de la libertad; y semejante concepto procedía, como los otros, de un residuo romántico. Dentro del Estado, el individuo lo era todo y el gobierno, apenas una garantía. Los derechos pertenecían al hombre y al ciudadano, y el gobierno sólo estaba para hacerlos respetar. De este modo, cada cuál expansionaría su propia existencia hasta el máximo de sus facultades

y en ello fincaría su felicidad. Libre como el ave, bien pudiera «en cualquier parte fabricar su nido y a cualquier hora atravesar el viento». Y se olvidaban de la sociedad, que también tiene sus derechos, porque en ella nacemos, de ella vivimos y sin ella no podríamos vivir; de la sociedad, fuente de todo nuestro ser y último objeto de nuestros afanes. No admitían nada de opresión; pero no ofrecían a la vez sino muy poco de solidaridad.

Desconocían la tendencia uniforme de todo gobierno a asumir el máximo de poder a sus alcances y vapuleaban al suyo porque lo asumía. «Es imposible, observa Faguet,—con demasiado énfasis quizás,—que un gobierno, cualquiera que él sea, no se persuade de que existe un inmenso peligro social en que él no lo absorba todo dentro del Estado; es imposible que un gobierno, cualquiera que él sea, no se crea dotado de infalibilidad; es absolutamente imposible que un gobierno, cualquiera que él sea, no mire como *contrario a él* todo lo que está *fuera de él*; es imposible que un gobierno, cualquiera que él sea, no considere como «un Estado dentro del Estado» todo lo que tenga un mínimo de autonomía en el Estado. No hay un gobierno liberal. Nos equivocamos a veces; porque vemos gobiernos bastante respetuosos, no de los derechos del hombre, que no existen, sino de los «derechos adquiridos» que pertenecen por prescripción o por estatuto legal a los ciudadanos, a las asociaciones, a las ciudades o a las provincias. Pero esto es un error. En tales casos, no es que el gobierno sea liberal, sino que los ciudadanos no le permiten ser autoritario. El gobierno toma entonces como honra suya lo que no es más que su impotencia, y de la necesidad hace una virtud. Pero por lo mismo (¿y cómo podría ser de otro modo?) es tan opresor cuanto puede serlo. Hasta el gobierno de Estados Unidos es autoritario; sólo que se resigna a no ejercer su autoritarismo» (*ac*).

Estas reflexiones, tan netamente expresadas, se confirmaron una vez más en el caso que nos ocupa. Así como el mismo Vicuña Mackenna reconocía que cuando los liberales pasa-

ron por el gobierno en el ministerio Vial se captaron las cédulas de los electores para hacer un congreso a su sabor, de igual manera, cuando preponderaron más tarde, fueron también arbitrarios en las elecciones, a tal punto que ni siquiera a él lo respetarían en algunas jornadas; y si ejercieron desde el poder una autoridad menos dura, y reformaron la constitución, y afianzaron las garantías individuales y defendieron las libertades públicas, fué en primer lugar porque éste era su programa y su razón de ser, y en segundo lugar, porque ya la conciencia de las clases superiores no permitía que se hiciera otra cosa. El progreso social espontáneo había venido en ayuda de su ideal político; pero, de todas suertes, no sólo mantuvieron sino aún ensancharon la órbita de la acción gubernativa. El subjetivismo sistemático de los luchadores populares se mitigó así en el gobierno y echaron un velo piadoso sobre el romanticismo libertario para ser estadistas, cada uno en su oportunidad.

El anheloso despertar de la juventud del medio siglo se resolvió, pues, en el culto de la libertad, como una reacción contra la política imperante, contra la mentalidad que la informaba y contra el estado social que regía. Sus individuos más impetuosos no vacilaron en acudir a la conspiración y a la revuelta, para abrirle paso al derecho nuevo que tan decididamente propiciaban. El liberalismo se sometió entonces a la prueba de fuego de los combates, de los calabozos y de las proscripciones; tuvo su martirologio y sus víctimas: fué hasta en sus actitudes romántico. Pero, llegada con el tiempo la hora del triunfo, conservó intacta la estructura social subyacente y los mismos métodos que, en función de ella, los adversarios usaban. Como incurriendo deliberadamente en la sabia prohibición evangélica, «puso su vino nuevo en odres viejos»; y sólo significó un avance en la evolución política normal, como el romanticismo lo era en las cosas del espíritu,

Vicuña Mackenna guardó para sí, es cierto, su ingénita simpatía por el campesino abandonado a la barbarie, por el apire transformado en bestia, por el roto vagabundo sin techo ni hogar, por la pobre mujer oprimida, por el obrero

laborioso pero torpe y rudo,—víctima de explotaciones arteras, —por los desgraciados de todas las castas; pero eso era más bien el bagaje de un sentimentalismo difuso, antes que el norte de una acción continua que hubiese requerido numerosos colaboradores. No los tuvo ni podía tenerlos, porque su generación no los daba. Honra suya fué, sin embargo, el haber comprendido desde la primera edad el hondo problema que esas miserias entrañaban, para un pueblo en formación y apenas en camino de civilizarse, y el haber amado siempre a ese pueblo para auspiciarle, desde la hoja impresa y la tribuna, las reparaciones necesarias, no sólo en el derecho sino también en el trabajo y en la vida.

LA CAMPAÑA DEL GUERRILLERO

La tea encendida en las calles de Santiago el 20 de abril de 1851, no se apagó con la derrota y dispersión de los rebeldes. Lejos de eso, las odiosidades se exaltaron hasta hacerse irreconciliables y las conjuraciones siguieron, bajo el estado de sitio que naturalmente decretó el gobierno y al calor de los procesos incoados para definir responsabilidades. El candidato Cruz, mientras tanto, nada tenía que ver con estas belicosas aventuras de sus amigos de la capital; pero, en todo caso, significaba un peligro por la actitud disconforme que también podía asumir; y fué llamado por el presidente de la república a Santiago, desde Concepción donde se hallaba. La medida resultó de lo más inconveniente para la paz y el orden que había el deseo de consolidar.

En los meses de mayo y junio, el general Cruz fué en Santiago una especie de condensador de las iras y recriminaciones que la campaña electoral por una parte y los dolorosos sucesos recientes por otra fomentaban con el mayor encono. Estudiantes, artesanos y políticos de la oposición lo visitaban constantemente, para granjearse el apoyo de su espada contra la presión gubernativa en el acto electoral; damas de la alta sociedad, en un silencioso desfile de luto, llegaron hasta su domicilio, para rogarle hiciese pesar sus influencias a favor de una amplia amnistía, estimada como prenda de tranquilidad en medio de la desolación o el abandono de tantos hogares; entre los perseguidos y los descontentos, su nombre

pasó a ser una enseña de combate, porque se le sabía prestigioso y fuerte en la opinión y en las guarniciones del Sur; y la excitación llegó al colmo en torno suyo cuando se divulgó, con visos de verosimilitud,—que a la postre resultaron sin fundamento,—la existencia de un complot fomentado por secuaces de la política gubernativa para asesinarlo. Los tiempos eran tenebrosos; y en esa atmósfera de irritaciones se iba cargando otra vez la tempestad de la revolución y la guerra civil.

Hecha a fines de junio la elección presidencial y proclamada al mes siguiente la abrumadora mayoría del candidato Montt—como no podía ser de otra manera,—los liberales vencidos en las urnas continuaron en su empeño de sostener la ilegalidad de todo lo obrado; ya que a sus ojos aquella parodia de comicios, celebrada a discreción de la autoridad, debía estimarse totalmente nula. Caudillos repartidos al norte y al sur fueron a agitar las provincias, para levantarlas contra el presidente electo y el gobierno que lo había patrocinado. El general Cruz estaba en julio de vuelta en su provincia, la cual le había dado la unanimidad de sus votos; y allí lo aguardaba desde el mes de mayo Pedro Félix Vicuña, quien se había trasladado de Valparaíso a Concepción con el secreto pero decidido propósito de ganarse voluntades para el pronunciamiento y disuadir al general a encabezarlo.

Mientras el antiguo y tenaz conspirador lograba esos intentos, su hijo Benjamín, evadido en Santiago con disfraz de mujer de la prisión en que había caído el 20 de abril, se encaminaba apresuradamente y por tortuosas sendas hacia el norte, al lado de José Miguel Carrera Fontecilla, hijo del prócer de su mismo nombre y evadido de la prisión también. Ambos fueron a sentar sus reales en La Serena, de acuerdo con los conjurados que en Santiago tenían ya resuelta la revolución armada. Empezaría ésta por sacudir a las provincias; y tal venía a ser, con respecto a Coquimbo, la misión encargada a Carrera, en la que había de secundarlo el joven Vicuña con la fe y el ardor de su inexperta mocedad.

Ocurrían estos sucesos en los primeros días de julio de 1851; y a los dos meses de permanencia en La Serena, aquellos

prófugos de los rigores políticos de la capital, ocultos y conspirando a toda hora, conseguían realizar el pronunciamiento revolucionario del 7 de septiembre. La base de operaciones había sido allí la *Sociedad de la Igualdad*, corresponsal de la disuelta en Santiago en noviembre del año anterior. La guarnición, ganada a la revuelta, había fraternizado con el pueblo. Después el intendente,—a quien además se arrestó,—Carrera se puso en su lugar y fué reconocido jefe de la provincia y caudillo del movimiento. Vicuña Mackenna lo acompañó ese día como capitán ayudante y como secretario civil. La consigna obedecía a las voces de *¡Viva la República! ¡Viva la Igualdad!*

En actas y proclamas se insistía en justificar el trastorno con la elección presidencial de Montt,—hecha por el gobierno falseando el voto popular,—con la opresión política de dos largas décadas durante las cuales el régimen republicano había poco menos que desaparecido y con la necesidad imperiosa de reformar la constitución de 1833, baluarte de los atropellos a la libertad y la democracia. En una de las proclamas se decía: —«Marchemos al término con el valor que da la justicia de la causa nacional. Si se nos presenta la muerte, no creáis que nos arrebathe la victoria. Delante de ella, seremos más esforzados. Cumplamos la misión de salvar la patria, de legarla libre a las generaciones venideras. Morir antes de abandonar el campo de la gloria, ¡he aquí nuestro deber!».—No cabe duda de que la pluma del osado muchacho trazaba las líneas de esas exhortaciones. La muerte por la libertad, por la patria, por la gloria, ¿qué más podía ambicionar un romántico girondino de veinte años?

Pero la falta de jefes militares para dirigir la ocupación de toda la provincia de Coquimbo y extender el pronunciamiento hasta Copiapó por el norte y Aconcagua por el sur, determinó su salida de La Serena al día siguiente de proclamada la revolución. Iría en campaña hacia el sur, para incorporar a la nueva causa los departamentos de Ovalle, Combarbalá e Illapel y ponerse en contacto con los opositores al gobierno en la provincia limítrofe, que ya antes había sido el foco de análogas sacudidas. El capitán ayudante sería ahora teniente coronel graduado; amo y señor de media provincia;

y comandaría pelotones de tropas bisoñas y harapientas,—por no decir semi desnudas,—sin otra disciplina que la de mon-toneros.

Sale de La Serena con trece hombres, montados a pelo de sus cabalgaduras. El pueblo de Ovalle se decide por la revolución y lo aclama. Allí incrementa su tropa con voluntarios de la guardia cívica, constituye nuevas autoridades y avanza sobre Combarbalá, donde tampoco se le opone resistencia porque las autoridades han huído, pero se le recibe fríamente, con las calles solitarias y el caserío cerrado. Organiza, a pesar de eso, el gobierno local y sigue rápidamente hacia Illapel. Aquí se le acoge con bullicioso entusiasmo y establece su cuartel general; recuenta la tropa que descansa, revisa su equipo, armamento y municiones,—todo lo que, por la cantidad y la calidad, es irrisorio,—arbitra recursos para formar un parque de aprovisionamiento y se dispone a combatir contra cualquiera división enemiga que se le presente. No van más que ocho días de campaña, sobre ásperas cuestas y accidentados valles, recorriendo leguas de leguas de suelos sin agua ni cultivo, bajo el caliente sol primaveral.

El vecindario de Illapel, representado por sus cabildantes, se prepara para celebrar dignamente el aniversario de la patria. Es el 16 de septiembre y no tiene gobernador, porque el titular ha abandonado el pueblo ante la aproximación de las fuerzas revolucionarias. El jefe de la expedición ofrece el cargo a uno y a otro de los próceres locales y nadie lo acepta; el ambiente es tímido; hay vacilaciones y zozobras. El mismo se ve obligado entonces a asumir el gobierno departamental y es reconocido con los honores de costumbre. Se le hace también jefe del batallón cívico y queda así transformado en un pequeño dictador. Llega la noche y no tiene todavía una cama en que descansar sus fatigados miembros; pero, conseguida la cama, tras afanosas diligencias, al otro día se halla en el apuro de que tampoco tiene ropa con que concurrir decorosamente a las ceremonias oficiales del «Dieciocho», en cuya víspera está. Debe organizar el programa de las fiestas, asistir a un solemne oficio en la iglesia parroquial, ofrecer una recepción y preocuparse de que todo aquello se desarrolle en medio del regocijo público, sin que

se perturbe el orden ni se comprometa el rigor disciplinario de sus tropas, las cuales, a todo esto, se han instalado allí como han podido.

En medio de tantas cosas como ha de atender, en sus ocupaciones militares y civiles, la de procurarse una indumentaria decente a la mayor brevedad no es la de menos importancia, en aquella polvorienta pero ceremoniosa villa, donde no hay mercado de esta especie y donde la respetable tradición exige que cada cual exhiba el día de la patria el concho de su baúl; con mucha más razón el representante de la autoridad. Es preciso, sin embargo, salir de cualquier modo del apuro. Pide aquí y pide allá, en préstamo a los vecinos, un pantalón, una casaca, un sombrero, un corbatín, unos guantes, y secuestrando el único sastre de la localidad para que se ponga incondicionalmente al servicio del señor gobernador, por fin se obtiene lo más indispensable; y nuestro mozalbete inicia las fiestas del gran día con su presentación en el solemne *Te Deum*. Sereno y garboso, es conducido al templo por los cabildantes y escoltado por el batallón cívico en traje de parada, al cual precede la banda de músicos que toca la marcha alusiva de su repertorio. Las campanas repican a arrebató; se hacen las salvas de ordenanza; y en medio de aquel ruido que estremece el aire, el señor cura, revestido de sus paramentos de gala, sale a la puerta principal a recibir al mandatario con su comitiva; pone en sus manos un hisopo de agua bendita y le dice: *dígnese Su Señoría bendecir el templo...*, a lo cual el señor gobernador responde salpicando los muros y el atrio.

Una vez en el interior, le fué señalado su sitio, al centro de la nave, frente al altar. Era un amplio sillón de terciopelo rojo, a cuyos pies se extendía un cojín de seda color púrpura, guarnecido con franjas de oro. A ambos lados y en hileras estaban los sillones que ocuparon los miembros del cabildo. De todas partes la concurrencia se movía, curiosa de conocer al cabecilla rebelde; y a través de los mantones y los velos, muchos ojos atrevidos o lánguidos se clavaron en él, mientras se oprímían el pecho y sus flancos las beldades de la sociedad lugareña.

Provisto de un gran cirio que adornaban cintas y flores,

el invitado permaneció gravemente en su asiento de honor, presidiendo aquella ceremonia religioso-patriótica, hasta la mitad del día, hora en que se le puso término y él salió con los concejales, bajo la humareda de una última salva. Por uno de esos caprichos de la suerte, a esa misma hora o con diferencia de minutos, Montt, el odiado Montt, asumía el poder de la república, con parecidos aunque por cierto mucho más grandiosos homenajes; y el guerrillero estaba allí arrebatándole un jirón de su victoria.

En efecto, las fiestas que en Illapel siguieron durante el día y la noche, lo mismo que la que acababa de verificarse, se venían preparando desde algunas semanas, para celebrar la asunción del nuevo mandatario supremo. Así también en todo el país. La solemnidad y el entusiasmo con que Vicuña Mackenna quiso que se llevaran a cabo las de Illapel serían, por el contrario, en su pensamiento, un buen augurio para la revolución. Nada faltó por eso de lo acostumbrado. Hubo carreras, globos, concurso en la plaza, fuegos artificiales, recepción en los salones del cabildo, música y animación popular. El costo de las fiestas corría casi totalmente a cargo del municipio. El flamante gobernador se mostró económico y el gasto fué sólo de 303 pesos, conforme a un presupuesto que él mismo autorizó en aquella fecha y dió años después a la publicidad, como uno de los actos más honorables de su breve período de mandatario departamental (*ad*).

Pero las lisonjeras esperanzas del arrogante montonero fallaron muy pronto. Fuerzas de líneas y de equipo liviano, destacadas por el gobierno desde San Felipe el mismo día

(*ad*) No carece realmente de sabor lugareño aquel presupuesto; es un rasgo de las costumbres de la época y de la manera cómo las autoridades entendían en cada pueblo su participación en las fiestas con que se conmemora el aniversario de la independencia nacional. El sentido histórico de Vicuña Mackenna lo indujo a conservarlo en copia, cuando cualquiera otro con criterio vulgar no le habría atribuído la menor importancia y hasta habría creído ridículo preocuparse de él. He aquí el detalle financiero de aquellas fiestas illapelinas de 1851. *Presupuesto para los gastos del 18:*

Honorario al cura.....	\$ 50
Fuegos artificiales.....	104.2½ reales
Premio de 1.ª carrera de 4 caballos.....	17.2½ >
Premio de 2.ª carrera de 4 caballos.....	8.5 >
Un rompe cabeza.....	10

18 de septiembre, en número de unos 250 hombres, se dirigieron a Illapel para rescatar la villa y el departamento de manos de los rebeldes. El jefe revolucionario no tuvo noticias de este hecho sino cuatro días después, cuando esas fuerzas ya habían pasado por la Ligua y vivaqueaban en Quilimarí, a cortas jornadas de su campamento. No se había él dormido, sin embargo, en la preparación y equipo de sus hombres; pero por mucho que fuera su empeño, el retraimiento hostil de algunos hacendados de los alrededores y la escasez de recursos en la localidad no le habían permitido reunir más de unos 172 jinetes a medio armar y unos 150 infantes fusileros; tropa colecticia procedente por parcialidades de los tres departamentos que había ocupado.

Previas las escaramuzas de rigor, el encuentro se produjo en la madrugada del día 25 de septiembre, a la vista del caserío de Cuzcuz, junto al río Illapel, a unos cuantos kilómetros del pueblo. En pocas horas la derrota de los revolucionarios fué completa. Su caballería se había desbandado a la vista del enemigo, sin entrar siquiera en combate, y la infantería no había mostrado mucho más arrojo. El jefe miliciano, fugitivo, como una gran porción de los suyos, corría solo hacia el norte entre un laberinto de sierras, hasta llegar a Ovalle al cabo de tres días. Allí se situó el cuartel general con el grueso de las tropas que marchaban desde La Serena.

Pero no pararía en el pueblo de Ovalle su mala ventura. A principios de octubre, el ejército de Coquimbo se movió hacia el sur y en él vino incorporado el sufrido guerrillero.

Un globo.....	18.2½	>
Diario al batallón cívico.....	32	
Unas onces el 19.....	54.4	>
Hechura de un tablado.....	2	
Género para cubrir el anterior.....	3	
Pintura del género.....	3	
Total.....	\$ 303	

B. VICUÑA MACKENNA.—*Historia de los Diez años de la Administración de D. Manuel Montt*, antes cit., t. I. p. 142. Todo este volúmen está consagrado a referir los sucesos de la revolución de Coquimbo; y es ni más ni menos que una crónica autobiográfica del autor.

En marchas y contra marchas esa fuerza perdió su tiempo y su ánimo, sin armamentos ni municiones suficientes, sin disciplina ni organización para sostener una firme campaña y sin un plan bien definido del comando superior para las operaciones de conjunto. Este comando estaba dirigido por José Miguel Carrera, en unión de algunos jefes de más edad y experiencia que las suyas; pero el joven caudillo era solamente la resolución y el denuedo, no la táctica ni la pericia; y sobre todo, carecía de pertrechos de guerra y de arbitrios para proporcionárselos.

Entonces el imberbe gobernador de aquellos desolados parajes aprendió que las revoluciones armadas sólo tienen dos elementos de triunfo: la audacia y la celeridad; que en ellas «dudar, detenerse, retrogradar, equivale a la muerte por inanición»; y que, «perdido el primer arranque de los espíritus, la incertidumbre los turba y el temor los anonada». La revolución tiene además sus prerrogativas. «El levantamiento que se hace en un cuartel es un motín; el motín que se hace en la plaza pública es una revolución; y cuando una revolución invade, es un derecho; cuando ataca, es un poder; cuando vence, es la ley, es la nación, es la patria». Tales reflexiones le sugería aquella campaña de desesperación en que todo, hasta la naturaleza, parecía estar en contra. He aquí uno siquiera de sus múltiples y deplorables aspectos.

«A las doce de la noche el campo se puso en movimiento en dirección a la cuesta de las Palmas, a cuya falda septentrional estábamos. La marcha fué espantosa. La montaña era áspera y encumbrada; el sendero, tortuoso y casi invisible en la profunda obscuridad de aquellas horas; una extraña y densa electricidad hacía tan compacto el aire como una muralla de acero, que redoblaba el cansancio y cargaba los párpados con un sueño invencible; las mulas de carguío rodaban en la obscuridad y obstruían de trecho en trecho la senda practicable; los soldados cedían a la fatiga e iban tirándose entre las rocas en grupos considerables, que se negaban resueltamente o evadían la orden de marchar; los oficiales mismos descendían de sus caballos, sin poder resistir aquella somnolencia eléctrica que aletargaba como un narcótico; y de tal manera se

hacia esta jornada que, cuando después de cuatro horas de camino avistamos la cumbre del cordón, podíamos contemplar a la primera luz de la alborada el desgreño completo de la división. No se veían cuatro soldados reunidos, y veinticinco enemigos habrían bastado para aniquilarnos aquella fatal noche hasta el último hombre».

Así fracasó, a mediados de octubre, deshecha en Petorca, por causa de su indisciplina, de su imprevisión y de sus pobres medios, la columna expedicionaria de La Serena, explosión de nobles ansias cívicas más que reflexivo ataque contra el gobierno central. El improvisado teniente coronel de milicias no asistió al combate, porque había sido destacado con un ligero escuadrón hacia los pueblos de Aconcagua, para promover su alzamiento; y fracasado en su cometido también, salvó apenas la vida arrastrándose con su cabalgadura por cuestras y matorrales, hasta ganar en Valparaíso el regazo de la bondad materna.

Allí permaneció tan de incógnito como poco más tarde en una hacienda cercana a Quillota, para escapar al ojo vigilante y a la persecución severa de la autoridad. Un año largo transcurrió para él en ese estado, tiempo que no había de serle perdido, porque el estudio en el aislamiento y la experiencia que acababa de adquirir, contribuirían a proporcionar relieve a su mentalidad en formación. La mayor parte de aquel tiempo estuvo oculto, efectivamente, en la hacienda llamada Tabo-lango; trescientos días contaba él, que fueron de sobresalto y de relativo silencio, pero no de ocio; porque en ese refugio escribió varias semblanzas de extranjeros distinguidos en las luchas de la independencia,—Beauchef, Wooster, Vic-Tupper,—que sólo vieron la luz pública dos años más tarde, y la biografía de su ilustre abuelo, el general Mackenna, que tampoco pudo ser impresa entonces.

Mientras tanto, la guerra civil había tenido un desenlace penoso para sus aspiraciones liberatrices. Seis días después del levantamiento de La Serena, el 13 de septiembre de aquel funesto año 1851, Concepción se había pronunciado en el Sur, a influjos de Pedro Félix Vicuña, quien asumió entonces la intendencia de la provincia. Las operaciones militares coman-

dadas por el general Cruz fueron lentas. El 18 del mismo mes Montt se hizo cargo constitucionalmente de la presidencia de la república; y apenas descendido del poder, el general Bulnes tomaba el mando de las tropas para combatir la revolución del Sur. Sólo el 8 de diciembre llegó a librarse en Loncomilla la batalla decisiva que acabó con las pretensiones del partido liberal

Dos semanas después, el padre de Benjamín,—que de la intendencia de Concepción había pasado a servir la secretaría del ejército en campaña,—volvía a Valparaíso, premunido de un salvo-conducto, para cobijarse bajo el techo del hogar y seguir, comenzado el año 1852, a la hacienda en que se ocultaba su hijo. Junto a Benjamín había participado en la campaña del Norte uno de sus hermanos, como otro de ellos había combatido en el Sur al lado de su padre. «Eramos, cuenta nuestro autor, un padre y tres hijos, o más bien, éramos cuatro hermanos; y todos habíamos escapado ilesos del deber cumplido y del plomo traicionero, pero no de las venganzas políticas, más pesadas y tenaces que el metal de las balas» (ae).

Y allí estaban ahora, reunidos en torno de la misma lumbré y bajo el peso de las más encontradas impresiones: de una parte, la satisfacción y la alegría de volverse a ver, al cabo de tantas penurias; y de otra parte, la tristeza y el aturdimiento que trae consigo la pérdida de una causa que se juzgó grande hasta merecer el sacrificio de la vida. Pero la firmeza y el ánimo del padre harían disipar los pensamientos sombríos. El dejaría caer sobre sus hijos, como un bálsamo, estas sencillas expresiones: «Yo no dudo de que tendremos que pasar aún pruebas más terribles. No obstante, tantas desgracias van a fructificar entre nosotros y a preparar una revolución que regenere nuestra sociedad...». ¡Dignas palabras de un héroe de Plutarco!

(a e) B. VICUÑA MACKENNA, *Al Galope* (Santiago 1885), p. 181-2. Los tres últimos volúmenes de la *Historia de los Diez Años*, antes citada, contienen el más amplio relato de la revolución del Sur.

VIII

EL VIAJE A NORTE AMERICA

Durante el nuevo gobierno, Vicuña Mackenna no tenía que esperar sino asechanzas y recelos. Su actitud resuelta y arrogante en las conspiraciones, así como su participación con las armas en la mano en la guerra fratricida que acababa de pasar, no le permitían pedir ni obtener indulgencia en los juicios instaurados por la autoridad victoriosa; mucho menos después de haber escrito el violentísimo libelo titulado *Tablas de Sangre de la Candidatura Montt*, que vió la luz pública en julio de 1851,—a los pocos días de su fuga de la celda carcelaria en que estaba recluso,—y que fué condenado por el tribunal de imprenta con multa y prisión para su autor. Había sido ése uno de sus primeros escritos de batalla, que bastó para mostrar la acerada fibra del polemista futuro, pero que al mismo tiempo cavó un abismo entre él y el gobierno que el mencionado estadista iba a dirigir. Los sucesos posteriores ahondaron, como se comprende, esa aversión.

«Podríamos afirmar, — recordaba penosamente, — con el testimonio de todos los ancianos del lugar, que ni uno solo de aquellos trescientos días (en la hacienda de Tabo-lango) dejónos vivir en paz el encono político de viles denunciantes, de brutales subdelegados, de los comisarios de policía, de los gobernadores, de los intendentes, de los ministros, de toda la jauría, en fin, que la política azuza en ciertas épocas,

convirtiendo a los perseguidos en sombras errantes y a los perseguidores en insaciables sabuesos» (a f).

En tal emergencia, a su familia pareció prudente enviarlo en viaje de estudio por países de alta cultura. Ampliaría así su horizonte espiritual y podría prepararse tranquilo para una profesión de índole práctica, con la cual llevase una vida de trabajo al amor de la tierra, en las pacíficas tareas de la agricultura. En vez de abogado, bien podía ser un agrónomo, y quizás con más provecho para él y los suyos. Todavía era tiempo de desviar el rumbo hacia otra carrera. A una edad en que la mayor parte de los que estudian está lejos de dejar las aulas universitarias, él se había revelado ya hombre, por sus impulsos generosos, sus proezas y sus sufrimientos. Desde otro punto de vista, el viaje al extranjero sería una especie de proscripción voluntaria; pero, ¿qué importaba, si de esta proscripción podían derivar beneficios y si, además, había recursos con que costearla holgadamente? Se decidió, pues, que Benjamín abandonase su escondrijo del campo y partiese en un velero de su padre, rumbo a California, con un cargamento de harina,—harina de Tabolango,—que liquidaría allá. El mismo sería el patrón de este barco, en su calidad de cargador y cuasi dueño.

Siguiendo la costumbre que desde años atrás se había impuesto, fija ahora de preferencia su atención en el *Diario de Viajes* en que habrá de ir vaciando todas sus impresiones del mar y de las tierras que atraviese. Sería como el derrotero del nauta cauteloso, en que se expansionaría a la vez el espíritu inquieto del proscrito. Y desde el día de noviembre de 1852, en que partió de Valparaíso, hasta el día de octubre de 1855 en que, llegado a las alturas de los Andes, divisó de nuevo la campiña chilena, esas apuntes permitirán seguirlo paso a paso en toda su peregrinación (a g).

(a f) B. VICUÑA MACKENNA, «*Al Galope*» cit. p. 182.

(a g) B. VICUÑA MACKENNA.—*Páginas de mi Diario durante Tres Años de Viajes*. (Santiago, 1856), I vol. a dos cols. 454 pp. Este libro, publicado a su regreso y del cual nos ocuparemos más adelante, contiene las impresiones que recogió entonces en América y Europa. De él tomamos en seguida numerosos acápites, que no marcamos con la correspondiente página, porque su confrontación es muy sencilla, siguiendo por el índice del mismo libro el itinerario del viajero.

A pesar de algunas vicisitudes, en ningún momento lo abandona la suerte; y al cabo de una fatigosa navegación, en los primeros días de 1853 ancla su bergantín en San Francisco de California, puerto y ciudad improvisados por la codicia universal del oro y por el esfuerzo yanqui. El joven chileno es por de pronto un comerciante en harinas, que va a vender allí su cargamento al mejor precio de plaza. Lo vende y se provee de dinero para sus fines ulteriores, pero a costa de graves contratiempos que le ocasionan la mala fe y la desvergüenza de los compradores, negociantes mayoristas habituados a perpetrar las explotaciones más injustificadas, sobre todo con los recién venidos. Por lo demás, aquello es una Babel de costumbres licenciosas y groseras, en que el yanqui no manda solamente sino que se impone como en tierra conquistada, por todos los medios a su alcance. El chino abunda entre los individuos de las más diversas nacionalidades. El viajero observa las semejanzas fisonómicas del chino con los tipos raciales de la América indígena y recuerda la hipótesis de una remota comunidad de origen, la misma que en nuestro siglo han formulado como teoría demostrable antropólogos célebres.

Navega el Sacramento, visita la ciudad que brota a sus márgenes y predice la imponderable riqueza de aquellas regiones. «¡Cuán rápido y seguro será el desarrollo de este país, advierte, poblado por una raza joven y varonil que cuenta con los recursos de la naturaleza en tan grande escala: el clima, las minas, la fertilidad de los llanos, las montañas del interior, su sistema de ríos navegables! En el sentido de las producciones, será sin disputa un rival temible de Chile, que yace en el hemisferio sur en la misma latitud y posee los mismos cultivos; pero si su competencia nos sirve de estímulo y lección no será un mal» ¡Cuánta verdad en tan pocas líneas! Sólo que esa competencia no sirvió a este país de lección ni de estímulo; y gracias a su rutina y a su incuria, lo desplazó en breve tiempo de los mercados del Pacífico y del continente.

De San Francisco, Vicuña Mackenna siguió viaje a México; desde Acapulco atravesó el territorio hasta la capital a lomo de mula y desde aquí descendió en diligencia la meseta hasta Vera Cruz, para seguir a Nueva Orleans navegando el

Golfo. Sus notas sobre la naturaleza, la población, las costumbres y la vida mexicanas, en las ciudades y en los campos, son de singular atractivo y más de alguna reviste interés dramático. El México histórico, monumental y rico, fanático y rebelde, con sus indiadas, sus bandoleros, sus revoluciones y sus leyendas, así como el México culto e ilustrado; todo se recorre en unas cuantas páginas de sorprendente colorido.—La diligencia avanza en el camino hacia Vera Cruz; y aquellas tierras de feracidad inagotable que se van descubriendo ante su vista, le arrancan expresiones de poéticos tonos. Es él quien describe:

«El revenque suena en el aire, el mayoral anima las mulas con su arrevesado *chit, chit*, y las cuatro briosas bestias, el cuello tendido, las orejas echadas atrás, y el experto cochero con la rienda tirante de las manos, comenzamos el mágico descenso de la ladera. Yo no he visto jamás ni volveré a ver un sitio igual; la parte más bella y ponderada de Chile parecería una mancha en este suelo prodigioso. Bosquecillos de jazmines, setos de carmín cargados de flores rojas; sembrados de trigo cerdados por capiteles; la vainilla creciendo salvaje al pie de los naranjos; unos árboles ofreciendo su fruta en plena sazón, otros todavía florecidos; el maíz aquí maduro, más allá recién sembrado; arroyos de aguas cristalinas que se cruzan en el camino; frescura, aroma y colores que halagan lo más delicado de los sentidos; las flores tapizan aquí un húmedo prado; suspendidas allí en guirnaldas de un árbol a otro, forman una arquería a nuestro paso; el canto de las aves, el quejido del *sinsonte*, el gorgojo del clarín de las selvas; una choza aquí; una roca más allá; agrestes puentes que pasamos al entrar a alguna limpia aldea, cuya gente ordeña las cabras en el rústico redil o nos saluda desde su puerta con una sonrisa al pasar; y Jalapa al fin, el paraíso de la América, con sus veredas, sus balcones, sus techos teñidos de flores y verduras; tal fué nuestra sin igual jornada aquella mañana. Oh! si Jalapa es un paraíso, el camino que habíamos atravesado es el arco de flores que le sirve de portada!»

Sin duda que en esa página exagera, cuando dice que «la parte más bella y ponderada de Chile parecería una mancha

en este suelo prodigioso». Hemos visto y admirado también aquellas maravillosas comarcas; y podemos afirmar que no les ceden en variedad e imponencia los paisajes de bosques, lagos, ríos y montañas de nuestra zona del Sur. Las verdes márgenes del lago Llanquihue y el cono nevado del volcán Osorno, inmenso y solitario, proyectándose sobre la superficie de sus aguas, mientras el sol de la tarde dora las alturas, forman un espectáculo de magnificencia sublime. Así innumerables más de aquella región. Y eso, sin contar con las «islas de esmeralda» del archipiélago de Chiloé, los cajones cordilleranos de casi todos nuestros ríos, los valles que cruzan o descienden las montañas de la costa y tantos otros sectores del articulado territorio de Chile. La verdad es que el joven viajero sólo conocía la zona centro-norte de su país y no había tenido la ocasión ni la fortuna de detener su paso frente a las bellezas imponderables que suelen ofrecerse en las demás. Como país de contrastes geográficos, por razón de la accidentada topografía de su suelo y la exuberancia vegetal, México tiene realmente mucho de parecido con las regiones chilenas que siguen del Biobío al sur, consideradas en conjunto desde los Andes hasta el mar; y lo que allá más impresiona son los golpes de vista con que de sorpresa en sorpresa desfilan los panoramas naturales ante el ojo del observador, quien los va descubriendo desde elevados y tortuosos caminos: perfiles fantásticos, lejanías brumosas, luego detalles más seguros y por fin el cuadro indefinible en sus accidentes y coloraciones.

Ni el puerto de Vera Cruz, ni la costa del Golfo, ni la navegación sobre sus aguas dejaron tan buen recuerdo en la mente del peregrino. La naturaleza es allí fragosa e ingrata, por su clima abrasador y sus caprichosos vientos. El pobre barco en que se dirigía a las bocas del Mississippi fué juguete esta vez del oleaje, en medio de borrascosas trombas eléctricas; pero el anhelo de penetrar en la gran república, para empaparse en su ambiente cultural y cívico, era más fuerte que las tormentas mismas; y ninguna otra cosa distraía ya la imaginación del viajero.

La navegación por las cenagosas bocas del Mississippi hasta Nueva Orleans y luego, remontando el gran río, a través

de la tierra de los natchez hasta el Cairo, sugiere a Vicuña Mackenna las más hondas y variadas emociones. Ya la naturaleza rica y bien aprovechada por el hombre; ya la sociedad, el comercio y el *humbug* o petardismo yanqui; ya las evocaciones históricas de sitios y personajes célebres; ya, en fin, la esclavitud del negro, que lo indigna a cada paso: todo le preocupa y lo comenta en páginas que desbordan de agudeza y sinceridad. Ni siquiera olvida a los *Mormones*, de cuyo apóstol, Smith, oye hablar como de un iluminado que, no hacía diez años entonces, había sellado con su sacrificio la fundación de una de las más singulares sectas religiosas y comunistas de los tiempos modernos.

Nuestro viajero navega en seguida el Ohio y se detiene en Cincinnati, para alcanzar pronto a Búffalo, en las riberas del Erie. Su objetivo es esta vez el Niágara. Las estruendosas cataratas le atraen con el misterio del abismo. Delante del espectáculo, que contempla absorto, su admiración adquiere entonaciones líricas; y en su *Diario* esboza las líneas de un poema que bien pudiera llamarse la *Oración del Niágara*, propio del sitio y del momento,

«Niágara! Niágara! Te contemplo en tu portentosa majestad y me siento aterrado y enaltecido a la vez por tu sublime espectáculo. Tú, como el rayo eterno de una eterna tempestad, te arrancas del seno azul y tranquilo donde tus aguas moran y te estrellas despedazando el cristal de tus ondas contra las rocas. ¡Ah! es aquí donde la mano del Eterno marcó el sitio en que todo corazón debía de reconocer su poderío y toda frente doblarse delante de su majestad! Por eso tu ruido aterrador anuncia desde lejos tu ponderada existencia; por eso levantas hacia el cielo una eterna nube de vapor, como la columna mágica que guía al peregrino que te anhela; por eso el sol, al herirte con sus rayos, describe alrededor de tus sienes un iris cambiante, húmedo y brillante; por eso corre a tus pies, aletargado por la muerte, un río inmóvil, mudo, solitario, sepultado entre dos abismos! Tú eres la imagen de un paraíso, o el espectro de un infierno; tú eres un abismo en lo bajo y en la altura una pradera deliciosa...»

Sigue a Boston. La urbe puritana le atrae con la respeta-

bilidad de su tradición. Allí encuentra la acogida franca y cariñosa de uno de esos hogares que se distinguen por el esfuerzo honrado y la sencillez de sus costumbres. Empieza a conocer la vida americana en uno de sus aspectos más dignos. Ha trabado amistad en el viaje desde San Francisco a Acapulco y luego, a lo largo de su peregrinación por México y la región central de los Estados Unidos, con Mr. Curtis, joven negociante que acaba de obtener buenas ganancias en California y que va a Boston para visitar a su familia. La señora madre y dos bellas hermanas de Curtis atienden con afectuosa llaneza a su huésped chileno, quien queda sorprendido del *self control* de la mujer norteamericana, todavía inexplicable en Chile. Con aquellas jóvenes pasea, va a templos y teatros, departe libremente como si fuera un amigo de antigua confianza, y por último, sostiene más tarde una afectuosa correspondencia epistolar.

Pero Boston tiene para Vicuña Mackenna un atractivo de otro orden. Es la ciudad de Prescott y de Ticknor, a quienes ha leído con admiración años atrás, como neófito de la historia y las letras. Quiere tratarlos con reposo, sentir la vibración de su palabra, conservar la imagen de su fisonomía, para comprenderlos mejor. En cuanto a Prescott, lo consigue; y es bondadosamente recibido por el ilustre historiador de las conquistas españolas. No le es dado entrevistar a Ticknor, porque una indisposición impidió a éste acudir a casa de Prescott; pero en cambio es presentado a Sparks, cuya obra *The Life of George Washington*, publicada en 1839, le ha proporcionado celebridad en toda la Unión. Por fin, visita el museo de la ciudad, recorre detalladamente los departamentos universitarios de Cambridge y se detiene en su nutrida biblioteca. Es un intelectual y un estudioso en marcha.

Su viaje continúa hacia Washington, Filadelfia, New York y Albany; vuelve a la zona de los grandes lagos y pasa al Canadá; navega el Ontario y el San Lorenzo; recorre Montreal, Québec y pueblos vecinos; y viene otra vez al sur, para detenerse en New York. Por donde quiera observa y toma nota de las costumbres, el comercio, las grandes fábricas, las industrias y los negocios en general, las obras de arte, el perio-

dismo, los teatros, la vida literaria, las bibliotecas y las librerías, los colegios e institutos, los sistemas de educación, los ferrocarriles y demás condiciones de viabilidad, los hoteles y las residencias, los mercados y los cementerios, el ornato local, los tipos raciales, las corrientes inmigratorias; todo cuanto sus ojos alcanzan a ver y su entendimiento a percibir es consignado en el *Diario*, con oportunas críticas y comparaciones acerca de cosas análogas o antagónicas de su país. Hasta llega a sugerir el establecimiento de una fábrica de papel en Chile, para abaratar las impresiones y sacudir en esta materia el vasallaje de la importación.

Pero no limita a todo eso su curiosidad y sus inquisiciones. El incontenible impulso del hombre de letras lo conduce hacia las entrevistas con personajes de importancia histórica. Entre otros, visita en New York al anciano general Páez, el colaborador de Bolívar en la independencia de Venezuela, y a Iriarri, el célebre guatemalteco de tan ruidosas actuaciones en Chile y otros países americanos, a quien lo vinculaba cierto parentesco. Nada quiere dejar de ver y consignar como reminiscencia duradera. En aquella civilización para él exótica, cuajada de un materialismo aplastante, el joven sentimental e idealista no se halla sin embargo fuera de ambiente; concilia sin mayor esfuerzo sus ansias de cultura y su familiaridad con los negocios; el sentido práctico del yanqui, que al principio le choca, concluye por asimilarlo también; y su aptitud de adaptación es tal que, al mismo tiempo que condena, admira y toma con interés creciente cuanta novedad le sale al paso.

Esta amplitud de comprensión acusa desde luego una multiplicidad de facultades que actúan simultáneamente y con viveza igual. Acaso sea el privilegio de las capacidades artísticas, cuya potencialidad suele desconocerse porque se las sorprende desbordadas sobre los más variados objetos; pero no se piensa bien en que esos objetos se resuelven al fin en uno solo, que es la naturaleza animada por el hombre como carne de su propio espíritu. En la mente del artista, cada visión es una imagen, cada imagen es una idea y cualquiera forma de la realidad es motivo inspirador. Por eso sus ojos fueron siempre los que tuvieron delante de sí más horizonte y contemplaron las cosas

con más penetrante mirar. Nada les es indiferente, nada consideran extraño a su dominio. Con tales ojos Vicuña Mackenna iba contemplando el mundo por donde quiera que anduviese y de ese mundo se diría mejor que desfilaba delante de él.

LA IMPRESION DE LOS ESTADOS UNIDOS

Cuatro meses largos se cumplían ya en las carreras por los grandes centros norteamericanos cuando el joven viajero resolvió trasladarse a Europa. Llegaba la hora de hacer un examen de conciencia sobre las impresiones recibidas en la mayor de las repúblicas; y es a todas luces interesante conocer las opiniones que ella le sugirió. Estamos en 1853. No le agrada pero sí respeta el fuerte utilitarismo que caracteriza a la raza sajona en esta «democracia de ayer». La fibra de trabajo que despliega no admite parangón con pueblo alguno y su porvenir será indudablemente grandioso; pero la humanidad no ganará con ello sino una opresión más, por causa de la codicia insaciable y atropelladora que allí todo lo domina. Oigamos las predicciones de nuestro autor, dichas con sus propias palabras, que no se apartan mucho de una verdadera profecía.

«No, no puede creerse sin verlo, la actividad devorante que hay en este país, el fuego que abrasa esta tierra en la que parece que los hombres y los pueblos anduvieran sofocados por un exceso de vida, buscando en una incesante carrera la cúspide elevada en donde el aire y la vista de un nuevo y desconocido universo viniera a saciar su sed de predominio. Ver al yanqui típico es ver a un conquistador; es ver al antiguo

sajón, despojado de la pesada armadura de batalla, pero cubierto con el ropaje de la moderna milicia. Una fisonomía de bronce por su color y su corte, en que dos ojos ardientes parecen revelar el fuego volcánico del alma, y los labios contraídos, ennegrecidos por el tabaco, indican la invencible fuerza de la voluntad; he aquí al americano del pueblo, cuya camisa de franela colorada y bota fuerte de doble suela, parece su ligero traje de combate; he aquí al yanqui, al americano por excelencia, porque éste da la ley a todo el país, sea en la mar, sea en las ciudades, en las empresas, en la paz y en la guerra, en todo lo que exige vida, donde quiera que la democracia exista; porque éste es el mayor número; porque éste es el pueblo a quien todos obedecen, su gobierno propio y pueblos extraños; porque éste es el marinero que pesca la bellena en las regiones polares; porque éste es el soldado que con su rifle en mano se va, ya a México, ya a la Habana, o bien se interna entre los indios como en su propia casa; porque éstos son los grandes manufactureros, los artesanos que producen este inmenso comercio, que levantan pueblos en unos cuantos días; porque ellos construyen todos los navíos que surcan los mares con el estandarte de las estrellas; porque ellos tienden a voluntad en todas direcciones esos poderosos rieles que hacen medirse por pulgadas los más inmensos desiertos; porque ellos dan el triunfo de todo con su sufragio libre; y porque su gloria, su necesidad más imperiosa, la ley más esencial de su vida es hacer todo esto, como su más noble gozo es contemplar desde lo alto del mástil la grandeza del océano que ellos han dominado, o lanzarse en la locomotiva de sus trenes por entre los ríos y bosques de su portentosa naturaleza...

«Pero hay algo de providencial en la misión de este pueblo. Nunca la naturaleza combinó de un modo más completo la variedad de sus elementos para producir tan magníficos resultados. ¿Proyectan la construcción de un ferrocarril en toda la redondez de su territorio? Inician su empresa desde luego con fiestas públicas, y la siguen como si una mano previsora hubiese allanado de antemano todos los obstáculos. Un terreno perfectamente parejo sólo espera la mano del constructor. ¿Encuentran por acaso un bosque? Esto era lo que necesitaban

para cortar los durmientes, para construir sus puentes, para fabricar sus carros y encender sus locomotivas. ¿Una pequeña colina les detiene? Ahí está la greda, la cal, la arena, tal vez el carbón de piedra o la veta de fierro que necesitan para completar sus materiales. País de un territorio inmenso que abraza todos los climas, desde los trópicos al polo, que produce los más valiosos artículos de consumo universal, (los cereales, el azúcar, el arroz, el tabaco, el algodón, etc.), la conquista casi ha doblado en dos años su extensión (2.055,163 a 3.230,571 millas cuadradas) y el Oregón vino a contribuir a la riqueza nacional con sus inagotables bosques de madera de construcción, California con su oro, Nuevo México con sus vastas praderas de crianzas y Texas con sus producciones tropicales. Su población, que en 1790 era de 4.000,000 y en 1830 de 12.000,000, es hoy de 25.000,000, doblada en 25 años y aumentada por una inmigración que hasta 1850 era de cuatro millones y medio de extranjeros, la que sólo en 1853 subió a 307,639 personas. Su comercio ha alcanzado la suma de 584.000,000 de pesos; sus rentas de 65.;000,000 le han dejado en 1854 un sobrante de 5.000,000 de pesos. ¿Cómo no ha de ser grande este país, cómo no ha de ser próspero, progresista, el señor del mundo en tiempos no lejanos? (El viajero publica sus impresiones en 1856).

«Pero una triste experiencia viene a desengañar el corazón del humanitario que llega a buscar en este pueblo la solución de las doctrinas de libertad y regeneración que agitan la sociedad. No puede ocultarse; los Estados Unidos son un gran pueblo, un pueblo delante del que ninguna frente que piense en la libertad y en los derechos del hombre debe dejar de inclinarse reverente. Pero su raza ha abusado de ese noble poder, lo ha conquistado para sí y con su atroz egoísmo lo arrebató y lo dejó arrebatar a los demás. El mercantilismo de la raza sajona, desatado aquí de toda valla, va a hacer de este país el azote de la tierra, hasta que a su vez una nueva Roma destruya esta altanera Cartago de la edad moderna. El mercantilismo sin freno, sin honor, sin humanidad, sobre la sangre, la virtud y Dios mismo, domina como un tirano absoluto este país, tan libre por todo lo demás. La plata es su ídolo, pero es un ídolo infame, un ídolo imbécil al que la

inteligencia de este pueblo presta el más absurdo de los cultos, porque aquí propiamente no hay ostentación, no hay lujo, ni vicios, ni necesidades, y sin embargo la plata (que aquí no tiene valor de felicidad ni de goce alguno, excepto tal vez el de testar 14.000,000 de pesos como Astor o Girard) es todo lo que desvive, mata y extravía a este pueblo. Esta horrible sed de dinero cunde en todas partes, en todas las edades, en todas las profesiones, desde el niño que vende periódicos en las calles hasta el acaudalado banquero; la niña que entra inocente en el gran mundo y la madre a quien las leyes de la sociedad han inculcado ya por años este sistema de dinero».

Atenúa él, sin embargo, la severidad de ese juicio, reconociendo las excelsas virtudes privadas de la raza histórica, *el home americano*, al cual llama «sagrado» y admira, así como no reserva sus elogios para los esfuerzos que allí despliega la caridad de muchos ricos y que se resuelven en costosísimas obras de beneficencia pública. Además, alaba la nobleza de sus caracteres superiores, para concluir esperando que, vencido alguna vez el egoísmo y saciada la sed de oro, la joven democracia venga a servir a la restitución de la justicia, del derecho y de la libertad. Esta impresión reboza del pecho del proscrito en un himno de gloria y esperanza.

«Tú, democracia de ayer, acusada de inexperta y temeraria, que mientras la prudente Europa, cargada de siglos de aprendizaje y de cordura, se ha despedazado en guerras de cortesanos y de crédulos pueblos, has crecido y levantádote en la paz y el trabajo, mecida tu cuna y tus años juveniles al sol fecundo de la libertad! Tú, coloso hoy día, grande como un mundo, tendido entre los dos océanos de la creación, a igual distancia del Asia y de la Europa, esos orbes caducos, que extendidos tus brazos, sueñas empuñar para levantarlos o hundirlos a tu antojo! Tú, cuya ley única de gobierno es el respeto del hombre por el hombre mismo; tú, que no permites que el apodo de «mendigo» se añada a nombre alguno entre los treinta millones de tus hijos; tú, que has abierto a la desgracia todos sus consuelos por la rehabilitación de los sentidos extraviados y deparado al crimen la reparación y la enmienda por la depuración del alma contaminada; tú, que no has hecho

a ninguna criatura ni señor ni siervo sobre las otras criaturas; tú, que no tienes ninguna opresión autorizada por tu ley libre e igual, ni la de las armas por el poder del soldado, ni la del error por la intolerancia religiosa, ni la del favoritismo por la exclusión del sufragio, ni la del monopolio por las trabas fiscales... Tú, que aislas a cada hombre en los derechos y deberes sagrados de su conciencia y respetas cada creencia individual como la creencia de todo un pueblo; tú, para quien el pueblo no es sino la asociación libre de las conciencias de todos y no una masa inerte de brutos arriados por el palo y el azote, como es ¡ay! la teoría y la *práctica* de las repúblicas del Sud... Tú, que no eres mandado por gendarmes que galopan por las calles de tus ciudades y por los senderos de tus campos impartiendo órdenes a quienes, encorvado el cuello, obedecen por costumbre y por temor, sino que tienes una voluntad suprema y omnipotente como único mandato.

«Tú, que no tienes colonias penales ni distantes galeras para tus hijos; tú, que no tienes ni Argel, ni Australia, ni Siberia, ni presidio alguno ni tan pequeño como Juan Fernández.... Tú, patria de tantos proscritos y que jamás has desterrado de tu seno uno sólo de tus ciudadanos. Tú, que has conquistado sin poner al cuello del vencido las cadenas del colono, sino el abrazo de tu omnipotente Unión; tú, que has vencido tantos enemigos sin que hayas necesitado para desarmarlos un peñón en medio de los mares, sino desplegar tu estandarte de fraternidad al que, añadida una nueva estrella, la unión de vencidos y vencedores queda sellada para siempre! Tú, única nación no formada por tratados diplomáticos ni intrigas de regías familias, sino por un pacto libre de los pueblos, en que el gobierno no es sino un vínculo y no un cetro ni una espada!... Tú, que eres obedecida por tu libre albedrío y fundas el respeto de ajenos poderes en el respeto de tí misma. Tú,— ¡oh joven y omnipotente república!,—tú serías la nodriza de la regeneración política del mundo si un estímulo generoso animara tu fecundo seno, hoy rebosando de salud y de vida!»

La juventud de Vicuña Mackenna es hiperbólica, ardiente, explosiva, propensa al entusiasmo sin límites, plena de admiración por todo lo grandioso y singular. El panegírico que

acaba de leerse, después de la crítica acerba que le ha precedido, es la concepción de un mozo de veinte y dos años. Su carácter vehemente e imaginativo le arrastrará con frecuencia a iguales o parecidas expansiones. Pero no puede ya desconocerse que en todas ellas hay un estro lírico y humano; ni sería justo pasar de ligera sobre la visión política y el lamento patriótico que en cada una se advierte. En esas frases hablan a un tiempo el luchador, el proscrito y el hombre de ideas, ya identificado en sentimientos y aspiraciones con su pueblo. Hay la sensación de un porvenir que se abre delante del joven, ambicioso de cooperar al crecimiento de su patria con abnegación y con gloria.

¿Había leído Vicuña Mackenna a Tocqueville? Aunque no lo menciona en ninguna parte del *Diario de Viajes*, a nosotros nos parece seguro que ya en ese tiempo lo había leído. *La Democracia en América* se publicó en París entre 1834 y 1840, y la repercusión de este libro fué en su tiempo universal. Hacemos esta acotación, porque con el espíritu de aquella conocida obra, acerca de la moral pública, del gobierno, del sentido mercantil y de la grandeza presente y futura de los Estados Unidos, coinciden las observaciones anotadas por Vicuña Mackenna unos veinte años después, salvo naturalmente su punto de vista sudamericano. A esta circunstancia se agrega el hecho de haber fundado este último su tesis para obtener el título de abogado, en 1857, sobre otra publicación de Tocqueville, *El Sistema Penitenciario de los Estados Unidos y su aplicación en Francia*, lo que explica la alusión a la penalidad regeneradora del reo que se lee en uno de los párrafos antes transcritos. Además, en el *Catálogo* de su Biblioteca Americana, impreso años más tarde, la obra de Tocqueville, *La Democracia en América*, aparece incluida en una edición española de 1842 (a h).

No nos asiste, pues, duda alguna acerca del conocimiento, por parte de Vicuña Mackenna, de la obra mencionada, lo que

(a h) Véase el *Catálogo completo de la Biblioteca Americana compuesta de más de 3,000 volúmenes que posee don BENJAMIN VICUÑA MACKENNA*. (Valparaíso, Imp. del *Mercurio*) p. 58.

le facilitó muy oportunamente el cuadro sobre los Estados Unidos, como contralor de sus impresiones; pero en cuanto a su descripción del yanqui del pueblo, del «yanqui típico», como él lo llama, hay un evidente traslado de la realidad. Es el antiguo sajón, de quien Taine haría poco después un vívido retrato en Inglaterra. «De grandes cuerpos blancos, flemáticos, de ojos azules altaneros y de cabellos de un rubio rojizo, de estómagos voraces, ahitos de carne y de queso, caldeados por licores fuertes; un temperamento helado y tardío para el amor; el gusto por el hogar doméstico; la inclinación a la ebriedad brutal: tales son todavía los rasgos que la herencia y el clima conservan en la raza, los mismos que los historiadores romanos descubrieron primeramente en su país de origen» (*a i*).

No andaba, pues, muy descaminado el joven escritor chileno cuando señalaba *de visu* los caracteres propios del americano del montón, arrancando sus más firmes rasgos de los antiguos sajones. Pero es en la descripción de algunas ciudades donde su pluma se hace más animada y su observación más aguda. La que dedica a New York principalmente,—entonces sólo poblada por 600,000 habitantes,—es de una sencillez y de un realismo sorprendentes; y es difícil hallar en otro viajero de la época mayor colorido y exactitud. La considera, en suma, mucho más bien dispuesta, limpia y comfortable que cualquiera de las viejas ciudades de Europa. Así se explica que uno de sus más férvidos votos fuera siempre la modernización de la capital de su país, ciudad en que se había mecido su cuna.

Sin embargo, llama la atención con desagrado al excesivo amor propio nacional de que el americano hace gala a cada instante y por cualquier motivo, al amparo de sus rápidos progresos. La cosa más insignificante, si pertenece a su tierra, es sin duda alguna la mejor del mundo y nada se le puede comparar. Cualquiera región, cualquiera ciudad, cualquier Estado *is the firts country in the world*. Sus hombres de acción, sus edificios, sus vapores, sus ferrocarriles, sus fábricas, sus

almacenes, sus avenidas, sus parques, sus paseos, sus caminos y hasta «sus basuras», todo *is the best in the world*. Y esto se dice a voz en cuello, se repite sin cesar y no se concibe nada distinto o superior. Es un orgullo inconmensurable, chocarrero e hiriente, por no decir tonto y vano. Se le llama hoy *nacionalismo*; y por cierto, ya no consigna ni expresa semejantes afirmaciones. Adopta otras formas; es la conciencia de bastarse solo, sin ayuda de nadie, por su propio esfuerzo, tanto la nación como el individuo; una especie de ímpetu social en que cada uno participa y allega su impulso para bien propio y provecho común. Claro está que en todo orden de cosas se aspira a hacer lo mejor posible; y en eso consiste el orgullo altanero, desdeñoso a veces y atropellador muy a menudo, que distingue al yanqui de nuestro tiempo. Vicuña Mackenna lo observó bien a mediados del siglo anterior; pero no le fué dado penetrar en la substancia del concepto, cuya fecundidad realizadora tanto se ha reconocido y aún alabado después.

En los Estados Unidos se penetró él de uno de los tipos más robustos de la civilización occidental; de una civilización enteramente materializada pero que procura hacer amable la vida, que ofrece la oportunidad de que todos disfruten de sus beneficios y que respeta la personalidad humana, desde las clases sociales superiores hasta las más humildes, salvo naturalmente el indio bárbaro, para quien nunca se tuvo allí ninguna conmiseración. Sin duda halló miseria, pero a la vez halló auxilio y consuelo para el desgraciado, por cuenta de los particulares de fortuna y en proporciones inmensas, de una generosidad desconcertante. Aquellas fisonomías de bronce, como él dice, fogosas sin agotamiento y sometidas diariamente a un trabajo devorador, sienten también el altruismo y se despojan de mucho de lo que han ganado a costa de sacrificios que parecerían insuperables, para ayudar al hermano sin pan,—al hermano de raza y en Dios,—mientras consigue alistarse en la hueste afanosa que a todos arrastra como en un vértigo sin fin.

Aquel mercantilismo que él condena con tan fuerte expresión tiene siquiera esa contrapartida y además, la ventaja de que a todos iguala en la posibilidad de los goces comunes. A pesar de sus ímpetus invasores y de su desmedida ambi-

ción para captarse toda la riqueza del mundo, si fuera posible, no cree que los sudamericanos tengan nada que temer, a menos de que ellos mismos, con sus revoluciones inacabables, den pábulo a la usurpación. Hay allí hombres honrados y de influjo bastante para impedir cualquier conato aventurero que pudiese comprometer la paz continental. Pero si nada tienen que temer de ese mercantilismo, tampoco tienen nada que esperar de él; porque cuanto ofrezca puede comprarse, si se dispone de dinero; generosamente nada dará a nadie; y en caso de dar, no será sino a la vista de algún cálculo para sus negocios. En suma, el viajero concluye en que ese tipo de civilización es el menos expansivo de cuantos existen y para las repúblicas del Sur no significa ningún bien.

Ha transcurrido ya bastante tiempo para poder juzgar de esas predicciones y aún no sabríamos decir si se han cumplido o no, siquiera en parte. Todo inclina a pensar, sin embargo, que aquella civilización tan materializada tiende a espiritualizarse, que su influencia en el continente es cada vez mayor, desde el doble punto de vista intelectual y económico, y que si esta expansión puede no ser un bien en lo político, en cambio es a todas luces un bien en lo social. Ella ha contribuído a modificar las condiciones de vida de estos países y a prepararlos para una comprensión más acertada de sus intereses y de su porvenir.

X

EN FRANCIA E INGLATERRA

En agosto de 1853, nuestro viajero llega a París. Ha realizado, dice, el sueño de la mitad de la vida. Lo saluda con todos los ditirambos en boga: capital del mundo, corazón de la humanidad, faro de la tierra, amo de la Europa y el orbe, centro de la inteligencia, cúspide de la civilización y otras expresiones por el estilo. Cuatro meses destina a examinar en detalle la ciudad y sus alrededores, con los monumentos, parques, palacios, teatros, templos, fábricas, museos y sitios vinculados a algún hecho célebre.

Pero no todo allí es tan hermoso como la fantasía lo suele ponderar. Desde luego, cruza dolorido por los barrios del trabajo; y aquel *faubourg de Saint Antoine* le mueve a piedad, como «panteón de lágrimas y de hambre» que contrasta con el lujo deslumbrador del barrio de la Magdalena. También el de San Marcelo es otra pocilga, «ciudad lúgubre de andrajos y barro». Su generosa sentimentalidad le arranca nuevas expresiones de compasión y de protesta, a la vista de las «brillantes capitales de la opulencia y el despotismo». Siquiera en su país el contraste es menos hiriente.

Se está allí, en efecto, bajo la bota del segundo imperio contra el cual, como se comprende, él se rebela desde el fondo de su alma. Es amable sin embargo París, excepto este ré-

gimen nefasto. Se tiene por delito grave proferir palabras injuriosas contra el emperador. Se vive del adulo y de la hipocresía. Este envilecimiento es repugnante, exclama el joven liberal. Pero no se desanima de permanecer en medio de ese concurso de brillo exterior y de expansiones lisonjeras, donde tantos compatriotas lo estimulan y la proverbial *politesse parisienne* le encanta. Asiste a las recepciones de Géoffroy de Saint Hilaire, que reúne los sábados a la *élite* de los sabios franceses, y sigue sus cursos en el *Jardín de Plantas*, que es como el templo del gran naturalista; frecuenta a Boussingault; intimida con Claudio Gay, que aún no termina su magna obra sobre Chile; oye lecciones de Girardin sobre literatura francesa y de D'Orbigny sobre paleontología; va y viene por colegios, escuelas y bibliotecas, y se da el gusto de asistir a una sesión solemne del Instituto de Francia.

No se despreocupa tampoco de informarse sobre la política del imperio; se da trazas para ver de cerca al emperador y a la emperatriz, que no le impresionan mayormente; sin embargo ella como mujer atrae su atención. El retrato que dibujó en su *Diario* es digno de recordarse porque tiene cierta fidelidad. Eugenia de Montijo, que sobrevivió a su augusto esposo hasta nuestros días, estaba en aquel tiempo en todo el esplendor de la juventud y la belleza. Nuestro viajero consigue introducirse en la capilla de las Tullerías un domingo en que ella oirá su misa, para poder observarla de cerca; y he aquí el retrato:

«Venía vestida de negro y con un sombrero blanco sin velo. La emperatriz es un bello y simpático tipo de mujer; su aire pensativo, sus grandes ojos azules razgados, dulces y melancólicos, su palidez y su cabellera rubia, hasta parecer colorina, revelan el origen escocés de su sangre, mientras que su delicado talle, gracioso y elegante sin ser esbelto, la mano y el pie pequeños y la espalda redonda, que ella luce, revelan a la maga de Andalucía. Tiene lo más bello del tipo inglés, los ojos azules y la cutis pálida, y lo más gracioso de la andaluza, el pie y manos pequeñas, y su talle torneado y libre. Es una persona simpática más que bella, amable más que majestuosa... Es una mujer profundamente desgraciada; la tiran-

tez absoluta de la Corte que ha resucitado Luis Napoleón, por una parte, y las conspiraciones sangrientas que se organizan contra su marido, forman una desdicha positiva para ella, que el fastuo y la adulación mitigan apenas. La emperatriz conserva en el trono de Francia algunas de sus amables dotes de española. Oí referir, en un círculo español, que al presentársele su antigua amiga la duquesa de Fernán Pérez, la había ésta saludado como a *Sa Majesté...* pero la amable Montijo la había interrumpido en el español de Sevilla, diciéndole: «No hijita, ni francés ni *Majesté* entre nosotras, sino el dulce tú de Andalucía...»

No usa por cierto el viajero semejantes términos para calificar al emperador, en quien no distingue más que a un afortunado tirano sin ninguna de las condiciones del gran corso, su tío; y emplea en cambio palabras de fuego para fustigar la opresión, las maldades y bajezas de aquel régimen en el cual cree ver, como una reminiscencia odiosa, algo del que lo ha proscrito de su patria; y no le falta en algún sentido razón, porque ambos se escudan bajo el mismo lema, «la libertad dentro del orden».

Sin fastidio, pero sujeto a su itinerario ya trazado, en noviembre del mismo año 1853, se encamina a Inglaterra. No le produce la capital británica las agradables emociones de París y sí las más penosas. Observa el lujo y el derroche de la alta aristocracia, los barrios suntuosos cuajados de torreones, *vitraux* y mármoles; pero él se adentra en el barrio de Spitafield, donde el andrajo cubre los bordados de seda que se fabrican para la corte. «Aquí, dice, viven en casas que parecen montones de ladrillos, un millón de seres humanos que trabajan, lloran y tienen hambre. Aquí tienen su pasajero y ambulante albergue los marineros del Támesis; y aquí, al partir a lejanos viajes, de los que tal vez no volverán, dejan a la esposa desamparada y los hijos en la orfandad. Aquí el trabajo, la miseria y el crimen se dan la mano como las tres parcas de la antigüedad, porque el trabajo también mata en estos países como matan la miseria y el crimen. Aquí se distribuyen 300 mil libras de bacalao diaramente a 300 mil bocas hambrientas; y la prodigiosa suma de diez millones de pesos con que la impon-

derable caridad privada de los ingleses socorre cada año a la sola ciudad de Londres, queda absorbida en las necesidades de este millón de desgraciados. Aquí también nacen ¡ay! en la beldad y en el hambre, miles y miles de delicadas criaturas que en la primera alborada de la vida van a buscar el pan en el mercado del mundo al precio de su ignominia.

«¿Qué, si no el hambre ha dado a Londres esos enjambres de miserables víctimas que en la noche asaltan en tropel a los transeúntes a cada paso que dan y cuyo número llega, según algunos, a ochenta mil prostitutas? Cuántas veces yo en la mitad del día tropezaba con el pie en las solitarias veredas de White Chapell con algún montón informe que me parecía un momento una acumulación de basuras, hasta que lentamente veía alzarse y contemplarme con apagados ojos alguna madre que abrigaba contra el seno ya infecundo al hijo dormido en el hambre!—Ah! no lo digo por poetizar mis recuerdos, pero en parte alguna del orbe existe una más desoladora miseria, una más horrible desigualdad de clases que en Inglaterra!...»

Esos contrastes sociales sublevan su espíritu y más que ninguna otra cosa le hacen ingrata su permanencia en aquel pueblo, cuya grandeza en otros sentidos proclama sin rebozo. «Al dejar a Londres, escribe, no podía menos de reflexionar sobre el inmenso contraste social y material que ofrecen las dos grandes capitales de Europa que se dividen el imperio del mundo: París, por la inteligencia y la irradiación social; Londres, por la riqueza y el poder material. Me parecía que si una mágica palanca pudiera un día reunir estos dos imperios en uno solo, el rol de Roma reaparecería para la humanidad. Pero, por más que se haga, por más que la sangre de los galos se mezcle en la misma fila con la del altanero sajón; por más que sus soberanos crucen la Mancha para estrecharse las manos, envainadas las espadas, las dos razas quedarán, si no hostiles, separadas a lo menos; y mientras el Sena pintoresco y rápido baña la capital del arte y de la inteligencia, el Támesis turbio, pero profundo y anchuroso, estará sirviendo de cauce al comercio del más opulento de los imperios. Los dos ríos caracterizan las dos capitales. Y estas son las dos faces de la hoja en que está escrito el destino y la historia de la humanidad».

En el fondo del condado de Gloucester, al oeste de Londres, yace la aldea de Cirencester, junto a la cual se levanta el *Colegio Real de Agricultura*. Allá va a hacer Vicuña Mackenna un curso regular de aprendizaje durante dos semestres de trabajo y de estudio. Se instala en una casa de huéspedes de la aldea, que no contaba entonces más de seis mil habitantes. La vida es de campo, como la que llevó en su niñez; la tarea diaria es pesada; y como en todos los colegios técnicos de Inglaterra, la lección práctica prevalece sobre la teórica.

Sus recuerdos de la convivencia con profesores y camaradas no son de los más gratos. Su calidad de extranjero, procedente de un país ignorado, y el antagonismo de caracteres entre él y sus discípulos, quienes sólo vivían para los deportes violentos, no eran circunstancias propicias a la mutua comprensión, que es la simpatía, y ni siquiera para una confianza amistosa. Pasó allá en un semi aislamiento, entregado a los estudios profesionales, a sus lecturas favoritas y al recuerdo del hogar y del país lejano cuya nostalgia le perseguía a toda hora.

En su correspondencia da a conocer con claridad ese estado de espíritu, en el que influía además el desabrimiento que le causaban las relaciones con las gentes del pueblo británico. Con fecha 10 de agosto de 1854 escribía a una señora de su familia: «Mientras más tiempo vivo en Europa más se destiñe el telón dorado tras del que nosotros la vemos desde Chile. Países de oro, de falsedad moral y de una actividad puramente física que nada dan al corazón sino espectáculos de la miseria de todos y el orgullo y tiranía de unos pocos! Me parece que como un prisionero en esta isla deseo romper mis cadenas y buscar otros hombres y otros climas. Estoy cansado de la Inglaterra, pero te confieso que no es en el continente europeo, sino en nuestro pobre y querido suelo donde yo buscaría un cambio. Cuando te invitaba a venir a Europa, era por pura fascinación de los sentidos. Aquí está todo materializado, todos los goces son puramente artificiales, pero el alma y sus nobles latidos mueren de fastidio. Si no fuera por estas cartas que de vez en cuando yo escribo a los que mi corazón distingue, yo no sé qué habría hecho en este mundo de nada,

nada y nada. ¿Te parezco romántico, Magdalena? Pero ponte en mi caso, solo, en medio de esta raza sajona que tiene más carne que espíritu, y encontrándome solo, solo, sin una persona que me entienda; y me encontrarás razón para desear volver al seno de los míos».

Pero el estudiante ocupó bien su tiempo para experimentar y asimilarse los métodos más perfeccionados de cultivos y crianzas, asistir a ferias y exposiciones, dominar el uso de las máquinas aplicadas a la mejor explotación del suelo y posesionarse, en fin, de cuanto pudiera interesar a la agricultura chilena, de cuyo atraso y rutina muy pocos como él estaban convencidos. Aprovechando las vacaciones, extendió además sus viajes a los centros ganaderos de Lincoln y York; se detuvo en New Castle, la ciudad del carbón, a una de cuyas minas descendió resueltamente, pensando en esta futura riqueza de Chile, que quizás algún día le permitiese asemejarse a la Inglaterra por el poder que la hulla proporciona; y siguió a Escocia, para detenerse en Edinburgo, con las mismas preocupaciones de cultura que en otras grandes ciudades. La organización de la Universidad escocesa le condujo a compararla con sus similares británicas de Oxford y Cambridge y a perfilar una extensa disertación sobre la enseñanza superior y la enseñanza técnica en los dos países de la isla; todo ello con proyecciones sobre Chile.

También visitó a Glasgow, donde «el noventa por ciento de la parte femenina de la ciudad anda sin zapatos, algunas con el vestido hasta la rodilla, principalmente las niñas tiernas, y el desaseo es uniforme y completo». De igual modo en Greenock, donde lo único que notó fué «la miseria, la desnudez universal del pie, el desgarramiento de los vestidos, el desorden del pelo, la mugre de la cara y un aspecto general de los semblantes que varía entre los tonos de la desesperación, la indolencia y el dolor». No peca de indulgente el viajero, que todavía recarga las tintas de esos perfiles, con la referencia a espectáculos repugnantes en plena calle pública. Decididamente, no ya sólo la Inglaterra sino toda la Gran Bretaña son países que le desagradan y le hastían, tanto como la Francia le atrae a pesar del Imperio.

X I

LA IRLANDA Y LOS MACKENNA

De muy distinta suerte que la Gran Bretaña se presenta a sus ojos la verde Erín, la amada tierra de sus ascendientes por línea materna, a la que acude obedeciendo al voto más íntimo de su corazón: rendir el tributo del cariño y la fidelidad a la familia de su inolvidable abuelo que en hora temprana partiera del hogar a hacerse hombre en el rodar del mundo. Apenas desciente en Belfast, se descubre para entonar el himno de su estro juvenil.

«¡Salud tierra de Irlanda! Grande y mísera nación, heroica en la constancia, sublime en la fe, estúpida en el error; pueblo singular en que lo más grande y lo más pequeño se asocian en el mismo sentimiento y en la misma acción; mendigos hoy, héroes a la mañana siguiente, ya un súbito pánico los ha dispersado en un combate, ya una sola palabra los conduce en compactas e irresistibles falanjes a la victoria; aquí, enfurecidos y sedientos de horror y de fracasos, incendian, degüellan, exterminan todo; ahí una súplica, una mujer de rodillas detiene los pasos de una enfurecida hueste; y el perdón y la reconciliación quedan sellados por los votos más sinceros del alma! . . . Tal es la historia, la raza, la moral irlandesa. El irlandés es un hombre de corazón: he aquí su definición social e histórica, su retrato de cuerpo entero. Tiene todos los defectos y todas

las cualidades del hombre que siente antes de pensar, que obra antes de organizar, que marcha adelante antes de sondear el camino, que cae a veces, que otras llega a la altura; pero que, grande o caído, es siempre hombre de fe, de sentimiento, leal, entusiasta, ardiente, apasionado, es hombre de corazón, es irlandés. ¡Salud entonces tierra de Irlanda, salud mil veces a tí, rincón apartado de la bulliciosa y corrompida Europa, donde los hombres no tienen máscara y donde el corazón no es un bolsillo con garetta ni candado, sino el símbolo del alma, puro, ingenuo y espontáneo! Salud mil veces a tí, tierra de Irlanda!»

A medida que avanza, todo lo halla hermoso e imponente. Las mujeres que pasan a la vera del camino tienen para él siluetas seductoras; y luego afirma, generalizando:—«Mujeres más bellas, más graciosas que las irlandesas he visto en cualquiera otra parte; pero en ningún país se encuentra este tipo de majestad y dulzura peculiar que parece heredado de la Grecia antigua y que sólo aquí se conserva». Son ellas los mejores exponentes de la raza céltica, de armoniosas formas y profundo mirar.

Al suroeste de Belfast, cerca del pueblo de Monaghan, está la aldea de Wilville, en una de cuyas colinas se divisaba todavía la casa solariega de los Mackenna, bajo propietarios ingleses. Allí cumplió su férvido voto el joven chileno. Recorrió pieza por pieza la vetusta y arruinada mansión que fué de sus mayores; evocó sus sombras, sus cuidados, sus pesadumbres y sus afanes; unciosamente, se dolió allí mismo de la mutabilidad indescifrable de las cosas humanas; y mientras «el viento agitaba las copas de los lúgubres pinos y las ramas de los laureles penetraban por las ventanas sin marcos ni vidrieras», los muros terrosos y escuetos le devolvían el eco de sus pasos y su voz, como si quisieran asociarlo a la soledad y responderle.

A cierta distancia vivían los actuales miembros de la antigua familia; y entre ellos tuvo la suerte de encontrar a una ya venerable hermana de su abuelo, ahora Leticia O'Higgins. Ella lo reconoce en su porte y su fisonomía. *Oh, yes! This is a Mackenna!*, exclama al observarlo; y lo abraza tiernamente.

La escena de emoción es intensísima. Los rasgos de su hermano, que a los trece años de edad se alejó de la casa paterna para no volver, los ve ella reproducidos en aquel muchacho de firme contextura y desenvueltos ademanes. No cabe vacilar: *Oh, yes! This is a Mackenna!*

Por la tarde ella misma, con andar lento y grave, le señala en el campo, sobre la colina, la casa solariega. «¿Ves ese sendero?, le dice; pues por ahí, hace ochenta años, yo, ya mujer, traía a tu abuelo de la mano, niño todavía, a la escuela del pueblo. Cincuenta años más han corrido después, desde que no subo a esa triste morada... Fué ahí donde mi abuela recibió en un plato la ensangrentada cabeza de su marido, el mayor Mackenna, regalo que le enviaban los ingleses que le habían vencido en el combate de Drughmanner, donde él mandaba en jefe. ¡Cuántas veces oí yo a mi impetuoso y caballeresco padre recordar ésa escena de horror, cuando comía rodeado de sus hijos y dando un furioso golpe sobre la mesa, se ponía a llorar como un niño, de indignación y de despecho...!»

He ahí un episodio de la historia de los Mackenna, en el curso de las tragedias seculares sufridas por un pueblo entero. El vástago de aquella sangre, que crecía en Chile, no olvidaría fácilmente, tal vez nunca, la cabeza del mayor Mackenna, cortada por manos impías en las praderas de la Irlanda mártir. Y así volvió a Inglaterra, siguiendo la línea de Dublin, con el corazón agobiado por la imagen de los suplicios de aquella noble raza que revivía en él y cuyos caracteres parecía querer apropiarse, cuando ya los había mostrado desde sus primeras actuaciones.

¿Qué era, en efecto, si no sangre irlandesa,—en gran parte a lo menos,—aquella sentimentalidad impetuosa, aquel entusiasmo ardiente, aquella imaginación fertilísima, aquella fina sensibilidad que venía revelando desde niño, en la prensa, en sus coloquios íntimos y en su temprano empuje de conspirador y guerrillero? La voz de la anciana que a primera vista descubrió en su rostro el inequívoco aire de familia, fué para él como la aparición de sus mayores que salían a reconocerlo y como si la Irlanda misma acudiese a saludarlo: *Oh, yes! This is a Mackenna!*

Está convencido de que el irlandés es un hombre de corazón y de que ése es justamente el atributo principal que lo distingue de todo otro hombre. No habrá de ser él menos, en cuanto de estirpe irlandesa blasona; y como hombre de corazón que es, se hunde en el pasado de la isla, en la bruma de sus distantes épocas de dicha y esplendor, y de las mucho más cercanas, de ruina y oprobio. Su sentido histórico lo invade y lo conduce a un éxtasis de reminiscencias de familia, de raza, de luchas y de horrores, que estampará en el cuaderno de sus viajes como una protesta, una esperanza y un aliento del hijo que, a la vista de la aflicción materna, siente la congoja y la ira de quien no puede hacer más.

Ama entrañablemente la Irlanda, por sus desgracias, por sus sufrimientos, por sus miserias, por las expoliaciones de que era durante tantos siglos víctima; por la implacable furia de la planta inglesa, por la despoblación de sus campiñas, por los millones de hombres consumidos de hambre, por la forzada emigración de otros millones; por su constancia en la resistencia y su fe en el ideal de patria, por su combatividad heroica; por todo, en fin, cuanto hay en ella de más fuerte y sagrado como nación oprimida y como sociedad despojada. Por eso llegó a sus costas, bordeó sus ríos, corrió sobre sus llanos y cruzó sus montañas, peregrino hasta el santuario de los maternos lares, para rendirles la ofrenda de sus promesas juveniles y de sus ansias redentoras.

Pero esta ofrenda tenía más amplia significación. Era el saludo de otra raza, fuerte también en sus derechos, orgullosa de su pasado, altanera en su hidalguía, audaz en sus empresas, grande por sus esfuerzos laboriosos, sobria en el vivir, noble en las ambiciones, generosa en sus luchas y capaz de mejores destinos. Era el saludo del severo vasco que retoñaba en la tierra fecunda de otro continente, bajo el cielo de una nueva nación. Era el homenaje de esta nación misma, pequeña en espacio y reducida en número, pero que ya sabía bien cómo se hace una patria y cuál es el precio de su libertad.

X I I

EL JUICIO SOBRE LOS INGLESES

La impresión del viajero y del estudiante de agronomía en Cirencester, sobre la Inglaterra y el imperio británico, no había de ser de las más favorables, después de cuanto llevamos consignado como fruto de sus observaciones. Se situaba él, para emitir un juicio de aquella sociedad, en el punto de vista chileno, basándose en las estrechas relaciones comerciales que su país sostenía con el inglés. Sin duda que la Inglaterra era una nación poderosísima, por su capacidad económica y su fuerza material; pero ello no comprometía a imitarla en su régimen político, que era en la práctica una negación flagrante de cuanto como teoría circulaba impreso.

«Constitución, libertad, independencia individual, prosperidad y engrandecimiento social, escribía, todo me ha parecido engaño y mentira en Inglaterra. Engaño y mentira su gobierno constitucional, esa necedad humana puesta a la moda hoy día como una transacción imposible entre la autoridad absoluta y el pueblo soberano. Engaño y mentira la grandeza moral de su aristocracia altiva y egoísta. Engaño y mentira el bienestar del pueblo y el respeto del individuo. Engaño y mentira la representación social de la nación en los poderes políticos. Engaño y mentira la constitución misma en que estriba todo el sistema interno del país, constitución respetada por los siglos en la forma, pero cuyo espíritu cada día, con un

hábil disimulo, alteran y cambian la política inmediata y los intereses de los gabinetes».

La extrema desigualdad entre las clases sociales es otro de los hechos que más le chocan, no ya sólo en Londres sino en toda Gran Bretaña. «De una parte, doscientas familias nobles enseñoreadas sobre el trabajo y el capital por la posesión del suelo; sobre la sociedad, por su orgullo opulento y brillante; sobre la política, por la ocupación de todos los altos destinos. De la otra parte, un pueblo ignorante, crédulo y engañado por su propio error, sometido al trabajo por la tiranía del capital y avasallado por las necesidades que su posición individual impone a cada uno. Tal es el parangón; pero aquí no hay una tercera entidad conciliadora que vincule y sostenga los extremos. El único elemento que podría establecer esta balanza social sería el comercio, pero éste está desparramado en el exterior y es además, por su propia naturaleza, demasiado egoísta y despegado para servir de punto de unión a extremos que se chocan entre sí. No hay, pues, un término medio. Una aristocracia de sangre omnipotente, un pueblo embrutecido y esclavo y un comercio ajeno, cuya acción es más bien exterior; he aquí las bases de la organización social de la Inglaterra».

Clama, además, contra la explotación de la miseria por el capitalismo, la ley y el Estado; y luego, comparando la situación de las clases inferiores allí con la de sus similares en Chile, deduce hasta una ventajosa posición para éstas últimas. El pueblo inglés no tiene, a su juicio, nada de grande ni envidiable. «Yo que viví asociado a él por tanto tiempo, dice, yo que trabajé en los campos de Inglaterra a la par con ellos, abriendo el mismo surco con la reja del arado, debo ser creído con imparcialidad; y mi opinión sobre la gran masa del pueblo de la Gran Bretaña es que su ignorancia, su embrutecimiento, su falta de ideas generales y de inteligencia, hacen a los ingleses en general seres muy inferiores aún a nuestra raza bruta y degradada, pero suspicaz y activa, que puebla nuestras ciudades o se encuentra esparcida por los campos. Ningún roto ni ningún huaso de Chile querría a fe cambiar su manta en hilachas por el pomposo título de ciudadano inglés... El peón, el carretonero, el pastor inglés es, si no igual, inferior sin duda al gañán,

al carretero y al ovejero de Chile. Su educación es la misma, su posición idéntica. Tal vez en su respectivo porvenir exista alguna diferencia. Si la grandeza de un pueblo consiste en el sometimiento pasivo y estúpido a la dirección que cualquier elemento exterior le imponga, sin duda la nación inglesa tiene una grandeza muy sólida y muy durable».

¡Cuánta ironía en el fondo de todo eso, al contemplar la situación de Chile en la misma época! Se diría del observador que pega sobre el tablero para que salte el clavo. Pero él describe como si no advirtiese el sombrío paralelo que está bosquejando y destila sus sañudos reproches con la más serena conciencia. Aquellos millones de taimados borregos le inspiran a la vez indignación y lástima; y sólo culpa de su estado a los rangosos y displicentes lores.

Como quiera que sea, alguna gran virtud los sostiene, alguna fuerza superior los impulsa. Esa virtud y esa fuerza son el patriotismo, mágica palanca de su grandeza. Mediante ese sentimiento, elevado a la categoría de culto colectivo, la Inglaterra ha llegado a ser la Roma omnipotente de la edad moderna, el más vasto dominio que se extiende sobre todos los mares y subyuga a su interés el mundo entero. El gravísimo cáncer que afecta a sus órganos y que plantea con apremio sus problemas sociales, será curado seguramente con el tiempo, sin convulsiones; porque el pueblo, idólatra de su *dear old England*, se inmolará por ella, por su honor, su poder y su prosperidad en todas las circunstancias, y labrará por sí propio, sin mengua alguna para la estabilidad del imperio, la regeneración que necesita.

Tal es el vaticinio que resume, en 1855, las impresiones finales de nuestro viajero, después de una permanencia de estudio en aquella nación que no ama ni puede amar, porque sus afectos y su conciencia se lo impiden; pero que tampoco desprecia. No cierra los ojos a la realidad circundante, ni su corazón a la justicia; y la historia siguiente comprueba hasta ahora que, por encima de sus prevenciones, vió bien, juzgó con ecuanimidad y estuvo en la razón. Desde aquella época, la Inglaterra ha desarrollado principalmente una política social en beneficio de sus muchedumbres proletarias; y sin sacu-

didadas violentas ni programas ostentosos, ha avanzado más que muchos países en la nivelación de clases, en el bienestar económico y en la igualdad civil de su pueblo. El mérito de nuestro compatriota consiste, sin embargo, en haber penetrado antes que la generalidad de los publicistas extranjeros en el fondo del problema que ya preocupaba allí mismo a un espíritu tan agudo como el de Karl Marx, en quien inspiraría la doctrina sociológica de más vastas proyecciones en el siglo anterior y en el presente; la misma que hoy revoluciona al mundo.

Sabido es que Marx compuso en su residencia de Londres el libro *El Capital* y que allá vivió desde 1850 hasta 1882, proscrito de Alemania, a causa de los sucesos alentados en este país por la revolución francesa de 1848. Pero él ya conocía desde 1845 la Inglaterra, adonde había ido en compañía de Engels, su inseparable amigo y colaborador. Fué entonces cuando por primera vez fijó su vista en el problema social británico y se informó de la literatura a que ahí mismo había dado origen. Esta literatura y la observación directa de las clases laboriosas inglesas, cuyo pauperismo llamaba a compasión,—como nuestro joven viajero lo dice y repite,—le proporcionaron las sugerencias principales de la célebre teoría económica desarrollada en aquel «libro monumental que ha tenido, tanto como la Biblia y las Pandectas, una legión de comentadores y de exégetas y que es indudablemente, en toda la literatura del siglo XIX, uno de los que han ejercido influencia más universal y profunda» (a j).

No sólo en *El Capital* sino también en sus demás libros y particularmente en el que dió a luz contra Proudhon en París, en 1847,—*Misère de la Philosophie*,—Marx hizo numerosas referencias a esa situación de Gran Bretaña; y sus fuentes más autorizadas de información allí fueron: THOMPSON, *An Inquiry into the Principles of the Distribution of Wealth most conducive to Human Happiness* (1824); EDMONDS, *Practical, Moral and Political Economy* (1828); y BRAY, *Labour's Wrongs and Labour's Remedy* (1839); obras que adquirió fácilmente en Man-

(a j) CH. GIDE et CH. RIST, *Histoire des Doctrines Economiques* (París, 1909), p. 519.

chester, lo que desde luego significa que estaban bastante divulgadas (*a k*).

¿Tuvo a la mano Vicuña Mackenna alguna de esas obras u otras análogas, que por centenares las había en la Inglaterra de mediados del siglo XIX? Un lector asiduo como él y que tanto novedeaba en libros, ¿pudo ignorar este movimiento de corte socialista que más que a cualquier otro pueblo de Europa preocupaba entonces al pueblo inglés? Muy probable nos parece que conociera parte a lo menos de aquella literatura rebelde contra el régimen social imperante en esa colmena insular, régimen que atraía la atención de muchos de sus hombres selectos, con la mira filantrópica de remediarlo. Ante tanta miseria y tanto infortunio los ojos se volvían hacia un estado ideal de dicha y abundancia. Se inquirían los orígenes del mal y se inducían las medidas de curación más adecuadas, según el criterio de cada observador. Así se explicaría que el estudiante chileno de Cirencester,—tan mal avenido con el ambiente inglés,—pudiera formular los acertados juicios de que hemos hecho mención y se impregnara él mismo de cierto tinte socialista a tono con la realidad circundante.

Una celebridad norteamericana visitaba por aquellos mismos años la Inglaterra. Publicista ameno, pensador radiante y patriarca de un nuevo matiz doctrinario en la Iglesia de Cristo, R. W. Emerson no omitió sus elogios al carácter, al poder volitivo, a la capacidad de hacer y a la vida honesta del inglés de las clases acomodadas; pero, si disimuló mucho, no calló por completo sus reproches a la organización social prevaleciente en la grande isla. Su libro sobre ese país contiene sugestivas páginas y en ellas no puede menos de decir que la sinceridad en la vida privada y la falsedad en la vida pública son el rasgo distintivo de los ingleses; que sus pensadores por lo general no ven sino el interés de la clase gobernante; que su legislación está calculada para mayor provecho de los ricos; que hay leyes como las de la caza, «proverbios de opresión»;

(*a k*) KARL MARX, *Misère de la Philosophie, réponse a la Philosophie de la Misère de M. Proudhon*, préface de F. Engels (París, 1822), pp. IX, 64, 198, 201 y otras de referencias a Inglaterra. Este libro fué originalmente escrito en francés, lengua que Marx manejaba como la suya propia.

que el pauperismo suele adquirir proporciones espantosas; que en los malos tiempos los pobres sólo se alimentan de pan y agua; que muchedumbres enteras viven de peces y moluscos; que a los niños de las ciudades se les acostumbra a mendigar hasta que llegan a una edad bastante para ejercer el robo; que el sistema feudal sobrevive aún en la irritante desigualdad con que están repartidos los bienes raíces y los derechos; que las barreras sociales reservan a una sola casta la protección legal y los altos cargos; que la resignación ha descendido sobre el pueblo; y en fin, que en esta rígida estructura jerárquica, el superior no practica benevolencia alguna respecto al inferior, porque cada uno aplasta sin piedad al que le sigue en grado, así como sufre a su vez el aplastamiento del que le precede. Estas y otras anotaciones proporcionan los elementos del formidable problema que gravita sobre Gran Bretaña y que en el fondo no consiste sino en la manera de sacudir el viejo yugo feudal que todavía soporta la nación (*a l*).

No es mucho más, aunque dicho con acometedora viveza, lo que Vicuña Mackenna dejó estampado en el cuaderno de sus viajes, con larga anterioridad a la publicación del prohombre norteamericano. Los mismos puntos de vista generales en que él se situaba en 1855, para fundar sus últimas apreciaciones sobre aquella sociedad, se han repetido invariablemente por una multitud de publicistas de época posterior y hasta en nuestro siglo. Sin mencionar más que a Emile Boutmy, tan apreciado en todo el mundo culto, ya en su primer libro sobre los ingleses, en 1887, llamaba la atención hacia el problema amenazante de la reconstrucción social de ese país, planteado desde fines del siglo XVIII, problema inmenso, observaba, que se irá desarrollando en etapas de disolución y de ruina. Este mismo pensamiento se anota con mayor amplitud en su obra de 1901, *Essai d'une Psychologie politique du Peuple anglais au XIX^{me}. Siècle* (*a m*). Es de advertir sin embargo que, a pesar de algunas

(*a l*) R. W. EMERSON, *Inglaterra y el Carácter inglés*. (Ed. España Moderna), pp. 234 y siguientes.

(*a m*) EMILE BOUTMY, *Le Développement de la Constitution et de la Société Politique en Angleterre* (París, 1887) p. 224 y siguientes. *Essai d'une Psychologie Politique du Peuple Anglais au XIX^{me}. Siècle* (París, 1901), Quatrième Partie, *L'Homme Politique*.

brusquedades, las reformas implantadas hasta hoy en la Inglaterra no han comprometido la estabilidad nacional. Una vez más, pues, nuestro joven viajero tuvo la visión amplia y penetrante de la realidad que le rodeaba, aunque pudo haber desviado su juicio una manifiesta aversión.—Ni es de desdeñar tampoco el sedimento de amargura y rebeldía que dejó en su interior el espectáculo de tanta injusticia y de tanta miseria.

X I I I

A TRAVES DE ITALIA Y EUROPA CENTRAL

El ansia de conocer y de admirar no se ha saciado en el espíritu de Vicuña Mackenna. Le quedan todavía largas etapas por recorrer. De la Francia, sólo ha reposado en Paris, a donde ahora vuelve; y apenas si ha visto de paso algunas ciudades del norte. De Paris sigue esta vez al Mediodía. El valle del Ródano lo atrae; y hace de Lyon y sus industrias el objeto de una atenta *enquête*. Los viñedos de la misma región y las principales riquezas de la agricultura provenzal le preocupan también. Los canales de navegación y de riego, el ornato de las ciudades, el puerto comercial de Marsella, cuanto a un hombre de sentido práctico pueda llamarle la atención, él lo inquiera y anota en su *Diario*, como lo ha hecho ya donde quiera que ha ido. Las bellezas naturales tampoco lo dejan insensible y en las descripciones panorámicas reaparece el artista que se esconde bajo la casaca del agrónomo; pero ante los sitios que señala la historia su imaginación no se contiene y lo fuerza a consagrarles los más animados recuerdos. El castillo de If, Tolón, Cannes, Frejus... Mirabeau, Napoleón, ¡cuántas asociaciones en que se confunde la leyenda con la realidad!

La Italia es otro de sus sueños. De Niza a Génova y Turín; luego al campo de Marengo; y en seguida, a Roma. Desde Civita Vecchia hasta la opulenta capital antigua, el llano se le

ofrece miserable. Imposible evitar la evocación grandilocuente de las ruinas y los monumentos que atestiguan la fuerza de aquel pueblo romano, dominador y rapaz, pero a la vez heroico y sufrido. En el temperamento de nuestro autor, eso es lo más propiamente suyo. No omitiremos la página en que se cristaliza esa hora de inspiración.

«El sol se escondía tras las ondulaciones de la campiña de Roma, revistiendo de tristeza y de misterio aquellos sitios mudos y desiertos en que cada palmo de terreno parecería tener por inscripción estas palabras: «Gloria y Pasado!...» Sólo la cúpula de San Pedro se alzaba solitaria en aquel horizonte desnudo y dilatado, como el faro del mundo!—Parecería que aquella gigantesca bóveda que hiende el azul del cielo, era lo único que quedaba en pie de tantos monumentos portentosos de pasados genios, cuyos escombros se hubieran reunido ahí para vivir eternamente en una sola idea, en una tradición santa y única, el Cristianismo!—Cuántos recuerdos y cuántas impresiones se arrancaban de aquel misterioso conjunto en que todas las edades parecían confundidas en una sola; y a las que la grandiosa cúpula que se alzaba a nuestra vista sirviera de símbolo! Estábamos a las puertas de la ciudad santa del martirio y la regeneración, la cuna de la fe, la señora de la humanidad, señora omnímoda, antes por el poder físico, hoy por la conciencia!... Qué impresiones para el cristiano! Bajo aquella lejana bóveda yacen tronchadas por el hacha del paganismo dos augustas vidas, las primeras en que prendió la santa chispa de la fe, mártires divinos de la verdad, San Pedro y San Pablo! Y tal vez estas hondonadas oyeron un día el mugido de la loba nodriza de Rómulo! Qué historia y qué contrastes! Bruto jura la república sobre el puñal ensangrentado que ha recogido sobre un tálamo profanado. Los Gracos, de pie sobre las gradas del Capitolio, hacen bajar al pecho del pueblo, cual rayos de pasión y de entusiasmo, la palabra de su elocuencia. César hace temblar el mundo; y cuando Roma tiembla, se cubre con su manto y agoniza al pie de la estatua de Pompeyo!»

Al día siguiente, ese estado de ánimo ha desaparecido. La ilusión se ha tronchado, abrumada por la realidad.

Roma, la Roma que en aquellos momentos siente bajo sus pies, es una ciudad triste, sucia, harapienta y vulgar, polvo de la historia, desde el cual emergen los fragmentos del arte como mausoleos de una civilización ya muerta. El monte Pincio no es más que un paseo y el monte Aventino, un basural en que la yerba crece libremente. Apoyadas en la columna de Marco Aurelio hay ventas de legumbres; y sobre los escombros del palacio imperial se cultivan cebollas y alcachofas. El antiguo Capitolio se presenta a su vista como un caserón burgués y sobre la Roca Tarpeya se extiende un burdo sofá que exorna los descansos del parque de un señor. . . Y así lo demás. Alguna compensación obtiene, sin embargo, el desencantado viajero. Es el Vaticano, con su museo, su biblioteca y su galería de pinturas, sitios en que se expansiona el alma del artista descansadamente. Otra de las maravillas que le subyugan es la catedral de San Pedro, a cuya impresión agrega la de algunas basílicas de atractivos análogos. Pero, de todas suertes, se va descontento, como quien ha sido víctima de una impostura, de esta Roma moderna que nada tiene que ver con la majestad de la antigua.

Muy pronto Florencia lo cautiva, con sus magníficas obras de arte, sus construcciones, sus parques, sus jardines y ese su pasado tormentoso que él ve como esfumarse en medio de un esplendor que aún vive y emociona. Todos los nombres célebres vinculados a la perla del Arno palpitan en su memoria y hormigean en las páginas consagradas a su admiración. Una larga noche divaga; se transporta a la ciudad de su nacimiento; se le ocurre que el Mapocho tiene algo que lo asemeja al Arno; y critica,—porque espera corregirla,—la mojigata condición de sus paisanos, que también podrían hacer de su capital, dormida al pie de las montañas en un sueño de tres siglos, una urbe moderna, artísticamente engalanada con la decoración propia de su naturaleza y los primores monumentales del ingenio. ¡Nostalgia de peregrino fatigado!

Pero no; las lejanías de la patria no se pierden en la bruma de los recuerdos sólo para evocar las pequeñeces de una vida lenta, monótona y triste. Es preciso construir, proponer, perfilar siquiera algo que merezca realizarse, para la transformación de este Santiago obscuro y polvoriento, de inci-

piente ornato, de salubridad negativa, de edificación sin estilo, de vías estrechas y a cada paso recortadas,—como la mollera de sus habitantes,—de comercio mezquino y de una sociabilidad falta de animación y mutuo entendimiento. La digresión viene entonces al caso, y es todo un plan de progresos locales, en que se consultan las avenidas de circunvalación, el ensanchamiento de las calles de mayor tránsito y la apertura de otras, la modificación de los desagües, nuevas plazas,—sólo había una,—un gran parque, mercados y ferias de productos, la prohibición de que transiten por el barrio central los «potreros con ruedas» llamados carretas; y en fin, cien medidas más que habrían de contribuir al embellecimiento y a la salubridad de la población, en beneficio sobre todo de la muchedumbre de los pobres que apenas podían darse vuelta en los «cuartos redondos» de sus inmundos ranchos.

A dos de esos proyectos atribuía él una importancia excepcional y en ellos su imaginación se espaciaba con una videncia sorprendente: la canalización del Mapocho, a lo largo de toda la ciudad, con sólidos muros que impidieran de una vez por todas los desbordes; y la transformación de la agreste colina del Santa Lucía en un castillo colosal, coronado de árboles y flores, con sus caprichosas avenidas de ascenso, sus cascadas y lagunas sonrientes y su incomparable vista sobre los llanos de esmeralda y la montaña de picachos nevados. Junto al canal del río, entre el San Cristóbal y el Santa Lucía, ya adivinaba su ojo penetrante el barrio nuevo que había de surgir, cuajado de palacetes y circuído de parques y jardines.

Y todo o casi todo se haría al fin como él lo previno, entre la sonrisa incrédula de las gentes sensatas. Y todo o casi todo lo inició o lo hizo él mismo, dos décadas más tarde, como mandatario local. Salvo la canalización del Mapocho, que no vino a ejecutarse definitivamente sino después de sus días, el sueño de Florencia y las sugerencias del Arno llegaron a ser las más bellas y provechosas realidades a su propia vista.

¿Fué un pretexto o nada más que un recurso del atrevido muchacho, eso de comparar la ciudad de los Médicis con la capital de Pedro de Valdivia, para exponer sus vastas miras de urbanización, tal y como las había concebido en sus viajes?

Así lo pensamos; pero, como quiera que sea, no puede desconocerse que escogió la oportunidad con acierto; porque si el paralelo hubiese procedido ostensiblemente de la contemplación de alguna de las grandes capitalés europeas, habría sido considerado entre los graves hombres de su país, no ya como un sueño sino como un delirio. Rehacios fueron estos hombres y lo serán siempre a toda innovación audaz.

La digresión del viajero es con ese motivo más amplia todavía. Traza un perfil histórico de la sociabilidad chilena, desde la fundación de Santiago hasta su tiempo, con el auxilio de sesudos cronistas. Esa sociabilidad se desarrolla en la capital casi exclusivamente; y allí la vemos salir de los pajizos ranchos en que nació, al pie del Huelén y abrazada por el río, a la era batalladora y conventual del siglo XVII, ociosa y macilenta cuando no rezaba o combatía, pero no por eso extraña a ciertos refinamientos suntuarios y a ciertos deslices pasionales. El siglo XVIII es ya más tranquilo, pero siempre como una siesta inacabable y «a calzón quitado».—El medio siglo XIX ha tenido sus horas de esplendor y soportado más de una vez las iras de sus juventudes; pero su sociedad ha vivido como de prestado, pendiente de las modas de fuera y de los hábitos exóticos; «ha aprendido a besar a la francesa sin haber olvidado los mordisquillos españoles»; y carece de fisonomía propia, claramente definible. ¿No se advierte ya en todo eso al futuro autor de la *Historia de Santiago*, que no tardaría en aparecer sino unos doce años más? Lo que por fin esta sociedad regalona y caótica espera es un sol de libertad que la reanime, la expanda y regenere. La reminiscencia es ingrata y conviene volver a la realidad circundante.

Pero ese sentimiento se aviva de nuevo ante la indignación que le produce la huella de la planta austriaca en el vergel italiano. Va a Pisa y en una de las salas de la Universidad ve una escultura que representa al proscrito en el momento de abandonar sus lares. Es un joven de garbosa estampa, cuya frente se inclina agobiada por el dolor. Al poner el pie en suelo extraño, levanta en brazos a su hijo pequeño, como una protesta, mientras la madre y esposa, de rodillas, parece implorar una bendición para su patria. El escultor era un proscrito, los estu-

diantes de la Universidad estaban proscritos a su vez y las aulas se habían cerrado. El viajero hace suyas la causa y las penalidades de las proscripciones austriacas, delante de un mármol que en aquellos días era como el símbolo de una angustia universal; y piensa en su patria y en sí mismo... ¡También él está proscrito por defender la libertad!

A poco andar, cruza los Apeninos y se detiene en Bolonia. Se cree en una ciudad conocida, de tipo español, con vecinos afables y amistosos, con su magro comercio, con sus calles silenciosas y oscuras. Hay un ambiente de serenidad soñolienta. Fuera de los tesoros del arte religioso o profano, algo absorbe a Vicuña Mackenna sobre todas las cosas allí. Es la residencia del ilustre jesuita chileno, expatriado con sus hermanos de congregación al comenzar el último tercio del siglo XVIII. Es también la vida de fecunda consagración al estudio que en esa residencia hizo Juan Ignacio Molina, el popular «abate», como hasta ahora le llamamos; naturalista insigne, corresponsal de Humboldt; celebridad europea entre los sabios de su tiempo; historiador de su patria, el primero tal vez que merezca ser considerado como tal.

Vicuña Mackenna se dedica a reunir piadosamente los recuerdos que Molina ha dejado en Bolonia, después de haber vivido en esta ciudad nada menos que cincuenta y cinco años, hasta 1829, investigando, enseñando, escribiendo, solitario y pobre. Descubre la casa que habitó, penetra en el escritorio del sabio y obtiene de la guardadora de aquel domicilio algunos de los objetos que allí se conservan, incluso unos cuantos papeles con anotaciones de puño y letra de Molina. Hace más aún; visita la tumba del venerable chileno, baja a la bóveda en que descansan sus despojos, abre el ataúd y con respetuosa unción arranca el brazo derecho al cadáver, para traerlo como reliquia sagrada a su país. Ya entonces piensa,—y lo llevará a cabo muy luego,—en la erección del monumento con que la patria agradecida habrá de honrar a su primer historiador y sabio que jamás la olvidó desde el perpetuo ostracismo.

La llanura de la Lombardía le atrae particularmente, como naturaleza y tierra de cultivo, a la vez que por las reminiscencias históricas y las opulentas ciudades que interrumpen sus

campos. Desde Milán, donde su principal visita es para César Cantú, hasta Venecia, donde sólo el palacio de los Dux le parece admirable, todo lo recorre y sobre todo escribe con esa viveza imaginativa tan suya que le permite ir haciendo desfilar cuadro tras cuadro, como en una cinta cinematográfica, con deleite y sin fatiga. Venecia, que no le ha causado una impresión muy honda, le arranca sin embargo exclamaciones de júbilo en una de sus serenas noches. He aquí cómo describe la placidez de esa hora:

«Pero cuando la luna de Venecia brille en su cenit, levántate, viajero perezoso, y asómate al balcón o descende apoyado en tu remo las escalas de mármol del palacio en que habitas y surca en la callada góndola las lagunas... Así únicamente he encontrado yo a Venecia bella y magnífica, pero bella de un modo tan incomparable, tan excepcional, tan único que para comprenderla se necesita estar ahí, empapado en la luz que la luna envía y refleja el agua, envuelto en los misterios del vacío, acariciado por la brisa precursora de la aurora, sin más compañía que el ruido y la espuma que la quilla deja cuando el remo empuja la góndola... ¡Oh Venecia! Cuál la sirena encantada de los cuentos de mi niñez, yo había aceptado tu misteriosa cita en medio de las lagunas; y ahí, en el fondo de mi barca, oía tu voz que me contaba tu pasado de amor y de delicias, y yo le respondía alejándome en busca de mi albergue, con la entonación de una barcarola que había aprendido cuando niño».

La peregrinación continúa por Trieste, hacia Viena y las otras grandes ciudades austriacas; en seguida, a través de la Alemania, por el Elba. Dresde, Leipzig, Berlín... nada se escapa sin ser visto. Pero en la capital prusiana Vicuña Mackenna tenía que hacer una visita, meditada largo tiempo, al hombre cúspide de su época, Alejandro de Humboldt. La hizo y tuvo la suerte de conversar algunos momentos con el insigne autor del *Cosmos*, anciano ya de 85 años. Delante de él se sintió el joven chileno más conmovido, declara, que si se hubiese encontrado en presencia de todos los reyes y emperadores de la Europa. Pero el sabio lo serenó muy luego, proponiéndole el siguiente enigma: ¿el cuadrúpedo llamado «Vicuña» ha dado

origen al apellido o el apellido ha dado su nombre al cuadrúpedo?

Como en los centenares de pueblos y ciudades que lleva recorridos, en Alemania visita teatros, museos, bibliotecas, colegios y universidades; entra y sale por posadas, hoteles, restaurantes, librerías, tiendas y almacenes; toma nota de los monumentos más característicos; evoca tradiciones e historias; inquiere los rasgos salientes de la política del momento; y opina y prevé con certera mirada el rumbo de los sucesos. La fuerte tendencia hacia la unificación alemana bajo el predominio de Prusia, no escapa a su penetración; pero no confía en la eficacia de los ideólogos reunidos en Francfort. Presiente un Bismark.

Sigue después por Hamburgo su itinerario en dirección a Holanda; y así como se deleita en Amsterdam en las galerías de pintura y echa su cuarto de espadas, una vez más, en la crítica de arte, pasa sin mayor esfuerzo al estudio de las cultivos, la ganadería y las industrias de ese suelo holandés único en el mundo, porque es exclusiva obra del hombre en lucha abierta con el mar. Rotterdam, La Haya y otros antiguos pueblos flamencos detienen su paso también, hasta que, a través de la Bélgica, cuyas ciudades son objeto de una ligera inspección, va en demanda del campo de Waterloo, grato a su imaginación inflamada por los resplandores de todas las glorias, así las de la guerra y la política como las de la ciencia y el arte, sin olvidar tampoco las del rudo trabajo que sostiene la vida.

La descripción del campo de batalla de Waterloo,—donde permaneció tres largas horas,—con los episodios más impresionantes de las acometidas franco-inglesas, es un paisaje atrayente por la tonalidad de sus perfiles y por el sentido del momento. Había leído cuando muchacho, refiere, la historia de las campañas napoleónicas y en el colegio,—como en las cimarras del *Huelén*,— había contado muchas veces la batalla de Waterloo a sus compañeros, tan a lo vivo cuanto era posible, hasta con simulacros de ataque y de defensa. De modo que cuando estuvo en aquel campo, asistido de un mapa y de un guía, y desde una eminencia dominó el horizonte del valle, el terrible drama apareció a la vista con todo su imponente desarrollo. Años después habría de volver sobre ese campo

que encendía su imaginación, para contemplarlo y describirlo de nuevo, reposadamente (*a n*).

Por cierto que no todos los rasgos con que trata de reproducir la acción misma son de una exacta fidelidad, ni sería posible que lo fueran, si han de recordarse los mil accidentes de un hecho de armas que se mueve durante diez horas en medio de un atronador vértigo de sangre y si han de tenerse en cuenta los mil relatos más o menos parecidos o contradictorios que del hecho circulan; pero la emoción de la lucha y la impresión que deja el resultado, por las circunstancias ambientes y la magnitud de sus consecuencias, son efectos que el viajero consigue aprehender en sus apuntaciones y transmitirnos con vigor.

Ni aún a historiadores de la talla de Henry Houssaye, que han consagrado años enteros a investigar ese acontecimiento en sus más recónditos detalles y escrito grandes obras para ilustrarlo y referirlo con novedad, ha dejado de observárseles algún errorcillo o alguna apreciación no bien fundada (*a ñ*). ¡Con cuánto mayor motivo no está expuesto a incurrir en parecidas fallas quien sólo deja escaparse los recuerdos, para sorprender el matiz emocional del conjunto! Como quiera que sea, el sentido histórico de nuestro autor y su fantasía restauradora de imágenes lejanas, encuentran en aquel campo una bella ocasión para expandirse.

(*a n*) En el viaje de placer por Europa, realizado en 1870, Vicuña Mackenna envió, como es sabido, una notable serie de correspondencias a *El Mercurio* de Valparaíso, las cuales firmaba *San Val*. En una de ellas, fechada en Spa el 6 de junio, relata su nueva visita al campo de Waterloo y anota: «Nosotros habíamos visitado estos mismos lugares hacía ya 15 años y por los mismos días que recordaban el aniversario del combate (junio de 1855). Entonces las sementeras estaban crecidas y casi maduras; el calor del pleno estío se reflejaba en los senderos, en las granjas del valle, en los monumentos históricos que lo adornan, y prestaban a la perspectiva cierto aire de áspera violencia, a la que la imaginación se asimilaba fácilmente. Entonces también la sangre corría tal vez con más vehemencia en las juveniles venas, el entusiasmo tenía más vívido su soplo, la imaginación más anchas sus alas; y confieso que en aquella primera visita me pareció que había oído los últimos clamores de la gran contienda. Esta vez, al contrario, la vista del campo cubierto de fresca verdura, los paisanos que cantaban en sus faenas, en las siembras, las yuntas de bueyes uncidas al arado, la creación en fin, me dominaba con sus encantos irresistibles, al paso que el fragor de la pelea y su ensangrentada tela pasaban delante de mis ojos como si mis sienas estuvieran envueltas en la sábana de una fúnebre pesadilla.» Puede leerse reproducido este artículo en las *Páginas Olvidadas* de VICUÑA MACKENNA, publicadas en un volumen por la «Editorial Nascimento», con motivo del centenario del gran escritor (Santiago, 1931), 1 vol. 434 pp. Selección de R. Donoso y R. Silva Castro.

(*a ñ*) HENRY HOUSSAYE, 1815, *Waterloo* (París, 1921), pp. 523-57.

X I V

LAS PERSPECTIVAS DE LA PATRIA

Pasada una última y breve residencia en Paris, Vicuña Mackenna se dirigió a Southamton, para embarcarse con destino a Sud-América, de regreso a su hogar. Era a mediados de 1855. Dos años había permanecido en Europa en constante trabajo y movimiento. El estudio sistemático por una parte, sus lecturas predilectas por otra y el contacto con los centros culturales del viejo mundo, habían contribuído a completar una educación poco metódica en sus comienzos y enriquecido su experiencia de la vida. Ni era conquista desdeñable, sobre todo para un hijo de Chile en esa época, el haber asimilado perfectamente los dos idiomas de uso universal, hasta el punto de hablarlos y escribirlos, si no con la elegancia, por lo menos con la misma soltura que su lengua propia.

Además, cediendo a sus preferencias espirituales,—porque no estaba en él resistirlas,—había adquirido en el curso de sus viajes toda una biblioteca histórica americana, nada menos que unos mil trescientos volúmenes. Perseverantes búsquedas y gravosas inversiones de dinero que hasta llegaron a comprometer la satisfacción de necesidades imprescindibles, significó para él esa acumulación de libros, en su mayor parte raros o desconocidos en Chile, con los cuales se proponía incrementar aquí los materiales de investigación sobre el pasado de los pueblos de América, para los estudiosos de la historia y

desde luego, para él mismo. No era éste, por cierto, uno de los beneficios menos importantes de su permanencia en el exterior. Sin embargo, no se daba cuenta él mismo de cuánto había aprendido y se declaraba desencantado de las maravillas que se hacían circular respecto a Europa; pero no desconocía que ésta fuese para él «como un grande y venerable libro en el que, entre páginas ininteligibles, mutiladas o cubiertas de manchas, descansaba a veces sus ojos sobre algún paisaje que lo llenaba de admiración y engrandecía su alma y su mente».

Contar toda aquello a sus compatriotas lo estimó un deber cívico. No quería ser él solo quien aprovechase los beneficios de sus excursiones. Por el contrario, quería que ellas fuesen patrimonio común de cuantos en su país eran capaces de comprender la alta cultura y de plegarse a los anhelos de mejoramiento colectivo. De ahí la preparación de su *Diario de Viajes*, con pacientes anotaciones. Pero no se dedicó a escribir eso únicamente, durante su estada en Europa. Mientras hacía en la Escuela de Cirencester su curso agronómico, envió en forma de carta a uno de sus amigos de Valparaíso un resumen de los conocimientos adquiridos y de las experiencias realizadas en aquel centro de estudios, en cuanto pudiesen interesar a los agricultores chilenos, tan poco dados a la técnica científica en la explotación de sus tierras.

Junto con exponer los sistemas ingleses más en uso en ganadería y cultivos,—que eran naturalmente los más adelantados de la época,—sugería una serie de medidas de fácil e inmediata adopción para el progreso agrícola de Chile, tales como el establecimiento de escuelas especiales, la fundación de una sociedad de propietarios o el restablecimiento de la que existía pero no funcionaba, la publicación de revistas vulgarizadoras, la formación de colonias agrícolas con los penados, la introducción de nuevas semillas, la importación de reproductores de razas seleccionadas, y en fin, la organización de un servicio estadístico particularmente adaptado a esta rama de la producción nacional. La carta se publicó en 1854, en un folleto titulado *Estudios sobre la Agricultura Europea*; y casi todo lo que ella recomendaba se llevó a cabo paulatinamente en años posteriores. El estudiante de Cirencester había

tenido una clara visión de esas necesidades y se había apresurado a dar a conocer sus puntos de vista científicos para satisfacerlas

Pero, por sobre todo, él era imaginativo, patriota y escritor; con su pluma volaba por los prados de las nobles quimeras; y a poco de estar refiriéndose a graves cuestiones de crianzas y sembrados, diseñaba el paisaje de un Chile futuro, industrial, rico y feliz, con la abundancia de sus materias primas agrícolas y minerales, con el carbón de piedra cuya explotación se figuraba de inmensas proporciones, con el vapor aplicado a las fábricas y a los ferrocarriles, con el ruido del movimiento en toda especie de negocios; y brotaba espontáneo el himno a la industria que vendría a transformar en un edén el mundo y a hacer de Chile un emporio de ilimitada prosperidad. ¡Sueño que llenó toda su vida! Había obstáculos sin duda; el primero era la ignorancia común; el segundo, la pereza; el tercero, la raza en abandono, con su decrepitud física y su inferioridad moral. Pero a la vez había medios de corregir estas deficiencias; y tampoco él los silenciaba.

Las posibilidades de la agricultura y la industria se complementaban con otro gran designio referente a la inmigración para Chile. Desde tiempo atrás preocupaba al gobierno este problema y ya se habían fundado las primeras colonias alemanas de las provincias del Sur, cuando el escritor insistía en la conveniencia de atraer al país el mayor número posible de europeos que cooperasen al crecimiento agrícola del territorio, a la vez que a la renovación de los métodos de trabajo en el campo y de los hábitos sociales del labrador chileno. Y no era que él desconfiase del activo *huaso* o tuviese en menos al pobre *inquilino*, semi bárbaro pero paciente y esforzado; era que apreciaba en mucho la transfusión de sangre que la inmigración operaría en la raza nacional, la colaboración de cultura que conjuntamente traería a las muchedumbres obreras y el poder económico que ella también agregaría a la república; lo que redundaría en bienestar interno y en influencia exterior. Un seguro criterio de estadista iluminaba este modo de ver; y contribuían a robustecerlo cuanto él había observado en los Estados Unidos y cuanto sabía de lo que pasaba en la Argen-

tina y el Brasil, países estos últimos que recién se abrían a la inmigración, mientras ésta constituía ya el principal factor de progreso en la república norteamericana. Casi al mismo tiempo que Vicuña Mackenna, popularizaba Alberdi en su patria el punto de vista que llegó a ser axiomático, «gobernar es poblar».

En Chile, sin embargo, el fomento de la inmigración se hacía difícil y hasta peligroso, principalmente por el atraso del campesino. El inmigrante europeo no podría avenirse a los groseros hábitos de nuestra población rural, porque los suyos eran muy superiores; no podría aceptar sus mismas condiciones de trabajo ni su mismo nivel de subsistencia; por consiguiente, no se mezclaría ni llegaría a confundirse nunca con esa masa que formaba los tres cuartos de la población del país. Colocar al inmigrante,—como se había hecho con los alemanes en Valdivia,—al margen de la aglomeración social chilena, para que sólo actúe dentro del núcleo homogéneo de su propia raza, equivalía a crearle a la república una zozobra permanente, en cuanto a su seguridad exterior, por los conflictos a que se expondría en el futuro con los Estados de la procedencia de cada grupo inmigratorio. Además, eso no era práctico para los fines culturales y sociales que se perseguían. La difusión radial de los hábitos del europeo quedaría restringida al espacio ocupado por su colonia y cuando mucho al de las vecindades. La asimilación de su sangre no se operaría sino excepcionalmente. La adaptación al país, a sus instituciones, a sus intereses, a los sentimientos e ideales colectivos, a la nacionalidad en suma, tampoco llegaría a producirse; y lo peor sería que este colono impondría su superioridad para someter a servidumbre al pobre nativo, sin beneficiarlo ni intelectual ni moralmente, porque no miraría en él a un igual.

Que en gran parte esas previsiones se han realizado no cabe discutirlo ahora. Si la colonización alemana del Sur ha sido en definitiva un gran bien, ello se debe a circunstancias externas que no es del caso mencionar y a la circunspección muy recomendable manifestada por los mismos colonos y sus descendientes, unida a una laboriosidad fecunda y ejemplarizadora; lo cual ha demostrado que aquéllos fueron elegidos

con afortunada discreción. Pero eso no impide que algunos de los inconvenientes que Vicuña Mackenna apuntaba hayan podido observarse en este caso también.

Hace algunos años, durante una excursión veraniega, nosotros mismos recibimos penosa impresión en el hotel de un pueblo del Sur, donde almorzaba un medio centenar de alemanes de ambos sexos. Allí se comía, se bebía, se fumaba, se hablaba, se cantaba, se bromeaba y se expandía la confianza, todo en alemán y a la manera del germano. Parecía como si se estuviese en un rincón de Hamburgo o de Lübeck. Sólo una nota permitía advertir, en los patios y las habitaciones, que se trataba de un rincón de Chile; y era la servidumbre del negocio, compuesta exclusivamente de hombres y mujeres del bajo pueblo nativo... Sin embargo, aquellos comelitones pertenecían a la segunda o tercera generación de los colonos de mediados del siglo XIX.

Consignamos el hecho, repetido más de una vez, no como un reproche, que de ningún modo sería procedente, sino como dato comprobatorio de la persistencia del tipo colectivo del país de origen en el núcleo aislado de un establecimiento colonial, conforme a la predicción del joven chileno, expresada en la misma época en que aquél se fundó. La colonización italiana que, medio siglo después, se inició en análogas condiciones fué al fracaso, porque ni el terreno escogido ni los inmigrantes contratados reunían las cualidades que se sumaron en la otra ocasión. Además, las exigencias de los tiempos, en materia de negocios agrícolas, eran mucho más duras. Y ni aún así el hecho fué admitido sin manifestaciones de descontento. Basta recordar los severos apóstrofes del doctor Palacios en su libro *Raza Chilena* (1903).

No obstante, en la contemplación de las perspectivas de su patria desde Europa, Vicuña Mackenna insistía en que Chile necesitaba imprescindiblemente de una inmigración numerosa para su progreso y en que los obstáculos con que ella tropezaba se deberían allanar tan pronto cómo fuera posible, mediante la adopción de tres previsoras medidas, a su juicio fundamentales. La primera consistía en la contratación de los inmigrantes por cuenta del Estado, en los mismos centros en que se aglomeraban,

y su transporte directo a Chile, ojalá en buques nacionales, para lo cual el gobierno establecería agencias de inmigración en El Havre, Liverpool y Hamburgo. Así el inmigrante escaparía a la codicia y a la explotación de cualquier concesionario o empresa particular. La inmigración era un negocio del país y regirla era, por consiguiente, cosa del Estado.

La segunda medida se relacionaba con su distribución en el territorio chileno. No debería asignarse una comarca determinada a un grupo de inmigrantes de la misma nacionalidad; al contrario, se debería repartirlos en diferentes zonas, de acuerdo con su procedencia y con las aptitudes profesionales de cada uno. De esta manera se propendería a hacer del inmigrante no un *colono* sino un *ciudadano*, sometido a las mismas leyes, normas y garantías de trabajo que el nacional de su oficio, interesado como éste en las actividades y en el mejoramiento de su especialidad. La adaptación al medio vendría así muy pronto y las uniones familiares se estimularían con el trato recíproco, hasta llegar a hacerse comunes. La nacionalización y la absorción del inmigrante serían completas. Era el procedimiento norteamericano, decía él, sin duda el más recomendable por su eficacia social. No se hacía la ilusión de ver un día el desposorio de una alba y rubia Loreley con el tosco huaso moreno, centauro de los llanos del norte o del sur; pero sí el de un tranquilo y laborioso inglés o germano con alguna de las hacendosas criollas que tan agraciadas las había en las poblaciones lugareñas. Soñaba quizás; también él mismo lo reconocía; pero le era muy grato soñar estas patrióticas idealidades.

Ya la tercera medida que se esforzaba por hacer aceptar, con ser la de más importancia, revestía a la vez una gravedad suma y concurriría a producir el fracaso de las otras, si no se la adoptaba con fuerza de convicción y desprendido ánimo. Había que ahogar prejuicios seculares y atender solamente al porvenir nacional. Se refería a la urgencia inmediata y al deber humano de redimir de la barbarie al inquilino, al huaso y al jornalero de todas las faenas, por medio de una educación adecuada y del levantamiento de su *standard* de vida, hasta colocarlos en un nivel equivalente al inmigrante europeo. En

otras palabras, había que «europeizar» a la mayor brevedad al sufrido y despreciado *roto*, si se quería tener, como era indispensable, una inmigración con todas sus ventajas y exenta, a lo menos en parte, de sus inconvenientes o peligros.

En este punto de su disertación, la franqueza que le era característica rebozaba hasta hacerse dura y provocadora. Increpaba a la clase dirigente por la miseria material y moral de los trabajadores y principalmente del campesino. Cuando todo progresaba y mejoraba en el país, sólo aquel hombre permanecía estacionario y olvidado; y era, no obstante, el productor, el que amasaba la riqueza común y el que integraba la gran mayoría de la población. «Ved su rancho, observaba. En la noche, alrededor del fuego, se agrupan los niños,—hijos del clima más sano de la tierra,—semi desnudos y semi dormidos, revolcándose en la ceniza o la basura, débiles, enfermizos y hambrientos, en confusión con los animales del hogar y aún con otras bestias. Alguna vez se ha encontrado a una zorra con su cría, durmiendo en comunidad con esos niños.»

La nutrición suele ser tan mala y escasa que puede considerarse nula. En el opulento valle de Aconcagua, se vió cierto día a un hombre que por la mañana hacía comer membrillos a sus hijos. Interrogado por la causa, respondió que les daba membrillos para que se les destemplaran los dientes y durante el día no le pidieran más de comer. En una hacienda del Norte, los inquilinos criaban unas pocas cabras y con su leche se alimentaban de preferencia ellos y su prole; vendían los quesos y los cueros para comprar ropa y harina; de este modo, sus más premiosas necesidades estaban satisfechas. Pero vino el patrón, se quejó de que estos animales le atropellaban los pastos que comían sus vacas y ordenó a los inquilinos venderlos inmediatamente, a cualquier precio. Los pobres quedaron sin vestido, sin leche y sin pan.

En otras partes, las intemperancias y los abusos revestían formas diferentes. El inquilino tenía un cerco de rulo para sus siembras, en las faldas del cerro; el patrón beneficiaba los potreros, llanos y regados; aquél bajaba a sembrar, antes de las primeras lluvias, los campos del patrón, porque ése era su

deber; sembraba en seguida su cerco; pero el período de las lluvias pasaba y en las arrugas de la tierra el sol del verano quemaba las mieses antes de su madurez; el patrón hacía en el llano una cosecha espléndida, con las propias manos del inquilino, quien no recogía de sus sembrados más que ballico y paja; y allí estaban, al término del año agrícola, los dos hombres frente a frente: el uno en la abundancia y la fortuna; el otro en el hambre y la miseria. ¿Qué solidaridad puede nacer y subsistir, se preguntaba el autor, entre estos dos tipos de hombres, qué comprensión puede establecerse entre ellos, qué interés común puede unirlos para mejorar los campos y llevarlos al máximo de su rendimiento? El robo, la embriaguez, la riña, el asesinato, los castigos y todo el cortejo de desgracias que agobian al labriego y su familia, vienen a continuación de modo natural e inevitable. La inhumanidad contra él ha ido a veces hasta quemarle el rancho que habita y arrojarlo con mujer e hijos, como a las bestias, sobre los potreros abiertos. La tinta roja de estas pinceladas se desparramaba todavía en otros contrastes más hirientes.

La ignorancia del campesino era absurda y atroz. Sólo se le ha enseñado «a temer al demonio y a espantarse de las ánimas». Apenas contaba con los dedos y para rentener el número hacía rayas en un palito. No tenía idea de las distancias; todo estaba *por ey, a la vueltesita*. Tampoco designaba con más claridad las cosas; en las provincias del Norte alguno decía que el burro era una legumbre. Cualquiera palabra nueva la desfiguraba hasta lo increíble; al vapor lo llamaba «vapura»; al telégrafo, «tefriégalo». Y así hasta en los conceptos tergiversaba el sentido; por manifestar que tenía buena voluntad o que estaba bien dispuesto, decía «estoy opuesto a todo...». ¿Y a qué seguir? Sin embargo, era de natural inteligente; tenía sagacidad, ingenio, gracia e ironía; no creía en paparruchas, cuando se le contaban cosas de seres humanos; la malicia asomaba con frecuencia a sus ojos y el oportuno chiste brotaba sin esfuerzo de sus labios. Los «payadores» improvisaban los versos picantes y hasta se las atrevían con el cura:

El cura no sabe arar,
menos enyugar un buey;
pero, por su propia ley,
él cosecha sin sembrar.

El huaso era, además, fuerte, bravo, enérgico, resistente, patriota, generoso y humilde a la vez, leal y hospitalario, servicial y benévolo. En ocasiones se jugaba los hígados en la hoja de un puñal; pero eso ocurría solamente cuando se sentía ofendido en su dignidad de hombre y casi siempre mientras estaba ebrio, bajo el delirio de una noche de alcohol y de resentimientos pasionales. En cambio, ¡cuántas de sus buenas partidas no le deparaban mejor suerte!

En la lejanía de la patria, el joven estudiante y viajero continúa soñando. Imagina que para nivelar al proletario chileno con el inmigrante europeo se requiere una acción persistente del gobierno y los particulares en sentido civilizador, a base de una ecuanimidad más solidaria entre patronos y asalariados, hasta implantar una serie de reformas que en conjunto producirían al fin el efecto que él desea obtener. Así, se aboliría el diezmo, para substituirlo por una renta a los párrocos; se usaría de mayor liberalidad con los soldados que servían en la guardia nacional; se establecería en los campos una administración de justicia más al alcance del desvalido y más dispuesta a escucharlo; se rebajarían los impuestos sobre las mercaderías de primera necesidad, para aliviar el costo de la subsistencia; se suprimiría o modificaría el estanco del tabaco y otros artículos; se le aumentarían al inquilino sus recursos y se ampliaría su libertad; se le eliminaría de la exigencia del trabajo gratuito, se le exoneraría de otras obligaciones igualmente injustas y se le mejoraría su salario; se prohibiría que se le vendieran bebidas alcohólicas; se le concedería en cada fundo el derecho de cortar las maderas y usar los demás materiales de construcción que allí hubiese, para la fabricación de su casa; se le asistiría con indicaciones oportunas para estos trabajos y para mantener una higiene elemental en la vivienda; se le estimularía hasta con premios para cuidar del aseo suyo y de la familia y para la plantación de un jardín, «porque donde

hay flores no hay basuras»; se le trataría con indulgencia, «porque es nuestro amigo y trabaja para nosotros»; y en fin, se educaría a sus niños, «no tanto con lecciones de cartilla ni sermones sobre el infierno, sino con ejemplos y prácticas»; lo que vale decir, con la disciplina de los hábitos, que es la suprema aspiración de la pedagogía de nuestro tiempo.

Bastante insuficiente era en realidad el plano, para la ejecución de una obra de tanto aliento, que él creía posible ver ya próspera en el transcurso de un cuarto de siglo, o sea, en la edad viril de la nueva generación. No hay duda de que él mismo juzgaba eso fútil y hasta ingenuo; pero era tan insólita la manifestación de aquellas ideas en el círculo de sus relaciones, que por una especie de pudor espiritual parecía haberse resistido a seguir el curso de su desarrollo hasta más lejanas consecuencias, las cuales lo habrían conducido inevitablemente a proponer remedios mucho más radicales que los señalados y a comprometerse en una demagogia intempestiva. De todas maneras, por aquellos años, nadie había penetrado más a fondo en el planteamiento de un problema cuyas soluciones se aguardan hasta hoy.

Miraba el problema, eso sí, sólo desde el punto de vista de la inmigración, y nos atrevemos a pensar que se equivocaba. La inmigración, a su juicio, vendría a suplir una escasez de brazos de que estaba aquejado el país; y la tal escasez no existía, como lo demostraba la emigración de los jornaleros chilenos, antes y después, hacia California y hacia la Argentina. Opinaba que Chile admitiría fácilmente una población diez veces superior a la que entonces tenía,—un millón y medio de habitantes,—y tampoco los hechos han confirmado su predicción. Agregaba que las faenas nacionales podrían absorber hasta diez mil inmigrantes por año, y nunca llegó el caso de aproximarse siquiera a tan magna posibilidad. Al revés, fueron muchos, en algunos períodos posteriores, los inmigrantes que, venidos a Chile, pasaron pronto a establecerse en la Argentina.

Como transfusión de sangre y de hábitos, como mejoramiento de aptitudes para el trabajo y como renovación de cultura, la inmigración podía ser incuestionablemente un buen

negocio para el país; pero también podía serlo, y mejor quizás, la reeducación de la propia raza para una vida más intensa y creadora, como se ha debido hacer más tarde, aunque en muy limitadas proporciones. Es cierto que ambos términos del problema no se excluían; pero el uno, el nacional, era prácticamente soluble, y el otro, el extranjero, no lo era; porque la inmigración no ha ido nunca a donde se ha querido llevarla sino a donde se le han presentado condiciones naturales de bienestar y aun de fortuna para sus individuos.

A pesar de eso, la intuición sociológica del patriota no andaba descaminada, cuando la resumía con las categóricas palabras siguientes: «Las clases trabajadoras del país y en particular las rurales, deben rescatarse de su situación actual, por el bien mutuo racionalmente entendido, por humanidad, por religión, por patriotismo, para hacer la inmigración benéfica, para evitar con ella la ruina posterior del país; para salvar, en fin, la América del Sud con la inyección de una nueva sangre que críe generaciones morales, activas, inteligentes y emprendedoras» (a o). Era una llamada de atención a la clase dirigente, para inclinarla a la solidaridad con la muchedumbre del pueblo, en aras de sus propias conveniencias.

Movido por esas mismas aspiraciones, escribió en Inglaterra y publicó en París, en los primeros meses de 1855, un pequeño libro que tituló *Le Chili considéré sous le rapport de son Agriculture et de l'Emigration Européene*. Destinado a circular principalmente en Francia, el país de las más decididas afecciones del autor, donde el gobierno imperial acababa de esbozar un servicio público para el control de los emigrantes, el libro del joven que viene de concluir su curso agronómico de Cirencester, insiste sobre todo en las condiciones productoras de Chile, haciendo resaltar sus analogías con las del territorio francés y en general, de todo el centro de Europa. «Hemos escrito este bosquejo de Chile para los emigrantes y para los chilenos; para los chilenos de hoy y para los que serán chilenos mañana. Hablando entre hermanos, sería un cri-

men engañarlos. A los unos y a los otros les digo de todo corazón lo que yo creo la verdad» (a p).

Y el escritor, que ha empuñado la pluma francesa para difundir por cuenta propia los atractivos de su patria, no se reserva la nota del entusiasmo y de la fe en los destinos que a ella le aguardan. «Los Andes,—dice a su invisible auditorio,—os detendrán por todas partes; los Andes también os harán permanecer allí. Entre todos los países cuyos límites haya trazado la política o la historia, ninguno lo ha sido de manera tan hermosa, tan perfecta y tan magnífica como Chile, no por la política sino por la naturaleza y la mano de Dios. Dos desiertos, el océano y las montañas más grandes del mundo son sus límites. Se ama a esta patria, porque se la siente en uno mismo, por que se la ve como el rostro de una madre, contemplando siempre, alrededor sus montañas y sus mares, las ciudades en que hemos nacido y los sonrientes valles en que nos hemos criado, al calor de la tierra. Se ama a esta patria, porque a este refugio querido se le sabe inviolable como un hogar, como un templo. Se le ve seguro y protegido por todos sus costados; porque cada chileno, desde los bárbaros inmortales que se opusieron a los españoles, hasta nuestros más recientes guerreros, siente que la patria está consigo, que ella es eterna y que no será nunca conquistada por manos enemigas. Pero, mientras tanto, héla ahí, abierta, con los brazos extendidos para todos los que vayan a ella como hermanos...!» (a q).

Describe en seguida, rápida y pintorescamente, la topografía del suelo, las modalidades climatológicas, las zonas de producción, la vida y el trabajo en los campos y minas, las costumbres criollas y la organización general de la sociedad agrícola y pastoril. Es una animada síntesis geográfica y económica en los aspectos culminantes del territorio nacional. ¡Cuántas veces chapuceros mercenarios han escrito después libros semejantes, faltos en absoluto de preparación general y de conocimientos adecuados; y lo que es peor aún, de vera-

(a p) B. VICUÑA MACKENNA, *Le Chili considéré sous le rapport de son Agriculture et de l'Emigration Européenne* (Paris, Bouchard Huzard, 1855) 1 vol. 144 pp. Ver p. V.
(a q) *Le Chili* cit. pp. IX-X.

cidad y de vergüenza! Ciertamente es también que los ha protegido siempre la ignorancia, cuando no la partija, de políticos profesionales con fugaz influjo en el gobierno, plaga tan inevitable como inepta y servil.

Vicuña Mackenna, en cambio, hacía esta propaganda en Europa por su exclusiva cuenta, por espontáneo impulso, por servir a su patria en la forma mejor que él lo entendía, y nada más. Y este esfuerzo suyo era tanto más meritorio cuanto que lo empleaba durante el predominio de un gobierno al cual acababa de combatir y con el cual nunca se reconcilió; pero, en su concepto, por encima de los hombres y al margen de sus pasiones, estaban los intereses permanentes del país. «Se ama a esta patria», repetía él en lengua y en hogar extranjeros; y esa frase nunca fué en su pluma ni en sus labios una vana expresión, ni mucho menos una llave ganzúa para abrir las puertas de los medros fáciles o no estrictamente debidos. «Se ama a esta patria»; y él la idealizaba en las perspectivas del tiempo que llevaba ausente y la distancia a que estaba de ella; la cristalizaba en su pensamiento como un prisma que encendía la visión de las cosas; y la amaba tanto cuanto más la juventud bullía en sus venas y el destino le imponía permanecer lejos de los aleros familiares.

El problema de la inmigración, junto con el de la agricultura, ocupó además las substanciosas páginas que antes citamos de su *Diario de Viajes*; también había de preocuparlo muchas veces en años posteriores; y es de admirar cómo este espíritu, inclinado en todo instante a las letras, al arte y a la historia, armoniza y contrapesa por igual los temas de índole práctica, en que se esbozan y barajan los más comunes negocios, con los temas de mera especulación, en que se exponen o critican las obras más delicadas del ingenio. Sus múltiples facultades no se divorcian ni se subordinan; simplemente se suman, y las unas a las otras se ponderan. Idealismo y realismo van unidos en sus lucubraciones, para prestarse mutuo apoyo; y esta característica, que claramente se diseña en los pensamientos de su juventud, será también la de su edad madura, la que hará tan suyos sus escritos, la que les proporcionará la vida y el vigor de su época; pero la misma, por desgracia, que le

negará el acceso al bienestar y al desahogo que en justicia le correspondían. Nunca, en propio beneficio, se resignó a poner candado a sus idealidades, para entregarse por cálculo o por miedo a la vulgaridad ambiente; y ésta había de castigarlo como a todos los pensadores de su casta. A pesar de eso, sus visiones de un Chile mejor, con una comunidad basada en el solidarismo más justo y humano, perdurarán todo el tiempo que demore en transformarse el estado social a que deben su origen.

NOTAS SOBRE EL BRASIL Y LA ARGENTINA

El viaje de regreso a tierra americana le permitió visitar Lisboa, las islas Maderas y las Canarias, que proporcionaron no pocos habitantes a las colonias españolas como más tarde no pocos combatientes contra su libertad, y que ahora estaban enviando sus excesos de población a Buenos Aires. Las islas de Cabo Verde y de Fernando Noroña fueron reconocidas también, antes de avistar las costas de Pernambuco y de Bahía. De ahí a Río Janeiro; y el Brasil de entonces podía ser apreciado, aunque de ligera, en toda su integridad.

Vicuña Mackenna pasó efectivamente una vista poco detenida sobre esas ciudades,—salvo Río, donde permaneció seis días,—y se formó el concepto de que el Brasil era un país en pleno desarrollo, llamado a gran porvenir; pero le chocaron el desaseo y abandono de los puertos, la muchedumbre de negros y mulatos, y cierta imprevisión y desorden en la atención de las gentes extrañas a quienes la curiosidad o el acaso llevaba allí a desembarcar. Esta ingrata impresión había de seguirle mucho tiempo. Sin embargo, el perfil de Pernambuco, con su industria del azúcar y con sus vistas sobre la navegación fluvial hacia el interior, en una proyectada red a la cual

serviría ese puerto como punto de apoyo; la descripción de Bahía, con el bellissimo panorama de su rada, con la multitud de sus iglesias, el movimiento comercial, las costumbres, el hotel y el jardín público, el teatro y la esclavitud de negros y negras, a todo lo cual se le juntaba un poco de historia; y luego, la noticia cabal de Río Janeiro y del imperio lusitano, con informaciones oportunas sobre la política interna, la majestad imperial, las riquezas de los hombres de pró, las plantaciones de café, cacao y yerba mate, revelaban no sólo la observación *de visu*, con expertos ojos de turista, sino el estudio previo de las circunstancias y modalidades del país.

En el fondo, la escasa simpatía del visitante por el imperio lusitano procedía principalmente de dos causas. En primer lugar, se trataba de un régimen que políticamente desentonaba en la América; y él, fervoroso republicano, no podía mirarlo con buena voluntad. En segundo lugar, le repugnaba la esclavitud; abominaba del negro como raza; y allí donde las tres cuartas partes de la población eran negras o de diferentes matices a base del negro, no podía sentirse a sus anchas contemplando el espectáculo de inferioridad, de estupidéz, de grosería y mugre que a cada momento le salía al paso. Por otra parte, no hallaba indicios de una sociabilidad adelantada, en relación con la riqueza del país, y las manifestaciones intelectuales de que se dió cuenta le parecieron en extremo mezquinas. El cuerpo magno del imperio no mostraba aún el espíritu proporcionado a su poder, a su prestigio y a sus recursos materiales. Pero nada de eso le impedía reconocer que el régimen imperial era la fuerza que mantenía la cohesión y la unidad entre aquellos inmensos territorios y aquellas abigarradas poblaciones, que hasta la esclavitud misma aparecía como necesaria para mantener la estructura económica de la nación y que no estaba distante el día en que el Brasil pesara como gran potencia en la balanza política del mundo. Ya era esa potencia, respecto a los vecinos, y hasta podía ser mirado como una amenaza permanente de su integridad territorial; pero no habría que temer demasiado su avance sobre estas repúblicas hispanas, porque en definitiva ellas harían honor a su raza y a su historia.

En cuanto al Uruguay, que apenas avistó sin detenerse,—pues sólo estuvo unos instantes en Montevideo,—le disonaba el caudillaje bajo el cual lo veía atenazado y no logró sorprender los factores de su crecimiento futuro y ni siquiera de su estabilidad como Estado independiente. La intervención del Brasil en sus querellas civiles,—que a poco de haber saludado él sus costas llegó al punto de ocupar militarmente a Montevideo,—le afianzó en la convicción de que se trataba de un país desgarrado por las facciones, «noble y desgraciada tierra», cuya vitalidad sufría un irreparable quebranto. Se equivocó esta vez, acaso por la precipitación con que viajaba.

Su más viva preocupación era ahora Buenos Aires, donde esperaba entenderse con personas amigas y ser bien acogido. Una vez en la ciudad, en efecto, algún periódico anunció su llegada. Bartolomé Mitre, ministro de la guerra a la sazón, con quien había hecho confianza en Chile dentro de los calabozos de 1851; Sarmiento, que lo conocía desde Santiago también; y algunas otras personalidades de sus relaciones, por haberlo tratado aquí mismo o en Europa, lo visitaron y le abrieron las puertas de aquella sociedad hospitalaria y afable, a cuyas atenciones el joven viajero se sintió siempre obligado. Pero él, después de rendir un piadoso homenaje a los restos de su malogrado abuelo Juan Mackenna,—que allí descansaban en una cripta del templo de Santo Domingo,—consagró de preferencia el tiempo a investigaciones históricas en la Biblioteca Pública y a recorrer libremente la ciudad y sus alrededores.

No había de ser insensible, sin embargo, a la gracia femenina y a las fugitivas distracciones del teatro y del salón, donde esa gracia se ostentaba ya con el refinamiento y las costumbres propias de París. La cortesía de la mujer argentina, recordaba él, lo había conmovido; era una amabilidad ligera, insinuante, atrayente, de una fineza encantadora. Su hermosura y distinción cautivaban. Su tipo estaba realzado por el talle airoso y esbelto y por una fisonomía en que destellaban la viveza y la expresión andaluzas. Ojos negros, boca pequeña, dentadura sana y preciosa. La elegancia y los gustos parisienses proporcionaban a esta sociedad cierto aire nuevo, pero sin

afectación, que había borrado casi las peculiaridades criollas de sencillez y natural dulzura. En todo caso, él prefería este criollismo del terruño, quizás por hábito o quizás por qué...

El *Diario de Viajes* contiene una amplia información de Buenos Aires,—donde residió tres cortas semanas,—interrumpida con disquisiciones históricas y vaticinios ampulosos acerca del porvenir sudamericano y argentino, sobre todo en su aspecto espiritual. Con este motivo, incluye en esas páginas una invocación a la juventud, que es una protesta contra todos los despotismos y taras tradicionales, a la vez que una clarinada de libertad y aliento para emprender la regeneración de los pueblos hispanos de América. He aquí algunos períodos de esa divagación altisonante. Ella nos recuerda las sibilinas arrogancias de Bilbao, que el mismo Vicuña Mackenna criticaría burlonamente años después (*a r*).

«Nuestra salvación es el porvenir... y el porvenir ¿qué es? Es la juventud, es la vida que se alza, la inteligencia que brilla, el corazón que palpita, la mente que trabaja, la actividad que organiza, el porvenir que marcha... Alzate entonces, ¡*Juventud del Porvenir!* Nosotros te invocamos, *Juventud de Sud América*, y te llamamos a la obra de salvación en nombre de todo lo grande que anida el alma de los hombres, y en nombre de tí misma, *Juventud de Chile*; porque tú huyes tu misión de labor y de inteligencia; porque nos eres arrebatada en masa por los jesuitas, por las academias militares, por los seminarios conciliares, por los empleos de oficina, por los mostradores de los baratillos, por los potreros de vacas, por las futilidades de los salones... por la banalidad de las modas.

«¿Dónde está hoy día entre nosotros el espíritu de unión, el estímulo mutuo, la ambición de gloria, palancas de la vida social? Dónde la fe de las creencias, las esperanzas del alma, las aspiraciones a lo bello, a lo intelectual o a lo infinito, móviles del porvenir? Dónde brilla el germen de lo increado que busca la forma para brillar como una verdad o un descubrimiento? Dónde está el trono del pensamiento, para imperar

(*a r*) Véase sobre todo su notable artículo *Cosas de Chile*, pp. 23-33, en *Relaciones Históricas* cit., t. I. y su *Historia de la Jornada del 20 de Abril* cit., Cap. II.

con él; dónde brilla la luz de la razón para seguir sus reflejos? En qué mente está concentrada la filosofía escudriñadora? En qué frente se ha estampado el sello de una suprema convicción? Quién indaga el pasado y nos lo cuenta como una lección? Quién comprende las virtudes públicas y la práctica sin el egoísmo del individualismo? Qué se ha hecho el espíritu de examen, el hábito fecundo de la meditación, la crítica sana y elevada, y no la murmuración ociosa y culpable; la plegaria de la atrición del alma y de la fe, y no el rezo maquinal de la lengua y de los labios? En qué parte se cultivan las cualidades del espíritu que forman los grandes ciudadanos, la elocuencia parlamentaria, las cátedras libres del profesorado, la prensa independiente, la discusión de la cosa pública, abierta para todos? Dónde está el campo del genio, dónde se eleva el talento, dónde está la educación que prepara el futuro, el impulso que lo realiza, la conciencia moral que lo afianza? Por qué se avasalla toda inteligencia que se obliga, y se hunde y quiebra en pedazos el pensamiento altivo pero recto, atrevido pero leal, que denuncia los errores y, postrado ante la verdad,—augusto bien de la conciencia,—acepta sin temor el reto del odio, el lodo de la calumnia, la persecución de todos? Por qué se derriba a garrotazos la juventud de los colegios y se le encierra después en los calabozos de las cárceles públicas? Dónde palpitan, pues, los síntomas de la vida, de la juventud, del porvenir?

«Sociedades inanimadas y sin estímulo moral o intelectual, que creéis marchar porque la materia de que formáis parte se agita un poco a vuestro derredor, ¡vosotras vivís en un fatal error! «Se avanza en el progreso material, y esto basta», dicen todos; y el progreso material marcha en efecto porque ésta es su ley física y bruta, como marcha una mina en alcance o una sementera que el agua de la lluvia empapa y el sol calienta después; marcha en efecto la materia y los que la vemos marchar ponemos debajo de ella, para que las aplaste y las extinga, la inteligencia y el alma... Y las elecciones populares, el acto más augusto de los pueblos porque es la delegación de su conciencia y sus derechos, se hacen un mero asunto de policía urbana. Las asambleas de la nación no tie-

nen más irradiación que las de sus estufas encendidas en los días nublados, ni más elocuencia que la lista nominal de la mayoría inasistente. La prensa sólo resuena con el cacareo de las «crónicas locales» y la sociedad se encoge debajo del mantón, se pone beata, y especula, y juega, y se arruina... Y las minas están en alcance, y la harina se exporta, y el país marcha, y también marchan las carretas!...»

Pero el autor se serena en seguida; remonta el Paraná hasta Rosario y desde ahí toma el camino hacia Mendoza, a través de las pampas. La economía argentina, en sus variadas manifestaciones, es objeto de detenido estudio, con ocasión de esos reconocimientos; y las descripciones de los paisajes y de los hombres se suceden en tropel sobre aquellas llanuras sin límites. En pocas páginas de su *Diario* reúne de manera más armoniosa, en un solo haz, las impresiones de la naturaleza circundante, de las gentes que la habitan y de la agricultura y las industrias que en ella prosperan, las cuales ya entonces estaban labrando la grandeza argentina.

Con la misma perspicacia con que ya tanto ha inquirido y observado en cerca de tres años de peregrinación por el mundo, predice esta vez el portentoso desarrollo de la riqueza agro-pecuaria en esas regiones y la transformación social consiguiente. Veinte años de paz y de orden bastarán a su juicio para que cambie por completo la faz pastoril que aquellas atraviesan y para que se inicien en el período agrícola e industrial; para que el torrente de la inmigración europea se desborde sobre sus praderas y a los millones de vacas que entonces las cubrían se substituyan millones de cuadras de cultivo en los suelos más feraces que se conocen. El pastoreo ha sido el ocio y la barbarie, el caudillaje, el despotismo y la guerra civil, la apoteosis del gaucho inculto y avasallador, con Quiroga, Aldao, Mansilla y hasta el mismo Rosas. Las siembras y las plantaciones traerán ahora la civilización, harán el esfuerzo del hombre copartícipe de la fecundidad de la tierra; el arado levantará el rancho, y el rancho propiciará la vida de familia, que arraiga con la propiedad, que ennoblece con el amor, que educa con

el trabajo y que, junto con el sentimiento de patria, crea la conciencia de los deberes nacionales.

No importará eso, a juicio del flamante agrónomo, desplazar totalmente las mulas, los potros, las vacas y las ovejas, que constituían entonces la *población* de las estancias y que se multiplicaban en ellas como si fuesen una vejetación especial; lo único que eso significará es una restricción de su número en el espacio que ocupan, al mismo tiempo que una industrialización más intensa de sus productos. El colono europeo, una vez asentado en esas comarcas, hará correrse al gaucho vagabundo hacia el interior del país; el gaucho, a su vez, empujará al indio más lejos aún; y así la civilización se hará sitio estable y provechoso en el corazón del territorio argentino.

A poco andar, desde Rosario hacia Mendoza, rectifica las nociones que por los libros se tiene formadas de ese extenso sector del continente. «La pampa, anota, no presenta aquel carácter de planicie uniforme y nivelada que su nombre y la tradición común parecen atribuirle. Es más bien una serie de bajas y vastas ondulaciones, a veces casi imperceptibles y otras muy pronunciadas formando quebradas y portezuelos. Yo me había figurado como todos un paisaje muy distinto; me pintaba a la pampa como una inmensa y eterna pradera, empapada de humedad, matizada de verdura y poblada de pintados y mugientes grupos de ganado salvaje: creía que era aquella singular región un oasis inmenso, un «mar de esmeraldas» como se le ha llamado, por cuya superficie, el viajero cual la nave que la vela empuja, se deslizaría con la rapidez de una perpetua carrera. Pero, ¡cuánto y cuán grande debía de ser mi desengaño, como en tantas otras cosas que he visto ponderadas en la lectura de los libros y en la conversación de los estrados!... Sólo en la vecindad del Rosario se veía realizada en pequeño aquella pintura; pero apenas habíamos andado seis leguas cuando el trifolio o *gualputa* y el «cardo santo», que reverdecían sobre la húmeda pradera, desaparecieron de la perspectiva y con ellos las masas de ganado que pacían en el horizonte en pintorescos grupos».

La naturaleza cambia allí, sin embargo, a medida que se

avanza al poniente. A pesar de la primavera, campos amarillentos, con una vegetación reseca, surgen a la vista del caminante al otro día. Trozos de suelo ennegrecido denuncian las quemadas de que esa vegetación ha sido objeto; y en algunas noches pueden observarse las columnas de fuego y de humo, en un ancho de varias leguas, que iluminan la superficie a la distancia y entenebrecen retazos del cielo. Luego, espinas en tupidos bosques obstruyen el camino en una larga extensión; y por último, a algunas jornadas de Mendoza, las alamedas interminables y los alfalfares crecidos en vistosas praderas, hasta la altura de las tapias, muestran la irrigación abundante esparcida sobre esos terrenos desde tiempo atrás.

Tampoco la pampa es solitaria. Pequeñas aldeas o rancherías acompañan, a trechos distantes, la línea del camino y aparecen como puntos imperceptibles en la hosquedad de aquellas llanuras sin fronteras. ¡Cuánta melancolía en el silencio de las inmensas soledades! Rachas tempestuosas suelen sacudir aquellas viviendas y crispas los nervios del gaucho que las habita; pero el peor enemigo del hombre es allí el hombre mismo. Las frecuentes devastaciones traídas por los indios del Sur, los odios de las guerras civiles, los asaltos del bandidaje, las venganzas, las capturas, las riñas, los degüellos y todas las miserias derivadas del alejamiento de los centros urbanos, han mantenido a esas gentes en inacabable zozobra; y apenas si se explica la conformidad que manifiestan con una situación que a cualquier hombre culto le parecería insoportable, la desolación infinita... Sin embargo, allí vive el gaucho como dueño de todo lo que sus ojos alcanzan a percibir, montado siempre y siempre en movimiento, en medio de los pastos y las bestias, ceñudo y errante, bravío y altanero. No tiene Dios que lo ampare ni ley que lo contenga; y como los animales que amansa y descuartiza, parece él mismo una espontánea creación del suelo.

El amo y señor de aquellos parajes no puede quedar al borde del camino sin unas cuantas pinceladas que lo caractericen. «El gaucho de la pampa es como el árabe del desierto, es el beduino de la América. Su traje, sus costumbres, su vida es una copia bruta y sin poesía de la Arabia de Saladino; su

chiripá es el bornuz, su caballo su única propiedad, el puñal es su amigo y su casa la sombra del ombú cuyo follaje lo refresca en la travesía, cual el árabe reposa al pie de la palmera.— El gaucho nace en el suelo, abre los ojos suspendido en una chigua, crece revolcándose en las cenizas y jugando con la «catana», que es muchas veces el único mueble de la casa. Su primera salida al campo es con el lazo, y su próximo ensayo consiste en bolear una avestruz con los laques o ayudar a su padre a degollar un toruno. A los 15 años ya el gaucho es un hombre completo, porque ya está instruído en todos los resortes de su vida salvaje y no aprenderá otros; su libertad absoluta le indica desde entonces la extensión de su señorío; es un rey en la soledad, las pampas son su dominio, sus vasallos es todo lo que está al alcance de su lazo. El único rival que la naturaleza le ha creado es el indio «pampa», animal feroz que mata o muere en sus correrías, pero que el gaucho pampero ha subyugado al fin. El gaucho es hoy día omnipotente.—El gaucho es el mejor jinete de la tierra. Rosas, el gaucho rey, dicen se dejaba caer del arco de una puerta de corral sobre el lomo desnudo de un potro salvaje y lo domaba... Un amansador de la pampa echa de espaldas su caballo cuantas veces lo desea, y cuando el bruto se encabrita, ya está el jinete de pie, la brida en mano... El gaucho a pie es indolente y apático; pero, a caballo, hombre y animal parecen fundidos en una sola criatura, los bríos de fuego circulando por las mismas venas».

El agrónomo observa una vez más el aprovechamiento del suelo. «El carácter principal y casi único hoy día de la agricultura de la provincia de Mendoza es el del *talaje*, esto es, la engorda de animales que vienen para pasar a Chile desde las provincias del interior. Podría decirse que la provincia de Mendoza es el potrero de engorda de la Confederación Argentina. Hay haciendas que tienen dos a tres mil cuadras alfalfadas en perpetuos pastos. En el verano se da a la alfalfa hasta cinco talas, es decir, se echa el ganado, y lo que éste tala el campo, se le aplica un riego, y el pasto vuelve a retoñar con gran lozanía; pero en el invierno apenas se levanta una cuarta del suelo, por el influjo de las heladas.

«La alfalfa, además, que es tan gorda y fuerte como la de Chile, no se renueva nunca, pero tiene dos graves inconvenientes que no conocemos nosotros, y son las mangas de piedras que despedazan las plantas tronchándolas por la raíz y las nubes asombrosas de langostas que suelen venir de los desiertos de la Rioja y que en el espacio de cinco minutos pueden asolar una hacienda entera, pues andan en bandadas de millones y cubren el sol como una nube. Por lo demás, el ganado engorda aquí mucho y no es afectado de otra enfermedad que un mal nacido de la misma abundancia de la alfalfa, pues a veces se *empastan*, esto es, se mueren de llenos. Todo el sistema de pastos artificiales se reduce sin embargo a la engorda o más propiamente al alimento del ganado de tránsito; pues no hay lecherías, ni matanzas para explotar el ganado sistemáticamente, a no ser que se consideren tales unos pocos establecimientos de este género dirigidos a beneficiar el sebo y la grasa para el jabón, que debe su excelente calidad a la madera llamada *jume*, de que se hace y que, como crece en las salinas del desierto, contiene mucha potasa y sales alcalinas».

Las páginas que se acaban de leer y que intencionadamente hemos reproducido, presentan al joven escritor en tres de los principales aspectos que resumen su brillante y compleja mentalidad. El idealismo que rebosa en él desciende como un raudal en la invocación a la juventud americana, llamado que encierra algo de enigmático y simbólico por los términos en que se desarrolla y por el momento en que se le da a luz; las descripciones de la pampa y del gaucho ostentan la medida de su estro literario y muestran los matices de su estilo, coloración, llaneza, fugacidad, ironía; en las anotaciones sobre los ganados y los alfares de Mendoza resalta el sentido práctico que en sus objetos de estudio se aliaba de modo natural con el refinado espiritualismo; y no hay contradicción en todo eso, sino más bien una especie de armonía interna, o si se quiere, un equilibrio de facultades creadoras, una comprensividad muy humana, que inclina a valorizar cuantas cosas existen por lo que cada una significa socialmente.

Para el especialista que mira el mundo desde un solo aspecto, que cree lo suyo lo único importante y que, por con-

siguiente, no ve otro campo que el de su ventana, la universalidad comprensiva equivale a un superficialismo insubstancial y es hasta un signo de inferioridad. No parece, sin embargo, que ese encasillamiento de la mente corresponda a la naturaleza de ésta misma. Lo más probable es su capacidad para abarcar todo aquello a que se dirija; o sea, que ella no se subdivide en compartimentos separados ni actúa normalmente inhibiendo unas facultades para el servicio de otras, sino que forma un todo orgánico que obra poniendo en movimiento su totalidad. Ello no impide que ciertas aptitudes prevalezcan sobre otras y que haya ventaja en aprovechar aquéllas intensivamente; pero no por eso la amplitud del conocimiento va a perder el valor que le es propio, sobre todo aplicada a los problemas de índole sociológica. Casi nos atreveríamos a decir que este universalismo comprensivo es el estado natural de la mente y que su manifestación de manera completa, a despecho de las especializaciones exclusivas, es el privilegio de muy pocos hombres y un seguro indicio de superioridad. Aludimos, eso sí, a una superioridad en sentido intrínseco, a lo que propiamente llamamos talento, no a las otras superioridades que exceden el nivel común en un determinado circuito de la ciencia o el arte y que son el fruto del adiestramiento de una aptitud ponderada.

Mendoza retiene al viajero cerca de un mes, ocupado en registrar el archivo de la provincia y en tomar copia de una porción de documentos relativos a las luchas de la independencia, en particular de cuantos se referían a los hermanos Carrera, víctimas del encono que suscitaron en aquella comarca a raíz de sucesos memorables. La población misma, por lo demás, le ofrece extenso tema, con su edificación, sus contornos, sus trabajos agrícolas e industriales, sus tradiciones y sus recuerdos de un viejo pasado, unido a Chile por la vecindad, los negocios, las familias, y más de un vínculo de lucha o de dolor.

Por fin, en la segunda quincena de octubre de 1855, emprende a lomo de mula la travesía de la cordillera, camino hacia Valparaíso, en demanda del hogar. La ascensión es accidentada y fatigosa, por el paso de Uspallata, que largos años

después cruzaría un ferrocarril auspiciado por él mismo, pero que entonces le parece impracticable. Al cabo de varios días, llega a la cumbre, bajo un rayo de sol meridiano; y el peregrino cae de rodillas sobre la tierra de Chile, «cual en el pórtico de un templo grandioso a que sirviera de cúpula el cielo esplendoroso de la patria». El hogar paterno lo recibe a fines del mismo mes, casi justamente a los tres años de haber levado anclas desde el puerto, rumbo a California.

Volvió rozagante y musculado, pleno de energía, sombreado el labio por el bozo viril que ya espesaba, con un caudal de ideas en torrencioso desborde, dispuesto al trabajo y a la acción, inquieto siempre y anhelante de hallar empleo a su fogosidad en cualquiera obra de bien público. Y a fe que había campo en que aprovechar su colaboración y sus iniciativas, sin perjuicio de las labores literarias a que de preferencia se sentía inclinado. Además, como entrenamiento para una intensa vida cívica, no habría podido tener mejor escuela que sus viajes, ni mejor disciplina que sus estudios europeos.

LAS "PAGINAS" DEL DIARIO DE VIAJES

El país que él había abandonado en 1852, casi un año después de sofocada la recia conmoción interna, seguía su desarrollo en inamovible paz, sin que nadie al parecer intentase alterarla. El mismo pudo convencerse a su llegada de que, si la vida intelectual era mediocre y la actividad política nula, en cambio el progreso económico avanzaba con el paso lento pero firme de los años anteriores, merced a los mercados agrícolas de California y Australia abiertos inesperadamente a Chile. No existían ya serios motivos de disgusto con el gobierno surgido en medio de las borrascas de 1851; y era discreto olvidar las disidencias y enconos pasados, para entregarse a una colaboración social preparatoria de un porvenir mejor. Esa calma general de los espíritus hubo de influir en el ánimo de Vicuña Mackenna, para inclinarlo por de pronto a una acción más sosegada de la que convenía a su temperamento.

No cabía desconocer que los recientes viajes, junto con ponderar su criterio y proporcionarle el prestigio de una escogida ilustración, influían en la sociedad para rodearlo de especiales consideraciones. Era a todas luces, según el dicho vulgar, un mozo de provecho; y poquísimos,—tal vez ninguno como él en el país,—habían logrado a sus años nutrirse espiritualmente en condiciones más favorables y de mayor amplitud. A su imaginación siempre alerta y a su incansable afán de

saber, había convenido sin duda esa prolongada circulación por los centros culturales más avanzados del mundo. Traía sus aptitudes adiestradas para aplicarse con buen éxito a cualquiera empresa de índole política, económica o intelectual. A principios de 1856 no frizaba todavía en la edad adulta; pero por la recordada actuación revolucionaria y sus publicaciones, era ya desde antes estimado en el círculo de los jóvenes que más prometían. Ahora, de regreso, con el lustre de sus estudios en Europa y de su penetración de la vida moderna, esas apreciaciones habían de ser más fundadas aún, hasta llegar a compartirlas los propios adversarios en el campo político.

Su acervo literario, aunque todavía inconsistente y disperso, no era sin embargo de despreciar. Los bosquejos históricos dados a luz en *La Tribuna* en 1849; las *Tablas de Sangre de la Candidatura Montt*, publicadas dos años después y que tanta repercusión tuvieron; aquellas biografías militares escritas en su refugio de Tabolango y que en 1854 se insertaron en la *Galería de Hombres Célebres de Chile*; su ensayo titulado *Estudios sobre la Agricultura Europea*, que circuló impreso ese mismo año; y aquel breve libro de propaganda nacional para la inmigración, *Le Chili*, que se leyó en francés y en una traducción hecha en Santiago, eran esfuerzos que ya lo perfilaban en la nueva generación de escritores.

Su especialidad, mientras tanto, era la agronomía; y él mismo ostentaba con orgullo los certificados que acreditaban sus labores en la Escuela Real de Cirencester y en el Jardín de Plantas de París. Triunfó en él, no obstante, su inclinación decidida a las letras. En vez del arado, apretó en sus manos la pluma; y en vez de los motores de las trillas, hizo crujir desde entonces las prensas durante treinta años sin cesar. Conservará, eso sí, largo tiempo la afición técnica a cultivos y ganados; una considerable porción de sus escritos descubrirá al agrónomo tras del escritor y periodista, o se referirá exclusivamente a las explotaciones de la tierra. De ese modo tendremos a un profesional de la agricultura en los campos del libro, del periódico o de la revista; y no sabremos qué apreciar más en él, si el arte literario con que escribe o la ciencia de su profesión.

En 1856 se fundaba en Santiago *El Ferrocarril*, diario en que Vicuña Mackenna sentó plaza. Sus primeras colaboraciones trataron de la agricultura en el país y del ganado lanar. Además, le entregó como folletín las *Páginas* de sus viajes, que luego formarían el precioso volumen que tanto hemos citado. En el mismo diario propicia la erección de la estatua al abate Molina, cuya biografía publica, y a poco obtiene su objeto. Del mismo modo, toma la iniciativa para levantar un monumento al general San Martín, lo que años más tarde conseguiría también.

Pero ni en las publicaciones anteriores a su regreso, ni en los recientes artículos de prensa hay todavía una obra propia de aliento y originalidad. Formarán ésta, a justo título, las *Páginas de mi Diario durante Tres Años de Viajes*, libro de delicada belleza y de espontánea frescura. Todo el escritor está ya en esa obra, apenas entrado a la edad adulta, con sus observaciones sugestivas, sus relatos nerviosos, sus arranques de lirismo, su curiosidad exaltada por comprender de un solo golpe de vista el mundo del trabajo, de las letras y el arte; y en fin, con su admiración por las inteligencias superiores, cuyo trato buscó siempre porque las miraba como el más legítimo orgullo de cada país.

Bien sabemos que ese libro ya no se lee hoy porque, dada la época a que se refiere, se le considera anticuado. Por nuestra parte, no opinamos lo mismo. Pensamos nada menos que es una de las obras clásicas de la literatura nacional, muy digno de figurar en consorcio con el libro de Vicente Pérez Rosales, *Recuerdos del Pasado*, puesto ya con justicia entre aquellas obras. Los defectos ortográficos con que en *Tres años de Viajes* se tropieza a menudo y algunas ligeras fallas sintácticas, están muy lejos de demeritarlos como producción literaria y son fáciles de corregir, según se hace en ediciones nuevas de cualquier libro más o menos valioso.

Aparte de su animación descriptiva y de muchos cuadros plenos de luz que hay en sus páginas, tiene ahora positivo valor histórico en más de uno de sus aspectos; porque nos da a conocer modalidades de los países de Europa y América, en la mitad del siglo XIX, que han escapado a la vista y al

juicio de otros observadores, y porque este chileno que recorre desconocidas tierras, lleva a flor de labio la comparación con la suya, cuando no la expresa francamente; y de ese modo sus notas y bosquejos llegan a adquirir particular interés retrospectivo. Nos atreveríamos a creer que es esta obra la más variada, la más rica, la más original y la de más vivos lampos de ingenio, entre las del autor, si no hubiese escrito tantas otras que han merecido apreciaciones análogas.

Se ha dicho alguna vez que hay en ella mucho del guía del viajero y cierto afán de detalle en las fechas y horas del itinerario que el acucioso observador va siguiendo; pero si en parte esa crítica puede ser justa, no es menos verdad que las informaciones del guía están comentadas oportunamente con criterio propio y que la prolija fijación del tiempo constituye un dato que ahora a lo menos tiene la importancia de que en aquella época pudo carecer; porque nos habilita para apreciar mejor las modificaciones y progresos alcanzados entonces y más tarde en la viabilidad, signo expresivo de cualquier tipo de civilización.

El uso que de esas *Páginas* hemos hecho hasta aquí permite formarse un concepto de su valor y del interés que despiertan, al seguir al viajero en sus excursiones por los más renombrados países de la pasada centuria; pero lo que sobre todo realza su mérito es la variedad extraordinaria de motivos que en ellas se somete a observación y crítica; lo que comprueba la agilidad de facultades y la suma de conocimientos que ya eran patrimonio del autor. Aprovecha además la pluma que lleva en la mano para afrontar, a modo de digresión, una multitud de temas ajenos a los viajes mismos, como son los referentes a la sociedad y la riqueza norteamericanas, a la cultura francesa, a la situación del imperio inglés, a la canalización de los ríos, a la agricultura en diversos lugares, a la inmigración europea, a la higienización y ornato de las ciudades, a la vida y obras del abate Molina, al proletariado chileno y a sus reivindicaciones más premiosas, a la política exterior del Brasil, a los grandes hombres de la historia de América, a los deberes de la juventud pensadora y tantos otros más que caben con desahogo en las quinientas páginas dobles del volumen.

Esta literatura de viajes había de llegar a ser una de las más gratas a su espíritu, porque sus percepciones se concretaban en imágenes duraderas, nítidamente definibles, y él sentía la necesidad de alinearlas en sus cuadernos como una emanación natural de sí mismo, de que no podía prescindir. La asociación de estas imágenes, vivas en él, se transformaba en conceptos cuya expresión le asediaba hora tras hora hasta que quedaba cumplida. Tal parece el proceso interior que dió por resultado su primer gran libro, sólida base en que descansan los demás y que tampoco habría de desmerecer de ninguno. Es sensible que hoy se le tenga por completo olvidado. Tal vez algunas de sus ideas sociales no fueron del sabor de mucha gente y eso hasta cierto punto daría la clave del silencio que todavía pesa sobre él. Sin embargo, la personalidad que al publicarse le labró de repente, en el criterio de los hombres cultos, está testimoniada por numerosos escritos de la época; pero ningún juicio más autorizado que el que medio siglo después emitiría sobre el caso preciso uno de sus mejores amigos y compañeros de entonces. Aludimos a Diego Barros Arana, quien en «Mi Conclusión» agregada a su *Historia General de Chile*, después de referirse a su fraternal camaradería de trabajo y estudio con los hermanos Amunátegui, se expresa como sigue:

«Antes de mucho tiempo (en 1855) tuvimos otro entusiasta cooperador en aquella obra de investigación histórica. Benjamín Vicuña Mackenna, joven como nosotros, alejado de Chile por causa de las turbulencias políticas en que precozmente había tomado parte, regresaba entonces a la patria después de tres años de viajes en Europa y en América que habían desarrollado considerablemente su talento rápido y su vigorosa imaginación. Aunque ya era autor de algunos escritos no desprovistos de mérito, puede decirse que entonces se inició en la carrera literaria por la publicación de un libro de viajes que anunciaba a un notable escritor, y después de él, por trabajos históricos que a causa de la novedad de los hechos referidos, y más aún del colorido y la animación con que eran expuestos, merecieron un aplauso alentador» (a s).

(a s) D. BARROS ARANA, *Historia General de Chile*, t. XVI (Santiago, 1902), p. 356.

El libro de viajes *que anunciaba a un notable escritor*, es el mismo de las *Páginas* que comentamos; y cuando un crítico de la severidad y cautela de Barros Arana, al poner fin y remate a la obra de toda su vida, no vacila en estampar esa apreciación, es porque está seguro del mérito que con ella proclama. No andamos, pues, tan solos en la opinión que nos hemos atrevido a sostener; y aunque lo estuviésemos, poco perdería con ello la verdad, si hemos acertado a encontrarla, y menos aún la justicia, que suele tener su mejor aliado en el tiempo.

XVII

LA LABOR SOCIAL DE REGRESO

Las tareas de periodista y escritor no absorbían el día entero a Vicuña Mackenna. Un grupo de hombres de bien se reúne para establecer una institución destinada a cooperar al alfabetismo del pueblo, todavía en inaudito atraso. El está en el grupo y lo estimula. Surge así la Sociedad de Instrucción Primaria, de la cual es luego secretario y activísimo benefactor. Tres cuartos de siglo de existencia y trabajo lleva hasta ahora esa Sociedad; y ha realizado una obra efectiva que compromete la gratitud de todos los chilenos. A Vicuña Mackenna le cupo en suerte haber sostenido con firmeza sus primeros pasos. Con él se infiltraba en el ambiente nacional el espíritu sajón, que hace de la escuela el objeto preferido de la iniciativa privada.

La Sociedad de Agricultura, fundada en 1838, había llegado a ser una institución anodina, de la cual hacía varios años que ya ni se hablaba. Vicuña Mackenna la sacude y consigue reorganizarla sobre bases que la comprometan a un mayor esfuerzo. Se hace su secretario y su impulsor. Redacta a toda prisa una memoria sobre *La Agricultura en Chile*, en la cual resume brevemente las fases históricas de su desarrollo, hasta llegar al momento en que la Sociedad renovada se propone abrirle un cauce más amplio a su progreso. He ahí la finalidad

que ella persigue. Chile es y debe ser de preferencia un país agrícola. Afianzar este aspecto económico entraña el más hondo sentido político. En eso precisamente consiste la misión de la Sociedad.

Una vez más el pensamiento histórico de Vicuña Mackenna hallaba ocasión de manifestarse y de lucirse. Este pequeño libro sobre la agricultura del país, que no era en definitiva sino una memoria de circunstancias y de escaso valor, significaba no obstante el primer bosquejo especializado sobre esta materia que hasta aquel momento se hubiese escrito. Sistematizaba el desarrollo histórico de la agricultura chilena, dividiéndolo en cuatro épocas: 1.^a la de los indígenas (1450-1550); 2.^a la de la conquista (1550-1600); 3.^a la de la colonia (1600-1810); y 4.^a la de la independencia (1810-1856); y así, señalando los caracteres de cada una, fundaba racionalmente la nueva orientación que se debía seguir en los impulsos a favor de esta copiosa fuente de riqueza. Todavía Gay no había dado a luz el notable estudio, impreso en París, sobre la agricultura de Chile, como complemento de su *Historia*; y en la introducción a aquel trabajo, destinado a sintetizar el pasado agrícola del país, no proporcionó mayores informaciones que las contenidas en la Memoria de Vicuña Mackenna (*a t*).

En concordancia con el fomento de la agricultura, le apasiona el tema de la inmigración. Entra la Sociedad a ocuparse en este asunto; constituye una comisión integrada con su secretario, a quien se le encarga muy luego redactar el consabido informe. Es *La Emigración Europea con relación a Chile*; reproducción, en forma más amplia y reposada, de las mismas ideas expuestas ya en su libro *Le Chili*. También la memoria sobre la agricultura estaba extraída en parte de ese libro y

(*a t*) B. VICUÑA MACKENNA, *La Agricultura en Chile*, Memoria presentada a la Sociedad Nacional de Agricultura en su sesión del 8 de septiembre de 1856, con el objeto de constituirla bajo nuevas bases y de reinstalarla de un modo solemne con ocasión de las festividades del 18 de septiembre, por el Secretario de la Sociedad. (Santiago, Imp. Chilena, Septiembre de 1856), 104 pp.—CLAUDIO GAY, *Historia Física y Política de Chile*, Agricultura (París, 1862-65), 2 vols. «La nueva Sociedad de Agricultura, fuertemente sostenida por la actividad e inteligencia de algunos chilenos instruidos y dedicados al progreso de su patria, tales como los señores Astaburuaga, Miquel, etc., y sobre todo don Benjamín Vicuña Mackenna, redactor en jefe de su Boletín, favorecía con todo su poder las miras de este director...» T. I, p. 34.

en parte de su publicación especial sobre la agricultura europea, así como de las crónicas coloniales que tenía a la mano. Aun de sus *Viajes* pudo tomar numerosas observaciones pertinentes a uno y otro temas. Sabemos ya que al de la inmigración le había dedicado muchas páginas de este libro y ahora las concretaba con más seguridad y en un tono adecuado para interesar al gobierno en la implantación de un servicio permanente que encauzara hacia estas costas parte del raudal emigratorio que salía de los países europeos. Repetía que se trataba del mejor negocio en que pudiera empeñarse la república; que la posición geográfica le era ventajosa, a pesar de la distancia, porque el viaje se hacía directo; que esa ventaja se acrecentaba aún si se tenía presente la analogía de climas y de producciones entre Chile y Europa; y que hasta la homogeneidad de la raza chilena era un factor favorable. La oficina de inmigración en Chile y las agencias en Europa, todo por cuenta del Estado, y nada de concesiones a empresas particulares: he ahí las medidas de orden práctico. No tenemos para qué recordar cuánta acogida hallaron estas ideas en el gobierno en los años siguientes, cuántas ilusiones hicieron nacer y cuántos desembolsos costaron con muy poco provecho. De todas maneras, esas iniciativas eran la obra personal del escritor, tomada a su cargo de buena fe y como una desinteresada colaboración al desenvolvimiento económico y social del país (a u).

La Sociedad debía tener una revista mensual de divulgación técnica; y la tuvo, redactada por su mismo secretario. Fué *El Mensajero de la Agricultura*, que apenas logró vivir ocho meses. En las columnas de esta revista, que sólo su abnegación y su entusiasmo sostuvieron, junto con la fecundidad de su pluma, Vicuña Mackenna insertó numerosos artículos encaminados a difundir el empleo de más eficaces procedimientos agronómicos y la introducción de nuevos cultivos; pero sus conatos no tuvieron esta vez el buen éxito que

(a u) El referido informe sobre inmigración se publicó en *El Ferrocarril* del 3 de septiembre de 1856 y ocupó más de una página cerrada, bajo el nombre de «Memoria que la Sociedad de Agricultura dirige al señor Ministro del Interior y Relaciones Exteriores sobre la Emigración espontánea y general de la Europa».

era de esperar, por la indiferencia o la ignorancia de muchos hacendados para quienes la tierra producía sola y lo bastante, bajo la rutina colonial de capataces e inquilinos, y no había necesidad de estarse devanando los sesos en estudiar nuevas formas de explotación, ni mucho menos se justificaba la inversión de gruesas sumas en maquinarias, abonos, semillas seleccionadas para los campos o reproductores de raza para la ganadería. Al poco tiempo la Sociedad volvió a languidecer; su directorio dejó de reunirse con regularidad; la voz removedora del ambiente clamaba en el desierto; y *El Mensajero* enfermó de consunción. El redactor de sus páginas, desalentado y desoído, clausuró el periódico y abandonó la secretaría, no sin protestar de la incuria y torpeza de los acaudalados propietarios del suelo que, con la incomprensión de sus propios intereses, dañaban el crecimiento de la riqueza nacional.

Por más que él lo deseara, no habían pasado aún del todo aquellos tiempos que en uno de sus escritos recordó después y que sin duda contribuían a explicar el fracaso de la Sociedad de Agricultura. «El hacendado, decía, estaba siempre en la ciudad. La hacienda quedaba a cargo del sol, ese gran capataz de nuestros campos, al de las peonadas y de los toros. Por la primavera, el patrón iba a los rodeos a tomar mate de leche entre los palquis; y cuando los vaqueros habían contado la parición del año en un palito y él la había copiado en un cuaderno de pergamino, la tarea del año estaba concluída y comenzaba la del año venidero. Este género de trabajo, es decir, la suprema ociosidad, era el único ejercicio que convenía a un hombre bien nacido, a un ciudadano, a un prócer» (a v).

Bien es verdad que todo eso iba ya modificándose y que el mismo Vicuña Mackenna reconocía que, poco a poco, en nuestra agricultura se operaba algún progreso; pero se dolía profundamente de que ese progreso no alcanzara al elemento humano de los campos, el inquilino y el peón jornalero. En comprobación, añadía:—«Asomad si no la cabeza al postigo, en cualquiera de vuestros viajes por rieles a la hacienda, y notareis

que el rancho que acabais de pasar es la misma infeliz choza de ahora cincuenta años, de ahora un siglo, de la época de la conquista; la misma basura, el mismo fogón, los propios niños raquíuticos y descamisados; y el hambre, y el abandono, y la miseria, y la barbarie en todo. Mirad el traje del campesino, del gañán. El de los pobladores de la ciudad se ha transformado casi por entero; pero la vestimenta del peón es siempre la misma; las mismas ojotas, el mismo calzón asiático de tocuyo, el mismo poncho araucano que tenía antes de 1810; y a juzgar por las láminas de Frezier, el mismo que tenía antes de 1710, y por las figuras del padre Ovalle, antes de 1640; el mismo cuchillo a la cintura que tenía antes y después de los *carros*».

De ese modo encaraba él uno de los más graves problemas sociales de Chile. «El *huaso* como el buey, observaba, se siente atacado de la *epizootia*; sólo que la ponzoña no le ha lastimado el hocico sino el corazón... Detrás de todo huaso está el indio suspicaz y desposeído. Detrás de todo patrón está el conquistador receloso de la celada, inquieto de la perfidia. Es el estado primitivo; sólo que la impotencia ha sustituido el disimulo a la fuerza. Es, pues, la carencia absoluta de civilización rural lo que mantiene y perpetúa ese estado de cosas. *Huaso*, en idioma aborígen, quiere decir simplemente indio a caballo, y ésa hasta aquí es toda la civilización que le hemos procurado: montarlo» (*a w*).

Ya también, en estas sus primeras campañas por la educación popular y el mejoramiento agrícola del país, Vicuña Mackenna se ocupó en exponer sus planes sobre la viabilidad, el ornato y la salud de la capital, que él miraba con amor de hijo y que la sabía grande, próspera y bella, por las condiciones naturales de su ubicación, a la vez que por su importancia social y económica. Su ojo podía establecer sugerentes comparaciones, como que conocía y había visto con interés las más populosas ciudades del mundo. Demasiado comprendía que Santiago debía ser, ante propios y extraños, el más alto exponente del grado de civilización a que alcanzaba la república.

De ahí sus artículos sobre jardines, plazas, avenidas, mercados y paseos de la capital, cuya crónica rastreaba y exponía para inferir su crecimiento futuro. Pocos viajeros habían aprovechado más y mejor su permanencia en pueblos de avanzada cultura, para poner sin reservas el caudal de sus observaciones al servicio de sus coterráneos.

Si todo aquello sirvió poco o mucho, no importa. Sería demasiado optimismo creer que, en un principio a lo menos, tales sugerencias hallaran algún eco; por el contrario, se las tomó risueñamente como fantasías, por no decir locuras, de una mente exaltada por la visión de Europa; y la natural poltronería y la ingénita desconfianza de nuestros dirigentes, las desacreditaron, ponderando la imposibilidad de realizarlas por carencia de recursos. Es la muletilla de siempre, el pozo en que sucumben los más generosos intentos de los innovadores en Chile. Sin embargo, la insistencia, la repetición y la fe, no ya en la bondad sino más bien en la necesidad de llevar a cabo esos proyectos, les fué abriendo camino y ganando opiniones, hasta que el mismo soñador de 1856 había de ser llamado, como intendente de la capital, a ponerlos en obra, transcurridos ya quince años de madurez y espera. Sólo entonces,—como antes dijimos,—los sueños empezaron a convertirse en una palpable realidad y Santiago inició su modernización bajo la varilla mágica que trajo en sus baúles el inquieto andariego de Europa y América

XVIII

“EL OSTRACISMO DE LOS CARRERAS”

Servir sólo a los demás sin preocuparse de sí mismo, no podía ser una situación duradera para el joven periodista y agrónomo. La prensa no daba lo suficiente para vivir de ella; aún era el deporte de los aficionados a las letras o el trampolín de algunos políticos. Tampoco la agricultura, considerada como profesión liberal, podía estimarse lucrativa; su ciencia y su técnica, ofrecidas a los propietarios del suelo cultivable, no eran entonces,—y apenas si lo han sido después,—medios de trabajar con decoro y provecho. Vicuña Mackenna hubo de comprenderlo así, en sus relaciones con los potentados de la tierra agrícola, dentro de la Sociedad de que fué secretario; y no insistiría en sus afanes por hacer entrar, a fuerza de literatura, el arte de producir mejor los buenos trigos y las substanciosas engordas. Además, su padre disponía de una hacienda en el valle de Aconcagua, que le llamaba a explotar. Era justo que de algún modo compensara los sacrificios pecuniarios que habían impuesto sus viajes y su permanencia en Europa; y era también acertado que se substrajera al ambiente de la ciudad y a las luchas disipadoras de energía a que su temperamento lo inclinaba. A mediados de 1856 escribía con estos motivos a su padre, que residía en Valparaíso:

«He pasado quince años en el estudio, tengo muchos apuntes y trabajos interesantes, no puedo botar todo esto a

la basura, porque sería como perder mi juventud; quiero, pues, disponer de un año solamente para concluir mis trabajos. No deseo ser literato, ni tampoco abogado; la única vida que me lisonjea y que ambiciono es la del campo; ahora mismo lo deseo más que nunca, y si no fuera por los motivos que usted sabe, no me habría movido en todo el año del Melón (que era la hacienda). En dos meses más, es decir, para octubre, me recibiré de abogado, y el mismo día me voy definitivamente al campo, donde viviré con mi independencia de carácter, que es un poco araucana» (a x).

Estas resoluciones, sin embargo, no habrían de cumplirse sino en parte. A él lo seguían atrayendo con fascinación irresistible las sirenas del periodismo, la historia y la política, deidades que mal podían avenirse con la descansada vida de un fray Luis de León; y había de ser un habitante urbano, por mucho que apreciara la riqueza rural. Era cierto que, dentro de la lógica a que sus naturales inclinaciones lo arrasaban, vínole el recuerdo del antiguo y zarandeado bachillerato en leyes, cuando se las hubo con el deán Meneses y fué expulsado de la Academia de Práctica. No obstante, en aquellos años estuvo resuelto a concluir la carrera iniciada, pero las turbulencias de 1851 se lo impidieron otra vez. Ahora volvió a reanudar los estudios. A mediados de 1857,—un poco más tarde de lo que él pensó,—se graduaba en la Licenciatura, daba el examen de reglamento ante la Corte y obtenía el título de abogado. Ingresaba, pues, a la profesión que se consideraba la de más porvenir para un joven de talento; porque, junto con proporcionarle serias expectativas pecuniarias, le abría ancha puerta a las funciones y a los cargos de significación pública.

Pero tampoco esta carrera había de serle propicia como fuente de lucro; y apenas si la ejerció con buen ánimo durante

(a x) Esta carta, de fecha 5 de julio de 1856, se ha publicado en la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, vol. LXX (Santiago, 1931), p. 162. No carece de interés, en varios aspectos, el siguiente detalle que en ella se contiene: «Mis planes irrevocables son éstos: dentro de veinticinco días concluiré la publicación de mis *Viajes* y escribiré en quince días una memoria sobre *San Martín*, con lo que pagaré a Juan Pablo Urzúa (dueño del diario «El Ferrocarril») los 800 pesos que cuesta la impresión de los *Viajes*, pues él se contenta con los manuscritos de esta memoria».

cortos períodos. Su memoria misma para la Licenciatura versó sobre un tema que en rigor no era un entrenamiento aplicable a las tareas ordinarias del foro. Se refería en ella a los sistemas penitenciarios, criticaba el que regía en Chile y proponía su reforma en términos análogos a los implantados por Francia y Estados Unidos, que Tocqueville principalmente había dado a conocer en una obra muy bien acogida. De nuevo su pensamiento se orientaba en el sentido de los problemas sociales.

Por otra parte, y como se lo decía a su padre, él tenía entre manos un trabajo histórico que le preocupaba desde la adolescencia y que no quería diferir más. Hasta ese momento, su ensayo de mayor volumen en este género de estudios era la biografía del general Mackenna, que había escrito con filial ternura y dado a luz con acopio de documentos, para circulación privada, como un libro de familia. Se trataba ahora de una obra de más amplitud, de investigación original y hasta de cierto alcance político, sobre las actividades revolucionarias de los hermanos Carrera, lejos de Chile, después que abandonaron el país con motivo del desastre de Rancagua.

Desde que Vicuña había entregado a las prensas aquel discurso de principiante, *El Sitio de Chillán en 1813*, la personalidad de estos hermanos le atraía. Tumultuosos, osados, versátiles y romancescos, su juventud ardiente y fecunda en acciones generosas, a la par que sus ideas del liberalismo más extremo, herían la imaginación de este otro joven, revolucionario también dentro de su época y no menos atrevido en sus primeros pasos. La desgarradora tragedia que agotó en flor sus vidas al otro lado de los Andes, en afrentosos patíbulos, ponía roja aureola a su pasado y realzaba la atracción de sus hechos a los ojos de la posteridad. Referir todo eso y reanimarlo, llegó a ser una tentación irresistible para la pluma vibrante de Vicuña Mackenna.

A esta disposición de espíritu, añadíanse los sentimientos de amistad y simpatía que lo ligaban al heredero del nombre y de los infortunios del principal de aquellos próceres, José Miguel Carrera Fontecilla, a cuyas órdenes había combatido en los días aciagos de la revolución de La Serena, en 1851. El joven Carrera Fontecilla puso a disposición de Vicuña todo

el archivo de su padre, rico en documentos sobre su vida y sus campañas, y aún sobre muchos de los sucesos de la emancipación argentina.

El historiador, por su parte, llevó a cabo investigaciones concurrentes en la Biblioteca Pública de Buenos Aires y sobre todo, en el archivo provincial de Mendoza, donde copió gran número de papeles relativos al triste fin de los caudillos chilenos en esta ciudad. Consultó allí mismo la tradición conservada en el pueblo y los recuerdos personales de algunos testigos de los sucesos en que aquéllos participaron. Con todos esos elementos formó el cuadro de *El Ostracismo de los Carreras*, primicia realmente histórica de su pluma y una de las obras más animadas, brillantes y discutidas de cuantas le pertenecen (*a y*).

Con este libro, el autor entró por derecho propio en el pequeño círculo de los escritores e historiadores de su país. No es del caso rememorar,—porque lo ha sido muchas veces,—la exaltación patriótica y la apología ferviente que animan el relato, a través de vicisitudes de un dramatismo tétrico, en el escenario de las pampas, cuya naturaleza tiene una imponencia que Vicuña conocía por sí mismo. Es oportuno, en cambio, señalar la factura literaria de su primera obra, porque todas las demás se señalan en seguida con iguales rasgos de estilo: abundancia y fuerza en el lenguaje; ampulosidad y brillo en el tono; amor al detalle que proporciona vida y realidad al objeto; poder sorprendente de descripción y análisis; algo de novela y de historia a la vez, en que actúa un conjunto de personajes como en el desarrollo de una vasta trama; ya éstos con noble pasión y altanera hidalguía; ya los otros, con

(*a y*) B. VICUÑA MACKENNA, *El Ostracismo de los Carreras*. Los Generales José Miguel y Juan José y el Coronel Luis Carrera. Episodios de la Independencia de Sud América. (Santiago, 1857), 1 vol. 553 pp.—*El Ostracismo de los Carreras*, Tercera edición (Santiago, Ed. Jover, 1886), 1 vol. 719 pp. y 82 pp. de apéndice con documentación comprobatoria.—A propósito del título, en que se pluraliza el apellido Carrera, el autor explica en el prefacio que lo ha estampado así para obedecer al nombre popular con que sus protagonistas eran conocidos, *Los Carreras*. Complementa a esta obra el extenso artículo sobre *Doña Javiera Carrera*, la digna hermana de los próceres, que Vicuña escribió en 1862 y dió a luz en «*El Correo del Domingo*». Se halla inserto en *Miscelánea* cit. t. I. pp. 13 - 46.

torpes maniobras o menguada vileza. Es un pequeño mundo que se mueve, en el que cada cuál tiene su rol; y habla, y acciona, y gesticula, y se bate, y llega a resultados que parecerían imprevistos, aún fantásticos, si la lógica de los sucesos no lo condujese a un fin racional.

Tan luego como José Miguel Carrera y sus hermanos Juan José y Luis ponen pie en la Confederación argentina, principia el calvario de su destino. San Martín los humilla y persigue; Alvear los acoge, pero su rápida caída los arrastra también y los coloca en situación incierta; se hace necesario buscar en otra parte los recursos que ha menester la libertad de Chile. José Miguel emprende viaje a Estados Unidos donde, al cabo de innumerables peripecias, consigue armar una escuadrilla para traerla a las costas de su patria; pero el director Pueyrredón la apresó en Buenos Aires, al mismo tiempo que a su jefe y hermanos. La traición, la codicia, la insidia y el odio intervienen en todos estos contrastes.

Pero ya Chile ha sido rescatado al poder español por el ejército de San Martín salido de Mendoza. Las espadas que mellaron su filo en Chacabuco están envainadas en Santiago. O'Higgins ha tomado el mando supremo. La ambición de los Carrera se cifra ahora en venir a quitárselo, porque creen que les pertenece y que lo ejercerán con más decoro. José Miguel se evade hacia Montevideo; Juan José y Luis conspiran e intentan volver a la patria; pero, apresados en Mendoza y sometidos a juicio por la autoridad de la provincia, son vilmente ejecutados tres días después que el cañón de Maipú ha hecho saber a la América la final liberación de Chile.

La sangre hierve en las venas de José Miguel, clamando venganza. Mientras su padre muere de desesperación, él hace sus aprestos en Montevideo. Lanza a su país proclamas inflamadas contra O'Higgins, San Martín y demás hombres de su círculo, a todos los cuales responsabiliza de la horrible suerte de sus hermanos. Se mezcla en la política argentina y uruguayana para procurarse recursos y aliados, a la vez que para derribar a Pueyrredón, cuyas concomitancias con los gobernantes de Chile denuncia y execra. Se alista entre los montoneros y comanda guerrillas federales; da batalla tras batalla,

al norte y centro de la Confederación; varias veces amaga a Buenos Aires; aplasta y sostiene gobiernos; se une a los indios de las pampas y se pasea entre ellos como un semidiós; reúne prosélitos en todas partes y es envidiado, calumniado, temido y admirado, traicionado también y escarnecido. No logra, sin embargo, su propósito de salvar la cordillera para caer como un alud sobre los valles chilenos; y al cabo de tres años de terrible contienda, la fortuna de las armas lo abandona. Vencido y prisionero, el drama concluye con el suplicio de Mendoza, el 4 de septiembre de 1821.

Siete años han transcurrido desde que salió del país, proscrito por el infortunio, junto con sus dos hermanos y su joven esposa, cuanto vive y palpita en las fibras del hombre; y los tres luchadores sucumben en extraña tierra, afrentosamente, como feroces criminales, víctimas de su osadía, de su orgullo y del amor al hogar y a la patria, que habían servido en horas de supremas responsabilidades. Tal es la soberbia tragedia que se desarrolla en este libro.

La descripción y el relato resultan emocionantes y la vista no se aparta de ellos hasta doblar la última hoja. Nos condolemos o nos indignamos,—y en todo caso nos conmovemos,—con la narración de los trances difíciles, cuando no grandiosos, en que los personajes centrales adquieren proporciones superhumanas, a ejemplo de los héroes del teatro antiguo, para quienes el coro o el pueblo era la muchedumbre subalterna, y sus desventuras y proezas lo único accesible a nuestros sentimientos.

No se concibe así la historia sino en la constante agitación de los hombres, en sus luchas de predominio sin cuartel, desgarrándose los unos a los otros, a veces con noble grandeza y otras veces con rastreras argucias, para caer y levantarse en la pugna agotadora, bajo el aguijón de sus delirios, de sus ambiciones, de su generosidad o de sus flaquezas. Es un dinamismo devorador en que los individuos superiores sucumben, sin dejar otra huella que el recuerdo de su magnanimidad y sus designios, mientras los inferiores sellan con su traición o su fidelidad los episodios de la causa que son arrastrados a sostener.

Por lo demás, ese procedimiento historiográfico alcanzaba gran voga en la época, desde Chateaubriand y Michelet hasta Quinet, Lamartine y Luis Blanc, que habían llevado el romanticismo, la democracia y la filosofía a la historia. Los dos últimos, sobre todo, más románticos y políticos que filósofos, vaciaron el lirismo de su temperamento en las evocaciones de la revolución francesa; y fué con estos autores con quienes Vicuña Mackenna descubrió su vocación literaria, y bajo su influjo disciplinó sus aptitudes. La primera obra histórica es por eso de corte romántico, como correspondía a la sensibilidad ardorosa mostrada ya en la adolescencia. Por otra parte, los protagonistas de *El Ostracismo*, ¿qué otra cosa habían sido, si no jóvenes románticos también, fascinados por el ideal de una democracia que más que nacida estaba en el deseo de que naciera? El estilo, el tono y la dramatización del relato guardaban, pues, una justa armonía con el tema propuesto y con la personalidad de los actores y del autor.

Este género de composición llegó a ser en él sistemático, con los inconvenientes que presenta, por el abultamiento,—a menudo desmesurado y siempre efectivo,—de los personajes y por la desviación del criterio sobre la importancia relativa y la génesis verdadera de los acontecimientos. Menos mal que él aplica su método sobre la base de una investigación rigurosa y que sus facultades literarias le permiten salir victorioso y hasta ufano de la prueba, a tal punto que se hace leer con cautivador embeleso; pero tal resultado sólo pueden conseguirlo mentalidades de su talla, que reúnan condiciones singulares de cultura, imaginación y sentimiento. Así se explica su originalidad; y también la insignificancia de cuantos han pretendido imitarlo.

El pobre ambiente cultural de la época no apreció en todo su mérito *El Ostracismo de los Carreras*; y admira cómo hubiese de perseverar su autor en escribir libros semejantes, cuando se conoce el escaso interés con que éste fué acogido. Refiere él mismo, en carta a Mitre, que se editaron dos mil ejemplares a precio muy módico y que en Santiago el público no compró más de ciento. Recibió en cambio unas trescientas esquelas

de amigos que le pedían el libro de regalo, con la dedicatoria correspondiente, como es de uso y costumbre en el país.

Tres cuartos de siglo después, no parece que tal práctica se haya modificado todavía. Las obras nacionales siguen siendo entre nosotros algo como mercancía averiada que, o se recibe graciosamente, o no se adquiere; y la fatuidad de los intonsos exige hasta la dedicatoria, para exhibir entre sus relaciones la amistad con el autor, a quien por otro lado ellos tratan compasivamente como un pobre diablo que tiene la manía de escribir. Pero Vicuña Mackenna, que trazó la semblanza de tantos tipos interesantes, no tuvo noticias del mucho más moderno que se lisonjea de no haber leído jamás un solo libro, lo cual no ha obstado para que cuente entre sus honores públicos los de senador, ministro y director de altas instituciones financieras o sociales. Tal es nuestro mundo en estos tiempos, lo mismo que era ayer; y no hay señales de que pronto varíe. Los libros se componen aquí en fuerza de una expansión espiritual, como para otros es la conversación, la música o el teatro; no por vanagloria ni por lucro; y así fué para el joven Vicuña Mackenna, como para los demás autores, sus contemporáneos, y como para todos lo es hasta hoy.

La primera obra de su extensa labor historiográfica subsistirá, no obstante, sin perder su valor, tanto por la magia del estilo cuanto por la sólida base de investigación en que se funda. La rehabilitación de la memoria de los caudillos que le dan su nombre, empezó con ese libro y posteriormente no ha hecho sino afianzarse, a medida que se ha penetrado más a fondo en la época. Si algunas exageraciones han podido ser rectificadas y algunos juicios revisados, en cambio la exactitud de los hechos fundamentales ha merecido plena confirmación y acredita la escrupulosidad con que el autor manejaba desde su juventud las fuentes y la crítica.

La preceptiva historiográfica no tendría nada más que saber para declararse satisfecha; pero eso sería privar al libro de su verdadera significación, tomar un cuerpo despojado del alma y los designios que lo enaltecen. No se trataba de escribir para probar fuerzas en hacer bellos trozos de literatura romántica, ni de polemizar, con buen acopio de testimonios fidedignos,

sobre el mérito mayor o menor de ciertos hombres y de ciertas acciones, ni siquiera solamente de exaltar la memoria de una familia ilustre que selló con el sacrificio el sacro amor que profesaba a su pueblo. Todo eso puede hallarse en la obra o trascender de ella; pero su fondo obedece a un fin más elevado y tiene un alcance más duradero. No habían transcurrido aún cuarenta años desde que la independencia nacional fué afianzada con el abrazo de San Martín y O'Higgins en Maipú; y apenas si un tercio de siglo mediaba desde que el más representativo de los tres Carrera había expirado bajo el plomo argentino en Mendoza. La primera generación republicana sucedía a la que hizo la emancipación y estaba recién afrontando los más graves problemas de libertad civil y de reajustamiento social. En tales circunstancias, un libro vigoroso destinado a recordar con énfasis la abnegación, la intrepidez, el heroísmo y el holocausto de las víctimas de aquella edad, que puso en evidencia tantos insignes valores, era un llamado de gloria a los espíritus, para hacerles sentir y pesar los nuevos deberes; era llevar a la acción la inspiradora máxima que Lamartine había resumido en una sola línea:

C'est la cendre des morts qui crée la patrie.

Exaltando la personalidad de aquellos próceres, Vicuña Mackenna ponderaba el sentido de sus pensamientos de adolescente, cuando tanteaba aptitudes para dar sus pasos de escritor; hacía de la historia un proceso de reparaciones justicieras; ennoblecía los sentimientos en que descansaba la nacionalidad; fortalecía sus raíces; favorecía sus expansiones; proporcionaba temple y vibración al alma colectiva, y la llevaba por los senderos del pasado, envuelta en el ropaje de su emoción poética. Le hablaba así un lenguaje que repercutía en el presente y daba la sensación del porvenir. Empezó su carrera de este modo y no le veremos cambiar.

XIX

LA POLITICA DE 1857

Ya a fines de 1857, el movedizo espíritu del historiador no resistió la pasividad de gabinete a que se veía obligado y saltó a la arena de la lucha política que comenzaba a reanimarse. Tradición de familia, prestigio adquirido, rencores no apagados, ímpetus combativos y justificadas ambiciones, todo lo arrastraba a participar en el ataque de que el gobierno de Montt estaba siendo objeto por una de las mismas fracciones que lo habían llevado al poder. Un órgano de publicidad, *El País*, pertenecía a este grupo de oposición. El grupo liberal, que ya sacudía su anonadamiento, quiso tener también el suyo. La pluma abundante y cálida del joven guerrillero de 1851 estaba ahí para auspiciar esta resurrección y sostenerla. El nuevo comité de su partido lo puso al frente del periódico *El Liberal*.

Los elementos disgregados de los conservadores durante el segundo período de Montt, eran clericales o «ultramontanos», como sus adversarios los calificarían después. Apegados a la tradición religiosa de la colonia y sometidos implícitamente,—cuando no en forma explícita,—a la supremacía de la Iglesia sobre el Estado, se resistían a cualquiera forma de tolerancia de cultos y de laicización de las instituciones sociales. Representantes de la alta aristocracia criolla y terratenientes en su

mayoría, no se allanaban tampoco a oír hablar de reformas en la estructura económica, que pudiesen traer perturbaciones o molestias al tranquilo goce de las fortunas. La piedad antigua y las virtudes domésticas asiladas en sus hogares, los rodeaban de la estimación y el respeto de la sociedad. Ellos habían contribuido con su influencia política a la elección de Montt para presidente de la república y lo habían acompañado durante todo su primer período; pero en el segundo se apartaron de él, porque no se avinieron a su personalismo, ni a sus excesos de autoridad, ni a su manifiesta inclinación para someter las instituciones eclesiásticas a la soberanía del Estado; y ya no solamente se consideraron libres de todo compromiso hacia su gobierno, sino que se dispusieron a fiscalizarlo y censurarlo con moderación no exenta de firmeza.

El partido liberal, huérfano tantos años del poder, estaba formado principalmente por individuos de profesiones intelectuales y hombres de negocios, desgranados así mismo de familias de cierta aristocracia. Sus aspiraciones ideológicas no eran por lo general muy acentuadas; pero sus jefes convenían en la necesidad de reformar la Constitución de 1833, despojándola de su autoritarismo, en afianzar las garantías individuales, en establecer cierto régimen de tolerancia religiosa, y sobre todo, en combatir la administración Montt hasta reemplazarla con una regida por ellos mismos. Se estaba casi en el medio siglo posterior a las agitaciones iniciales que dieron por resultado la transformación política del país, haciéndolo pasar de la colonia a la república; la generación nacida bajo los auspicios de la independencia nacional y de la libertad civil, llegaba a la edad en que las ideas se consolidan y los propósitos pugnan por convertirse en hechos; la realidad social había experimentado visibles mudanzas, con el crecimiento de la riqueza y la cultura; la antigua aristocracia oligárquica empezaba a sentir el influjo de los nuevos elementos que le disputaban su predominio y que traían también nuevas aspiraciones, en concordancia con el liberalismo de cepa tradicional. Por todas partes se anunciaba el advenimiento de una ideología más conforme con los progresos de la época, que el gobierno no parecía comprender y si comprendía, desdeñaba.

Las dos fracciones que mencionamos y que actualmente llamaríamos de derecha e izquierda, confluían en el cauce de la oposición; pero no había entre ellas nada de común que permitiera concentrarlas en un designio sostenido y fuerte. Los liberales se proponían ahora buscar los términos de esa inteligencia con los conservadores desidentes, en vista de la campaña electoral del año 58 para la renovación del congreso. El diario que entregaban a la pluma de Vicuña Mackenna debía servir esos fines: atacar la política del gobierno y propiciar la unión de los liberales con los otros elementos opositores. Quedaría entendido, sin embargo, que no se trataba de fundir en una sola las dos corrientes, cuyo doctrinarismo era y continuaría siendo antagónico; porque el partido liberal no haría dejación de ninguno de los principios a que obedecía en su origen y que justificaban su existencia. Se iría, pues, a una mera alianza circunstancial, «a fin de hacer triunfar en las próximas elecciones de diputados las candidaturas de los hombres más importantes de ambos partidos». Así pareció ser el acuerdo de la junta de dirigentes que autorizó la publicación de *El Liberal*, dado a luz el 24 de diciembre de 1857 (a z).

Vicuña Mackenna quiso desde el comienzo dejar bien en claro aquella posición y encabezó el periódico con un programa que la definía francamente. Después de exaltar las tradiciones de su partido, que manifestó ya sus tendencias en 1810, consideraba la situación a que en 1857 se había llegado; y sin desconocer al partido conservador su obra y la necesidad de su existencia, deslindaba los campos de este modo:—«Su bandera política no es la nuestra; su organización, reconcentrada y aristocrática, es distinta de nuestro sistema popular y expansivo; las teorías que le sirven de enseña, estacionarias y antiguas, no se hermanan con los principios de regeneración y de reforma

(a z) *El Liberal* constaba de cuatro páginas formato «Mercurio», a cinco columnas, y fué editado por la imprenta de «El País». Su primero y único número, que tenemos a la vista, llena tres páginas de nutrida lectura, con artículos de fondo, notas, reclamos e informaciones de partido. La cuarta página es de anuncios, principalmente de perfumerías y boticas. Se repartió gratis, pero los números siguientes se iban a vender a diez centavos, equivalentes a sesenta centavos de la moneda actual. Aparecería por de pronto dos veces a la semana, los lunes y los jueves; pero sus fundadores se proponían convertirlo en diario.

que de suyo forman la existencia de nuestra causa. Pretender, pues, la amalgamación de esos principios rivales, de conservación y de reforma, que es ley triste pero necesaria de la naturaleza y del progreso humano vivan en perpetuo antagonismo; soldar con una misma liga dos tradiciones que se han roto en la cuna de nuestra revolución, buscando para resolverse opuestos caminos; operar, en fin, la *fusión de ideas* del partido conservador y del partido liberal, es sólo un absurdo pueril, una impostura de circunstancias, un crimen ante la conciencia pública, que es la conciencia de cada uno de esos partidos que se deben al respeto de su dignidad y de su honradez».

Declaraba en seguida que, como órgano de la tradición y de la idea liberal, su diario combatiría «hasta el último trance» al gobierno existente y continuaría la propaganda interrumpida de las doctrinas del partido, de sus enseñanzas y de su expansión, «en toda esa dilatada escala de progreso que se ha reconocido en el país bajo el nombre de *la reforma*». La primera de éstas que se debía encarar, era naturalmente la de la Constitución de 1833, «base del sistema que sepulta al país en la inanición y reviste al individuo, al círculo, a la administración gubernativa de su omnipotencia, disfrazada con nombres hipócritas, pero mil veces más robusta e invasora que en las monarquías absolutas». Aludía, además, a la libertad de cultos, que el partido liberal no borraba de su programa, porque la tolerancia que en ella se funda llegaría a ser una de sus más valiosas conquistas; pero por el momento no insistía en ella, porque sabía bien que no se la conseguiría con artículos de periódicos sino que sería «una concesión irresistible del tiempo o un acto pronto y enérgico de la voluntad libre de la nación». Y agregaba: «Esta verdad es tan luminosa como el sol».

Junto con abstraer de los debates públicos la cuestión religiosa, también se dejaría de mano el problema social, que se agitaba en Europa pero que en Chile aparecía, a su juicio, completamente extemporáneo. El político aparecía ahora desplazando al «igualitario» de 1850, y al girondino y al romántico de los años siguientes, no de seguro porque se hubiera helado en él la fibra del reformador sino porque el medio en

que entraba a actuar le habría sido hostil a cualquier intento de corte socialista, por el estilo de los que preocupaban a las grandes naciones.

«Con idéntico desapego,—afirmaba él en su periódico,— mira desde luego el partido liberal el análisis de esas cuestiones sociales inventadas recientemente en el viejo mundo y que en el suelo de América no pueden ser sino parodias necias e ininteligibles. Falta sin duda a nuestras poblaciones esa actividad mental que engendra aquellos sistemas de sociabilidad, de trabajo y de desorganización múltiple de todo lo creado, para organizarlo bajo otra forma; fáltannos también los sufrimientos físicos y morales que dan a la fantasía enferma de los viejos pueblos colores para barnizar sus quimeras; y fáltanos, por último, esa exuberancia de población que el hambre oprime y la competencia hace desbordar, dando afiliados a las sectas socialistas y combatientes a las insurrecciones» (b a).

La publicación de este programa resonó, sin embargo, en el ambiente político como una bomba. No ya sólo los secuaces del gobierno, ni el grupo ultramontano que el liberalismo pretendía atraerse, sino los propios liberales protestaron de las declaraciones contenidas en él. Era una indiscreción que los comprometía. No se luchaba en política de esa manera. No se mostraba el trapo rojo al adversario de la víspera para atraerlo a una conciliación que las circunstancias requerían. No era posible presentarse públicamente ante el gobierno todopoderoso con un cartel de desafío. ¡Qué horror! El diario no pudo seguir. No pasó de su primer número. La autoridad local lo suprimió, a pretexto de que no se había suscrito la fianza exigida por la ley. El gobierno era fértil en recursos; y no había de perder la oportunidad de un buen golpe contra el adversario que empezaba a mostrarse temible.

Vicuña Mackenna defendió su actitud, en un manifiesto que *El Ferrocarril* insertó a los pocos días, arguyendo que él no había procedido sino como mandatario de una colectividad de la que tenía anticipada aprobación, con la buena fe y la

(b a) Ese artículo de *El Liberal* está inserto en *Miscelánea* cit., t. I, pp. 181-8, bajo el título de *Programa del Partido Liberal en 1857*. (Dice 1867, por falla de imprenta que la simple lectura de la nota al pie rectifica).

hombría que reglaban sus actos (*b b*). Pero el concepto público no lo absolvió seguramente de su inusitada franqueza, ni mucho menos el gobierno, que hizo frustrar meses después su elección de diputado por La Ligua. En realidad, la doctrina que exponía en la portada de *El Liberal* era, a lo menos en parte, la suya y, con ligeros matices, la de sus amigos también; pero de una parte la oportunidad y de otra la cautela en las relaciones de partido a partido y de sus hombres para con el gobierno, parecían aconsejar una reserva más prudente en aras al buen éxito de la negociación iniciada. Por lo menos, así se desprendía del estado de ánimo del resto de la prensa, al ocuparse del problema electoral.

Pero en *El Liberal* había más aún. Los otros artículos de redacción, de desembozada crítica contra el gobierno y su régimen, contenían expresiones que necesariamente debían alarmar el timorato espíritu de los conservadores y hasta de los propios liberales. Examinando la situación, se refería a la inquietud general y al descontento que se observaba en el país, tanto en los poderosos como en los humildes; constataba la decadencia y la frivolidad de las altas clases sociales, el hambre del bajo pueblo, el abandono de las provincias, el agotamiento de las fuentes productoras y la crisis aguda del comercio; reclamaba la descentralización administrativa, para descargar a la capital de su «asoladora y egoísta responsabilidad»; y por cierto, no olvidaba las reformas políticas que eran como una consecuencia de las anteriores luchas y de la guerra civil, que hacía seis años, agregaba, dejó «recuerdos tan hondos de luto y de dolor».

Todo tendería a remediarlo el partido liberal, encuadrándose estrictamente dentro de la legalidad; pero el tono de los escritos distaba mucho de ser tranquilizador; y bien a las claras podía advertirse la amenaza de subvertir el orden imperante por cualquiera de los medios que las circunstancias

(*b b*) Este manifiesto está reimpresso en *Miscelánea* cit., t. I, pp. 341-52. (Como en la reproducción del artículo de *El Liberal*, hay también en la del manifiesto una errata de imprenta: dice diciembre de 1858, en vez de 1857). Señalamos estos errores a manera de ejemplos del descuido con que solían imprimirse los libros de Vicuña Mackenna, en corroboración a lo que hemos dicho en el número I de este ensayo.

ofreciesen. El fermento de la agitación quedaba exhibido sin rebozo alguno. Durante el tiempo que Montt llevaba en el poder, no se habían dejado oír recriminaciones más duras ni imprecaciones más directas. El despotismo, a juicio del joven reformista, tenía maleadas hasta las entrañas de la nación. «En la república del Norte, escribía, el gobierno nace de la comunidad y vive para la comunidad. La autoridad existe por el consentimiento tácito del pueblo. Tal sucede en los Estados Unidos. En Chile el pueblo necesita vivir pidiendo para todo el permiso expreso de la autoridad. El despotismo no es, pues, entre nosotros meramente político, es social, omnímodo, es la verdadera tiranía monárquica, absoluta y unipersonal». En otros términos, allá los poderes del Estado existen para servir al pueblo, y eso constituye su razón de ser; aquí existen para oprimir al pueblo, y en eso reside su fuerza a la vez que su infecundidad.

Si ahora este pueblo estaba deprimido y ahogado en la miseria, y si las altas clases degeneraban en el goce del lujo y la molicie, sólo a la juventud estudiosa y pensadora se habría de recurrir como tabla de salvación; pero, desgraciadamente, tampoco ésta ofrecía mejores esperanzas. El cuadro que de ella trazaba bien pudiera haber sido escrito ayer; tan aplicable nos es todavía en mucha de su amarga y desconsoladora realidad; y es porque los elementos sociales de un país, en un momento dado, parecen corresponderse los unos a los otros y guardar entre sí una inalterable armonía, base del equilibrio de las fuerzas que actúan en toda agrupación humana. He aquí algunas pinceladas de aquel cuadro.

«Abrumada la juventud en la elaboración de su inteligencia por el más absurdo y el más detestable sistema de estudios profesionales, la vemos esterilizarse, aburrirse, morir en una prematura impotencia. La autoridad no necesita dar empuje a la inteligencia que teme, porque es la fuerza que la combate y la trabaja. La autoridad quiere agentes dóciles y mediocres; y éstos se los proporciona pronto, eligiendo a los que más se encorvan cuando la mano del poder pasa su odiosa revista sobre las frentes que se alzan por el estudio o el saber.

«Por esto la autoridad no reforma el plan de estudios

superiores, organizado expresamente como una mortaja de plomo para matar las más robustas inteligencias; por esto la autoridad maneja entre sus dedos los consejos universitarios o la elección del profesorado, y organiza «capítulos» que le den hombres suyos o fáciles de ser suyos; por esto la autoridad se opone a la organización del colegio de abogados, que es cuerpo deliberante y de libre discusión; por esto ordena que las sociedades de instrucción primaria se formen en círculos alrededor de las autoridades locales.

«La autoridad entre nosotros no es, pues, meramente política y social; es también el monopolio de la inteligencia. El despotismo se encarga del ciudadano casi desde la cuna. Y por esto aquella brillante juventud que antes amaba el campo de la prensa, que daba luz y timbres a nuestra naciente literatura, que servía con entusiasmo en las localidades, que se asociaba al pueblo en la guardia nacional, que encaminaba la enseñanza en el profesorado de los colegios, esa misma juventud se aparta ahora cabizbaja del sendero de su antigua gloriosa propaganda y la vemos vegetar, obscurecerse, especular... Pero la autoridad no quiere que surja la juventud sana e independiente; quiere solo instrumentos; y deja que se cumpla su ley de perdición...».

A pesar de la actitud de Vicuña Mackenna en esta acometida periodística, el partido liberal logró la inteligencia que se había propuesto con el partido conservador, para ir juntos a la próxima jornada de los comicios electorales; y aunque la aplastadora mano gubernativa hizo fracasar muchas candidaturas del block de oposición, obtuvo éste en el congreso de 1858 una representación de calidad y prestigio; pero el redactor del periódico de avanzada no pudo salvar su diputación por La Ligua y hubo de abstenerse de toda ingerencia inmediata en los negocios públicos.

Ya por temperamento, ya por residuos de viejos rencores, ya por asimilación de prácticas que en el extranjero él había seguido de cerca, o por todo eso a la vez, era indudable que el ágil escritor no se manifestaba adaptado al ambiente de sagacidad y medida que regía nuestra vida política. Ese criollismo receloso, hecho de astucia y timidez,—la «macuquería» del

huaso ladino, indiferente y reposada,— que es como el fruto mimetista de una larga opresión, no entraba en sus cuentas ni en sus actos. El iba de frente, a pecho descubierto y la visera alzada, al encuentro del adversario; y no comprendía que se procediese de otro modo cuando se trababa de defender los intereses públicos o de sustentar ideales de partido. A los ojos del mundo que lo oía, su pecado era la sinceridad, menos a los suyos propios, puesto que se gloriaba de ella. Y siempre fué así. Por eso, entre otras causas, el poder le negó sus favores. En este sentido, su carácter no se plegó nunca al carácter nacional; y desde la juventud lo señaló entre sus contemporáneos como un desambientado. Pero he ahí, no obstante, su legítima superioridad; porque en medio de la turba medrosa o acomodaticia, él juzgaba con su propio criterio y no obedecía más que a su inspiración.

“LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE”

Al distanciamiento con sus amigos políticos y a la derrota de su candidatura de diputado, en las elecciones de marzo de 1858, siguió para Vicuña Mackenna un corto tiempo de relativa calma. Apartado de toda expectación, trabajaba en el ejercicio de la abogacía con regular fortuna y no parecía aspirar sino al rendimiento que esta labor le produjese. Su figuración en las revistas literarias era ocasional y tardía. El mismo hablaba de estar ejercitándose en escribir únicamente sobre papel sellado. Pero en los últimos meses de aquel año la política volvió a tomar un giro inquietante. Los opositores al gobierno de Montt cobraban bríos en el congreso y en la prensa, y celebraban banquetes que se convertían en verdaderos mítines. Diversos periódicos en que participaban jóvenes de valer intelectual y social, sostenían la campaña de fiscalización y de crítica. Barros Arana, Sotomayor Valdés, Manuel Recabarren, figuraban entre ellos. Por su parte, Latorria, Santa María y otros que ya eran reputados caudillos, impulsaban con su consejo o con su acción el movimiento liberal. Vicuña Mackenna no quiso ser de los últimos en la lucha que se reanudaba; y de improviso, a fines de octubre, entró en ella lanzando por cuenta propia un periódico de guerrilla cuyo solo título era todo un programa, *La Asamblea Constituyente*; es decir, la reforma constitucional, que el gobierno miraba poco menos que como un acto sacrílego.

En el editorial del primer número trazaba el programa de su labor y entre otras cosas, decía: «La aparición de esta hoja es eminentemente espontánea. No reconoce solidaridad ninguna ni con los partidos militantes, ni siquiera con la inspiración de un círculo, ni aún con el consejo de un amigo. En esta confesión no hay vanidad ni petulancia; es sólo la franqueza del deber; y por tanto declaramos que nuestra conciencia y nuestro corazón son nuestros únicos consejeros; y por ahora no contamos sino con esos modestos pero leales auxiliares que no sabrán hacernos traición» (b c).

Su natural arrogancia y la certidumbre de su propio valer punzaban en esas líneas como un desafío; y han de subrayarse las palabras *que no sabrán hacernos traición*; desquite que tomaba él de sus amigos que, con *El Liberal*, lo habían lanzado al palenque en el año anterior, para dejarlo al otro día solo. Pero muy luego, ahora, en torno del director de *La Asamblea* se agrupó un núcleo de escritores de influencia en la opinión: los hermanos Matta, los hermanos Alemparte, Isidoro Errázuriz, Angel Custodio Gallo y varios más. Durante un mes y medio, el periódico fustigó el régimen gubernativo y a sus hombres; propició la reforma en sus principales aspectos,—que tendían a afianzar las garantías individuales y a restringir la autoridad presidencial,—con tenacidad y fuerza incontrastables; consiguió atraer a su causa numerosos prosélitos; e impulsó el establecimiento de una gran centro social y político que se llamó *Club de la Unión*, para concertar voluntades en el sentido de reunir un congreso constituyente que revisara el código de 1833.

El ataque,—que más bien llamaríamos asalto,—dirigido con tales propósitos, no cesó en ninguno de los números de la

(b c) El primer número de *La Asamblea Constituyente*,—*Periódico Político*,—se publicó el viernes 29 de Octubre de 1858 y el último, que fué el número 13, el 11 de Diciembre. Su formato era el de una revista en cuarto mayor a dos columnas y llevaba compaginación seguida desde el primer número hasta el final. Editado por la imprenta del «País», constaba cada número de ocho a diez páginas y se vendía al precio de diez centavos. En la última página del N.º 1 se lee: *Al Público: La Asamblea Constituyente no tiene día fijo para su aparición, y por consiguiente no admite por ahora suscriptores*.—Esto nos hace recordar ciertos periódicos ácratas que hemos visto después y en cuya portada leíamos la consabida advertencia: *Sale cuando puede...*

publicación. El director llevaba el tono sobre su propia firma, con violencia y casi se diría con encarnizamiento. Pero no sólo hacía historia y formulaba cargos directos contra el código constitucional, su régimen y sus hombres, sino que se esforzaba por impresionar la opinión con cuanto argumento o circunstancia pudiera dañarlo. Ya en el segundo número del periódico (el 3 de noviembre) insertaba el célebre paralelo entre *Portales* y *Montt*, que debía, por el lenguaje, la franqueza y la oportunidad, despertar las sugerencias más vivas sobre el momento político. «Estamos en presencia,—decía con desenfado singular,—de una sombra que no amamos y delante de una onnipotencia que no tememos: la sombra de Portales y la onnipotencia del presidente Montt. Pero la admiración que irradia del uno será nuestra deferencia y nuestra cortesía por el otro».—Y en esos o parecidos términos, sin reticencias de ninguna especie, hacía la crónica contemporánea alrededor de estos dos hombres, uno de los cuales era nada menos que el presidente de la república.

A fin de que aquello no trajese a corto plazo el fastidio, ni adquiriese los caracteres de panfleto, se ocupaba con algunos temas diferentes; así, en uno de los números criticaba el plan de estudios del Instituto Nacional, con una breve noticia de su desarrollo; en otros, los últimos, iniciaba la publicación de la *Historia del Levantamiento y Sitio de La Serena* que, aunque narración lisa y llana de estos sucesos, se reflejaba sobre los hombres que ejercían el poder, que eran los mismos de 1851; y llamaba hasta la poesía en su auxilio, para prestigiar el movimiento que ya se extendía a las provincias y a todo el país. Domingo Arteaga Alemparte insertaba en el periódico y en honor de la constituyente un agresivo poema (*b d*).

(*b d*) He aquí una de sus estrofas:

Y para el pueblo que aberrojado gime,
de chacales y cuervos presa inerme,
y en su ignorancia mísera se duerme,
y olvida su alta prez,
eres el sol de la justicia eterna,
el sol de libertad, el sol de vida,
que irradia sobre su alma entumecida
los rayos de la fe.

La campaña era contundente y ruda; una considerable masa de opinión se sacudía ante ella; se palpaba que la agitación reformista ganaba por momentos el terreno que el régimen de fuerza perdía; y pronto, en el ambiente removido, hubo signos de tempestad. Se iría a la reforma, por las vías legales o por la revolución. Tal era el siniestro dilema que el periódico renovador planteaba desde la capital a todo el país. La autoridad, mientras tanto, se mantenía vigilante y hosca, en espera del momento oportuno para sofocar el más débil conato de trastorno.

Por fin, el 11 de diciembre, que era sábado, *La Asamblea Constituyente* aparecía invitando a una reunión general,—para el otro día a la una de la tarde,—en el Club de la Unión, a los ciudadanos que participaran el anhelo de la reforma. Insertaba, además, un manifiesto suscrito por cinco personas responsables: Angel Custodio Gallo, Manuel Antonio y Guillermo Matta, Benjamín Vicuña Mackenna e Isidoro Errázuriz. En él se anunciaba a las provincias el acto que se iba a celebrar y se las instaba a pronunciarse con otros análogos.

El sensacional manifiesto decía textualmente: «*A las Provincias de la República.*—Representantes avanzados del principio salvador que ha acogido la mayoría de la nación como el remedio supremo de sus males; y teniendo en consideración: 1.º que la Constitución de 1833 ha sido ya juzgada por la mayoría de los chilenos como origen fundamental de todas las desgracias que afligen a la república; y 2.º que en la crisis angustiosa por que atraviesa el país, no queda otro remedio de salvación para la paz y el orden público, comprometidos cada día más hondamente por una autoridad abusiva y culpable, investida de la omnipotencia por esa Constitución odiosa a los pueblos, que la reforma de esa Constitución; en nuestro carácter de simples ciudadanos, usando de nuestros derechos de hombres libres, al acometer esta augusta misión, y adoptando las prácticas de todos los países democráticos, venimos los primeros a depositar en la urna de la conciencia nacional nuestro voto por la convocatoria de la Asamblea Constituyente; y hacemos un llamamiento solemne a todos los ciudadanos, en nombre de los más grandes y sagrados intereses de la nación,

a fin de que por actos públicos, explícitos y solemnes como el que ahora iniciamos, o por medios que los pueblos o las corporaciones libremente acuerden, proclamen aquella suprema medida, para que la república encuentre su salvación en la completa uniformidad de opinión y sentimiento de la gran familia chilena.—*Angel Custodio Gallo* (diputado por Valparaíso).—*Manuel A. Matta* (diputado por Copiapó y Caldera).—*Guillermo Matta*.—*B. Vicuña Mackenna*.—*Isidoro Errázuriz*».

El exaltado periódico comentaba el mismo día ese paso decisivo, en el lenguaje más recio y animoso. «Sí,—decía,—la constituyente es la REFORMA, es la revolución. Pero es la revolución pacífica, el pacto de las inteligencias, las concesiones del patriotismo, las inspiraciones luminosas de la razón, la consagración de todas las soberanías legítimas que el derecho prescribe y la justicia acata, la soberanía de la verdad, la soberanía del talento, del amor cívico, de la honradez republicana». Además, esa asamblea significaría la paz, el orden, la libertad y la garantía de todos. Tal era el pensamiento que volaba de pueblo en pueblo, pugnando por hacerse doctrina en el país.

El agitador era tan fecundo como tenaz; y no perdía instante ni recurso para prestigiar su causa. En las columnas del periódico levantaba el tono hasta el lirismo. En la misma víspera de la reunión escribía: «Todas las naciones tienen una hora solemne señalada en su destino... Y esa hora llegó al fin para nosotros. La república de pie la hace resonar golpeando con augusto brazo el corazón de la patria y llamando a voces en torno suyo a todos los chilenos. Cuando comenzaba el siglo, esa hora se hizo oír y la patria pidió a nuestros abuelos este solo y sublime reclamo: *la independencia*. Y hoy que en la mitad del siglo la hora del destino se repite, la patria pide a las generaciones esta sencilla y santa divisa: *la libertad*. Y a cada época la Providencia,—artífice sublime que hace rodar en la esfera de los siglos la rotación invisible de esas horas,—le asigna un rol aparte y la dota de un poder distinto. A nuestros abuelos dióles la espada; y la espada alcanzó la independencia de 1810. A nosotros la Providencia nos ha dado la razón, el derecho y la justicia; y la libertad será nuestra».

Sin embargo, dentro del régimen imperante, el gobierno

no podía tolerar una junta como la que iba a reunirse; y dió instrucciones al intendente de Santiago para prohibirla y si era necesario, disolverla. Por medio de un bando que se publicó en la mañana del domingo y que se fijó en carteles en los sitios más concurridos de la ciudad, el intendente declaraba que era sediciosa la asamblea del Club y que, aunque la Constitución la garantiera, no podría tener lugar, porque un derecho de esta especie debía abolirse. Estas reuniones, agregaba, quedan prohibidas, «por hoy y para todo tiempo en adelante». Se pretendía restablecer, de esa manera, la misma situación que creó en 1850 el decreto intendentil a que aludimos en su oportunidad.

Tales medidas, como se comprende, eran atentatorias del más elemental derecho público. Los directores principales del Club,—los mismos firmantes del manifiesto del día anterior,—protestaron con entereza del atropello de que se pretendía hacerlos víctimas y reiteraron la invitación a la asamblea, en una hoja dada inmediatamente a la publicidad. Estaban dispuestos a asumir responsabilidades y a arrostrar cualquier peligro en defensa de las garantías de asociación y reunión. «Mientras perseguimos, decían, por todos los recursos que nos ofrece la justicia de nuestra causa y nuestra dignidad, el respeto al ejercicio de derechos consignados en la ley, protestamos e invitamos a todos a protestar contra el avance atentatorio por medio del cual el intendente de Santiago pretende impedir la libre manifestación de nuestras opiniones.—Venid todos y mostremos que sabemos oponer la calma a la insolencia, el derecho a la fuerza y el desprecio a las amenazas, levantando contra los esbirros una muralla de nombres sin mancha que todos confesarán dignos de la estimación y aprecio de sus conciudadanos. En nosotros se quieren hollar todas las garantías; sepamos, pues, defenderlas; porque el no hacerlo, sería convertirnos en reos contra la patria.—No hay derecho contra el derecho, ni hay autoridad contra la ley».

Tal actitud no sirvió más que de estímulo a la irritación gubernativa. La asamblea se reunió con la asistencia de unos ciento ochenta individuos, casi todos pertenecientes a conocidas familias de la capital; pero la policía la disolvió a viva

fuerza y condujo a sus cuarteles en calidad de presos a los concurrentes más exaltados, a quienes siguieron los otros por solidaridad, en medio de la confusa expectación del público, que no acertaba a comprender el motivo por qué se detenía a tantas personas de honorable fama (b e).

El hecho fué que casi la totalidad de los arrestados volvió a su casa el mismo día, después de pagar una multa de cincuenta pesos cada uno. Entre los pocos que quedaron, figuraban Vicuña Mackenna y los demás firmantes del manifiesto a las provincias y de la protesta contra el intendente.—El mismo día 12 de diciembre el gobierno decretaba el estado de sitio para las provincias de Santiago, Valparaíso y Aconcagua, y ordenaba la clausura de los periódicos de oposición. *La Asamblea Constituyente* terminaba así su existencia; y su director pasaba muy luego de la prisión preventiva a una celda de la cárcel pública, para ser procesado por sedicioso o reformista, pala-

(b e) Este hecho y los que inmediatamente le siguieron, han sido contados en numerosos libros y folletos, aparte de las relaciones de los diarios de aquella fecha. Entre los libros, el más noticioso es el de PEDRO PABLO FIGUEROA, *Historia de la Revolución Constituyente* (1858-1859), 1 vol. 682 pp. (Santiago, 1889). Vicuña Mackenna, por su parte, redactó en la cárcel el *Manifiesto al Pueblo*, que con fecha 20 de diciembre de 1858 suscribieron él y sus compañeros y que circuló en un folio de 10 pp. Además, como era su costumbre, llevó un diario de esos acontecimientos, el cual se ha publicado bajo el título de *Mi Diario de Prisión* en la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, t. XVIII (Santiago, 1916), pp. 153-204. En ambos documentos hace una prolija relación de lo ocurrido aquel día. Como un eco prolongado del empuje democrático de aquella generación, reproducimos la viril arenga que, según Vicuña, habría dirigido a los presos Manuel Antonio Matta, en el patio del cuartel de policía, tan pronto se vieron todos reunidos allí. De pie sobre un banco a manera de tribuna, el orador les habría dicho, con la emoción propia del sitio y del momento: «No os intimide el lugar a que habéis sido conducidos. Vosotros, que sois hijos de madres católicas; vosotros, que habéis sido educados en los principios del cristianismo, vosotros sabéis que las grandes ideas regeneradoras de la humanidad han brotado del fondo de las cárceles, de la sangre de los mártires. Hace dieciocho siglos a que en las catacumbas de Roma gemía un puñado de creyentes, pero una voz les dijo: esperad y con este signo venceréis. ¿Y cuál es ese signo?—La libertad, ciudadanos, la libertad que durante dieciocho siglos ha germinado en el corazón del mundo ofreciendo su sombra de bendición para los buenos y de maldición, ¿qué digo?, de desprecio para los malos. No hagáis tampoco alarde de vuestro entusiasmo al llenar vuestro deber por servir esa augusta deidad de nuestros corazones: la patria. La patria no es el clima, no son las montañas, no son las casas de nuestras ciudades puestas en hilera. La patria, es el honor, es la libertad, es la justicia, es el amor; la patria son vuestras madres, vuestras hermanas; y al defenderla, salváis el honor de vuestras madres y de vuestras hermanas, su pureza, su virtud, su castidad. Confíad entonces, ciudadanos, en los frutos de este gran día y esperad que de este recinto brote grande y generosa la regeneración de la república, por la libertad, por la justicia, por la Constituyente, en fin, en cuyo nombre nos hemos reunido y por cuya santa enseña vamos a padecer».

bras sinónimas en el léxico gubernativo de aquel tiempo.—Una vez más la autoridad se proponía refrenar los ímpetus del ardoroso joven; pero su sacrificio, lo mismo que su acción, no serían esta vez estériles para la causa que sustentaba. La revolución hacia su camino; y él la había impulsado, impreso su sello, señalado sus fines; sería la revolución constituyente, con la gran reforma por bandera.

271

EL REFORMISTA EN LA CARCEL

Aunque el período renovador del ambiente político de 1822, hubiera dejado de existir para el ocaso de año del 23, el idealismo, en el seno y sus profundos efectos, no cesó de existir. En las provincias se levantaron voluntades y entusiasmos a decidir algunas por el término más grave del delito que se había planteado para acometer la reforma de la vía legal, o la revolución. Privados del primer de estos medios, los reformistas se inclinaron a cumplir el segundo. Desbarataron con sus armas de gobierno y sus reformas. En este modo, la reforma de las leyes vino muy luego a servir de estandarte a una revolución, que sería la que se propusiera después a que fuese la revolución de la libertad para la institución de un nuevo orden jurídico.

Mientras tanto, Vicuña Mackenna experimenta con fuerza durante los días de prisión y según escribiendo en O'Higgins, los logros independientes de una independencia tanosa que no podía comenzar. Vino en seguida la revolución final por sus últimos publicaciones de la libertad y con la conciencia, el proceso se adelantó con sencillez y claridad; pero el juicio era difícil y la sentencia estaba acordada de antemano. Se le condenó a prisión perpetua, porque así convenía a los designios del gobierno. No podía esperar más justicia. El sacrificio de la pena es en tales casos parte de la acción.

EL REFORMISTA EN LA CARCEL

Aunque el periódico removedor del ambiente político de 1858, hubiera dejado de existir bajo el estado de sitio del 12 de diciembre, su nervio y sus propósitos vibraban con sonora entonación en las provincias; alentaban voluntades y concurrían a decidir algunas por el término más grave del dilema que se había planteado para acometer la reforma: o la vía legal, o la revolución. Privados del primero de estos medios, los reformistas se inclinaron a emplear el segundo. Derribarían con las armas al gobierno y su régimen. De este modo, *La Asamblea Constituyente* vino muy luego a servir de estandarte a una revolución, que sería lo que su propietario aspiraba a que fuese, la revolución de la libertad para la implantación de un nuevo orden jurídico.

Mientras tanto, Vicuña Mackenna soportaba con buen ánimo los días de prisión y seguía escribiendo su *Diario*, desfogue indispensable de una impetuosidad afanosa que no sabía contenerse. Vino en seguida la acusación fiscal por sus últimas publicaciones de *La Asamblea*; y con la acusación, el proceso. Se defendió con serenidad y elocuencia; pero el juicio era político y la sentencia estaba acordada de antemano. Sería condenatoria aunque arbitraria, porque así convenía a los designios del gobierno. No cabía esperar sana justicia. El sacrificio de la pena es en tales casos parte de la acción.

«Señores,—dijo Vicuña Mackenna ante el jurado,—cuando la república entera se alza sombría e irritada; cuando las facciones se desencadenan en nombre de las tradiciones que nos dividen; cuando los principios mismos se visten de fierro para acometerse, nosotros, humildes ciudadanos, levantamos en alto, en medio del campo de la lucha, una bandera de paz y de amor, de justicia y de verdad. Nosotros, reasumiendo la buena fe de todos los patriotismos, simbolizando el anhelo de todas las esperanzas, hemos tenido una audacia, hemos abrigado una credulidad, la audacia y la credulidad de los leales y de los justos; y en su nombre, con toda nuestra voz, para que llegase a los últimos rincones de la república, hemos dicho: esa bandera es la salvadora, esa bandera es la reforma de la Constitución. Y como esta idea cundiera día por día, de una manera asombrosa; como se acogieran a ella todos los pueblos, cual los naufragos a la tabla; y como viéramos acercarse este día, hicimos delante de la patria esos votos de amor y de esperanza que acabo de leerlos. Votos del alma honrada y del alma leal que el anatema del señor Fiscal marca ahora para echarlos por tierra. ¡Sea! Sus escombros servirán de altar a las generaciones que acaten la virtud del patriotismo!» (b f).

La sentencia no tardó en pronunciarse contra él y sus compañeros del periódico: mil pesos de multa en común y tres años de extrañamiento para cada uno. Nadie apeló; todos estuvieron llanos a sufrir los rigores de la condena. La vida en la cárcel continuaba monótona y más severa aún, durante los últimos días de 1858 y los dos primeros meses del año siguiente. La situación se había tornado gravísima. La temida revolución había estallado a principios de enero en Copiapó y se extendía a varios otros pueblos del norte y del centro del país. La alarma en el gobierno era justificada y honda. Los reos del 12 de diciembre debían ser mantenidos ahora en mayor aislamiento y en más rígida seguridad.

Casi todo el tiempo que duró allí su prisión, Vicuña Mackenna se dedicó a leer y escribir. La *Historia de Carlos XII de Suecia* por Voltaire fué una de sus más gratos deleites.

Además de su *Diario*, redactó la vida de *Diego de Almagro*, cuyos materiales venía reuniendo desde la adolescencia, cuando bosquejó sus primeros ensayos. Libro animado y pintoresco, tiene, como todos los suyos, alguna tonalidad de fantasía. No se publicó por entonces y quedó olvidado en su archivo, esperando quizás retoques de importancia que sin duda necesitaba. Solamente vio la luz como obra póstuma del autor en 1889, treinta años exactos después de haber sido compuesto. Continuó también allí mismo la redacción de la *Historia de la Administración Montt*, que ya había empezado a publicar en las columnas de *La Asamblea*; y logró dejar concluido el primer volumen y parte del segundo, que se dieron a las prensas en 1862 (b g).

Estos trabajos llegaron hasta hacerle tolerable el encierro

(b g) Acerca de las obras mencionadas, conviene tener en cuenta algunos pormenores. La publicación del libro sobre Almagro se hizo bajo el siguiente rubro: *Diego de Almagro. Estudios críticos sobre el Descubrimiento de Chile*. Obra póstuma del eminente escritor don B. VICUÑA MACKENNA, comenzada en la Penitenciaría de Santiago el día 6 de Febrero de 1859; concluida el 17 del mismo mes. (Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 1889). 1 vol. XV+123 pp. Hay en este rubro un error. El libro no fué comenzado en la Penitenciaría, sino que fué escrito casi totalmente en la cárcel pública. Trasladado a la Penitenciaría su autor, en esos mismos días, aquí lo revisó y completó quizás algunos de sus capítulos. Así se desprende de *Mi Diario de Prisión* antes citado, en el cual, con fecha 6 de febrero, Vicuña Mackenna anota: «Comienzo a escribir la vida de Almagro sobre apuntes hechos en junio». Y el día 12, que fué sábado, agrega: «Toda la semana, desde el domingo, la he ocupado en escribir la vida de Almagro, trabajando siete a ocho horas cada día...» En la página que sigue, del 20 de febrero (domingo) añade todavía: «El lunes (refiriéndose al 14 del mes) a las once de la noche, cuando concluía la vida de Diego de Almagro, fuí conducido a la Penitenciaría por el capitán Lazo. La noche estaba lindísima con la luna». Por fin, en febrero 23 consigna: «He concluido de revisar la *Vida de Almagro*, que escribí en diez días. Me propongo ahora revisar mis apuntes sobre la revolución de 1851 hasta que me saquen de aquí, que ignoro cuando sea». Estos apuntes se referían a la continuación de sus escritos sobre la historia de aquel movimiento revolucionario, historia que, como decimos en el texto, estaba ya en la cárcel misma bastante avanzada. En varias anotaciones de su referido *Diario* deja constancia de este esfuerzo que alcanzó a cubrir más tarde, al imprimirse, centenares de páginas. Por lo demás, al frente del primer volumen de ese libro, cuyo título completo fué en definitiva *Historia de los Diez Años de la Administración de don Manuel Montt*, se lee como advertencia y bajo el llamado de «Una Palabra al País»: «A fines de 1858, *La Asamblea Constituyente* publicó el prospecto y los primeros capítulos de esta obra. Pero la mano del carcelero no tardó en arrebatarle la pluma de las mías; y después, los vientos del destierro echaron a volar las páginas aún desencuadradas de esta obra nacida en las borrascas». Ese volumen y el siguiente se refieren al *Levantamiento y Sitio de La Serena*, y forman la primera parte de la obra; la segunda comprende los sucesos de *la Revolución del Sur* y se desarrolla en tres volúmenes. En realidad, el conjunto del libro lleva un título que no corresponde a su contenido y pudo llamarse simplemente *Historia de la Revolución de 1851*, que a eso de manera exclusiva se limita.

y la incomunicación que varias veces le fué ímpuesta. Sólo le molestaban las visitas, porque lo distraían del estudio y de la concentración a que por propia voluntad se sometía. Hubiera querido que esas atenciones mundanas se restringieran severamente a personas de su familia o de su intimidad. En el *Diario* lo declara, junto con dar cuenta de lo que lee, piensa o escribe.

La revolución que se desarrolla lejos de él, pero nutrida de sus propios ideales, le preocupa intensamente; el rumor de la lucha llega hasta su celda como el golpe de la ola que muere en la playa; no oye su trueno, no percibe el grito rabioso de los combatientes, ni ve la polvareda ni el humo de los encuentros en que pugnan la ira y el valor. ¡Cuán distinto de ocho años atrás! Entonces él había empuñado la espada y el fusil, libre como el beduino del desierto, atronando con sus huestes la soledad del llano y la montaña; y ahora, forzado a darse vuelta entre las paredes de un mísero calabozo, cuando la sangre hervía aún con la misma vitalidad y el mismo empuje..!

Años después recordaba él que en 1858 había publicado un periódico que dió su nombre a una revolución. Era cierto, y hasta pudo añadir que también le dió su espíritu. En presencia de las muchedumbres que desfilaban en París vivando a la república, durante la revolución de febrero de 1848, Lamartine había exclamado:—«¡he ahí mi *Historia de los Girondinos* que pasa!...». Vicuña Mackenna pudo haber dicho a su vez:—«¡he ahí mi *Asamblea Constituyente* hecha revolución!»; con la diferencia de que la de Francia había derribado un trono y la de Chile... apenas una candidatura presidencial, la del ex-ministro Varas. Pero como la candidatura habría sido la presidencia misma; y esta presidencia no andaba muy lejos de un trono, por ahí se iban, guardando las proporciones, una y otra revolución, una y otra obra, y uno y otro hombre.

Cada día, sin embargo, apenas más en la cárcel a Vicuña Mackenna los escollos con que la revolución tropieza. El Sur permanece en su mayor parte casi indiferente; la capital, tímida y poltrona, no se agita; es el baluarte de la estabilidad y el orden; sus personajes adulan y medran; abandonan los pueblos alzados en armas a su propia suerte; no les

importan las víctimas que caen; y así, él ve claro el fracaso final del movimiento, que en verdad tarda poco en producirse (*b h*).

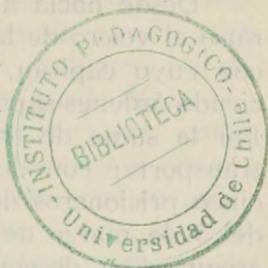
A mediados de febrero es conducido a la Penitenciaría como delincuente vulgar. De nuevo medita allí sobre la situación que se le crea a la república ante el triunfo del régimen de Montt; y con fecha 24 escribe largamente a su madre, cuyas tribulaciones se advierten en esas líneas dictadas por el patriotismo y la ternura, para exponerle sus pensamientos íntimos acerca de la posible conciliación que ahora traería consigo una era de paz y de fecundos bienes. Estima que una gran ocasión se le presenta al gobierno, «para devolver al pobre país algunas de las libertades que más necesita y afianzarse él mismo de una manera sólida en la opinión social».

Se hace también algunas ilusiones acerca de su situación propia. Cree que los hombres del poder no le guardan rencor, porque deben estar penetrados de la pureza de sus intenciones y de la dignidad de sus procedimientos. Pero, como quiera que sea, tendrá que alejarse del país, conforme a la sentencia de meses atrás, si bien confía en que será por corto tiempo. «Mi idea es, mi vieja,—dice a su madre,—el irme al Perú, donde aguardaré sólo el tiempo estrictamente necesario para poder regresar a continuar mi trabajo y a dirigir los asuntos de la casa, que a mi vuelta tomaré yo solo».

¡Cuánto se engañaba! La hidra del odio estaba lejos de haber quebrantado sus rigores. En los primeros días de marzo

(*b h*) La revolución de 1859 estalló en Copiapó el 5 de enero, acaudillada por Pedro León Gallo, regidor municipal de la ciudad, rico minero del departamento y hermano de Ángel Custodio Gallo, diputado por Valparaíso, preso junto con Vicuña Mackenna y los hermanos Matta, uno de los cuales, Manuel Antonio, era diputado de aquella región. Durante el mismo mes de enero, la revolución dominó toda la provincia de Atacama, la agitación se extendió por el sur a Talca, y poco después a Concepción y sus alrededores; en febrero se levantó San Felipe; pero todos esos movimientos fueron rápidamente sofocados. Mientras tanto, los revolucionarios de Atacama avanzaban hacia La Serena. El 14 de marzo tuvo lugar en la quebrada de *Los Loros*, al norte de esta ciudad, un recio combate en que las tropas del gobierno fueron completamente derrotadas; pero, mes y medio después, el 29 de abril, una nueva división del gobierno venció definitivamente a los revolucionarios en *Cerro Grande*, a corta distancia de La Serena por el sur. La experiencia de 1851 le había demostrado a Vicuña Mackenna que las provincias de Atacama y Coquimbo no podían por sí solas sostener con buen éxito una lucha contra el poder central.

de 1859 un birlocho tomaba desde la Penitenciaría, a media noche, al reo de estado Benjamín Vicuña Mackenna, junto con los otros tres que allí permanecían por el mismo delito, Angel Custodio Gallo y los hermanos Manuel Antonio y Guillermo Matta, para trasladarlos bajo aparatosa vigilancia a Valparaíso. Veintidós horas duró el viaje entre la capital y el puerto,—recordaba después nuestro autor,—y en ningún instante decayó el buen ánimo de los cuatro reos. Allí se les iba a embarcar con rumbo desconocido.



LA ODISEA DEL PROSCRITO

Desde hacía algunas semanas estaba al ancla en Valparaíso el velero de la marina mercante inglesa *Luisa Braginton*, con cuyo capitán, Lesley, el gobernador del puerto, obediendo órdenes superiores, había celebrado un singular contrato. Por la suma de tres mil pesos, el capitán se comprometía a transportar con destino a Liverpool u otro puerto inglés, a cinco prisioneros de que el gobernador le haría entrega antes del 5 de marzo de 1859. Debía «mantenerlos» en el buque y asegurar su desembarco en las playas convenidas. En caso de no hacerlo o de no presentar antes de ocho meses certificación fehaciente de haber cumplido el compromiso, la suma estipulada no le sería cubierta por el consignatario del dinero, la casa Huth Grunning y Cía. de Valparaíso. «Se exceptúan para este caso los peligros de la mar, muerte y otras circunstancias fortuitas», decía la escritura del convenio (*b i*).

Los pasajeros no fueron en definitiva más que cuatro,—

(*b i*) Este contrato dió origen después a largas y enojosas cuestiones; los adversarios del gobierno de Montt hicieron caudal de sus cláusulas, que comparaban a las suscritas por los traficantes de esclavos con los capitanes de los buques «negreros»; y la acusación que los reos fletados de ese modo dedujeron ante las autoridades inglesas contra Lesley, fué acogida. Por eso el contrato ha sido publicado varias veces. Véase el *Cuadro Histórico de la Administración Montt*, escrito según sus propios documentos (Valparaíso, 1861). pp. 312-13.

los hermanos Matta, Gallo y Vicuña,—porque a Isidoro Errázuriz, que era el quinto, se le admitió salir deportado hacia Mendoza. Embarcados con todo género de precauciones, se hicieron a la vela el 9 de marzo, sin saber a dónde se les conducía; y desde ese momento empezó para ellos el más penoso martirio. Vicuña Mackenna lo ha referido todo, en las páginas de su inevitable *Diario de Viajes*, en su correspondencia y en una exposición que más tarde los cuatro proscritos publicaron en París (b j).

Era el *Luisa Braginton* un barco de no más de doscientas toneladas de registro, angosto, con puente libre de unas cuatro varas de ancho. Ni su cubierta, ni su cámara, ni sus escaleras, ni sus bodegas estaban siempre limpias. La tripulación había sido armada en Valparaíso y predispuesta contra los prisioneros, de quienes se le había dicho que eran facinerosos de la peor especie; y de capitán a paje empezaron por tratarlos como tales. Los camarotes, estrechos y mal olientes, carecían de las comodidades mínimas que cualquiera hubiese podido exigir. La alimentación no era de calidad mejor que la del barco; y el andar de éste, al decir de Vicuña Mackenna, era como «a empujones y a brincos», haciendo a cada instante violentas sacudidas. La angustia del mareo atacó a los cuatro pasajeros desde el primer día y uno de los hermanos Matta, Manuel Antonio, de naturaleza delicada, enfermó hasta el punto de inspirar cuidado.

Cuando el barco navegaba en alta mar, los proscritos se esforzaron en persuadir al capitán Lesley de que la causa de su destierro era meramente política. Le protestaron que cada uno era un hombre de hogar y de trabajo, de proceder irreprochable y de conocida posición en la sociedad chilena; que importaba una crueldad sin objeto llevarlos a Europa en tales condiciones, con los peligros que debían arrostrar y con el grave estado de salud de uno de ellos; que, en fin, en nada se perjudicarían los intereses vinculados por el señor capitán a este viaje, si aceptaba recibir de ellos los tres mil pesos de

(b j) Cons. el *Diario* en *La Libertad Electoral* del 29 de agosto de 1887. Lo ha publicado también la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, vol. LXX (Santiago, 1931) pág. 137-59.

su contrato y conducirlos a Arica o cualquier otro puerto del Perú; al contrario, hasta podía tomar allí nueva carga. Aún más; ellos se comprometían a responderle de los perjuicios eventuales que ulteriormente pudiesen derivar de este convenio. Todo fué inútil; y el barco siguió su rumbo mar adentro, para doblar después hacia el sur en dirección al Cabo de Hornos.

Cruzaron los pasajeros a la vista de las islas de *Juan Fernández*, montones de rocas batidas por el inmenso océano, pero rocas chilenas que aún permitían ver un jirón de la patria. Vicuña Mackenna siente allí la sensación de hallar algo propio que estaba perdido; y su fantasía exaltada se da a las reminiscencias de un pasado de infortunios y amarguras por patrióticas causas, cuando los próceres de la emancipación y otros abanderados de la república, debieron ir a purgar sobre esos áridos peñascos su fe y sus impulsos redentores. Recuerda así mismo a aquel pobre marinero abandonado que se llamó Alejandro Selkirk, a los corsarios y piratas de siglos que se fueron y a tantos otros navegantes que han dejado en esos inhospitalarios refugios alguna huella heroica, dolorida o siniestra. Así se diseñaron en su imaginación los contornos de un libro que escribiría con los años,—muchos años después,—sobre la *Historia Verdadera de la Isla de Robinson Crusoe*, y que sería una de sus últimas y más atrayentes producciones. Pero oigámosle a él mismo relatar la sugestiva impresión de aquella hora, en las primeras páginas del libro mencionado.

«En una hermosa mañana del mes de marzo de 1859, iluminada por el tibio sol de otoño, tan diáfano en nuestras costas, y navegando hacia puertos desconocidos, a manera de los antiguos forbantes del Pacífico, pero inocentes y perseguidos por noble causa, bajo la bandera que había rescatado a Alejandro Selkirk de su cautividad y cubierto a Daniel Defoe en el pilorí de los encarnizados odios políticos, mientras que en el puente de barca alquilada a la venganza de partido conversábamos sobre la suerte de la patria, sobre nuestras esperanzas y de los dolores vivos que dejábamos en nuestros hogares, a la par con nuestros compañeros de proscripción, oímos de repente el grito siempre grato, especialmente a los que van camino del destierro, de ¡tierra!—¡tierra!

«¿Cómo? ¿Nos alejábamos de las playas de la patria, y habíamos vuelto a ellas? ¿Hacia tres días que en lóbrega noche diéramos nuestro último adiós a Chile, y estábamos otra vez a su vista?.. Imposible sería describir nuestra curiosidad y nuestro gozo en presencia de aquella sorpresa de los mares. Corrimos a la borda y comenzamos a interrogar con los ojos y con el corazón aquellos pardos farellones que huían por nuestra derecha en pintorescos grupos, a la manera de las lúgubres sombras que al partir dejáramos cerniéndose sobre los campos de la patria, ensangrentados por la mano colérica de la discordia. Es *Juan Fernández*, gritó una voz de marino...

«Recordamos entonces, con la viveza que el espectáculo de los objetos y el colorido de la perspectiva despiertan en la retina y en la memoria, los mil episodios propios de aquel solitario peñón, centinela avanzado de Chile delante de sus mares, desde que un piloto obscuro viéralo por primera vez,— y cuya vida hoy desenterramos por la primera vez también de profundo olvido,—hasta aquella hora de dolor y de adioses en que sirviera de castigo al patriotismo; la romántica existencia del descubridor y la manera cómo por un rasgo de verdadero genio tropezara con la isla en su camino; sus intentos de colonización frustrada, como los de Robinson, así como sus últimos días de pobreza y de miseria en las montañas mediterráneas de Chile; las aventuras de los filibusteros y de los «hermanos de la costa» que hicieron de aquellos bosques de chonta y naranjillo, de helechos y de sándalo, su madriguera y su botín; la larga y poética soledad del piloto escocés por él buscada; la visita de todos los grandes navegantes y exploradores del Pacífico, desde lord Anson a lord Byron, y desde los almirantes españoles Juan y Ulloa a nuestros jóvenes marinos, para quienes el derrotero de la isla ha sido como la cartilla de la escuela; las colonias destruidas y vueltas a poblar por la España y la república, a la par con sus catástrofes y revueltas; los días tenebrosos en que sirvió de castigo a la Inquisición, que hasta allí persiguió al hombre y su conciencia; desde el proceso que levantó al navegante que hiciera su milagroso hallazgo («el brujo»), hasta los reos de la fe que en ella mantuvo bajo cadena, aún en los días de la independencia;

la cruel expiación que de su generoso amor a la patria sufrieron allí resignados los ilustres varones que rompieron con sus brazos tan atroz coyunda; y, en breve, el dolor y la enseñanza de los castigos y de las venganzas civiles, cuando los bandos domésticos, disputándose efímera omnipotencia, hicieron de aquel peñón la cárcel eternamente abierta de sus rivales: —O'Higgins contra los Carreras,—Portales contra los infelices pipiolos, incluso el gobierno que nos desterraba, que creía haber vencido por la batalla y el destierro, y de lo cual nosotros éramos allí rehenes... Todo eso, agolpándose a nuestro espíritu, cual si fueran las hojas de un libro colosal esculpido en el granito volcánico del panorama que iba descubriéndose a nuestra vista, indújonos a hacer allí mismo el voto de escribir y dar a la luz algún día la historia verdadera de aquella isla, que sólo era famosa en el mundo por la afortunada inventiva de un ilustre escritor, reconocido hoy como padre de los novelistas de su lengua: del inglés Daniel Defoe (*b k*).

Desde Juan Fernández al Cabo, el viaje continuó triste y monótono. El cabeceo del barco, la pésima alimentación, el duro tratamiento a bordo, el recuerdo del hogar distante, los riesgos de naufragio, los horizontes sin límites: todo concurría a sumir el cuerpo y el espíritu en una especie de languidez agotadora, durante la cual el tiempo parecía interminable. El 24 de marzo Vicuña anota en su *Diario* el paso junto al Cabo de Hornos, a las cinco de la tarde, con un día lleno de luz. El mar está tranquilo; las costas de Tierra del Fuego se ven nevadas; sus contornos son pintorescos como también los canales entre las islas. La impresión es agradable. Pero una semana después deja constancia de que la braveza del mar lo ha obligado a quedarse en cama; sin embargo, por la tarde se asoma a cubierta para contemplar la puesta del sol, que se hunde en aquellos mares «como un fanal de fuego». Por la noche aquel cielo está hermosísimo y puede admirarse el pleno brillar de las estrellas que iluminan las sombras de la patria.

El viaje sigue así hacia los trópicos, con alternativas de

(*b k*) B. VICUÑA MACKENNA, *Juan Fernández, Historia Verdadera de la Isla de Robinson Crusoe*. (Santiago, 1883), 1 vol. 834 pp. Cons. pp. 9-14.

tranquilidad y de zozobra. A veces espacia la vista desde proa en los bellos ocasos, tanto más bellos cuando las nubes disuelven los últimos rayos en una fantástica multitud de colores. Las lunas son también de una claridad dulce, sobre la mar en calma. Pero el calor se va haciendo cada vez más sofocante y el tratamiento a bordo no mejora. «La organización inglesa, aristocrática, del buque,—escribía el proscrito,—está basada en este pie: el capitán tiraniza al piloto, a quien detesta; el piloto riñe al mayordomo; el mayordomo es un déspota para con el pobre cocinero; el cocinero se desquita con el yanqui Tom; y el yanqui se descarga con los chanchos, a cuyo cuidado está».

La incomodidad del barco y el racionamiento de los reos aumentan día a día la angustia. «La operación de comer era eminentemente gimnástica, cuenta en otra parte Vicuña. Nos asíamos como nos era posible al banco de una cuarta de ancho que rodeaba la mesa y que tenía encima un colchoncillo de hule que a cada instante se resbalaba en todas direcciones. Puede creerse que esto dependía del movimiento de los que allí iban sentados, pero era porque el banco servía de despensa de los líquidos, la leche, o mejor dicho, el suero, el vino, la cerveza; y como el mayordomo tenía por regla invariable no sacarlos nunca antes de que nos sentáramos a la mesa, nos era preciso desfilas a cada uno con su plato en la mano, mientras que en la otra nos echábamos el colchoncillo a la cabeza, para sacar nuestra botella. Refugiarse en estos casos, inclinándose hacia el centro de la mesa, era imposible, porque en el medio se columpiaba un enorme barómetro de fierro que al menor descuido nos habría agujereado la cabeza.

«El almuerzo era un pedazo de jamón perpetuo, al cual le formamos nosotros algunas cuñas mientras duraron nuestras provisiones propias. Pasaban seis horas entre este frugal martirio y el de la comida, que soportábamos a las cuatro. Componíase este segundo ataque al estómago de dos budines, uno de carne añeja y otro de fruta inglesa, es decir, fruta verde conservada en aguardiente... Llevábamos también 24 gallinas, de las cuales no vimos sino los espectros. Sólo seis de ellas fueron inmoladas a nuestra hambre; las demás se evaporaron como los gatos, y fueron echadas al mar, una en pos de otra.

En cuanto a los patos, conseguimos retenerlos en el mundo echándoles todos los días algún auxilio de migas o galletas mojadas. Pan no tuvimos sino a las postres del viaje; durante dos meses y medio sólo nos servían unos fragmentos amarillosos, con vetas azules de mohó: el mayordomo decía que eran galletas, nosotros sosteníamos que eran riscos y los estómagos, que eran indigestiones».

Imposible seguir en su calamitosa variedad todos los detalles de esta permanencia en el mar que se prolongó más de tres meses, a lo largo del Pacífico y del Atlántico, hasta alcanzar cerca de las islas Azores, para torcer rumbo a Gran Bretaña; e imposible también referir las asechanzas, terquedades y violencias del capitán Lesley para con sus prisioneros, que lo eran en realidad dentro del buque como lo hubiesen sido en la más rígida y emponzoñada cárcel. Por fin, a los 98 días justos de navegación lograron desembarcar en Liverpool; e inmediatamente acudieron a las autoridades para acusar a Lesley de los malos tratamientos recibidos y del ajuste de un contrato que ofendía al pabellón inglés. Formado el proceso del caso y seguido con todos los trámites de rigor, Lesley fué declarado culpable, con lo cual sus acusadores se dieron por satisfechos de la acción de la justicia, sin preocuparse ya de la pena que le fuese asignada.

El proceso había conseguido llamar la atención pública y los proscritos quisieron ir más lejos aún en la sanción que de él debía desprenderse. En su concepto, no sólo Lesley era culpable; lo era también el gobierno que con él había contratado la deportación de cuatro ciudadanos de una nación libre. Fué entonces cuando escribieron el libelo *Montt, Presidente de la República de Chile, y sus Agentes, ante los Tribunales y la Opinión Pública de Inglaterra*. La parte redactada por Vicuña Mackenna se refirió a los hechos de la proscripción y del juicio, o sea, «del crimen»,—afirmaba él años más tarde,—y no participó en la redacción de los ataques que en el libelo se dirigían contra el mandatario de Chile y el régimen político que representaba.

Al tiempo de suscribirse en París este documento, para entregarlo a la imprenta, Vicuña se negó a estampar en él

su firma y dejó constancia, en una extensa carta dirigida a sus amigos del destierro, de los motivos que determinaban su actitud, carta que fué agregada al documento acusador y publicada con el mismo. Aunque de acuerdo en el fondo, con la verdad y justicia de las apreciaciones allí contenidas, no pensaba que fuese aceptable ventilar estas querellas domésticas en país extranjero. «Por el delito de que yo he sido víctima, decía, tengo el derecho de acusar al gobierno actual de Chile; y lo acuso y denuncio ante el mundo. Por los crímenes que se hayan cometido en nuestro suelo, yo no lo acuso todavía; y yo no denunciaré jamás esa clase de crímenes fuera de los límites donde está la prueba que debe esclarecerlos, la responsabilidad que los autoriza y el castigo que debe satisfacerlos».

Dicho de otro modo, él estaba llano a que se publicase la protesta suya y de sus compañeros, por la arbitrariedad que la proscripción entrañaba, por el contrato inicuo que la había agravado y por los torpes tratamientos de que habían sido víctimas en el barco que los llevó a Inglaterra, a la vez que la relación del juicio con que ellos habían conseguido sancionar la culpabilidad del capitán Lesley; pero no aceptaba que se pretendiese hacer en Inglaterra el proceso del gobierno de Montt, ni que se difamase a sus hombres presentándolos como una gavilla de bandoleros. Por otra parte, tampoco concurría a que, con motivo de estas enconadas manifestaciones, se menoscabase el crédito de Chile en el país ante el cual más convenía que permaneciera afianzado. Su inquebrantable sentimiento de nacionalidad no le permitía llegar a ese terreno.

«Yo no puedo decir con los filósofos, exclamaba, *ubi libertas, ubi patria*. No. El amor a mi país existe en mí bajo otra forma; y si ese amor estrecho del rincón donde hemos nacido es una preocupación estrecha contra la humanidad, yo soy reo de esa preocupación; si ese amor es un egoísmo, yo siento vivo en mí ese egoísmo. Mi patria no es el mundo para mí, no es la Europa que nos repudia, no es la humanidad que no nos conoce o no nos comprende. Mi patria es Chile, en su conjunto de amor, en su creación, en su luz, en su cielo, en las arenas de sus playas, en su nombre, en su bandera; y yo siento

que esa patria es tanto más mía cuanto más infeliz y más ultrajada la contemplo. Por esto, siento un escrúpulo íntimo al revelar nuestros dolores domésticos a un mundo que no nos ama, que no nos estudia, que no nos juzga sino por el alza y baja de la bolsa, por las calumnias de su diplomacia, por los absurdos inauditos de sus viajeros...».

Las consideraciones expuestas no fueron bastantes, a los ojos de sus compañeros, para justificar la negativa de solidarizarse con ellos en la apasionadísima agresión que desde Europa dirigían contra el gobierno de su patria; y a partir de ese momento la amistad que a Vicuña los unía empezó a quebrantarse, hasta llegar a convertirse con el tiempo en una franca ruptura. Esta incidencia amargó los días al más pobre de los cuatro proscritos, que quedó entregado a su suerte en aquel vasto mundo «que no nos ama», como él lo había dicho y lo iba a experimentar.

No le faltó, sin embargo, una inesperada compañía que había de serle tan útil como grata. Durante su permanencia en Londres, llegó también proscrito Diego Barros Arana, quien había seguido por la vía de Buenos Aires camino hacia Europa. Los dos amigos, que sufrían la misma pena por la misma causa y que tenían además las mismas inclinaciones espirituales, se dieron allá la mano para explorar juntos los plácidos aunque escabrosos senderos de las bibliotecas, archivos y librerías.

Pronto continuaron iguales andanzas en París. Vicuña compraba algunos libros referentes a América, como sus cortos medios se lo permitían y como ya en su primer viaje lo había hecho. Bastante conocía él la ciudad-luz para que le atrajese la permanencia allí. Decididamente, se aburría. Pero era necesario conocer la España, ya que se estaba tan cerca y que tantos tesoros bibliográficos y documentales guardaba en sus librerías y archivos. Lo único que le faltaba,—poca cosa,—era el dinero. Su bondadoso y fiel amigo Gay, que aún se ocupaba con la historia de Chile, le proporcionó en préstamo ese recurso y el viaje a España pudo hacerse.

Siempre en unión de Barros Arana, Vicuña Mackenna sale en octubre de 1859 de París hacia Burdeos y sigue de aquí

a Bayona, para penetrar luego en la Península a través de los Pirineos, «sobre una pesada diligencia mestiza entre española y francesa». Los viajeros se detienen en San Sebastián, luego se dirigen a Burgos y a Valladolid, recorren las llanuras de la vieja Castilla, para atravesar la sierra de Guadarrama, hasta tomar alojamiento a la vista del Escorial. Ligeros contratiempos y aventuras dan variedad y animación al viaje, que él mismo contó algún día en sabrosos artículos (b l).

Instalados modestamente en Madrid, no cesa, por cierto, la búsqueda de libros raros y la adquisición de los más asequibles, como tampoco cesa la exploración de bibliotecas y archivos. El errante bibliófilo asegura no haber descansado ni una hora. Luego continúa estos afanes en Toledo, Segovia y Valencia. En esta última ciudad examina con ojos de tentación el manuscrito de la *Historia General del Reino de Chile*, por el jesuíta Diego de Rosales, que posee don Pedro Salvá y que no puede adquirir a causa de su elevado costo, lo que hará sin embargo, diez años después, para darla a luz como el más rico de los olvidados tesoros coloniales (b m).

(b l) B. VICUÑA MACKENNA, *En la Mancha*, artículo publicado en el libro *Aniversario CCLXII de la muerte de Miguel de Cervantes Saavedra* (Santiago, 1878), pp. 65-84. Cf. *Una Aventura de Viajes en España*, en el diario *La Unión* del 19 de junio de 1885.

(b m) Esa *Historia*, que consta de tres gruesos y elegantes volúmenes, fué publicada en Valparaíso (Imp. del Mercurio) en los años 1877 y 1878, «anotada y precedida de la vida del autor y de una extensa noticia de sus obras, por Benjamín Vicuña Mackenna.» A propósito de esta publicación, son dignos de recordarse, en honor del bibliófilo, los pesados sacrificios que se impuso para dar a las prensas esta obra que consideraba un monumento nacional. El tomó a su cargo los riesgos de la impresión, cuando hubo agotado las diligencias para obtener con ese objeto la ayuda del Estado. En el prospecto de la edición decía con amargura: «En vano se ha ocurrido a la Universidad; en vano se ha ocurrido al Gobierno; en vano se ha ocurrido al Congreso Nacional con aquel fin altamente patriótico. Mientras se han protegido a manos llenas publicaciones de todo género (especialmente las de escritores extranjeros) y mientras la impresión de las memorias ministeriales, que abrazan por lo común sólo un año del período de nuestra vida administrativa, absorbe anualmente por sí sola una suma de 15 a 20 mil pesos del presupuesto nacional, no hubo nunca un puñado de escudos para comprar siquiera el precioso manuscrito español que hoy entregamos a la prensa y que yacía desde hacía más de cincuenta años en el archivo de un rico y descontentadizo bibliófilo de la Península. Mucho menos hubo un auxilio, ni grande ni mediocre, para publicarlo. ¿Lo habrá por acaso hoy día? Pero si el mundo oficial,—Universidad, Gobierno y Congreso,—ha sido sordo al llamamiento de una empresa genuinamente nacional, no sucederá otro tanto con el Pueblo, este gran protector de todo lo que está destinado a su adelanto, a su aprovechamiento y a su gloria». Y terminaba dejando constancia de que, lanzada ya la publicación por entregas, de todo el país le habían llegado suscripciones, «de la villa como de la aldea», menos de la capital y del gobierno. Aquellas estaban, respecto de Santiago, suscriptas en la proporción de ciento a uno; y en cuanto al gobierno, no estaba suscripto siquiera «en la proporción de cero».

He aquí cómo él mismo recuerda, en los años siguientes, estas peregrinaciones bibliográficas: «Cuando recorriendo la Península entrábamos a las librerías de viejo (bien que de nuevo no las hay) de Burgos, Valladolid, Segovia y Toledo, en nuestra excursión bibliográfica de 1859, nos decían los buenos y añejos castellanos, levantando a la frente sus polvorosas antiparras:—¡Ya se llevaron todo los ingleses! Ya pasó por aquí el alemán!—y con esto nos decían que habían hecho barrida de libros americanos los agentes viajeros (commis-voyageurs) que ocupan varias casas especiales de Europa, con el fin de satisfacer la bibliomanía americana, que es la más fuerte del día, acaso porque es la más nueva y la más difícil de satisfacer. Sólo en Madrid, callejeando como esos asturianos que cargan los bultos de aquella corte, pudimos acopiar unos 300 volúmenes. Esta adquisición, sin embargo, ha corrido mil infelicidades; porque, cambiada la caja en Marsella, dicen unos que sus pergaminos fueron a Marruecos, a guisa de municiones de guerra, y otros que sólo a Zaragoza, donde después de un año de diligencias, se encontró el derrotero, y pudo encaminarse el bulto a su destino, aunque en más de veinte meses no haya llegado aún a mis manos. Todo lo anterior va a cuenta, o si se quiere, por castigo de la bibliomanía del «malgré lui» ambulante colector» (b n).

Desde Valencia, el proscrito volvió a Inglaterra, para embarcarse de nuevo en dirección a las costas americanas. A principios de 1860 llegaba al Perú por vía Panamá y se establecía allí como un intelectual extranjero que ha de vivir con el trabajo de su pluma. Era éste un propósito meditado tiempo atrás y del que había dado noticia a su señora madre en el párrafo de la carta que antes citamos, escrita en la celda de la Penitenciaría. Pensaba que su destierro acabaría pronto y quería permanecer menos distante del paterno hogar.

(b n) B. VICUÑA MACKENNA, *Catálogo completo de la Biblioteca Americana* (Valparaíso, 1861), p. 6.

LA RESIDENCIA EN EL PERU

Chile había sido durante muchos años el refugio de los perseguidos por las discordias civiles del Perú; y en Chile sus políticos en desgracia habían encontrado siempre amistoso hospedaje. A modo de reciprocidad, ahora los chilenos deportados por los sacudimientos de 1851 y 1859 eran recibidos en el Perú con particular deferencia. Desde los tiempos de O'Higgins y de Freire, esos vínculos de simpatía no habían hecho sino acrecentarse, como había aumentado también el número de los proscritos. Se calculaba que en 1860 había no menos de 700 chilenos asilados en ese país.

Al ingresar Vicuña Mackenna en esta partida, fué acogido por la sociedad limeña con afectuosa atención; y luego se formó él un círculo de relaciones, entre políticos e intelectuales, que lo estimuló al trabajo como publicista ya prestigioso. A pesar de lo limitado de sus recursos y del retraimiento que esta circunstancia le imponía, sus condiciones de estudioso y de investigador concurren, al cabo de pocos meses, a abrirle camino en la prensa. Acumuló valiosos materiales históricos en bibliotecas y archivos, y escribió bastante, ajustado estrictamente a sus inclinaciones americanistas. Como era natural, debía prescindir en absoluto de hacer comentarios sobre la política del día en el Perú.

Durante su última permanencia en Londres, había tenido

ocasión de leer las *Memorias* que Lord Cochrane acababa de publicar. Octogenario ya, el ilustre marino residía allí y el joven chileno se puso en relación con él para visitarlo y ofrecerle traducir al español su libro. Por diversas circunstancias, la entrevista no se verificó. El historiador se disponía, además, a observarle algunos párrafos de las *Memorias*, que se referían a San Martín en términos que estimaba injustos y a veces inexactos, cuando no deliberadamente malignos. El estudio más detenido de estas alusiones lo confirmó en sus primeros puntos de vista; y una vez en el Perú, entregó a la publicidad una crítica de las *Memorias* de Lord Cochrane, con los reparos que en cuanto a San Martín le merecían.

En el diario *El Comercio* de Lima insertó los artículos titulados *Lord Cochrane y San Martín*, que tuvieron cierta resonancia y que lo colocaron desde luego, dentro de aquel ambiente, en una espectable situación. Su crítica se fundaba en una documentación bien escogida. Pero eran tantos los hechos que se entrelazaban con el asunto,—casi todos relativos al Perú durante el período preparatorio de su independencia,—y era tal la abundancia de materiales de que el historiador disponía, que concluyó por reunir sus estudios en un libro, el cual fué impreso bajo el rubro de *La Revolución de la Independencia del Perú, desde 1809 a 1819*.

No obstante la precipitación con que fué escrita, la obra tuvo fortuna, más por la importancia del tema y la novedad de los documentos en que se apoyaba que por su mérito intrínseco. Tres defectos la empañaban realmente: la falta de un plan ordenado, la tendencia a condensar en biografías aisladas lo que constituye sucesos generales y la excesiva reproducción textual de los viejos papeles. Aun cuando por este último motivo ella conserve mucho de su valor y se la haya reimpresso más de una vez, es lo cierto que como libro propiamente histórico adolece de una notoria deficiencia.

Vicuña Mackenna no se curó nunca de esta decidida inclinación al biografismo y al documento comprobatorio; de tal suerte que, cuando la unidad del personaje o la simplicidad del tema que explotaba no venían en su ayuda, para metodizar regularmente la exposición, con frecuencia se per-

día en el detalle a costa de la idea central llamada a ser la médula del conjunto. Por eso nunca historió un gran acontecimiento, sino episodios de los mismos o nobles vidas de poderosa acción. Pero, así y todo, salvaban a sus relatos el colorido local de los hechos, y la gracia y vigor del estilo, como es también el caso en la obra de nuestra referencia. Rasgos son éstos de la juventud del escritor, que ya definen y acentúan la fisonomía que lo ha de individualizar durante toda su carrera (b ñ).

Entre sus relaciones más calificadas del Perú, figuraban la familia Paz Soldán, el general Guillermo Miller y el caballero Demetrio O'Higgins, hijo y heredero del prócer de la emancipación. Algún otro escrito de Vicuña Mackenna allí fué facilitado o inspirado por los miembros de la familia Paz Soldán, como la biografía de Hipólito Unanue, catedrático y publicista peruano que era uno de los ascendientes de ella y cuyas obras se iban a reimprimir. Esa biografía no se publicó, sin embargo, sino tiempo después y en una revista chilena. Pero aquella familia fué para el proscrito de una generosa hospitalidad y le prestó constante ayuda.

En cuanto a sus relaciones con el general Miller,—que tantos servicios había prestado a la causa emancipadora de varias repúblicas sudamericanas, incluso Chile,—ellas se concretaron principalmente al acopio de informes sobre personajes, gobiernos, actos públicos y acciones de guerra de esa época que él, ya entonces anciano, recordaba con singular fruición. Como se comprende, este repertorio original, casi siempre verídico, fué de suma utilidad para el historiador, quien mantuvo una amable correspondencia con el viejo guerrero.

(b ñ) La crítica ha señalado más de una vez esa característica de Vicuña Mackenna como historiador. D. AMUNATEGUI SOLAR observa que con las biografías que aquel escribió podría muy bien formarse un diccionario; y añade: "En el estudio de la historia, Vicuña Mackenna buscaba siempre al individuo... Salvo en frases o páginas sueltas, no manifestaba interés por desentrañar las causas profundas de los acontecimientos narrados". *Bosquejo Histórico de la Literatura Chilena* (Santiago 1915), p. 177. En un examen más reciente, G. FELIU CRUZ confirma la verdad del hecho, pero no a modo de censura sino para exponerlo como una concepción propia de Vicuña Mackenna, aplicada en todos sus libros. "El culto de los héroes, por decirlo así, es el eje capital de su doctrina y de su composición historiográfica". *Interpretación de Vicuña Mackenna* (Santiago, 1931), foll. p. 15.

Nada, sin embargo, comparable en ese sentido a la vinculación amistosa que Vicuña Mackenna contrajo en Lima con don Demetrio O'Higgins. Puso éste a su disposición todo el archivo de su padre que, como se sabe, había llevado en el Perú la vida del proscrito durante cerca de veinte años, hasta su muerte. En la hacienda de Montalván, a unas cuarenta leguas al sur de Lima, que el gobierno del Perú le concedió, el Ex-Director Supremo de Chile se había dado tiempo para reunir y ordenar sus papeles; y más de una vez habría querido exponer y justificar sus actos de mandatario; pero no halló la pluma digna y experimentada que coadyuvase a su intento; las que tuvo a su servicio,—salvo la de José Joaquín de Mora, que lo ayudó incidentalmente,—no se mostraron aptas para la empresa y él mismo carecía de las dotes necesarias de escritor para autobiografiarse. Allí estaban, pues, bajo la custodia de su hijo, aquellos millares de papeles, ya medio roídos por el tiempo y las mudanzas; hojas amarillentas que, como las que ruedan con los vientos de otoño, señalaban el paso del caudillo y del héroe en sus días de triunfo y esplendor. Vicuña Mackenna se apropió de aquel tesoro, lo transportó a Lima a lomo de mula y se puso a urgarlo con avidez, decidido a escribir una obra «monumental»,—es su palabra,—sobre la base de una documentación enteramente inédita, tan copiosa y rica como segura en autenticidad. Sería la vida del prócer Bernardo O'Higgins.

Al amparo de la familia Paz Soldán y en el retiro de la hacienda de ésta, ubicada en San Juan de Arona, valle de Cañete, dió riendas a su pluma, una vez acotados y clasificados los documentos en forma metódica. Entre la bruma del horizonte, distinguía el panorama de la hacienda de Montalván, ubicada a corta distancia en el mismo fértil valle. Muchas veces había estado allí, ora recorriendo los senderos en que la huella del ilustre proscrito parecía diseñarse todavía, ora a la sombra de los árboles que éste mismo había plantado, ora bajo el techo de su extensa mansión abandonada. Todo recordaba en el ambiente lugareño al esforzado agricultor que fué el general O'Higgins en esa comarca, a la cual no hacía aún veinte años había dejado para siempre, huérfana de su

llaneza, de su laboriosidad y de sus bondades. La imaginación simpática del historiador se desborda ante esa perspectiva en uno de los arranques líricos, tan frecuentes en él, que debemos gustar.

«Y en verdad, escribe, hoy mismo en nuestros solitarios paseos de la tarde, cuando desde lo alto de las colinas que baña la tibia luz del poniente, divisamos diseñarse en el crepúsculo los senderos que cruzan la amena pampa de Montalván, parecemos descubrir a lo lejos la sombra de su antiguo dueño, del viejo guerrero del Roble y Chacabuco que vuelve ahora de sus rústicas faenas, y que al ver como nosotros el ocaso del sol, allende del mar que sus armas conquistaron un día a Chile y a la América, detiene su caballo y descubre a la brisa y a los reflejos su venerable frente... Y entonces, como en un sueño, se agolpan a su memoria los años de su belicosa juventud, cuando vadeaba todos los ríos de la patria batiéndose brazo a brazo, como general o guerrillero, con los godos invasores; cuando descendía de los Andes para echarlos fuera de sus lares con las bayonetas de Chacabuco; cuando desataba a los vientos del Pacífico, henchidas de mil triunfos, las velas y las banderas de la fraternidad, para rescatar la última familia americana todavía entre cadenas; y cuando, caído en la plaza de Santiago, se levantaba más grande que antes de caer y escalaba la meseta de Junín para divisar las polvaredas de las últimas huestes enemigas, ya para siempre vencidas... Y recordando ahora sus lustros de pobreza y abandono, su soledad y su destierro, sus canas y su ausencia, sentía que su corazón se abatía dentro de su pecho con angustiosas pulsaciones; y daba vuelta a la brida, y entraba a su desierta mansión, y pensaba todavía, al pisar sus umbrales, que aquel techo de su vejez era el don de una extraña caridad.

«¡Cuánto, cuánto ¡oh patria! debieron amarte aquellos hombres que te prohicieron en la cuna cuando, apenas balbuciente, pronunciabas tu nombre de nación; cuánto debieron amarte aquellos sublimes y desinteresados tutores que velaron tu frágil niñez, desnudos sus sables y sus pechos, peleando por tu derecho y por tu patrimonio de libertad y justicia; cuánto debieron amarte aquellos tus gallardos paladines que besaron

tu frente de desposada de los libres, y al estruendo de sus victorias, te aclamaron nación soberana, batiendo a tus pies los estandartes para tí conquistados, cubriendo con ellos tu virginal espalda y arrancando de tus tímidos senos la túnica de la esclava!... ¡Cuánto, cuánto debieron amarte ¡oh Chile! los que fueron tus padres y tus campeones preferidos, si los que no vieron de tí sino tu ceño de madrastra y tu látigo de persecución, te aman también hasta creer una dicha el padecer por tu nombre, en aquellos sitios consagrados en que sufrieron, una vez tras de tus montañas, y otra vez más allá de tus mares, los más grandes nombres de esas listas de tu ostracismo que jamás el odio acabó de llenar! Y siquiera nosotros, que nada somos, tenemos delante de nuestros días el porvenir y el aplauso de los buenos, mientras ellos sólo han dejado tras los suyos el polvo de la calumnia y sus huesos olvidados en un cubo de ladrillos, sin una lágrima, sin una justificación pública, sin una antorcha expiatoria...».

Esta cálida invocación no podía ser oída aún en su país. Todas sus ansias estaban por volver, pero continuaba en Chile el régimen de fuerza que lo había lanzado a Inglaterra, para que en seguida vagara por el mundo, entregado a su propia suerte. El no regresaría mientras tal régimen sé mantuviese en pie y prefería comer el pan ácimo del destierro antes que venir a implorar un perdón a que no se creía obligado. Mientras tanto, él lo decía, hasta era una dicha padecer por la patria

Su espíritu, no obstante, se mantenía irritado y en aquel año 60, dió pruebas más de una vez de los rencores que guardaba contra el gobierno del decenio de Montt, al cual atacó en Lima públicamente y con violencia, sin acordarse de sus cautelosas reservas anteriores, cuando se trató de firmar en París el panfleto elaborado con sus amigos de proscripción. Pero ahora se estaba en el Perú, no en aquellos países europeos «que ni nos conocen ni nos aman», como él argüía, y que sólo se entretienen con el relato de las discordias civiles en las nuevas repúblicas.

En la colonia de proscritos chilenos residentes en Lima se habían producido en aquel año algunas dolorosas bajas,

entre otras la de Ramón García, ex-intendente de Aconcagua, contra quien el gobierno del decenio se había mostrado particularmente duro; y la de José Miguel Carrera Fontecilla, el amigo y camarada de Vicuña Mackenna desde sus primeras aventuras de revolucionario y guerrillero. El pesar íntimo que le causó esta última desgracia no le permitió exhibir las coléricas expansiones que profirió en el sepelio de García y que dió al público en una hoja impresa destinada a circular profusamente en la capital peruana. Pocas veces el furor político ha hallado tonos más virulentos y sarcásticos que los que contiene aquel discurso fúnebre.

«A todo esto se nos dice:—*Chile duerme en paz*. Sus sagaces mandatarios, a la manera de esas madres que aconsejan a las hijas la venalidad de sus almas, como un dogma de familia, dando al oro el nombre de virtud y a la honradez el de una afrenta, así ellos, como tradición política; y con el halago de ganancias ruines, con el fausto postizo de empresas ilegales, basadas en el gravamen de las generaciones venideras, con el influjo de esos monopolios descarados que todos ven concedidos a familias o a los favoritos, deslumbran al vulgo y seducen la codicia vil de viles traficantes, mientras el cáncer oculto roe las más nobles entrañas de la patria.

«Pero, si es cierto que Chile duerme, dejémosle dormir, que acaso su letargo es menos mengua que la voluntaria resignación de los esclavos. ¡Sí, dejémosle dormir! Que no teman ni sus pueblos por remotos, ni sus autoridades por pequeñas, que no teman el que vayamos a llamar a sus umbrales mendigando ni la gracia del fuego y del agua que su ley nos ha vedado, ni exigiendo un solo compromiso en nuestros actos, ni tocando un solo clarín de alarma que llame a la revuelta. Las revoluciones son el santo derecho de los pueblos; no de los individuos. Cuando éstos rompen por su libre albedrío el pacto de la unión común, no son ciudadanos, ¡son conspiradores!—¿Y quién de nosotros, señores, es ahora ni ha sido jamás conspirador? Quién ha violado una ley pública? quién ha atropellado una garantía? quién de nosotros ha salido de la órbita de los derechos públicos, sostenidos en público debate? quién, señores,—y poneos la mano en la frente para

enjugar el rubor de la ignominia a que un día fuimos condenados,—quién de nosotros arrancó al asta sagrada de la nacionalidad chilena, este pabellón querido, santo pañal de año X, el año de la gloria, y que ahora con ojos llorosos vosotros contempláis como la mortaja de la patria, en este año de la infamia? quién lo arrebató a su puesto para dejarlo arrear, cuando flotaba al aire de los libres, por la mano de viles intrusos, declarándole enseña de piratas? quién ha «conspirado» entonces contra Chile? quién lo ha «traicionado», quién lo ha vendido al extranjero? (b o).

Pero no fué en esta ocasión únicamente cuando Vicuña Mackenna se valió de las prensas peruanas para desahogar sus enconos políticos. A propósito de una carta en que su amigo Salustio Cobo le contaba una entrevista que sostuvo en Southampton con el ex-tirano argentino Juan Manuel de Rosas, el escritor chileno se dirige en un folleto a Mitre, en Buenos Aires, reproduce la referida carta y le agrega un exaltado libelo contra el gobierno de Montt, en que fustiga la ley de responsabilidad civil por las subversiones al orden público, que éste acababa de promulgar. El folleto se titulaba *Don Juan Manuel Rosas delante de la Posteridad y la Confiscación política restablecida en la Legislación de Sud América*. Tratábase, pues, de asociar la tiranía de Rosas con la dictadura constitucional ejercida por Montt, en términos realmente fantásticos, aunque no exentos en el fondo de alguna verdad, en cuanto se refería a la nefasta ley.

Como quiera que fuese, estas publicaciones contribuían a mantenerle cerradas las fronteras del país, en circunstancias que le era más apremiante el regreso, por la ruina de sus intereses y los de su familia. Su carácter, sin embargo, se conservaba entero y parecía retemplarse con el estímulo de la historia, a medida que avanzaba en la redacción del libro sobre la vida de O'Higgins. Terminada la obra e iniciada su publicación en las columnas de *El Mercurio* de Valparaíso, en diciembre de 1860, Vicuña decidió, a pesar de todo, volver apresuradamente a

(b o) Véase este discurso en B. VICUÑA MACKENNA, *Miscelánea* cit., t. 1, pp. 305-16.

Chile. Se sentía enfermo de cierta gravedad; era un mal que atribuía al clima de aquellas latitudes, pero que más parecía la nostalgia del atribulado hogar. En consecuencia, una clara mañana de enero de 1861 se embarcó rumbo al sur y dijo adiós al Perú, donde había permanecido un año al abrigo de amistosa acogida

“EL OSTRACISMO DE O’HIGGINS”

Vicuña Mackenna no hizo ostentación de su vuelta al país; por el contrario, se mantuvo varias semanas de riguroso incógnito. Abrigaba el temor de ser perseguido y quizás expulsado de nuevo, lo cual se le confirmó bien pronto. Mientras tanto, la publicación de su libro sobre O’Higgins continuaba en *El Mercurio* y despertaba cada día mayor interés. En marzo estuvo concluída y pronto era un volumen titulado *El Ostracismo del General don Bernardo O’Higgins, escrito sobre documentos inéditos y noticias auténticas*. Ya podía juzgarse de la obra.

Desde luego, forzoso era reconocer que se trataba de una contribución valiosa a la literatura histórica nacional, por la abundancia de los hechos narrados, por la documentación desconocida y por el espíritu que al libro animaba. El autor decía proponerse examinar la vida entera de su héroe, y que, si llamaba a esas páginas *El Ostracismo*, no era precisamente porque fuese a limitar su relato al período en que el ex-director supremo permaneció asilado en el Perú, sino porque escribía allá, bajo la impresión del ambiente que aquel respiró durante sus últimos años, pobre y olvidado de su tierra natal que tanto le debía

Y ciertamente, el libro nada hablaba respecto a las vici-

situdes del expatriado, sino que todo él se refería a sus antecedentes de familia y educación, a sus campañas y a su gobierno, hasta que hubo de abdicarlo para salir proscrito. No había, pues, tal vida de ostracismo en esta historia, sino más bien una exposición documentada acerca de las causas que la motivaron. Pero el volumen concluía con un «fin del tomo primero», lo que estaba indicando que había de continuar con el período a que debía su nombre. No continuó, sin embargo, sino veintiún años después; y ya la obra, en un solo cuerpo, convenientemente revisada, pasó a llamarse *Vida del Capitán General de Chile don Bernardo O'Higgins, Brigadier de la República Argentina y Gran Mariscal del Perú*. Era resonante el título, a lo menos por su extensión.

Damos estos detalles, al parecer ociosos, porque se nos perdonará que pensemos que no lo son tanto. Ellos permiten comparar dos estados psicológicos bien definidos, en diferentes épocas del autor. Mientras estuvo en el Perú, su idea fué escribir este ostracismo, del mismo modo que había escrito antes el de los hermanos Carrera,—y en sus páginas preliminares lo dijo expresamente,— con el ánimo de despertar la admiración del país en presencia de la vida y la obra de los fundadores de los dos partidos que dividieron largos años a la familia chilena. En su concepto, aquellos hombres compartían también el insigne mérito de haber fundado la república, cualesquiera que fuesen sus rivalidades y sus faltas; y ya era oportuno rendirles en común el homenaje que se merecían. Tan ostensible era este propósito que no vaciló en estampar al frente del libro una dedicatoria con los nombres de Demetrio O'Higgins y José Miguel Carrera Fontecilla, quien no hacía mucho había sido sepultado en la capital peruana. Ambos representaban a los héroes de sus dos *Ostracismos*. Aspiraba a iniciar así «una nueva era de paz y reconciliación, de amor y olvido».

Entonces no necesitó llamar a O'Higgins más que «el general». La noble ambición del joven historiógrafo tenía con eso suficiente; y no abatía en forma alguna la posición del primero de sus próceres, José Miguel Carrera, que también ostentaba el mismo rango. Pero más tarde, pasados ya veinte

años, cuando las cenizas de O'Higgins habían sido rescatadas por el país y puestas en suntuoso mausoleo; cuando se habían tributado a su memoria los más grandes honores y su figura se erguía en el bronce; cuando el reconocimiento público por sus servicios había llegado a ser fervoroso y unánime; y en fin, cuando ya con Carrera se había hecho lo mismo, aquella finalidad primordial carecía de un motivo inmediato que la justificase.

La actitud ideológica del historiador delante de su superhombre, cambió ahora también y sólo se preocupó de ensalzarlo añadiendo a su prosapia los calificativos más sonoros que podían herir la imaginación de las muchedumbres: brigadier, capitán general y gran mariscal, en tres naciones. ¿Significaban algo estos pomposos calificativos para la gloria del estadista y del soldado? Y si algo significaban, ¿por qué no los puso al frente de su primer libro y sí del segundo? La respuesta parece sencilla: el joven historiógrafo de 1860 era un espíritu fuertemente civilista y democrático; y el historiógrafo de 1882, ya en la edad madura,—cantor de las proezas de la guerra del Pacífico que acababa recién,—se deslumbraba ahora con las mayores resonancias de la terminología militar y declinaba el civilismo juvenil, aunque no fuese más que para el rubro de sus obras.

Aquello que suele decirse, de que «nunca segundas partes fueron buenas», tiene en este caso su relativa aplicación. En realidad, el O'Higgins del *Ostracismo*, esto es, del libro así llamado,—obra de juventud y de espontáneo vigor mental,—presenta rasgos mucho más firmes y mejor expuestos que el O'Higgins de la *Vida* completa, en la parte que propiamente se refiere al proscrito. Y no sólo es que los hechos mismos le prestan en el primer caso su relieve; también es que la juventud del autor ha puesto en la obra el suyo.

Cuando Vicuña Mackenna conduce a O'Higgins, muchacho estudiante en Inglaterra, a la presencia de Francisco Miranda, que el acaso le depara como maestro, su pluma no narra y describe únicamente; pinta y burila dos figuras inolvidables, hasta lanzar la una en brazos de la otra, confundiendo sus ansias de libertad para todo un continente y sus votos de re-

dención humana. Prenden en el muchacho la convicción, la fe y el entusiasmo que le transmite el iluminado caraqueño y recibe de él, al despedirse tras largo tiempo de espiritual confianza, las paternas a la vez que sugestivas instrucciones que en todo momento debe tener presentes.

«Desconfiad,—le dice, a propósito de la propaganda que le incumbe hacer,—de todo hombre que haya pasado la edad de cuarenta años, a menos que os conste que sea amigo de la lectura y particularmente de aquellos libros que hayan sido prohibidos por la Inquisición. En los otros, las preocupaciones están demasiado arraigadas para que pueda haber esperanza de que cambien y para que el remedio no sea peligroso.—La juventud es la edad de los ardientes y generosos sentimientos. Entre los jóvenes de vuestra edad encontraréis muchos prontos a escuchar y fáciles de convencerse. Pero, por otra parte, la juventud es también la época de la indiscreción y de los actos temerarios; así es que debéis temer estos defectos en los jóvenes, tanto como la timidez y las preocupaciones en los viejos.—El orgullo y fanatismo de los españoles son invencibles. Ellos os despreciarán por haber nacido en América y os aborrecerán por ser educado en Inglaterra. Manteneos, pues, siempre a larga distancia de ellos.—No permitáis que jamás se apodere de vuestro ánimo ni el disgusto ni la desesperación, pues si alguna vez dáis entrada a estos sentimientos, os pondréis en la impotencia de servir a vuestra patria.—¡Amais a vuestra patria! Acariciad ese sentimiento constante, fortificadlo por todos los medios posibles, porque sólo a su duración y a su energía deberéis el hacer el bien. Los obstáculos para servir a vuestro país son tan numerosos, tan formidables, tan invencibles, llegaré a decir, que sólo el más ardiente amor por vuestra patria podrá sosteneros en vuestros esfuerzos por su felicidad».

El relato y la presentación de los hechos, en esta parte de la obra como en las que inmediatamente le siguen, sobre la juventud del prócer biografiado, son de una viveza y de un atractivo que en ningún momento decaen. En cambio, los episodios de la vida de O'Higgins durante su permanencia en el Perú, aparecen en la narración a cada instante como anota-

ciones para comprobar hechos que ni revisten importancia ni nadie tendría motivos de poner en duda. Así, la primera entrevista de O'Higgins con Bolívar, a quien le había ofrecido su espada en el Perú, tuvo lugar en Huancayo, en agosto de 1824; y he aquí cómo la cuenta el historiador:

«El general O'Higgins había partido de Trujillo acompañado por el coronel Guido y un deudo suyo llamado don Mateo Riquelme, el 14 de julio de 1824. El 25 se hospedaba en Nepeña; el 19, atravesando la cordillera de la costa, llegaba a Yungay; el 6 de agosto, día del encuentro de las lanzas de Junín, entraba a Huánuco, y con esa fecha escribía a un amigo estas palabras que traicionan su impaciencia por la acción:—«Aseguro a usted, como amigo, que me es muy mortificante no haber podido antes de ahora ponerme a recibir órdenes inmediatas de Su Excelencia el Libertador».—Permaneció el general chileno sólo cuatro días en Huánuco (según consta de un sucinto diario de campaña que tenemos a la vista), y el 18 se incorporaba en Jauja al cuartel general de Bolívar. Seguía en su compañía al día siguiente; y en medio de deshecha lluvia llegaba a Huancayo a las seis de la tarde. Consta de los apuntes de nuestra consulta que el 19 de agosto, víspera del cuarto aniversario de la partida del Ejército Libertador del puerto de Valparaíso y de su propio natalicio, el general O'Higgins almorzaba como recién llegado, con Bolívar y La Mar en Huancayo, y que el 30 de ese mes se encontraba en Ayacucho (entonces Guananga), en cuya fecha presidió en su alojamiento un consejo de guerra subalterno» (b p).

Es típica esa página de la precipitación o frialdad con que se la ha compuesto. La pluma de la vibración y el colorido, de la ironía y el contraste, de la agudeza para dar la nota de las actitudes y de los momentos, se detiene allí a apuntar un itinerario de viaje y a dejar constancia de un almuerzo; y es la misma pluma que ha narrado ya la entrevista de Guayaquil entre San Martín y Bolívar, la misma que ha escrito el paralelo más elocuente y admirable de aquellas dos figuras repre-

(b p) B. VICUÑA MACKENNA, *Vida del Capitán General don Bernardo O'Higgins*, (Santiago, 1882, Ed. Jover), pp. 633-4.

sentativas en cuyas manos estuvo tanto tiempo el porvenir de Sud América, la misma que con este motivo las ha evocado juntas, para consagrarles un himno de la más soberana inspiración (b q).

¿No merecían Bolívar y O'Higgins siquiera una caracterización, en aquella oportunidad de su primer encuentro? ¿No era O'Higgins también una figura representativa en tales circunstancias, para ser honrado con una breve pincelada delante del Libertador? Aunque en el tratamiento de Bolívar para con O'Higgins nunca hubiese más que cortesía y muy poco de sinceridad, es lo cierto que éste último podía llegar a ser, desde el punto de vista del Libertador, un hombre útil y hasta necesario. Estaba pendiente el problema de la liberación de Chiloé, que se vinculaba al de la liberación del Perú,

(b q) Reproducimos en seguida, como comprobación, algunas líneas de ese paralelo, publicado en 1863, que es una de las joyas de la literatura nacional:—«Nunca el Eterno acercó con su mano inescrutable dos seres más extraordinarios en hora más solemne y en sitio mejor elegido. Son dos hemisferios, dos zonas, dos mundos que se juntan, borrándose su meridiano en la unión de aquellas dos existencias colosales. Nunca tampoco la naturaleza había fundido en los moldes del genio dos espíritus más opuestos y mejor dotados para la misión humana que a cada uno le fué asignada,—la misión de libertadores de un mundo. Y aquel insondable contraste que ha aparecido en la cuna no se borra ni en el sepulcro mismo.—San Martín, hijo de un capitán, es echado al mundo en las selváticas orillas del Ibicuy, en el centro de los bosques seculares de la América, como para que no tuviese otra patria que le disputase su nombre ni su gloria sino el mundo todo de Colón. Bolívar nace, al contrario, entre aristocráticas galas en la culta Caracas, la Atenas del coloniaje. Bolívar es hijo de los trópicos; y mientras el sol de los llanos riza sobre su frente infantil sus negros cabellos que flotan al aire en agrestes correrías, San Martín pasa su austera niñez dentro de los sombríos claustros de una Academia, disciplinando su alma y dando a su espíritu el ardiente pábulo de la ciencia. Bolívar, opulento, sin respeto de padres, sin freno a sus pasiones, arrebatado por el entusiasmo y el placer, prodiga los días de su juventud en las cortes europeas, mientras el cadete de Orán y de Melilla, obscuro y rígido, está encerrado en las guarniciones de los presidios de África. Y cuando hiere simultáneamente a uno y otro la primera intuición de su gran naturaleza, que sólo aguarda la hora de la manifestación externa, ¿cómo se ostentan ambos? Bolívar, empapado en la admiración de la antigüedad, va a arrodillarse en la tumba de Escipión; y de pie sobre el Capitolio de Roma, hace el primer voto a la libertad de su suelo y lo consagra a sus dos grandes maestros, que son dos lumbreras de la revolución americana, Carreño y Miranda. (Llama Carreño a Simón Rodríguez). El joven San Martín, conducido por los generales de la monarquía, combate entre tanto en Cataluña y Aragón a la república y la gran revolución que la ha creado. Pero al grito de la América, se borra la disparidad de sus roles y comienza para uno y otro en las dos extremidades del continente, en el Plata y en el Orinoco, la gran unidad de su misión de libertadores, a la que el abrazo de Guayaquil acaba de poner el último sello, después de diez años de combate...» B. VICUÑA MACKENNA, *El General don José de San Martín* (Santiago, 1902. Ed. Miranda), pp. 87-8.—Se nos permitirá recordar que la lectura de este paralelo en una versión francesa, durante nuestros días de colegio, nos condujo a las obras de Vicuña Mackenna, que nunca abandonamos después.

como se vinculó en seguida al del Callao, cuando Rodil se parapetó en sus fortalezas y tendió la mano a Quintanilla a lo largo del Pacífico. Además, aunque caído, el ex-mandatario de Chile no renunciaba aún a su personalidad de político y de guerrero.

De las relaciones siguientes, entre Bolívar y O'Higgins, Vicuña Mackenna deja constancia de muy pocas. Entre ellas recuerda un banquete que se celebró en Lima, al otro día de haber llegado la nueva de la batalla de Ayacucho. En él se encontraron otra vez ambos próceres; y como O'Higgins se presentara en traje civil y con el rostro completamente rapado, Bolívar le interrogó sobre el motivo de este cambio, a lo que el jefe chileno habría respondido:—«Señor, la América está libre. Desde hoy el general O'Higgins ya no existe; soy sólo el ciudadano particular Bernardo O'Higgins. Después de Ayacucho, mi misión americana está concluída». Y es cuanto en el libro hay de caracterización acerca de estos personajes en sus actuaciones recíprocas.

No queremos, sin embargo, decir que las fisonomías en relieve, a la manera de medallones, sean de necesidad o de conveniencia siquiera, en una obra que se dedica sólo a comprobar y exponer una serie de hechos rigurosamente verídicos. No. Bien se sabe que el método histórico prescinde por lo común de eso. Pero el empleado siempre por nuestro autor, desde su juventud, fué un método crítico e interpretativo, con mucho de reconstrucción en forma de imágenes,—estilo Chateaubriand y Lamartine,—y esto es precisamente lo que lo distingue, y lo que presta vida a sus cuadros del pasado y a sus descripciones locales. También es ése el método del *Ostracismo de los Carreras* y del *Ostracismo de O'Higgins*; es el de todas sus obras historiográficas, y es aún el de la propia *Vida* a que ahora aludimos; pero, eso sí, como la segunda parte de este libro fué la continuación del *Ostracismo* de su héroe y se la escribió veinte años después de la primera, se nota que, por corresponder a una edad distinta del autor, la imaginación simpática, que es su cualidad sobresaliente, sufre en ella un decaimiento bien apreciable; lo que admite pensar que no siempre la segunda parte es mala por ser segunda parte, o sea, porque se la haya escrito con menos interés, sino porque

de ordinario es el producto de un estado psíquico diverso del que se manifestó en la primera.

Por lo demás, la vida y los hechos principales de O'Higgins son demasiado conocidos hoy para que insistamos nosotros en repetir el relato de alguno. La investigación al respecto puede también considerarse virtualmente agotada, con las conocidas publicaciones de Miguel Luis Amunátegui,—*La Dictadura de O'Higgins*,—de Domingo Santa María,—*Memoria Histórica sobre los Sucesos Ocurridos desde la Caída de don Bernardo O'Higgins*, etc.,—obras que precedieron al *Ostracismo* escrito por Vicuña Mackenna, y con los volúmenes que Barros Arana consagró después, en su *Historia General*, al período en que la actuación del mismo personaje alcanzó influjo decisivo. El aporte de Vicuña Mackenna a esa investigación queda, sin embargo, como uno de los más valiosos, por la amplitud del tiempo que abarca y por la cantidad de piezas originales que dió a conocer.

Se le han reprochado el ditirambo y el énfasis de que hace alarde en esta obra, no obstante de que se proponía ser en ella estrictamente imparcial. A lo menos, así se lo decía a sus íntimos y se lo aseguraba en carta al propio Demetrio O'Higgins, mientras la redactaba. Pero, de todas suertes, su sensibilidad vibrante y alerta, y esa su fantasía evocadora que nunca lo abandonó completamente, traicionaron aquellos designios; y el libro fué en efecto una laudatoria inacabable, lo cual le hace perder mucho de su tinte histórico, tanto cuanto lo hace ganar como producción literaria y en interés para el lector. Sus juicios están impregnados de incienso y de miel; pero, aunque exagerados en la forma, contienen en el fondo una fuerte dosis de verdad.

Buena muestra ofrecen en este sentido sus apreciaciones sobre la actitud del director supremo, cuando el vecindario de Santiago lo puso en el trance de abdicar, porque su dictadura se hacía insostenible. He aquí cómo Vicuña Mackenna se expresa en este caso:—«El director O'Higgins llevó a cabo la más grande de las revoluciones políticas que ha visto la América. No sólo aceptó la idea de la revolución, que era el principio de la libertad, sino que a su propio elemento, que era

la fuerza, lo hizo revolución, lo hizo la libertad; y por esto el movimiento popular de 1823 no tiene una sola lágrima, un solo suspiro, un solo cerrojo. La revolución del 28 de enero no ha salido de las cuadras de los cuarteles al son de cajas de guerra: ha brotado del corazón de los ciudadanos, y sus clarines de combate son la palabra, su campo de batalla la discusión, la razón sus rayos, la justicia su victoria, la libertad sus trofeos».

El tono de estas líneas se sostiene a lo largo del libro, salvo en las digresiones extrañas al prócer; y como es fácil comprender, está muy lejos de dejar la sensación de la imparcialidad, ni del criterio ecuánime propio de la historia, ni mucho menos de una serena justicia. Es un romance heroico, luminosamente trazado en la perspectiva del tiempo. Y dura, y se le lee todavía, precisamente porque es una creación, una obra de arte

El sistema de agrupar en torno a un hombre eminente los acontecimientos de un país, en una época determinada, seguía por aquellos años en su punto entre los historiógrafos europeos. Muchos tenían a Carlyle y sus *Héroes* como la nueva biblia del arbitristo humano. El poder de un Napoleón o un César se explicaba como una natural superación del genio. Los pueblos se les habían prosternado, porque debían prosternarseles; y cuanto ocurrió a su alrededor, a su influencia estuvo sometido. El empuje de estas voluntades era irresistible y apenas si obedecía a las limitaciones de tiempo y de lugar. No se hacía de este modo ciencia,—aunque algunos lo pretendiesen,—pero se proporcionaban los elementos para hacerla; y mientras tanto, podía surgir una bella literatura. El historiador chileno parecía creerlo así también, cuando presentaba a sus héroes; antes Carrera, ahora O'Higgins.

Ya al otro lado de los Andes, Bartolomé Mitre había coronado ese criterio con la *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, completada años más tarde con la *Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana*; de tal suerte que, si esos personajes no hubieran nacido, seguramente que ni la América del Sur, ni por supuesto la Argentina, se habrían emancipado. Hubo en su aparición algo de provi-

dencial; y algo de inescrutable en su destino. Recordamos este ejemplo del ilustre amigo de Vicuña Mackenna, para mostrar el crédito en que aquella generación tenía a sus grandes hombres en esta parte del mundo. Admiración, gratitud, sentimentalismo, superficialidad, lo que se quiera; el hecho es que pensaba de ese modo.

No es de extrañar entonces que *El Ostracismo de O'Higgins* adquiera la debida amplitud, con relación a los acontecimientos en que al héroe le toca intervenir, y que a la vez se traigan al relato otros acontecimientos, que pertenecen sin duda a la historia, pero en cuya génesis a él no le cupo parte decisiva, aunque desde lejos se reflejaran en sus actuaciones. Este enfocamiento de la visual histórica hacia un solo personaje, como la irradiación que se hace emanar de él, son inherentes al método biográfico y contribuyen a los encomios sin medida y a las explicaciones incompletas cuando no antojadizas de los hechos; pero la expresión artística exige tales recursos; y a ella se subordina la realidad ambiente. Así en esta ocasión.

No todo, sin embargo, había de ser allí grato al espíritu. La trama del romance obliga, además, a poner en acción personajes malévolos, de fisonomía dudosa y de intervenciones desgraciadas; y así como el héroe central se destaca con toda la majestad del poder, casi intangible, algunos de sus colaboradores de primera fila son llamados a responsabilizarse por las faltas de su señor y por las suyas propias; y sobre ellos se cargan los matices oscuros con la tonalidad que requieren los contrastes de luces y sombras. En esa penumbra comparecen José Antonio Rodríguez Aldea y Antonio José de Irisarri, el primero al frente del ministerio de hacienda, cómplice o autor de los más falaces peculados; y el segundo, a cargo de delicadas misiones en el exterior, que sirve deshonestamente, con grave compromiso del país. La afirmación rotunda, el documento acusatorio, el comentario mordaz, la invectiva sin atenuaciones, todo rueda en aquellas páginas contra estos hombres, amigos y privados de O'Higgins, pero causantes de la crisis de su gobierno y del estrépito de la dimisión y el fracaso. Así, a lo menos, los presenta el historiador

No fueron, sin embargo, aquellos políticos tan torpes y menguados como de esas semblanzas pudiera desprenderse; y al contrario, poseían cualidades que a su turno debieron allí resaltar; pero la pluma del autor es apasionada y poco afecta a las medias tintas o a los eufemismos; pasa sin transiciones de la ampulosidad del elogio a la violencia de la impugnación; es alternativamente expansiva y colérica, halago y castigo. Rodríguez Aldea había muerto hacía ya veinte años, pero sus hijos no se allanaron a perdonar la ofensa y acusaron criminalmente al historiador. En cuanto a Irisarri, vivía aún, en los Estados Unidos, y había de demorar en responder. Lo haría, eso sí, con la agudeza y el pulso del viejo polemista. De este modo, *El Ostracismo de O'Higgins* abrió el campo a recriminaciones muy duras, pero que no habían de ser completamente estériles.

LA SOMBRA DE RODRIGUEZ ALDEA

La indignación de la familia de Rodríguez Aldea contra el autor del *Ostracismo*, procedía no sólo de los cargos que éste formulaba en su contra,—con ser esos cargos sumamente graves,—sino más que todo del tratamiento mismo dado a la persona de su deudo, a quien se hacía aparecer como un traficante vulgar. Su vida hasta el año 1820, en que entró a servir los ministerios de hacienda y de guerra, había sido sin duda accidentada, como la de tantos hombres distinguidos en esos tiempos de incesantes trastornos. Nacido en Chillán en el seno de una familia respetable, doctorado en la Universidad de San Marcos de Lima y allí mismo togado de la Audiencia, después auditor del ejército realista que combatía en Chile, fiscal del tribunal supremo de la reconquista, prófugo y proscrito como consecuencia del triunfo de la restauración patriota y vuelto por último al país para consagrarse al ejercicio de la profesión forense, llegaba al gobierno con una preparación jurídica y un conocimiento de los negocios públicos que eran innegables, pero que la pasión política se obstinaba en desconocer. Se le odiaba por unos, se le despreciaba por otros y los más lo envidiaban o temían. Era en suma un hombre discutido, de notoria habilidad e inteligencia, pero de quien se desconfiaba, porque siempre se le atribuyeron manejos ocultos y preocupaciones absorbentes de medro personal.

Tal vez no hubo prudencia de parte de O'Higgins, al llamarlo a cargos de tanta responsabilidad; era sin duda efectivo que en el ánimo del director,—muy poco versado en cosas de gobierno,—el ministro ejercía una influencia preponderante; y ya parece fuera de cuestión que éste intervino en más de un negocio que pudo y debió ser evitado, tanto en el orden financiero como en el político. Pero de ahí a prestar oídos a la maledicencia que a diario se complace en difamar a todo hombre que esté en el poder, hay alguna distancia que el historiador debe medir. Sin embargo, con su espontánea vehemencia Vicuña Mackenna aseguraba:

«Rodríguez Aldea no era un político ni menos un hombre de Estado capaz de haber dado honra a un país o acertado consejo a un mandatario. No tenía ciencia ni los altos talentos que exige la dirección de los negocios de los pueblos. Su profundidad era el embrollo; su seducción, la falacia; su saber, la chicana; sus medios favoritos, el disimulo y la astucia. Era la esencia, el tipo de todo lo que en la bastardeada ciencia forense había de más rebuscado, la maña, el sofisma, la impostura. Decíase de él que en los estrados de los tribunales se le había prohibido citar códigos y autores porque, cuando no tenía a mano un argumento, ocurría al repertorio de su inagotable fraseología e improvisaba una ley como una mentira o levantaba un testimonio al más circunspecto de los tratadistas con una formalidad que abismaba; y en cuanto a su moralidad profesional, referíase de voz vulgar que cuando daba consejos a un cliente que por primera vez le consultaba, le decía sin rebozo, señalándole los estantes de su estudio:—«En este lado están todas las leyes por las que Ud. ganará su pleito y en el opuesto todas aquellas por las que deberá perderlo»; lo que, fuera cierto o no lo fuera, pareció tan ingenioso y característico, que ha quedado como un proverbio en todas las escribanías y bufetes de Santiago, donde todavía *el Chillanejo* Rodríguez es la primera eminencia del foro».

Fué precisamente esta página la que más ofendió a la familia del ex-ministro; y fundada en ella inició el juicio de imprenta por difamación pública. Ya en febrero de 1861, cuando aún no concluía en el diario *El Mercurio* el folletín

en que se contenía la obra, don Francisco de Paula Rodríguez Velasco, hijo de Rodríguez Aldea, protestaba desde las columnas del mismo diario contra esa publicación y emplazaba a Vicuña Mackenna para una acusación próxima, por los insultos y calumnias con que en *El Ostracismo* atacaba a su padre. Llamaba al libro *pasquín* y lo consideraba despreciable; pero no quería dejar impunes las osadías de su autor. Con mucho acierto observaba que era contradictorio ensalzar a O'Higgins y deprimir a la vez la personalidad de su ministro, responsabilizándolo de todos los actos del gobierno; porque eso equivalía «a colocar a su héroe en el número de los hombres sin criterio y a merced de voluntades ajenas».

Sólo dos semanas después, el 12 de marzo, Vicuña Mackenna, que todavía andaba oculto, se hizo cargo de la protesta en una extensa carta dirigida al editor de *El Mercurio*. En ella defendía su actitud de historiógrafo frente a Rodríguez Aldea y terminaba aceptando el juicio público a que lo provocaba su acusador. Este juicio no fué, sin embargo, instaurado sino dos meses más tarde, para lo cual se invocó la ley de 1846, que penaba los abusos de la libertad de imprenta, conforme a las resoluciones de dos jurados sucesivos. Las incidencias a que el proceso dió lugar tuvieron una gran resonancia. Ellas se desarrollaron durante el mes de junio en Valparaíso; han sido muchas veces recordadas y casi todas las piezas escritas con este motivo son hoy del dominio público. Nuestro amigo Gustavo Labatut les ha consagrado, por su parte, una monografía especial muy recomendable (*b r*).

Vicuña Mackenna se defendió en aquella ocasión con buen acopio de documentos y con viril elocuencia. Los documentos procedían del mismo archivo del general O'Higgins que le sirvió para escribir su obra; pero no los había aprovechado sino parcialmente en ésta, por considerarlos, decía, demasiado

(*b r*) GUSTAVO LABATUT GLENA, *Juicio de Imprenta seguido a don Benjamín Vicuña Mackenna con motivo de la publicación del Ostracismo del General O'Higgins* (Santiago, 1921), foll. 74 pp. Este ensayo histórico está fundado principalmente en una publicación hecha al terminar aquel juicio, por MANUEL GUILLERMO CARMONA, *Vicuña Mackenna ante el jurado de Valparaíso*, y en la propia defensa del acusado, conservada hasta entonces inédita en su archivo. Esta defensa ha sido publicada después por la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, vol. LXX (Santiago, 1931), pp. 30-136. Véase además, R. DONOSO, op. cit. pp. 130-9.

comprometedores para el propio Rodríguez Aldea. Rindió así una semi prueba de las imputaciones concretas que en el libro le había hecho. Estas se referían, en resumen, a haber supuesto el mismo Rodríguez, en 1820, una conspiración, para delatarla en seguida al Director Supremo y ganarse por este medio su confianza; a haber participado como contrabandista en un negocio de tabacos, con fraude cuantioso para los intereses fiscales, en compañía de un don Antonio Arcos y una señora de la familia de O'Higgins; y a haber traicionado con anterioridad a su patria, como servidor y agente de las autoridades españolas.

Nada de todo eso, sin embargo, podía juzgarse en forma inamovible; pero la historia no podía tampoco desentenderse de considerar tales hechos, que eran del dominio público en la época de que se trataba y que contribuían al desprestigio del gobierno y su política, a tal punto que agravaron la crisis en que éste se vió envuelto y precipitaron su caída. La historia tiene también sus fueros, que consisten en investigar y exponer la verdad en el pasado, sin consideración a determinadas personas ni a intereses de ninguna clase.

En este sentido, la defensa de Vicuña Mackenna fué brillante y convincente, en presencia del segundo jurado y de un numeroso público que lo estimulaba con sus manifestaciones de aprobación. No podría decirse lo mismo respecto a aquella parte de su defensa en que se esforzaba por justificarse de sus invectivas contra Rodríguez Aldea como profesional en el foro, que eran cabalmente las que servían de fundamento a la acusación; injurias y calumnias al hombre privado, no al funcionario y gobernante. Argumentando sobre este terreno, el escritor se empeñó en demostrar que el abogado ejerce también en cierto modo funciones públicas, porque su ministerio emana de la ley, y que, por lo mismo, su comportamiento en las actividades de la profesión no está vedado a la crítica ni al juicio público de los demás. En consecuencia, él habría tenido también el derecho de reflejar en su libro el ambiente que en su calidad de abogado rodeaba en aquel tiempo al padre del acusador, sin que eso significara inmiscuirse en su vida privada.

El acusador había insistido, realmente, en este aspecto de los ataques de Vicuña Mackenna a Rodríguez Aldea; y por causa de ellos sobre todo pedía que al acusado se le declarase culpable y condenara. En abono de su deudo había acompañado una porción de certificaciones de personas altamente colocadas y cuyo testimonio era irrecusable, en que se dejaba constancia de la buena fama de que, por su honradez y competencia, gozó Rodríguez Aldea como profesional forense y como hombre de sociedad. El propio presidente Montt, todavía en ejercicio del poder, firmaba una de esas certificaciones; y quedó fuera de duda que, por lo menos en sus últimos años, hasta 1841, fecha en que murió, el fustigado ministro de O'Higgins era uno de los jurisconsultos con mayor prestigio en el país. A pesar de eso y apreciando quizás la cuestión desde el punto de vista estrictamente histórico, el tribunal absolvió al acusado. Su oratoria lo había conmovido y su dialéctica, apoyada en documentos cuya autenticidad nadie impugnó, le había dejado la convicción de que las afirmaciones controvertidas, si no eran completamente exactas, estaban a lo menos formuladas de buena fe. El triunfo del escritor significaba a un tiempo afianzar los fueros de la historia.

No todo terminó allí. El señor Rodríguez Velasco entabló recurso de nulidad contra el fallo del jurado, «por manifiesta y evidente injusticia»; pero no lo prosiguió ante la corte y concluyó por desistirse de él. En cambio, se buscó al conflicto una solución privada, caballeresca y amistosa. Después de una entrevista de cierta dramaticidad, en que por ambos contendores se hizo gala de noble desprendimiento, se convino en que Vicuña Mackenna haría entrega al acusador de todos los papeles que había usado en su defensa y que aparecían comprometedores para la actuación pública o privada de Rodríguez Aldea; supuesto que, al buscar la verdad histórica, nunca fué su intención infamar la memoria del hombre, ni inferirle agravio a su familia.

Rodríguez Velasco, por su parte, anunciaba que se proponía escribir una amplia exposición, fielmente documentada, sobre la vida de su señor padre, para vindicarlo de los temerarios juicios que circulaban sobre su conducta, exposición que

Vicuña Mackenna se comprometía a no contradecir, siempre que en ella se le respetase. «Santa misión es la suya, le dijo, al salvar la honra de su padre; y yo, que también tengo un padre y antepasados que han sido hombres públicos, me complaceré en auxiliar a usted, en cuanto esté a mis alcances, para que llene tan noble deber». La exposición se hizo, en efecto, con ayuda del propio Vicuña Mackenna, y formó una minuciosa biografía de Rodríguez Aldea, escrita por su hijo Francisco de Paula (b s).

A pesar de las promesas contraídas, no está exento el libro de algunas alusiones mortificantes para Vicuña Mackenna. Así, por ejemplo, al referirse al juicio ante el jurado, llama «jactancioso sacerdocio» al de la historia, que se habría atribuído el escritor; habla de «esta nueva moralidad histórica y literaria que consiste en servirse del honor de los ciudadanos y de las familias como de una tinta para amenizar el cuadro sombrío de la calumnia y de las falsas imputaciones», etc., y luego, en la refutación se deslizan, como es inevitable, numerosos calificativos que muestran la ira contenida pero latente contra el autor del *Ostracismo*. Vicuña Mackenna no hizo hincapié en tales desahogos y dió pase al libro sin ningún género de observaciones. Pero he aquí que la maledicencia quiso ver en su actitud «el miedo y la humillación»; y todavía tuvo él que defenderse entregando al público, a modo de carta abierta dirigida a Rodríguez Velasco, una relación de todo lo ocurrido entre ambos desde que terminó el juicio de imprenta hasta que vió la luz la biografía mencionada (b t).

Con posterioridad, sin embargo, y a propósito de más de alguna de sus actuaciones políticas o de sus producciones literarias, otros deudos de Rodríguez Aldea no se cuidaron de manifestar su antipatía hacia el historiador. La sombra del

(b s) FRANCISCO de P. RODRIGUEZ VELASCO, *Biografía del doctor don José A. Rodríguez Aldea y Refutación documentada de los cargos que se le hacen en la obra titulada «Ostracismo del General O'Higgins»*. (Santiago, 1862), 1 vol. 265 pp. Es el único libro completo sobre el célebre ministro del Director Supremo y reproduce la defensa que él mismo hizo de su conducta funcionaria en 1823, caído ya del poder, preso y procesado, con el título de *Satisfacción Pública del ciudadano José A. Rodríguez, Ex-Ministro de Hacienda y Guerra*.

(b t) Cons. esa carta en R. DONOSO, op. cit. pp. 508-13.

ex-ministro lo persiguió siempre y le hizo comprender cuán incómodo y a veces inquietante es escribir la historia de sucesos que aún están cerca de nosotros, cuando viven los deudos de los hombres que en ellos participaron. Pero él insistió en su pasión por la historia de su tiempo y no había de cesar en escribirla, con lo que continuó también atrayéndose iguales o parecidas recriminaciones.

Lo más delicado de todo era, preciso es reconocerlo, el carácter eminentemente personal y biográfico de sus estudios, que, añadido al énfasis puesto en el relato, los hacía aparecer como crónicas locales antes que como historias del conglomerado nacional. Así se veía obligado a emitir juicios y a entrar en pormenores en que por fuerza tenían que deslizarse hechos o anécdotas que iban a herir la susceptibilidad de las familias afectadas. Desde los principios de su carrera de escritor, ese método fué el más irreconciliable de sus enemigos.

LA SILUETA DE IRISARRI

Los cargos contra Antonio José de Irisarri, contenidos en *El Ostracismo de O'Higgins*, no eran menos graves que los formulados contra Rodríguez Aldea; y aunque no dieron origen a procesos de ninguna especie, en cambio provocaron fogosas réplicas de parte del ofendido, que vivía en New York como representante diplomático de Guatemala, anciano ya, después de varias jornadas de los más escabrosos contrastes. Su ancianidad, sin embargo, era firme y altiva,—como siempre había sido el hombre,—y conservaba la destreza en la polémica que zahiere y maltrata, a la vez con el argumento y el sarcasmo.

Vicuña Mackenna lo había calificado en su libro, nada menos que como un «hombre funestamente célebre en todos los países de América, sin excepción alguna, desde Buenos Aires a Caracas, desde Santiago de Chile a Santiago de Guatemala, su patria»; y le cargaba en cuenta los planes monárquicos con que en 1818 salió a representar a Chile como agente confidencial en Europa y la desgraciada operación del empréstito con que gravó en Inglaterra el crédito de la república en 1822, sin autorización expresa y antes bien, con la repugnancia del gobierno. Como comprobantes, reproducía una serie de cartas de Irisarri a O'Higgins, en que el primero se desentendía

de las resoluciones adversas del senado sobre aquella negociación o se esforzaba por impugnarlas.

El autor de *El Ostracismo* era pariente de Irisarri y en 1853 lo había visitado en New York, cuando, mozo aún, hacía su primera peregrinación por el mundo. Del hecho dió amplia noticia en su *Diario de Viajes* y parece que ya entonces se había formado de aquél la opinión que ahora expresaba. Hizo entonces una semblanza moral del errante político guatemalteco, que es digna de ser comentada. Contando su permanencia en New York, recordaba en ese libro:

«Traté con frecuencia al señor don Antonio José de Irisarri, que vive ahora aquí con el señor Arboleda, un distinguido literato neogranadino, refugiado político también. El señor Irisarri se ocupaba entonces de escribir una gramática inglesa y española por un nuevo método, pero cuánto más preferible, útil y digno de su talento sería el que ocupase su vejez en escribir sus Memorias; pues la vida de este personaje está ligada a la historia sudamericana en todas sus épocas y en todas sus fases. En verdad, el señor Irisarri es el hombre tipo de la política y la historia sudamericana. El primer periodista de Chile en 1812, él quitó la máscara a la revolución en su *Semanario Republicano*. Dictador en 1814, unas pocas horas, a los 25 años de edad, él le dió su más decisivo impulso. Proscrito poco después, ha sido desde entonces el incansable y errante emisario de la reacción.

«Desde Chile y el Plata hasta las Antillas y su suelo natal de Guatemala, él ha sido el apóstol y el soldado del sistema restrictivo de que todavía se confiesa partidario. En Chile, en el Río de la Plata, en el Perú, en las tres repúblicas de Colombia, en toda la América española, con la excepción de México, ha sostenido su causa con ardor, pero una mala estrella le ha guiado en todas partes. Tres veces cayó en Chile con sus hombres y sus planes. Con Lastra en 1814; con O'Higgins, de quién era enviado en Europa, en 1823; con Portales después de 1837. Refugiado en el Perú, abandonó este país cuando la Confederación vino al suelo. Aliado a Flores en Guayaquil, el gobierno de Flores se desplomó con él. Unido después a Páez en Venezuela y a los Mosquera en Nueva Granada,

sucumbe con ellos. En su propia patria, en 1827, ministro del presidente centralista Aycinena, hecho prisionero por el ejército de El Salvador, ve también desvanecida su influencia y su sistema favorito.

«Hoy mismo, anciano, enfermizo, refugiado en una ciudad extranjera, sostiene todavía que Cuba, la última colonia de España, vale más que la mejor de las repúblicas de Sud América. ¡Tristísima convicción y desengaño! El señor Irisarri es muy parco en detalles sobre los acontecimientos de la independencia en que tuvo parte; parece mantener sus ideas políticas de aquel tiempo más por tradición que por conciencia. ¡Cuán importantes páginas no existen para la historia en la mente de este extraordinario político sudamericano!»

Bien claro se ve que entre Irisarri y Vicuña Mackenna existía un franco antagonismo de ideas sociales y políticas; y si era cierto que lo explicaba en parte la distancia en edad a que ambos se encontraban,—el espacio de toda una generación,—no era menos cierto que contribuía a atizarlo la serie de deplorables sucesos en que el primero había intervenido en Chile, principalmente durante las dictaduras de O'Higgins y de Portales, y en la iniciación de las operaciones contra la confederación Perú-boliviana. La imputación que se le hacía acerca de su monarquismo, allá en 1818 a 1822, no podía ser negada; pero su actitud de aquel tiempo no había alcanzado a comprometer al país, porque sus instrucciones sobre el particular no se refrendaron. El embrollo del empréstito, eso sí, revistió caracteres de más sensación y las complicaciones financieras que trajo consigo siempre se cargaron a su responsabilidad.

El historiador afirma que ese empréstito fué estéril, extemporáneo y gravoso; que al sacrificio del pago de los intereses y amortizaciones se agregó el monopolio del estanco de tabacos, pronto «causa matriz de nuestras guerras civiles»; que la liquidación y capitalización posteriores dieron lugar a los más ilícitos manejos; y en fin, que uno de los motivos principales del conflicto con el Perú en 1837 fué el arreglo de la deuda de este país para con Chile, emanada de los adelantos que este último le hizo en 1823, de los fondos procedentes de los capita-

listas de Londres. Ni era de desdeñar tampoco el punto de la honra nacional, mancillada por los comentarios ingratos de los hombres de negocios de Inglaterra, que con frecuencia aludían a Chile como a un país tramposo y bárbaro, porque no mantenía al día los dividendos de su deuda. Lo había oído él mismo, avergonzado como chileno, en las bolsas de Londres y Liverpool. Por eso protestaba ahora y no perdería oportunidad alguna de hacerlo, agregaba, con el ánimo de evitar que la república continúe endeudándose en los mercados extranjeros y figurando con mengua en sus transacciones bursátiles.

Sólo en 1863 contestó Irisarri a los cargos de Vicuña Mackenna, contenidos en el libro mencionado. Su respuesta fué un folleto impreso en New York bajo el rubro de *El Charlatanismo de Vicuña o Crítica del disparatorio titulado «El Ostracismo del General Bernardo O'Higgins»*. Ya se deja ver que el libelo de Irisarri contra Vicuña Mackenna era incisivo y mordaz, como todo lo que desde largos años venía saliendo de la pluma del viejo colaborador de los regímenes de fuerza. Había él empezado por tomar con entusiasmo y decisión la causa de la independencia de Chile, allá entre los años 1810 y 1814, es decir, durante el período llamado de «la patria vieja». Estaba entonces en plena juventud y sus escritos en la prensa naciente, desde *La Aurora* hasta el *Semanario Republicano*, habían mostrado la más sólida convicción revolucionaria. Al frente de este último periódico declaraba que su objeto era «difundir las ideas liberales y el odio a la tiranía». Las vicisitudes posteriores de *cristiano errante*, como él mismo se llamaba, modificaron su pensamiento totalmente y lo condujeron a simpatizar con el monarquismo o por lo menos con las dictaduras, desde que aquella forma política se consideró en Hispano América imposible. Entonces su odio a la tiranía se transformó en odio a la libertad y a cuantos la sustentaban en el continente. Estos fueron para él demagogos, trastornadores, anarquistas, revoltosos, individuos de la ralea más despreciable, incluso por cierto Vicuña Mackenna, de quien se decía tío porque era primo de su abuelo paterno.

Aprovechaba ahora la oportunidad para rectificar los datos de la semblanza con que su sobrino le había obsequiado

en el libro de *Viajes*, como fruto de sus visitas en New York; hacía profesión de fe constitucionalista y de partidario del orden; agregaba que en todas partes lo guió la estrella más brillante que él podía desear; que en todas partes también había hecho callar a los demagogos y dejado buen recuerdo de las causas que defendió; y así continuaba, puntualizando línea por línea aquel bosquejo, hasta afrontar por fin los dos cargos fundamentales que en *El Ostracismo* se le dirigían: el de su gestión monarquista y el de su gestión financiera. En cuanto a lo primero, afirmaba que recibió instrucciones de O'Higgins, en acuerdo con el senado, y que en Chile la mejor gente era entonces inclinada a la forma monárquica, como en el Perú, en la Argentina y en México. En cuanto a lo segundo, o sea lo del empréstito, afirma a su vez que estuvo suficientemente autorizado para contratarlo, que sus bases contaron con la aprobación previa del gobierno y que fué una imperiosa necesidad de las circunstancias. No dejan, sin embargo, las argumentaciones de Irisarri una impresión de pleno convencimiento, acerca de ninguno de los cargos en que trata de justificarse; pero la brava pluma con que escribe muestra una agilidad mental y una fibra sorprendentes.

Por lo demás, Vicuña Mackenna era atacado allí con los epítetos de mayor virulencia, ora como un demagogo de aquellos «furiosos, que han tratado de introducir el desorden y la confusión en los pueblos», ora como un vulgar «maniático liberalote»; y eso, aparte de la crítica sin piedad del libro mismo, desde el punto de vista literario, en lo que, como se comprende, había mucho paño que cortar. Pero más explícito fué todavía Irisarri contra Vicuña Mackenna, en un escrito posterior, a propósito de la obra de este último sobre *Portales*. En esta obra, el autor lo aludía otra vez haciéndolo responsable de la ejecución de unos pretendidos conspiradores de Curicó, en 1837, ordenada por el intendente Irisarri, al amparo de los «consejos de guerra permanentes» creados por aquel dictador. Al responder Irisarri, en forma de carta dirigida a su hijo Hermógenes, se expresaba como sigue: «Pregúntasme de dónde le viene a don Benjamín la tirria que me ha tomado, y sólo puedo decirte sobre esto que no encuentro sino dos

causas: la primera es la diametral oposición de nuestros principios políticos, y la segunda, el no haberle pagado yo las repetidas visitas que me hizo en Nueva York cuando andaba viajando por el mundo... Verdad es que en nuestras conversaciones no podía hallar don Benjamín sino muy poco gusto, porque mis ideas no podían ser más opuestas a las suyas, Yo había dejado de ser muchacho y de ser iluso cuando él vino al mundo, y él lleva trazas de ser siempre lo uno y lo otro, aunque viva los años de Matusalén. Soñador de repúblicas platónicas, y enemigo jurado de todo gobierno establecido, no encuentra bueno sino el trastorno de cuanto existe, y sus héroes más dignos de alabanza son los más famosos trastornadores, los conspiradores, los promovedores de las guerras civiles y de la anarquía. Desde su infancia dió en la manía de aparecer en el mundo como un acérrimo enemigo de todo hombre que se opone a las conspiraciones, a las revueltas y a los trastornos. Degeneró completamente de sus honrados y sensatos abuelos, don Francisco Ramón de Vicuña y el general Mackenna, y de sus nobles parientes don Joaquín Vicuña y don Joaquín Larraín y don Francisco Antonio Pérez, y demás fundadores de la república de Chile, de aquellos, digo, que se opusieron siempre a los trastornos y a las conspiraciones, de que fueron los primeros maestros los tres hermanos Carrera, únicos causantes de la ruina de Chile en 1814... Para don Benjamín es un acto de despotismo y de tiranía el castigar a los conspiradores, y es cometer actos atroces contra la libertad el no dejar que los trastornadores de profesión y los inquietos como él hagan sus fechorías impunemente...» (b u).

No podía existir, pues, entre aquellos dos hombres nada de común. Además de lo que Vicuña Mackenna escribió sobre Irisarri en algunas de sus obras, empezando por el *Diario de Viajes*, los propios folletos de este último, encaminados a su vindicación, pintan por completo su propio carácter y las ideas que habían llegado a cristalizar en su mente acerca de las repúblicas hispano-americanas. Tal vez el autor de *El Ostracismo* exageró

(b u) Puede leerse esta carta reproducida en la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, vol. LXX, antes cit. pp. 178-97.

los rasgos del hombre y del estadista, y culpó a Irisarri con exceso en varias de sus actuaciones, pero no puede desconocerse que nos ha dejado de él una fisonomía bien diseñada. Lo más interesante del caso, sin embargo, consiste en que también Irisarri, por su parte, nos ha dejado de Vicuña Mackenna un perfil,—recargado en las tintas, pero verdadero en el fondo,—al acentuar como rasgo sobresaliente suyo la incontrastable rebeldía.

LA BIBLIOTECA AMERICANA

Apenas adolescente, Vicuña Mackenna gustó con pasión del libro y la lectura; y con preferencia, del libro y la lectura de historia y de viajes, donde el ambulismo de la imaginación halla siempre el pábulo de la realidad vivida. ¡Qué de proyectos e ilusiones! También él escribiría, haría libros, sería leído y comentado ¿Por qué nó? Y el afán de leer fué el primero de sus vicios, como el segundo sería el afán de escribir.

El hábito de la lectura, dirigido a un fin determinado, incita naturalmente a la adquisición de todo impreso que de algún modo se relacione con la idea preponderante. El hábito degenera en manía, absorbe, se adueña de la voluntad; es una fuerza imperativa que arrastra a apropiarse del libro donde esté; su impulso es irresistible y hay un secreto e inefable placer en obedecerle. Cualquier sacrificio se justifica, con tal de que conduzca a ese fin. Como todo exceso, la manía del libro tiene algo de enfermizo; a menudo es incurable; y cuando no puede conténrsela, es lo más frecuente que agote y arruine. El bibliómano se llama a sí mismo más piadosamente «bibliófilo», porque es cierto que ama al libro sobre todas las cosas.

La bibliomanía de nuestro escritor tuvo ancho campo para ejercitarse, en sus largos períodos de proscrito y viajero. Había comenzado en el país a un tiempo con la iniciación en el estudio, pero el ambiente no le era favorable. La oportunidad de ob-

tener aquí buenos libros se presentaba sólo a veces. El mercado era pobre en este artículo y se leía poco, muy poco, aunque hay quienes aseguran que hoy se lee menos, proporcionalmente a la población. Cuenta él mismo cómo fué que desde el colegio se dedicó a juntar libros sobre «las cosas de América», arrastrado por una «afición irresistible y casi instintiva»; cómo, con las adquisiciones hechas en su primer viaje por los Estados Unidos y Europa, alcanzó a reunir unos mil trescientos volúmenes; y cómo, en su segundo viaje, pudo agregar a esa colección unos mil setecientos o algo más. Pero todo esto se hacía con una inversión que pasaba de siete mil pesos, equivalentes a unos cuarenta mil de la moneda actual y, comparadas las condiciones de vida de entonces y de hoy, con un poder adquisitivo quizás de unos cien mil; gastados, dice, «en pergaminos que más de una vez eran rivales del estómago y siempre lo eran de aquellos placeres que ofrecen a los bolsillos bien provistos las viejas sociedades de Europa». Y a fe que habremos de creerle a un viajero que recorre el mundo por su cuenta, mucho antes de llegar a los treinta años.

Efectuó sus primeras búsquedas y compras en San Francisco de California y luego en México, si bien muy poco pudo remitir a Chile desde este último país, que atravesó «a lomo de mula y en mangas de camisa». En las ciudades del oriente de los Estados Unidos y en el Canadá siguió juntando volumen tras volumen; y luego no desperdició las ocasiones asequibles para su bolsillo, que le ofrecieron las librerías de segunda mano,—o sea, «de viejo»,—en Europa. Si bien allí tuvo más felicidad para adquisiciones interesantes, «era preciso, dice, poner mayor empeño en las indagaciones, hacer sacrificios más duros en los precios y moverse con tal diligencia que muchas veces para juntar una docena de volúmenes habíaseme preciso recorrer cuatro o seis ciudades distintas» (*bv*). París, Londres, Roma, Berlín, Viena, Amsterdam y otra porción de centros culturales, fueron objeto de la impaciente

(*bv*) *Catálogo Completo de la Biblioteca Americana compuesta de más 3000 volúmenes que posee don BENJAMIN VICUÑA MACKENNA*. (Valparaíso, 1861), Foll. 60 pp. a 2 cols., p. 6.

curiosidad bibliográfica del viajero, cuyos recursos distaban mucho de los bolsillos de un Nabab.

Pero él procedía como si los tuviera, soportando cualquier sacrificio. Lo animaba un sentimiento patriótico, que consistía en propender por medio del estudio a un conocimiento más cabal de las jóvenes repúblicas americanas y a una mayor inteligencia en sus relaciones recíprocas. Por otra parte, era hasta cierto punto bochorno que intelectuales europeos estuviesen mejor informados de América que los propios americanos, y menos excusable aún, que estos mismos se ignorasen entre sí, al otro lado de sus grandes ríos y montañas.

A todas partes llevaba, pues, su pasión por el libro y principalmente por el libro en que se hablaba de las cosas de América. Al regreso de su primer viaje de Europa, por la vía del Brasil y la Argentina, como en el segundo, a través de la España, y a su paso por las Antillas, las costas de Colombia y la capital del Perú, los trajines libresco continuaron, pero las adquisiciones resultaban de día en día más penosas,—cuando era posible hacer alguna,—por la limitación de los recursos. Fué así cómo sufrió aquel dolor de no poder rescatar en Valencia, de la codicia de un librero, el manuscrito de la *Historia General del Reino de Chile*, del jesuíta Rosales, que sólo años después había de conseguir hacer suyo.

Agotado el dinero, mas no la paciencia, restablecido de nuevo en el país en 1861 y dispuesto a reanudar sus labores, mientras llovían sobre él los comentarios de *El Ostracismo de O'Higgins* y del juicio de imprenta a que dió lugar, Vicuña Mackenna se encontró en una situación pecuniaria difícil. Había tomado préstamos que no podía pagar, aunque lo deseaba ardientemente; ni su escritorio de abogado ni sus esfuerzos de periodista se regularizaban en condiciones de producirle siquiera lo necesario para vivir con decoro; el estado financiero de la familia había ido menoscabándose a causa de las turbulencias políticas en que su padre y él mismo intervinieron; las exigencias diarias eran apremiantes y debía buscar una forma cualquiera de consagrarles atención, aún a costa de los más penosos esfuerzos. El escritor se resolvió a hacer entonces el sacrificio máximo; se desprendería de lo más valioso de sus

bienes, de lo único casi que era suyo y que justamente más amaba, porque lo había creado y puesto en ello inteligencia y corazón, y porque lo destinaba a ser el motivo principal de sus desvelos; vendería la biblioteca, fruto de catorce años,—la mitad casi de su vida,—de la más gratas preocupaciones; la vendería cuando precisamente iba a comenzar a aprovecharla, cuando desbordaba su juventud en ansias de trabajo, cuando se decidía a consumir lo mejor de su tiempo en la investigación y en el estudio histórico de su patria y de la gran patria americana. Era sin duda, en su interior, una hora de tragedia. Pero no hubo más que resolverse y proceder.

He ahí el origen del *Catálogo Completo de la Biblioteca Americana compuesta de más de 3,000 volúmenes, que posee don Benjamín Vicuña Mackenna*, impreso en Valparaíso en 1861. La factura del catálogo no se recomienda, ciertamente, ni por el orden metódico ni por el esmero en la impresión; pero basta para señalar el valor de las obras reunidas, a la vez que la constante dedicación del bibliófilo. La casi totalidad de ellas se compone de crónicas coloniales y observaciones de viaje; las primeras, escritas de ordinario por autores españoles, y las otras, por navegantes, exploradores y agentes mercantiles extranjeros.

El dueño de ese tesoro bibliográfico lo distribuye dando el primer lugar a las obras generales sobre América; y allí están los cronistas Herrera, Oviedo, Pulgar, Mártir, González Barcia, Muñoz, Las Casas, Acosta, López de Gomara y muchos más, al lado de historiadores como Robertson, Raynal, Irving, Prescott, Torrente, De Pradt y de exploradores como Darwin, Ulloa, Lafitau, Richard, D'Orbigny, Müller, etc. La colección de los libros de viajes es más rica aún y en ella se apuntan hasta 553 volúmenes procedentes de autores franceses, ingleses, holandeses, italianos, alemanes, norteamericanos, portugueses y españoles. Siguen las secciones especiales consagradas a México y la América Central, a las Antillas, a las Guayanas, a Venezuela, Colombia y Ecuador, al Brasil, al Perú y Bolivia, a la Argentina y Paraguay, a Chile, a la América del Norte y por último, a la España misma.

Hay también una sección de obras referentes a la Oceanía

con un medio centenar de volúmenes, que se justifica en la Biblioteca Americana, no sólo por la conexión de algunos de aquellos archipiélagos,—en cuanto dominios de España y otras naciones europeas,—con la historia colonial de nuestro continente, sino también por sus relaciones con los pueblos de este lado del Pacífico. Es sugestiva la anotación que Vicuña Mackenna pone al catalogar esta parte de su biblioteca. Observa que existen puntos de analogía,—o de contacto quiso decir tal vez,—entre esos archipiélagos y nuestro continente, en particular con Chile, cuyo comercio marítimo suele extenderse hasta algunos de ellos. En su pensamiento flotaba la idea de que allá podían muy bien hallar mercado de consumo en lo porvenir las producciones chilenas, como ya lo tenían desde algunos años en las colonias inglesas de Australia. Además, el estudio de estas colonias, añadía, no carece de importancia, como punto de comparación, por el progreso extraordinario que en ellas se advierte. Pero la visión de nuestros estadistas no alcanzaba a tan larga distancia; y nada se hizo entonces ni se ha hecho después por la conquista de tales mercados.

En varias de las secciones mencionadas hay folletos y periódicos novedosísimos y que ya en aquel tiempo era difícil encontrar. Así, entre muchos otros, el folleto titulado *Probable Origin of the American Indians* por Kennedy; el de Mitchel, *Preuves de que les Indigènes de l'Amérique sont de la même race que ceux de l'Asie*; una larga serie sobre cuestiones públicas de Santo Domingo, otra sobre el Brasil y otra, la más abundante de todas, sobre el Perú. A este propósito dice:—«El Perú es esencialmente el país del folleto y la hoja suelta, desde la lista de los toros que lidian en el Acho hasta las proclamas de los caudillos que lidian en la plaza pública; y así sólo a un constante esfuerzo debemos el haber reunido unos 600 folletos, la mayor parte interesantísimos para la historia, la política, la hacienda pública, la educación, la iglesia, etc. de aquel país. Estos folletos están reunidos en sesenta volúmenes. La colección de periódicos desde el siglo pasado (*El Mercurio Peruano*, 1790-95) hasta el día, consta de cien volúmenes, la mayor parte *in folio*. En esta colección están comprendidos también unos catorce volúmenes relativos a Bolivia,

país escasísimo en publicaciones y sin duda la sección de América menos conocida y visitada por los europeos».

La permanencia en Lima y sus alrededores, durante el año 1860, le había permitido hacer ese rico acopio, «sin perdonar afán ni omitir sacrificios pecuniarios». El que carecía allí hasta de lo más indispensable para una subsistencia decente en armonía con su nivel social, aseguraba, sin embargo, que su colección era la más completa que se hubiese hecho nunca en aquel país acerca de su pasado y que en la Biblioteca Pública de Lima no existía ni la cuarta parte del número de obras que consiguió reunir. Era sin duda un «récord», solamente explicable por esa inextinguible y obsesionante sed de estudio que a todas partes llevaba consigo.

Respecto a los demás países, es poco más o menos lo mismo. Le bastan unos cuantos días y a veces unas cuantas horas de paso por los puertos, como ocurre con el Brasil y Colombia, para hurgar librerías de viejo y acumular volúmenes raros, con el ojo habituado ya a sorprender de una sola mirada lo que ha de servir para la historia; y no importa que el estómago quede vacío, ni que se gasten los talones recorriendo torcidas callejuelas, ni que se dejen de ver las ponderadas maravillas locales; lo único imponderable y duradero es el libro, el guía luminoso en las tinieblas del pasado.

Pues bien, este repertorio de informaciones que comprendía, sin excepción de país ni de comarca alguna, todo un continente, hubo de ser vendido por causa de los apremios que asediaban a su colector, tan paciente, sufrido y abnegado como falto de previsión y de fortuna, en medio de la vorágine de una corta vida consagrada por entero a la lucha de ideas y al servicio público. Y por lo demás, ¿quién a sus años se cuida del dinero, cuando se lleva una alma combativa, una chispa de genio bajo el cráneo y la secreta fe de que la gloria está al fin del camino?

Menos sensible el hecho de la venta, porque fué el Estado quién compró para la Universidad la mayor parte de la *Biblioteca Americana*, en poco más de cuatro mil quinientos pesos, lo que equivalía a una escasa pero oportuna compensación; y menos mal también que, puestos los libros al alcance del

público, llegaron a ser patrimonio de todos los chilenos; pero es evidente que en el corazón de su propietario aquello fué una herida que no cicatrizó jamás; porque el placer del bibliófilo es como el del avaro, sólo se satisface a la vista del tesoro; y él apenas si alcanzó a gozar brevemente de su alentadora compañía.

Hasta aquel momento no se había hecho en el país un esfuerzo más valioso para acumular un fondo bibliográfico especializado en «cosas de América», como el entusiasta colector decía; pero no todo quedó en Chile, porque sólo se adquirió de preferencia por el gobierno lo que en la Biblioteca Nacional no existía; y una buena porción de aquellos libros, o fué a manos de los lectores del Perú, o traspasó la cordillera para ser aprovechada en Buenos Aires, donde Mitre manifestó interés por algunos. Vicuña Mackenna, por su parte, ofreció otros para la Biblioteca Pública de aquella ciudad. De este modo, las pacientes búsquedas del escritor chileno a lo largo del mundo sirvieron de inmediato a tres naciones.

XXVIII

EL POEMA DE AMOR Y DOLOR

Por aquel mismo tiempo otro pesar, aún más íntimo y hondo que el que pudo causarle la venta de sus libros, amargó al deportado que volvía al terruño, pleno de esperanzas. El había amado alguna vez, sinceramente, con el candor de la adolescencia y con el idealismo de los más puros sentimientos. Su *Diario Intimo* nos ha hecho ya confidentes de esa pasión de niño, dolorida y romántica como correspondía a la época, a su edad y a la delicada fibra de su espíritu. Al parecer, ni los años ni la ausencia disiparon el aroma de ese primer amor al que, a despecho de tantas circunstancias adversas, él le reservaba el refugio de un hogar constituido de corazón a corazón.

Nunca había sido un disipado, ni sentimental ni sexualmente. En más de un pasaje de su *Diario* de peregrino por el mundo, alude a la repugnancia que le inspiran las conquistas fáciles y los placeres de feria. Bastante respetaba a la mujer y se respetaba él mismo para relajarla a ella y para deprimir su propia dignidad de hombre. Necesitaba, pues, amar y ser amado con la sensibilidad ardorosa y la franqueza honrada de su temperamento; y así amó, y así creyó estar correspondido. De regreso al país, después de sus primeros viajes, quiso labrarse una posición definida; pero se precipitaron los sucesos de 1858; vino su prisión; salió al destierro nuevamente; anduvo

errante sin un propósito que lo halagara; se instaló en el Perú para trabajar en aquello en que se sentía más apto; y volvió por fin, con el ánimo de componer su situación personal, que veía deshecha.

Entonces acudió a su amor, y su amor no respondió al llamado. Los años y la ausencia habían venido a causar esta última vez sus habituales trastornos. No obstante, él era todavía el mismo. Nada había conseguido quebrantar su pasión. Pero ella sí había cambiado, prisionera en la red de los deberes sociales y sometida al criterio de familia en la elección de sus afecciones. De súbito el «todo está concluído» cae como un rayo sobre el joven. La desesperación hace presa de él y su fina sensibilidad, herida en lo que guarda de más suyo, estalla en uno de esos arrebatos de lirismo que funden la poesía en el dolor. Las hojas arrancadas con este motivo a su estro romántico vieron la luz pública en una revista de la época, sin su nombre y simuladas como traducción de un imaginario poeta alemán llamado Hoffenhein, quien las habría escrito después de contemplar a su amada en una noche de baile. La escena habría tenido lugar en París (*b w*).

Consideradas hoy y leídas sólo como expresión de arte, esas páginas componen un poema en prosa, pleno de fuerza y armonía, lo más perfecto quizás, literariamente, de cuanto hasta entonces hubiera su autor producido. *Predestinación* las llamó él,—como si dijera fatalidad,—y realmente, son la elegía de la desesperanza, pero no del abatimiento. Aunque agobiado por tan penosa crisis, el hombre se sostiene erguido en su noble altivez. Es el episodio sentimental de un gran corazón y un gran cerebro, que el mismo protagonista refiere en la hora en que lo atenaza y golpea el desengaño. Ninguna obra de su juventud exhibe con igual viveza el temperamento del escritor y del hombre. Ninguna tampoco le excede como manifestación de dignidad y ternura. Repasemos algunos trozos de ese

(*b w*) La publicación se hizo, bajo el rubro de *Predestinación*, en la «Revista del Pacífico», t. V (Valparaíso, 1861), pp. 340-52.—P. P. Figueroa la reprodujo íntegra en su *Historia del Popular Escritor* antes cit., pp. 124-34.

bello himno que, si no tiene la cadencia del verso, vibra en cambio con el pulso febril de la más sincera emoción.

«¡No soy poeta de la armonía!. ¡Sólo soy el triste bardo del sentimiento! Quisiera cantar alabanzas a la amada de mi corazón, pero el estro de la poesía se apaga en mis rudos labios, que no saben sino el himno de la verdad. ¡Soy también pobre! No tengo una lira de oro para mis cantares y sólo poseo mi alma entristecida, que cual el arpa de Ossian, exhala sus roncocos gemidos cuando la pulsa la mano temblorosa del recuerdo o de la esperanza... Pero antes de cantarte o de llorar sobre tu nombre, yo te invoco a tí, mujer angélica, que has sido la dueña de todos mis días de ventura y de tristeza; a tí, aparición del cielo, encontrada por mí en el dintel en que comenzaba mi entusiasta y ardorosa juventud, diciendo adiós a la credulidad y a la ternura de mi rápida niñez; a tí, virgen del único y santo amor que se anidó en mi pecho con la intensidad de una pasión eterna, cuando se habían desvanecido los ensueños fantásticos de la primera edad... ¡Escúchame! y desde el fondo de tu sublime pensamiento y de lo íntimo de tu alma, tan pura como el cielo, lee mi pensamiento y mi alma, que desde el primer día en que te amé ha sido sólo un destello de la tuya.....

«Es imposible una concepción más seductora de la belleza de la mujer que aquella joven de 18 años, que tenía, junto con el porte de una reina, la timidez deliciosa de una vestal antigua. Vestía un traje primoroso en que su talento y su alma habían combinado los dos colores más dulces de la naturaleza, porque son los matices con que el hombre ha descifrado el ideal de sus amores, la *pureza* y la *esperanza*!... Listas armoniosamente plegadas de tul blanco y verde pálido, venían a ceñirse a su cintura por una doble guirnalda de flores de vivísimos colores. Su pecho, como una rosa velada en su cáliz, estaba adornado con una simpática modestia, mientras que su espalda, pudorosamente desnuda, ostentaba la adorable perfección de su busto.

«Su semblante todo me parecía estar iluminado por una aureola, como la que en la bóveda celeste circunda la esfera de los astros! Su pálida y mórbida mejilla tenía ese contorno sedoso

que imita en la cutis la blandura del terciopelo, y su dibujo era a la vez tan puro, que se hubiera creído trazado por una mano de maestro sobre la rigidez del mármol. Sus labios grandes, expresivos y rasgados, parecían esculpidos en su barba redonda y armoniosa, con el buril de una eterna sonrisa, porque aun plegados en el silencio o contraídos por un dejo melancólico, se sonreían todavía con indescriptible embeleso. Su frente, al contrario, modelada en un tipo griego, dulce y austero, tenía el sello de una tristeza tan constante y tan noble que daba a esta facción, la más hermosa en la mujer, un atractivo mágico, el atractivo dulce y sublime del pensamiento!

«Pero sus ojos eran todavía más bellos que su frente; y hubieran sido aún más hermosos que su alma, si no fueran ellos sólo la irradiación de aquélla... Negros, rasgados, deslumbradores, alternativamente tímidos y apasionados, vaporosos y ardientes, altivos a veces hasta el desdén y otras tan dulces como la promesa de una dicha otorgada, aquellos ojos, en aquel rostro, eran como una segunda alma desprendida de su esencia infinita, para revestir aquella beldad, por sí sola tan hermosa, con una especie de superioridad divina. Aquellos ojos eran en su sublime mudanza el iris y el relámpago, esas magníficas miradas de amor o de castigo con que el cielo contempla a veces a la tierra, y cuya semejanza paréceme tan viva, porque sus ojos han sido el cielo de todas mis penas y de todos mis regocijos...

«Pero había en aquel misterioso conjunto de una beldad suprema, algo de esa picaresca coquetería sin que la belleza no es cabal, según el gusto del siglo, porque su misma perfecta uniformidad le da un tinte de enfadosa monotonía. Aquella mujer de belleza milagrosa parecía modelada según el ideal de Murillo, en sus cálidas vírgenes andaluzas. Tenía la delicada estructura de una concepción divina, sin que faltaran a su conjunto algunos de aquellos detalles terrenales que acusan en la mujer a la hija de Eva... Y este atractivo simpático y picante, que era lo que hacía más popular su encantadora fisonomía, estaba como desparramado en todo su ser, en el donaire de su marcha casi aérea, en la cadenciosa desenvoltura de sus movimientos, en su voz rápida y acentuada, que brotaba

de sus labios como si la palabra estuviera cautiva e impaciente dentro de su pecho, en todos sus ademanes, en fin, revestidos a veces de una regia dignidad y llenos otras de un brusco y expresivo atrevimiento. Pero en lo que más se ostentaba aquella seducción irresistible era en una línea sedosa y delicada de finísimas hebras que adornaba su labio superior, como si aquel medio tinte que sombreaba su rostro de una manera tan seductora hubiera sido la última y feliz pincelada del artífice, al dar remate a aquella imagen tan llena de un vaporoso idealismo.

«Yo había amado a esa mujer casi desde su cuna, cuando mi vida se mecía en la primera ilusión de la adolescencia... ¡Catorce años! La amé entonces como se ama la esperanza, con esas brillantes quimeras que hacen del primer amor un mágico ensueño y de la vida un paraíso. Recuerdo, con una rara fidelidad de detalles, todo lo que aconteció para mí en aquel episodio deslumbrador de mi existencia... Un año pasó de aquella suerte, henchido de tantas promesas de ventura. Pero una mañana del mes de octubre se interpuso de repente, entre esa esperanza y mi ventura, una nube de siniestro aspecto. Era la sociedad que intervenía con su voz maldita y embustera; y esa voz, que no era para mí ni siquiera una acusación, fué sin embargo el soplo que arrastró la nube sobre mi destino y tornóla de súbito en una tormenta deshecha, que sólo calmó para mí cuando, náufrago y errante, pisé las playas de distintos mundos. Y entonces, volviendo en mí y dándome apenas cuenta de aquella catástrofe inconcebible que me había arrojado tan lejos de ella, sentí en el fondo de mi alma que amaba todavía. Pero no la amaba ya en la dicha de la esperanza. La amaba sólo con la intensa amargura del desengaño, con esa sombría resignación de la dignidad burlada, que hace soportar todo al hombre, aun su propia desesperación. Así la amé durante tres años, y nunca mortal alguno apuró tan aprisa y tan hondamente la copa del dolor en cada uno de esos negros días de mi juventud...

«¡Pero al fin la ví otra vez!... No era ya la niña hechicera de mi primer ensueño!... Era la mujer que lucía ahora en el fausto del baile su espléndida belleza, su lujo, su rango,

su prestigio de mujer, acaso una escondida ambición de familia, de la que su generoso corazón nunca, empero, se hizo cómplice... Pero yo había vuelto cerca de ella con menos ventura que la que me cupo al partir en su nombre y por su causa.—La dignidad de la posición me alejaba en consecuencia de sus atractivos, tanto como la memoria de viejos dolores, nunca curados. Mas, fuera ilusión, fuera verdad, fuera sólo el hado riguroso, mi alma volvió a ser su cautiva, porque me parecía que, cuando yo la huía, su alma me había llamado.....

«*¡Todo está concluído!* ¿Qué ha concluído? me pregunté al fin, interrogando al cielo en mi muda desesperación. ¿Es cierto entonces que también concluyen en la tierra el alma inmortal y todos sus sublimes atributos? Y aquella santa ternura de mi niñez, y aquel ferviente entusiasmo de mis años juveniles, y esta pasión sublime y desdichada, todo esto, y el honor, y la religión, y la virtud, y esta santa uniformidad de nuestros caracteres, y esta predestinación del destino y de la cuna, todo esto se rompe y se disipa para siempre en nombre del egoísmo o de la frivolidad de un recado?

«La mano pura y honrada, virtuosa y vigilante, que ha derribado tan bruscamente el altar de mis ensueños, ha creído sólo cumplir en mi sacrificio un deber tradicional. Desde su infancia le habían enseñado que no era lícito a un puro y santo amor encender sus teas sino en un altar de oro... Y el mío era sólo de sencillas flores. Y por esto lo arrojan a la calle, revuelto con la basura del estrado. Y, sin embargo, en los sofás de oro de ese estrado quedaban ufanos en sus puestos la mentira de los cortejos, la adulación de los palaciegos, la codicia disimulada de los especuladores.

«Mas, sea como sea, su voluntad se ha cumplido, y después de mi última y sublime porfía por acercar su alma a la mía, he obedecido a su rechazo; y aquí estoy otra vez en la soledad, como desterrado dentro de mi propio corazón, proscrito de su hogar, proscrito de la memoria de los suyos, proscrito tal vez de su pecho... mas no de su conciencia. Y, sin embargo, mi alma sólo alienta su espíritu para su recuerdo y su ventura, porque al fin de los años, de los contratiempos,

de los agravios, de los dolores, de todas las pruebas, en fin, de la más constante adversidad, me he persuadido de que lo que en realidad escondo en mi pecho para ella, es una pasión inmortal!

«¿Y por qué, en otro sentido, han huído ya de mi frente aquellos sueños de gloria y de renombre que acariciaron mi temprana ambición, lisonjeada por el aura popular? ¿Por qué mi inmenso poder de trabajo y de meditación se agota a veces en el fastidio y en el cansancio? ¡Ah! Es porque yo no quiero ya esas glorias que ella no dividiría conmigo; es porque esa laboriosidad infinita que ha enaltecido mi juventud es acusada como una falta; ¿y por qué?—¡Quién pudiera creerlo!—Porque se ha hecho hasta un delito para mí de aquel don del cielo que más acerca a la frágil criatura al trono de su creador: la inteligencia!

«Pero si al fin ese plan o esa sentencia: *¡todo está concluído!* ha de cumplirse, que sea por entero, y cuanto más en breve será menos horrible... Y para entonces, cuando esa hora llegue, poniendo su sello a mi destino, te invoco a vos—¡oh Señor de la justicia y la verdad!—para que recibáis en vuestro trono esta plegaria de mi corazón, en que está resumida toda mi existencia, mi supremo sacrificio, mi insondable dolor, *mi predestinación*, en fin, y que en su humilde sencillez parece estar diciéndoos cuán pura y cuán cierta es mi alma: *¡Señor, hacédla feliz!*».

No es sin duda exclusivo atributo de los espíritus superiores el amar y sufrir; pero sí lo es el poner a su pasión alas de fuego para transmitirla con luz propia a las nuevas generaciones. La primavera de una vida ilustre estará siempre hechizada por dos pupilas de insondable misterio; ante ellas el pensamiento puro se hará asequible y humano; la naturaleza común reclamará su parte; y cuanto en aquél aparezca de excelso cederá al reclamo de la especie, enaltecido por su propio triunfo. Sólo los que amaron mucho lo comprenden; y de la incomprensión arrancan los pueriles escrúpulos de algunos biografistas, para quienes exhibir a sus próceres en este aspecto íntimo sería algo vulgar cuando no deprimente. Confunden el amor con el pecado, la exaltación senti-

mental con el escándalo; y corren un velo, que por fuerza ha de ser de hipocresía, sobre la expansión generosa de la personalidad en lo que más tiene de suyo y en lo que más la afina y completa.

Por nuestra parte, no creemos que Vicuña Mackenna pierda nada, en la consideración que la posteridad le debe, con el recuerdo de ese episodio de su vida. Por el contrario, nos atrevemos a pensar que eso contribuye a ponderarlo como hombre y escritor a la vez, pues ni aún en este sentido hace excepción a los caracteres comunes de las mentalidades selectas. Hubo no obstante,—como no podía menos de suceder,—quienes tuvieron muy a mal, no ya la composición del poema sino su publicación, en condiciones de que el disfraz del anónimo pudiera ser reconocido. Exceso de suspicacia, con sabor a mojigatería; ignorancia, además, no libre de malevolencia, acerca del valor real de este ímpetu de vida como expresión de arte.

Transcurridos algunos años y vinculado el autor al mismo hogar a que esa página aludía, tampoco faltó quien le enrostrase,—aun entonces,—como una acción vedada la publicidad que ella tuvo. Víctima de los más enconados y mezquinos ataques, Vicuña Mackenna acusó ante el tribunal de la prensa, en 1868, al diario *El Ferrocarril* y a dos periódicos satíricos. Como responsable de los versos en que se ridiculizaba y ofendía al acusador, en uno de los últimos, compareció el poeta Luis Rodríguez Velasco. En el curso de su defensa ante el jurado, se refirió a *Predestinación* en forma sarcástica. Vicuña Mackenna protestó, interrumpiéndolo, de que se pretendiera traer eso al debate con el ánimo de comprometer el decoro de una familia; y en la publicación a que este juicio de imprenta dió origen, él mismo explicó que se trataba de una página íntima que no tenía ya otro significado que el de una composición poética escrita en prosa, ni más ni menos que como las muchas que el señor Rodríguez Velasco publicaba en verso (*b x*).

(*b x*) B. Vicuña Mackenna *El Castigo de la Calumnia*, compilación de las principales piezas de los procesos de imprenta promovidos contra el diario *Ferrocarril* y los periódicos *La Linterna del Diablo* y *El Chirivari* (Santiago 1868), p. 90.

De igual modo la hemos considerado ahora, seguros de que se trata de una rapsodia libre,—no común en su género,—cuya lectura dejará siempre una sensación de belleza, y de que hay en la armonía de sus líneas, lo mismo que en la altura de su tono, la revelación más acabada de un temperamento cordialmente lírico.—Ella completa los rasgos que distinguen la personalidad de su autor, poeta de la emoción y el colorido, de las evocaciones mágicas y de los sentimientos delicados. En ella irrumpe también la reacción de la dignidad herida, de la dignidad del caballero y del escritor, que no vacila en proclamar su talento, porque está seguro de él y tiene la conciencia de que lo ha empleado honradamente. Insiste en haber trabajado con ahinco por ganar la gloria de su nombre, para compartirla con la mujer amada, para reflejar sobre los suyos el haz de luz de la obra concluída y para obtener el reconocimiento de sus conciudadanos.

¡La gloria! He ahí la suprema ambición que el poema descubre; pero la gloria completa, como hombre, como publicista y como servidor de su país. Sueño de juventud, seguramente; pero noble sueño del que no despertará jamás. Su *predestinación* no era, como él creía, el suplicio de verse privado del alma excelsa que debió reposar en la suya; era el dolor de tener que subir por ásperos senderos para llegar a la cima desde donde la gloria lo llamaba.

XXIX

LOS TREINTA AÑOS

El 25 de agosto de 1861 Vicuña Mackenna cumplía treinta años; pero había trabajado y actuado tan intensamente que sin hipérbole pudiera decirse que ya había hecho su vida. No obstante, su situación era aún incierta y precaria. El mundo llama grandes y felices a quienes reúnen fortuna y honores; Vicuña Mackenna carecía de lo uno y de lo otro. Ni siquiera había saboreado la dicha de sus más íntimos afectos, ni conseguido guardar para sí aquel tesoro de sus libros que le consumió tantos afanes. Bien podía aplicarse la queja del poeta:

*¡Treinta años,
funesta edad de amargos desengaños!*

Pero nó; él era optimista; estaba seguro de triunfar; tarde o temprano, no importaba; en todo caso, su capacidad y su labor se impondrían. Mirar hacia atrás era para él una satisfacción; no un desconsuelo; cuanto había hecho le daba la medida de lo que aún podía hacer. Había conocido de cerca las más prósperas naciones, sumido en ellas su espíritu y enriquecido su cultura; de ellas mismas había tomado cuantas sugerencias pudieron inspirarle, para vaciarlas en un libro dedicado a sus compatriotas como un breviario civilizador. Mucho había admirado; y admirar es cualidad propia de las almas superiores. A cada persona y cada cosa habíales comunicado el calor de su simpatía, como un reflejo de comprensividad.

En otros libros había exaltado a los próceres del período inicial de la república. Se proponía dar lustre y prez a esa herencia sagrada, remover los sentimientos cívicos y contribuir a la consolidación de las instituciones libres. Desentrañaba el pasado para iluminar el presente. Ninguna nación subsiste sin historia; el alma colectiva se forja en el osario de los siglos y se nutre en la gloria de sus grandes muertos. El escritor lo comprendía bien y hacía historia no por mero deleite sino por hacer patria. Le resultaban, es cierto, ampulosas biografías, pero de estilo rutilante; y llenaban su objeto.

Si arrastrado por la pasión política había sostenido campañas violentas, causado heridas de amor propio, despertado suspicacias y cóleras, y sufrido prisiones y destierros, también había colaborado eficazmente en obras de beneficio social indiscutible y no podía desconocerle su positivo causal de ilustración y su infatigable empuje. Toda actitud de lucha produce rozamientos ingratos, porque tiene que ir contra algo y contra alguien; de otra manera no se explicaría; pero eso al fin no viene en mengua del luchador ni desvaloriza sus cualidades; al contrario, lo realza, lo pone en evidencia y depura su acción. La suerte de los que, por miedo a la crítica o al enojo de algunos, se resignan a no hacer nada, es tanto menos envidiable cuanto más estéril. Son los moralistas de la negación. No han robado, ni muerto, ni dañado a nadie; es decir, no han delinquido; pero en aprietos se verían para contestar si han hecho algún bien. No viven. Vegetan. A menudo son un estorbo para el que va de prisa, y quizás le prestan este involuntario servicio.

Vicuña Mackenna hubo de soportar, naturalmente, la crítica, la agresividad y el encono del privilegio herido, de la incompreensión desafiada y de la inercia engréida. La sociedad era pequeña en extensión y en juicio. La creciente acción de su vástago se mostraba incontenible; a muchos les parecía insólita; y a la generalidad, sin objeto. Muy pocos podían disputarle en el país el puesto de vanguardia entre la intelectualidad surgida a mediados del siglo; y de seguro, no le superaban en inquietud realizadora, en afán de saber y en valor cívico.

Con la preparación agronómica adquirida en Europa estaba particularmente apto para hacer de las explotaciones de la tierra una profesión lucrativa; sin embargo, a poco de emplear esos conocimientos en campañas de prensa y de reconstrucción económica, los abandonó, para dedicarse al ejercicio de la profesión forense, más en armonía con las inclinaciones de líder que tan caro le costaban. Pero ni la política, ni la agricultura, ni la abogacía, ni sus generosos empeños en algunos servicios sociales eran bastante fuertes para apagar en él la sed de estudio y de publicidad que lo abrasaba. Por encima de todo, él sería escritor. Así había empezado su figuración pública, así había seguido, así era en aquellos momentos y así había de ser en adelante. Ya su destino estaba fijado.

Nada podía serle menos provechoso. El escritor no lo graba aquí entonces, ni ha logrado después, una situación profesional independiente. Nunca ha vivido de sus publicaciones; el nivel cultural no lo permite; y él mismo pudo experimentarlo con sus primeras obras; pero la fatalidad de su temperamento lo arrastraba a ser escritor, con preferencia a cualquier otro trabajo o empleo. Ni le arredraban los contrastes y complicaciones que a la sazón le salían al paso. Veía que no le bastaba el talento para labrarse un sitio cómodo en la sociedad; y aún, que desde este punto de vista el talento suele ser un inconveniente, cuando el que lo lleva piensa más en los otros que en sí mismo. Pero él desechaba las oportunidades de adquirir fortuna, para entregarse a sus ensueños de bien público y de perfeccionamientos ideales.

Espíritu socializado el suyo, propiamente no había vivido hasta entonces para sí, sino para su pueblo. Quería servirlo, identificarse a la causa de su regeneración, ganar su confianza, aliviar sus dolores y ser desde luego como un heraldo de su porvenir. Bajo el influjo de tales pensamientos, lo que otros llaman la felicidad no era la suya; la suya estaba muy adentro de él mismo, en la propia conciencia, en la obra que iba realizando, en la persecución del ideal que motivaba su vida y hasta en el sacrificio que soportaba para sostenerlo. La sociedad aprovecharía alguna vez de sus esfuerzos y le devolvería en

gratitud lo que ahora le negaba en estímulo. La gloria vendría al fin de la jornada y ella sola bastaría para colmar su ambición.

Filántropo o apóstol, civilizador o reformista, batallador en todo caso, él hacía un ariete de su pluma y como un penacho de su ideal. Su política de libertad no sería más que una etapa en el camino de conquistas mayores; y de su crítica social derivarían las instituciones nuevas que redimiesen de la barbarie y la miseria a las muchedumbres poblanas. Pero estos estremecimientos visionarios apenas si perturbaban la serenidad del ambiente, sin agitarlo siquiera, porque no tenían repercusión alguna. En las páginas de sus *Viajes* espigan esos sueños, como en algunos de sus artículos de prensa y en otras publicaciones; más tarde se repetirían en sus campañas tribunicias y en más de alguno de sus libros. Con todo, no se ve que dejaran mayor huella en la opinión de los contemporáneos.

La aspiración suprema de la reforma política y social contenía una porción de ideas parciales, referentes a los múltiples aspectos de los problemas que ella involucraba, desde el régimen constitucional hasta las condiciones del trabajo y la vida de los campesinos. Pero él la hacía extensiva a todos los pueblos de la América hispana, porque reconocía que la comunidad de origen y de historia determinaba en todos una misma idiosincrasia y un mismo nivel de civilización. En consecuencia, sus problemas presentaban los mismos factores básicos, si bien el medio físico y étnico podía modificarlos en parte y las soluciones debían ser buscadas separadamente, con criterio local y de oportunidad. Como quiera que fuese, él hacía gala de su hispano-americanismo, que nunca desmintió y que más de una vez quiso servir, para la paz y la unión del continente. Sentíase orgulloso de pertenecer a esta gran familia de naciones, «con toda la intensidad de su alma, de su pensamiento, de sus esperanzas y de su propia ambición».

Aquella su invocación a la *Juventud*, incorporada en el capítulo del libro de *Viajes* referente a la Argentina, no es en el fondo más que una vibrante remembranza histórica en que se confunden, como en un solo haz, las estelas de los servidores de la emancipación en el sur del continente, desde el Atlántico

al Pacífico y a través de todas las cuestas de los Andes. Hacerse digna de ellos, de sus sacrificios, de sus bizarrías, de sus videncias y de sus ansias redentoras: he ahí la misión de la juventud de la América, de esa juventud de mediados del siglo que asumiría pronto la responsabilidad del porvenir. A ella le habla en nombre del ideal republicano, llamándola a la justicia y a la acción social, sonoramente, como si estuviese solitario y de pie sobre la pampa silenciosa; porque allí, como en todas partes, él es un ciudadano para quien «la libertad no tiene patria, ni la causa de la humanidad reconoce fronteras». —Sólo el eco le respondió en la inmensidad. . .

La obra realizada por Vicuña Mackenna hasta los treinta años no fué superada por él mismo después, en cuanto a ideas matrices ni a procedimientos de ejecución. Es natural que adquiriese con el tiempo y a medida que la personalidad se afianzaba, una amplitud mayor, un tono y una influencia que en el comienzo no podía tener; pero aun cuando no hubiese logrado su máximo desarrollo, no se habría perdido lo que en ella había de medular y suyo, lo que constituía su vitalidad más duradera, lo que realmente vendría a enriquecer el patrimonio intelectual del país. Sus tres libros fundamentales de esa época, —el de los *Viajes* y los dos *Ostracismos*,—sus folletos y estudios de diverso orden y sus escritos en la prensa política, contienen en germen o plenamente desenvueltos los principios ideológicos que llenaron su vida. Y no hagamos referencia al estilo, porque muchas de sus mejores páginas están en esas publicaciones y ya éstas mismas lo individualizaron de modo inconfundible; ni tampoco a sus defectos de composición y a sus fallas de lenguaje, que nunca enmendó, porque tales refinamientos de forma lo desesperaban. Hagamos notar, eso sí, que aun otras de sus obras que alcanzaron mayor resonancia y que vieron la luz en el curso de los dos años siguientes,—su *Historia de la Administración Montt*, su *Diego Portales* y su *General San Martín*,—fueron preparadas y escritas en gran parte con mucha anterioridad; y ellas cerraron todo un ciclo en su inagotable producción; el más espontáneo, el más brillante y el más característico tal vez.

Diríamos del escritor que es como el río que baja a la

llanura. En su descenso de la montaña acumula los residuos que de ella misma arrancó, los arrastra en su corriente y los lleva a fertilizar la pradera; más abajo recibe los afluentes, su caudal aumenta y las aguas se esparcen; pero lo propio suyo es lo que trajo de la altura, y eso también lo que ha aportado a la riqueza del valle; en consecuencia, es lo que más preciadamente hemos de conservar.

Parece en realidad efectivo que no sólo los grandes escritores sino todas las mentalidades de selección asimilan en la juventud sus ideas directrices y que es entonces cuando manifiestan lo que pueden ofrecer de originalidad relativa y de potencialidad creadora. Cuanto produzcan en la edad madura o en la vejez no sería sino la derivación o desarrollo de sus primeras concepciones. Las células cerebrales adquirirían ya cierta predisposición para reaccionar en un mismo sentido, cualesquiera que fuesen los estímulos exteriores que obraran sobre ellas más tarde. El «renovarse o morir» de D'Annunzio no vendría a tener así otro alcance que el de proporcionar cierto grado de elasticidad a las ideas hechas con antelación para plegarlas a los imperativos del tiempo y de las circunstancias; pero nada podría agregar, fundamentalmente, a lo que ha llegado a componer la psiquis juvenil.

Cuando las producciones posteriores no llevan el mismo sello de las primeras y no significan sino su complemento o perfección, por abundantes que sean, no valdrían más que el estéril esfuerzo de cambiar de postura sobre ese lecho de Procusto cuya medida tiene ya cortada la filosofía de los conceptos adquiridos. Sólo en aquel caso se justificaría la máxima vulgar de que «una hermosa vida es un pensamiento concebido en la juventud y realizado en la edad madura».

Hasta la afectividad parece estabilizarse, apenas pasada la juventud. No la impresionan por lo común sino los mismos objetos que la excitaron primeramente. *On revient toujours à ses premiers amours* dijo el poeta; y ello, si no siempre, por lo menos casi siempre es la verdad. Alguien ha observado que, por lo general, el tipo de mujer que más agradó en la adolescencia es el que predomina en la inclinación de las edades que a ésta siguen. Nos encontraríamos, pues, con que, tanto

mental como afectivamente, la juventud señala en cada uno la senda de toda la vida.

¿Estamos en situación de discernir con fundamento serio sobre tan grave tesis? Dentro de ciertos límites, pensamos que sí, a lo menos empíricamente. La psicología no puede aún ofrecernos una ley científica al respecto, pero nos proporciona en cambio valiosas inferencias. El caso de Vicuña Mackenna, tal como lo hemos presentado en el curso de este bosquejo, tiene en ese sentido particular significación. Se nos permitirá por eso que lo examinemos a la luz de anotaciones psicológicas ya antiguas que tienden a confirmarse en el presente.

Montaigne decía que la mentalidad del individuo está formada a los veinte años y que ya muestra todo lo que puede llegar a ser. Si no ha dado entonces prueba evidente de su fuerza, tampoco la dará después. «Las cualidades y virtudes naturales producen en esa edad o nunca lo que contienen de vigoroso y bello». Y en seguida, corroborando su modo de pensar, agregaba: «De todas las hermosas acciones humanas que han llegado a mi conocimiento, cualquiera que sea su índole, podría señalar la mayor parte como ejecutada,—en los siglos antiguos y en el presente,—antes y no después de los treinta años; y esto, a veces en la vida de los mismos hombres. ¿No lo puedo decir con toda seguridad de Aníbal y de Escipión, su grande adversario? La mejor mitad de su vida la vivieron ambos de la gloria ganada en la juventud; grandes hombres después, a costa de todos los otros; pero no a costa de ellos mismos. En cuanto a mí, anotaba, tengo por cierto que, pasada esa edad, mi espíritu y mi cuerpo han disminuído más bien que aumentado, y más bien retrocedido que avanzado. Es posible que para aquéllos que han aprovechado bien el tiempo, la ciencia y la experiencia aumenten con la vida; pero la vivacidad, la prontitud, la firmeza y otras de nuestras aptitudes más importantes y esenciales se amortiguan y languidecen» (b y).

Los psicólogos modernos parecen ser cada vez más explícitos en esa misma vía. Prologando Hipólito Taine su celebrado libro sobre los filósofos clásicos de la Francia, decía que

sus lectores, a quienes deseaba persuadir, no deberían tener más de treinta años; porque, pasada esa edad, las opiniones de cada uno están ya hechas. «Se lee para entretenerse,—agregaba,—para estar al corriente de lo que se escribe, para informarse sobre algún detalle. Los cimientos están ya construídos, reajustados e inquebrantables; alrededor de ellos, la costumbre, la pereza de espíritu, los quehaceres prácticos, la necesidad de entenderse con los superiores, el deseo de conservar las amistades, forman como una mole que nada puede remover. Por otra parte, uno no renueva su filosofía; se extraen las consecuencias de la que ya se ha elegido o más comúnmente no se tiene ninguna; se aspira a cosas más importantes, a las conveniencias de dinero, de ambición o de partido; las disenciones abstractas del pasado se pierden en una lejanía obscura, como un ejercicio de juventud; uno se sonríe de las gentes sencillas que ahora se entregan a ellas, las mira desde lo alto y se divierte de oirlas razonar sobre las causas primeras como de ver a los niños que juegan al tejo» (b z).

Pero nadie ha consagrado una atención más prolongada y honda al problema de las aptitudes intelectuales, desde la adolescencia hasta la senectud, que el psicólogo norteamericano Stanley Hall. Su copiosa encuesta retrospectiva en el mundo de las ciencias, las letras y las artes, a lo largo de todos los tiempos, llena los volúmenes de *Adolescence, Youth y Senescence*, aparte de los que dedica a referir la vida de los fundadores de la psicología contemporánea,—desde Zeller hasta Wundt,—y la suya propia, *Life and Confessions of a Psychologist*. De su acopio de datos se desprende, entre otras cosas, que el genio y el talento creador se han manifestado siempre, salvo poquísimas excepciones, desde los primeros años de la adolescencia y a veces antes aún, que el signo anunciador ha sido una inclinación absorbente e irresistible al objeto de estudio

(b z) H. TAINE, *Les Philosophes Classiques des XIX^m. Siècle en France* (Paris, Hachette, 1912).—El ilustre autor de la obra, clásica a su vez, *De l'Intelligence*, no se refirió a los jóvenes en aquel bello prefacio solamente. Ya en otro estudio, *Les jeunes gens de Platon*, se había regocijado en la actitud comprensiva de la juventud de la Grecia, a través de los diálogos del gran idealista. Ver *Essais de Critique et d'Histoire* (Paris, Hachette, 1913) pp. 49 y sigtes.

y pensamiento que constituyó después su labor habitual, que al precoz desarrollo de la inteligencia ha seguido paralelo el de una intensa afectividad y que la producción más valiosa y culminante fué generalmente obra de juventud. El período que sigue a ésta puede ser fecundo también, pero su fuerza reside en ese impulso inicial y sus características derivan de los rasgos originales que le precedieron.

Stanley Hall hace extensiva la investigación a sus contemporáneos ilustres, con la mira de aclarar, sobre todo, cuanto se refiere a la eficiencia de la segunda mitad de la vida. De las numerosas opiniones que comenta, la de W. Osler aparece bastante autorizada; y ella se expresa en el sentido de que la obra verdaderamente efectiva y creadora es la realizada siempre entre los veinticinco y los cuarenta años, a tal punto que si tomáramos el acervo humano existente en ciencia, en arte y en literatura y le substrajéramos lo que en él han puesto hombres mayores de esa edad, perderíamos muchos tesoros,—algunos tal vez inapreciables,—pero conservaríamos en todo caso nuestra posición actual, lo que vale decir que el nivel de la cultura no habría por eso descendido. Y con énfasis agrega textualmente: «Es difícil mencionar una grande y trascendental conquista del pensamiento que no haya sido dada al mundo por un hombre en cuyas espaldas aún resplandecía el sol». (c a).

José Ingenieros sistematiza, en su *Psicología Biológica*, esas mismas apreciaciones. Entre los veinte y los treinta años se desarrollaría el «período de organización de la personalidad», durante el cual florecen los pensamientos originales y se muestran las aptitudes nativas. El período que sigue y que puede prolongarse hasta los sesenta años, no sería más que de perfeccionamiento; durante él se mantiene cierta unidad en el carácter y la personalidad se conserva idéntica a sí misma (c b).

A análogas conclusiones llega Ostwald, en su libro sobre los grandes hombres. La obra de juventud es casi uniforme-

(c a) G. STANLEY HALL, *Senescence*, (New York, Appleton, 1923). Mr. Osler says: «It is difficult to name a great and far-reaching conquest of the mind which has not been given to the world by a man on whose back the sun was still shining».

(c b) JOSE INGENIEROS, *Principios de Psicología Biológica*, (Madrid, Jorro, 1913), pp. 233 y sigs.

mente la que perdura, así en las ciencias como en las letras y las artes. «Un trabajo extraordinario, dice, es realizado la mayor parte de las veces por un hombre joven; y es raro que lo que él mismo haga más tarde repercuta tanto como esa producción brillante y precoz» (c c). Y bien entendido que Ostwald se refiere a la obra ejecutada entre los veinte y los treinta años. *Los Bandidos* de Schiller salieron de las prensas y conmovieron la Alemania, cuando el autor tenía apenas veintidós años de edad; y huelga de ejemplos, que son innumerables en las biografías de escritores, artistas, filósofos y sabios de Europa y América.

Entre los intelectuales de Chile abundan los ejemplos también.—Francisco Bilbao lanza a los veintiún años su formidable apóstrofe *Sociabilidad Chilena*, contra todas las taras y supervivencias del pasado; y la obra que realiza en seguida, dentro y fuera del país, como propagandista y vidente, hasta completar el doble de esa edad, ninguna fuerza añade a aquel atrevido gesto de iniciador.—José Victorino Lastarria entrega al público, a los veinte y siete años, sus *Investigaciones sobre el Sistema Colonial Español*. La vasta bibliografía de sus obras posteriores muy poco contiene de más original; y hasta ahora, aquel ensayo, aunque exagerado en los juicios e incompleto y erróneo en muchas de sus partes, se lee con provecho y agrado, porque hay vida propia en el estilo y acento de convicción en las ideas. Estas mismas ideas guían hasta la su muerte la acción política y social del autor.—Los hermanos Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui publican en común, a los veinte y tres años el primero y a los veintiuno el segundo, su libro histórico *La Reconquista Española*; y tres años después, su notable memoria *De la Instrucción Primaria en Chile*. Miguel Luis, por su parte, subscribe solo, a los veinticinco años, *La Dictadura de O'Higgins*, obra de positivo valor historiográfico a la vez que de alcance político. Su método, su estilo y sus principales puntos de vista ideológicos están ya en esas páginas; y conocida es la honrosa labor literaria

(c c) W. OSWALD, *Les Grands Hommes*, traduit sur la dernière édition allemande, par M. Dufour (Paris, Flammarion, 1912), p. 246.

y educacional que llevaría a cabo mas tarde.—Diego Barros Arana escribe a los veinte años sus primeros ensayos; y antes de los veinticinco, ya inicia la publicación de su *Historia de la Independencia de Chile*, que termina a los veintiocho, incluyendo *Las Campañas de Chiloé*. Su sistema histórico se encuentra desenvuelto completamente en esos libros; y después, sólo es el investigador quien actúa para completar la grande obra.—José Toribio Medina compone a los veinticinco años su *Historia de la Literatura Colonial de Chile* y antes de los treinta, *Los Aborígenes de Chile*, precisamente los únicos volúmenes que pueden leerse y no sólo consultársele, como las colecciones documentales que han labrado su celebridad. El erudito y el paleógrafo, el numismático y el antropólogo, no abruman todavía al escritor que hay en él, aun cuando en aquellos libros ya se revelen la paciencia, la prolijidad y la pasión del bibliófilo, que caracterizarían su inmensa labor.—Valentín Letelier, envuelto en el opaco ambiente de un pueblo de provincia, se entrega a los veinte y tres años al estudio del positivismo; lo comprende, lo asimila, lo hace suyo; es el criterio filosófico que lo conduce inmediatamente a la acción política y educacional; y el mismo que presidirá después, en todo instante, sus ímpetus de luchador, junto con la obra de publicista y de sociólogo que hasta ahora no tiene paralelo en Chile.

En las artes y en las bellas letras, el caso de la precocidad es mucho más frecuente, a tal punto que llega a considerarse normal.—«¿Quién no es poeta a los veinte años?»,—es el dicho común y muy ajustado a los hechos. Aún la obra literaria destinada a vivir mayor tiempo es la que se realiza en plena juventud. Entre nosotros, Alberto Blest Gana se inició a los veintidós años en la novela; y algunas de aquellas hermosas páginas de un omanticismo mitigado por la crítica de las costumbres, como *La Aritmética en el Amor* y *Martín Rivas*, no datan de más allá de los treinta, lo que no impide que sobrevivan y que muchos las prefieran a la reposada producción de la última edad.

No queremos seguir con aquella robusta generación, porque nos haríamos interminables. Pero abra quienquiera los ojos delante de la generación que conservamos o mire a su

alrededor la que todavía actúa; y comprobará cuántos de los hombres que más valen en una o en otra, y probablemente perduren,—aunque poquísimos,—vienen revelándose desde la juventud y a veces desde una tumultuosa adolescencia. Tal es esta ley del espíritu, que se confirma con nuevos hechos cada día y que permite predecir con aproximada fijeza dónde está el mérito real y efectivo, y dónde la mera vulgaridad; cuál es el rebaño y cuál es el pastor.

Los influjos de la herencia y del medio se combinan en cada individuo, de manera no bien definida aún pero segura, para determinar la personalidad, hasta producir las superioridades naturales que consideramos tipos de selección. La oportunidad,—o «el momento histórico», como suele decirse,—les permite en seguida destacarse con más o menos relieve y solidez. Cada uno trae como en potencia, dentro de sí mismo, alguna fuerza de diferenciación, suya propia, capaz de desarrollarse al amparo de las circunstancias y de imponerse, con su sola energía, sobre los individuos semejantes pero menos favorecidos por la naturaleza o por la sociedad. Aquellos representan la innovación transformadora de su medio, frente a la tradición que tiende a estabilizarlo y que también levanta sus campeones. La lucha sobreviene, pero no ya de individuo a individuo, sino entre los elementos sociales a que cada cual se reúne y en el que iza su bandera. Vencedores o vencidos, los diferenciados son siempre factores de evolución.

Si dentro de un mismo grupo humano los agentes de la herencia y del medio fueran iguales para todos sus miembros y además se conjugaran en cada individuo de manera idéntica, o sea, si esos agentes fuesen sólo específicos, no habría acaso superioridades apreciables, la uniformidad más desoladora abrumaría al grupo y el progreso social se habría hecho o se haría imposible. Lo mismo ocurre en todo el mundo orgánico: las variaciones individuales, concretadas en un proceso de diferenciación y selección,—subordinado a la herencia y al medio,—impulsan la evolución progresiva de cada especie; son las fuerzas naturales de su perfeccionamiento, hasta el punto de dar origen a nuevos tipos y familias.

Pero en el hombre la acción de la herencia y el medio

es todavía más compleja. Por sobre su determinismo específico está el carácter, fuerza exclusivamente individual que imprime en cada uno su sello distintivo. La verdadera diferenciación empieza y concluye en él. La personalidad se confunde con él mismo; y la llamamos de selección cuando el carácter es voluntad realizadora y expansión incontenible de todas las energías potenciales en beneficio social.

Entre biólogos y psicólogos no hay discrepancia sobre los hechos señalados. Estos se registran ya entre las adquisiciones de la ciencia. Por nuestra parte, nos proponíamos establecer con su ayuda la temprana manifestación de las personalidades de relieve mental y definir esa precocidad como su atributo distintivo. Nos proponíamos también llamar la atención hacia la circunstancia de que, ordinariamente, es en la juventud cuando esas personalidades dan de sí lo mejor de su espíritu y trazan la órbita de su acción futura. O se revelan entonces, o no se revelan jamás. He ahí el trágico dilema en que habrán de situarse los nuevos pensadores, porque cada día se vive más intensamente. Y no importa que recordemos algo muy sabido, ya que a menudo se le desprecia u olvida.

Encarada la cuestión con criterio colectivo, su trascendencia crece. La sociedad no puede mirar con abandono las manifestaciones de las fuerzas llamadas a dirigir y asegurar su evolución, a menos de que deliberadamente pretenda estagnarse, lo que equivaldría a su agotamiento por inercia y estultez. Tampoco es posible que prescinda de ellas o las trate con hostilidad, hasta el punto de privarse de su concurso en el libre juego de las actividades ordinarias. Eso sería el retroceso y el camino de la disolución. «No se le quita a una nación impunemente,—observa Th. Ribot,—una parte de sus hombres más inteligentes y más atrevidos, pues ésta es una selección al revés de consecuencias deplorables» (c d). Por eso la juventud intelectual tiene en todas partes sus prerrogativas; por éstas mismas le imponen deberes.

Juventud indiferente y apocada, que no observa, ni reflexiona, ni produce; que no siente el fuego comunicativo de

ninguna pasión, ni se conmueve ni se exalta ante ningún mal presente, ni ante ninguna videncia futura; que sólo aspira al buen pasar de un medro fácil, abstraída de todo y de sí misma; juventud que no se funde en el ambiente de su tiempo, con el ansia de enaltecerlo y depurarlo, y que no lucha ni se expande para que su ideal fructifique, es una juventud que desconoce la eterna perfectibilidad de todo lo humano, que camina a tientas como si llevase la vista vendada y que parece haberse tragado de un sorbo la vida, para celebrar la vejez del espíritu con la cabellera suelta al viento.

Y sin embargo, ella habrá de afrontar los tiempos nuevos bajo otros horizontes y otras luces. Si no llena su deber de ahora, no será tampoco la promesa de mañana. Soñar siquiera es ya el principio de una perfección. La quimera divaga en lo infinito, pero su sombra es una realidad. Cada juventud que pasa se proyecta sobre el tiempo que fué. La vida exige que ella sea algo más que una quimera o una sombra.

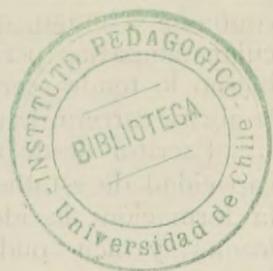
El idealismo es su don máspreciado y la abnegación su fuerza más potente; pero el idealismo necesita para su sostén el calor de la tierra y la abnegación, un objeto que la justifique. Idealistas fueron cuantos amaron por sobre todas las cosas su nación y su raza; cuantos se identificaron a su pueblo y se pusieron a su servicio; cuantos buscaron los medios de levantarlo de su postración y su infortunio; cuantos se sintieron solidarios de su prosperidad y su abatimiento; cuantos comprendieron que en la sociedad de que se forma parte vive cada uno su vida inmortal; cuantos le entregaron a ésta sus pensamientos superiores, sus desvelos de sabios, sus creaciones de arte, su empuje laborioso y la substancia de su acción bienhechora; cuantos, en fin, ajenos a cálculos mezquinos, diluyeron su personalidad en la multitud, para hacerla partícipe de las florecencias de su mente y de los arranques de su corazón.

Mediante ellos se amasa el progreso y la evolución social se acelera; mediante ellos es cada vez mayor el número de los que disfrutan de algún bien; mediante ellos el espíritu se dilata en el supremo gocé de la verdad; y mediante ellos existe en cada hombre un poco de virtud y de justicia. Sólo para

ellos la vida tiene un móvil que la hace deseable y una significación que la ennoblece.

Vicuña Mackenna fué uno de esos hombres que se dieron desde niños a un ideal, que lo vivieron plenamente en su juventud y lo conservaron incólume hasta la edad madura. El no conoció la vejez, aunque supiera del agotamiento; pero su carácter se mantuvo sin quebrar la línea marcada ya en la adolescencia. La patria simbolizó su ideal; y a ella se consagró entero, porque la patria era joven como él y necesitaba constituirse en un reajustamiento de clases y valores.

Su generación intelectual vibraba con emoción de lucha ante el relato de las gestas emancipadoras; y el pueblo gemía aún humillado y misérrimo. Realizar también en esta muchedumbre la patria, que a sus ojos era el imperio de la libertad y la justicia; expandir toda forma de cultura y vigorizar a la vez las fuerzas sociales; he ahí una misión digna de llenar una vida y muchas vidas. Así trabajó su pensamiento, a ras de tierra y en función del ambiente, hasta elevarse a la excelsitud del ideal. Y lo predicó sin ambages, no ya cuando «el sol resplandecía sobre sus espaldas», sino cuando bañaba su frente de luz.



X X X

“LA GLORIA POR LA GLORIA”

Pasados los treinta años, las circunstancias vinieron en ayuda del brioso escritor. El cambio político que significó la renovación de la presidencia de la república, en septiembre de 1861, fué grato a Vicuña Mackenna. Con la presidencia de Pérez coincide la iniciación de otra etapa de su vida. La firmeza y la continuidad del esfuerzo se ven ahora estimulados por el reconocimiento de su valer cultural y de sus aspiraciones patrióticas; al ceñudo gobierno que lo acababa de perseguir con la cárcel y la proscripción, le sucede un gobierno confiado y amigo, que dirige un mandatario a quien lo vinculan simpatías personales y relaciones de familia. Este gobierno lo tendrá cerca de sí, lo oirá, le otorgará distinciones, le abrirá carrera, le permitirá obtener y servir honrosos cargos.

Escritor desde niño, presente,—desde niño también,—su capacidad de estadista; anhela serlo; ha pasado el período de la formación; la idealidad adquirida se mantiene rígida y lozana; y bien pudiera decirse de él que ha sufrido todas las pruebas en que se temple y se fija el carácter. Al caudal de sus pensamientos orientadores no añadirá en lo sucesivo, probablemente, ni una gota más. Pero sus ímpetus son todavía incontenibles; sus fuerzas están intactas; la acción le seduce y le espera; y tras la acción, la gloria que engrandece y perdura; la gloria, que es la más fuerte de sus pasiones y única compensa-

ción que le satisface. No lo ocultará él ni en sus escritos, ni en sus discursos, ni en sus conversaciones de intimidad. ¿Para qué? El persigue «la gloria por la gloria», como otros van tras el dinero, el hartazgo, el brillo social o la santidad que conduce a Dios. La persigue y la busca tan naturalmente como la mariposa que aletea en torno de la lumbre.

La gloria por la gloria es la quintaesencia del ideal romántico, su floración última y más bella, el atributo imperecedero de la individualidad; es el espíritu que se abstrae y se goza en su propia creación; es el *yo* que se esfuerza por sobrevivir a todos los achaques del tiempo y la fortuna. Hay algo de extra humano en el sacrificio que la gloria impone; y el vulgo la mira con disimulado rencor. Pasa junto a ella y afecta despreciarla, porque reconoce la vacuidad en que vive y que nunca le permitirá hacerla suya. Para el superior, en cambio, es la promesa que a toda hora le fascina y sostiene.

Tras la gloria va, pues, nuestro historiógrafo; y su carrera posterior a los treinta años, que comprende un breve cuarto de siglo, no es más que el ascenso trabajoso para aproximarse a la deidad. Su acción puede preverse desde luego, en cada uno de los casos que la soliciten, aparte de la preferencia que para sus libros se tiene acordada. Obra literaria y acción política: he ahí los dos polos entre los cuales oscilará, con amplitud inmensurable, esta pródiga naturaleza.

No le seguiremos de nuevo paso a paso; porque,—como dijimos,—nuestro propósito ha sido únicamente bosquejar su juventud. Pero ello no impide que demos una síntesis de su producción y de sus actuaciones de la edad madura, a modo de complemento de los puntos de vista iniciales. Permanecerá él idéntico a sí mismo, sin duda; pero pondrá cuanto sus energías le permitan al servicio de sus conciudadanos, con el solícito afán de los primeros tiempos. Demasiado comprende que sólo a ese título podrá alcanzar la gratitud que ansía.

* * *

En 1862 Vicuña Mackenna fué designado miembro académico de la Facultad de Filosofía y Humanidades.

Era la consagración oficial de sus merecimientos. Al incorporarse, leyó una monografía histórica que tuvo cierta resonancia, —*Lo que fué la Inquisición en Chile*,— completada seis años más tarde con otra monografía sobre el mismo tema: *Francisco Moyaen o lo que fué la Inquisición en América*. La novedad del asunto, considerado históricamente, el colorido con que se le trataba y más que todo, las preocupaciones religiosas que en él incidían, proporcionaron a esas páginas muchos lectores y dieron pábulo a ardorosas polémicas. Por lo demás, con este honor se estaban recibiendo constantemente sus publicaciones.

Desde el cargo académico, no hizo con frecuencia vida universitaria, si bien cooperó con su dictamen al desempeño de varias comisiones y a la solución de algún problema educacional. La Universidad le atraía; pero como no profesó ninguna cátedra, tampoco tuvo oportunidad para intervenir de cerca en sus actividades. Hubo una materia, sin embargo, que llevó al seno de la Facultad y que despertó por algunos días considerable interés. Nos referimos a la proposición para eliminar el latín del plan obligatorio de la enseñanza secundaria.

Sucedió que en 1863 el presbítero Joaquín Larraín Gandarillas, al incorporarse a la misma Facultad, hizo el elogio de la literatura del Lacio y del estudio de su lengua en los colegios chilenos. En una de las sesiones siguientes, Vicuña Mackenna abordó la cuestión en un sentido opuesto, para pronunciarse en definitiva por la supresión de esta lengua en ese grado de la enseñanza. Consideraba su estudio anacrónico, inútil y hasta perjudicial.

La proposición causó extrañeza, a tal punto que Lastarria, el decano, se resistió a que se la dejase estampada en el acta y los presentes le hicieron el vacío. Pero, dos años después, su autor la renovó con estrépito; y esta vez hubo de sométersela a discusión, en medio de las jubilosas manifestaciones de la muchachada estudiantil. No obstante, a la resistencia de Larraín Gandarillas se unió ahora la de Barros Arana y de otros, entre éstos Santa María, que era el decano a la sazón. Los informes fueron y vinieron, a cuál mejor fundado; el de Vicuña Mackenna fué naturalmente el más voluminoso, como

que se llegó a temer que escribiese hasta un libro... La prensa de Santiago y de Valparaíso coreó su campaña; pero la tentativa se frustró, porque la oposición para eliminar la enseñanza del latín contaba con buen número entre sus colegas y porque el ánimo del proponente decayó demasiado al final. Poco menos que se retractó de cuanto en el debate había sostenido. Los razonamientos y el prestigio de los contradictores lo abrumaban. Mientras tanto, la brecha quedó abierta; y antes de muchos años, otros ganarían la batalla que entonces él perdió (c e).

No más afortunado fué, por aquel mismo tiempo, en otra de sus empeñosas iniciativas. La intervención de las potencias europeas en México, que había de culminar con la invasión francesa y el imperio de Maximiliano, suscitó en las repúblicas de América una protesta espontánea contra el ultraje. El sentimiento de confraternidad continental, que hacía medio siglo se venía manifestando en muchas de ellas, esporádicamente, renació esta vez y en Chile adquirió cuerpo en una *Sociedad de la Unión Americana*, que se instaló en Santiago en 1862. Se proponía allanar el camino a la anhelada vinculación política entre las repúblicas de habla española.

Como era lógico suponer, Vicuña Mackenna fué de los más entusiastas en la partida. Con su acostumbrada diligencia, acometió el trabajo de reunir las piezas de convicción sobre la idea unificadora, que se habían producido en América durante las décadas anteriores; y el mismo año 1862 entregaba el primer volumen de la *Colección de Ensayos y Documentos relativos a la Unión y Confederación de los Pueblos Hispano-*

(c e) Cons. el informe de Vicuña Mackenna en *Miscelánea* cit. t. III. pp. 105-45. — Cf. R. DONOSO. op. cit. pp. 196 y sigts. Primeramente, ese informe, que se presentó a la Facultad el 14 de abril de 1865, fué publicado también en la prensa de Santiago y en los *Anales de la Universidad*. En una de sus partes dice: «Partidario decidido de la más amplia libertad para la educación pública, no parecerá extraño que desde luego me pronuncie de la manera más terminante contra el estudio forzado de una lengua que, por más bellezas que contenga, son éstas en sí mismas bellezas muertas, incomprensibles a la inmensa mayoría de las clases que estudian; y por tanto, no viene a ser aquélla en realidad sino una reliquia de siglos remotos, sostenida hasta aquí sólo por la preocupación o el exclusivismo aristocrático de los cuerpos docentes de la enseñanza.»

Americanos. El segundo se publicaba en 1867, con una modificación en el título, que ahora decía referirse a los *Pueblos Sud-Americanos*, y comprendía la documentación pertinente desde el establecimiento de aquella *Sociedad* hasta la caída del imperio de México. La idea, sin embargo, no prosperó, ni entonces ni después; y ya parece que nunca llegará a prosperar.

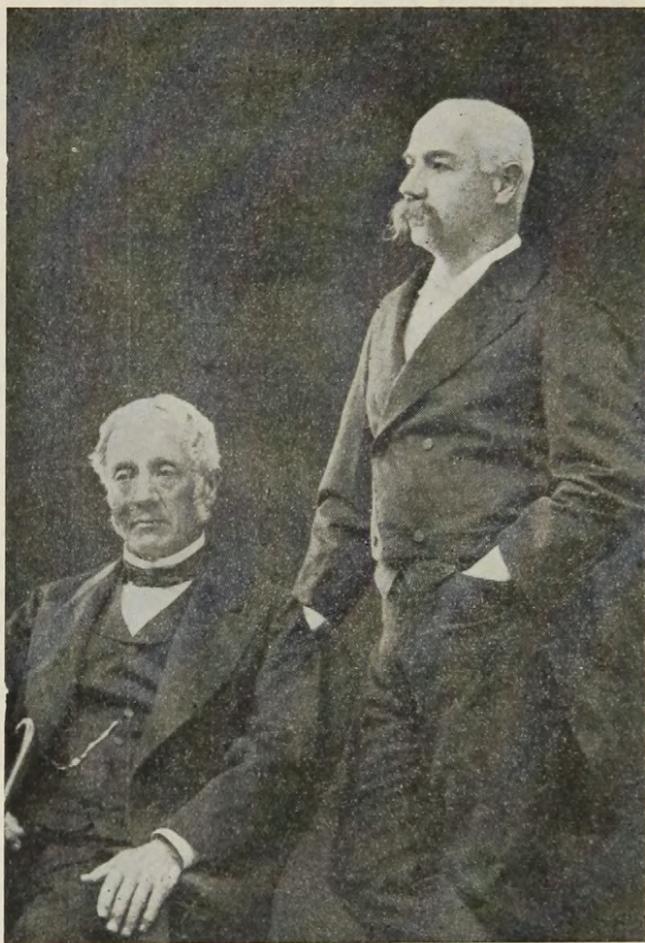
Aquella actividad iba a parejas con la impresión de las referidas obras acerca de la *Historia de la Administración Montt, don Diego Portales* y *El General San Martín*, que se registran entre las más valiosas de las suyas, aparte de otras producciones de menos extensión y relativas a variados asuntos. Iba a parejas también con su labor de periodista, como redactor de *El Mercurio* de Valparaíso, diario al cual entregó, en el espacio de ocho meses, ciento veinte y tantos artículos sobre los temas más diversos; y seguía a parejas, por fin, con la atención a los cargos de diputado,—elegido por La Ligua en 1864,—y de secretario de su misma cámara, que lo designó por unanimidad. Aún no era incompatible este destino con el de representante del pueblo.

Y no fué en la cámara tampoco un parlamentario mudo ni un simple jefe de oficina. Tiempo se dió para participar en debates de importancia y para presentar proyectos originales. Entre éstos se contaron el que reglaba las operaciones del crédito sobre prendas y el que se refería a la repatriación de los restos de O'Higgins. Pero la cuestión de más trascendencia en que le tocó intervenir fué la relativa a la reforma del artículo 5.º de la Constitución, que declaraba como religión del Estado la católica, apostólica, romana, con exclusión del ejercicio público de cualquiera otra.

Vicuña Mackenna era partidario de la más absoluta tolerancia, no obstante de hacer profesión de fé católica. Le bastaba haber viajado para afianzarse en esa posición; y la defendió en los debates con acopio de datos y razonamientos que impresionaron hondamente. Pero la solución dada al problema por aquel congreso de 1865, en el sentido de mantener el régimen de privilegio y aprobar una ley interpretativa que permitiera el culto privado de los disidentes, no contó con su



Vicuña Mackenna y su esposa, doña Victoria Subercaseaux. (Fotografía tomada en España en 1870).



Vicuña Mackenna, en 1871, acompañado de su padre,
don Pedro Félix Vicuña.

voto. Según las palabras de Justo Arteaga Alemparte, no quería Vicuña Mackenna «la libertad religiosa clandestina; la quería franca, altiva, noblemente acogida y noblemente consagrada» (c f).

Habría preferido él la supresión total del artículo 5.º, lo que equivalía en el fondo a separar la Iglesia del Estado. Apenas podemos imaginar ahora las pasiones frenéticas que los asuntos religiosos desencadenaban en aquellos años y las cóleras implacables a que se exponían los voceros de cualquiera innovación. El fanatismo, como fuerza ciega, era agresivo y contumaz. Para resistirlo con algún asomo de buen éxito se requería oponerle otro fanatismo; y Vicuña Mackenna le opuso otro: así como unos eran los fanáticos de la intolerancia, él fué el fanático de la libertad de creer, la más sagrada de las libertades. Pero esa actitud no traspasó los límites del platonismo; y ya veremos que tampoco con el tiempo había de ir más allá.

* * *

Luego vinieron días aún más tormentosos. Desde que la escuadra española ocupó las islas Chinchas (abril de 1864), pudo advertirse que el conflicto ibero-peruano llegaría a ser chileno también. En tal emergencia, el americanismo, que ya la *Sociedad de la Unión* venía cultivando, irrumpió en todo Chile con la lozanía y el impulso de los sentimientos nuevos; y las protestas sonoras, en corporaciones y corrillos, y los comentarios de prensa, y los mítines en teatros y paseos, demostraban la súbita excitación contra España en homenaje al Perú. Nuestro escritor atizaba el fuego y se prodigaba en el congreso y en las asambleas populares. En las conclusiones del mitin del primero de mayo de 1864, en que participó con un vibrante discurso, se decía:—«Creyendo que los peligros y la causa del Perú son los peligros y la causa de Chile, los ciudadanos se obligan solemnemente a contribuir a la pro-

(c f) J. ARTEAGA ALEMPARTE, *Don Benjamín Vicuña Mackenna*; semblanza publicada en 1875 y reproducida en su *Corona Fúnebre*. (Santiago, 1886), p. 20.

tección y a la defensa del honor y de la integridad de la nación peruana».—No se podía ser más explícito.

Desde aquel momento, el impetuoso americanista no cesó en su bélica propaganda contra España, junto con la dirigida a propiciar la solidarización de las repúblicas del Sur. Hubo horas de arrebatos. El presentimiento de que llegaran otra vez a presentarse los compromisos de la independencia estremecía los corazones. Se haría en esta ocasión lo que los antepasados hicieron: cubrirse de gloria defendiendo el terruño palmo a palmo, mientras hubiera sangre que verter.

Como se sabe, en septiembre de 1865 sobrevino la crisis de esa situación y fué necesario declarar la guerra a España. Una semana después, Vicuña Mackenna partía, oculto en un buque mercante, con dirección a los Estados Unidos, como agente confidencial del gobierno de Chile. Recordar la exaltación patriótica y la actividad múltiple del escritor y del político en donde quiera que estuvo, sería aludir a uno de los episodios más agitados y romancescos de su vida. Todo lo ha contado él mismo, en aquel libro de intensísima subjetividad que tituló *Diez Meses de Misión a los Estados Unidos de Norte América*. No parece indispensable añadir que la misión consistía en emplear los fértiles recursos de su laboriosidad y de su ingenio, para atraer el desprestigio sobre la causa de España y el favor sobre la que sostenían las repúblicas australes. Mover opinión, formar ambiente, unir voluntades y anhelos en la gran república del Norte, para coadyuvar a la defensa contra la agresión española: he ahí cuanto debía hacer el agente confidencial. En mala hora hubo de agregar a esas funciones la de intervenir en compras de barcos y armamentos; porque de esta gestión habían de derivarle, a su regreso, cargos tan antojadizos como odiosos, fuentes de no pocas amarguras.

Pero la popularidad del político no se vió quebrantada con las arremetidas de sus adversarios; y en las elecciones de 1867 recibió la diputación de dos departamentos a la vez,—Talca y Valdivia,—y continuó sirviendo la secretaría de la cámara. Sus empresas literarias continuaron también. Ya antes del viaje a los Estados Unidos había preparado la publicación

de la *Historia General de la República de Chile*, con la colección de las memorias universitarias presentadas hasta entonces, sobre diversas fases de la lucha por la independencia y del período de organización que le siguió. La impresión comenzó a su regreso, en 1866, y se completó en los años posteriores hasta formar cinco volúmenes.

Con paciente esmero, el compilador revisó esos trabajos; los dispuso en serie, según el orden cronológico de los sucesos; anotó las páginas con detalles y citas, fruto de su propia investigación; bosquejó con simpática benevolencia la vida de cada uno de los autores, casi todos sus contemporáneos y amigos; e incluyó también en la colección su memoria compuesta para la Universidad en 1868, bajo el rubro de *La Guerra a Muerte*, en que contaba las últimas campañas emancipadoras de Chile, al través de la Araucanía, contra el montonero Benavides. Los primeros veinte años de la vida libre del país (1810-1830) quedaban, con la *Historia General de la República*, esclarecidos y narrados en forma metódica, por numerosos autores, lo que uno solo no habría logrado hacer aún. Ese repertorio de noticias y de documentos es hasta ahora y será siempre de inestimable valor.

Las labores de la cámara, la colaboración en diferentes obras de índole social o cívica,—como la que se llevó a cabo para erigir el monumento a O'Higgins,—las polémicas sobre la inquisición y otras, los juicios de imprenta que él mismo dedujo contra sus detractores y multitud de variados quehaceres, no conseguían arrebatarle el tiempo que destinaba a interrogar el pasado y a describir sus luces y sus sombras. En 1869 entregaba al público los dos volúmenes de la *Historia Crítica y Social de la Ciudad de Santiago*, y el primero de la menuda crónica que llamó *Historia de Valparaíso*.

El escritor ha culminado en su carrera. La capital política y la capital mercantil de la república tienen en él su historiador, agudo, chispeante, pleno de gracia e ironía, pero verídico y sincero. Es posible que abulte algún suceso, que diseñe con irreverencia un personaje o que se extravíe en pormenores; cuestión de temperamento en el artista. De todas maneras, la visión a lo largo del tiempo es de un fiel e irreprochable

realismo. Tanto dentro como fuera del país, esas obras le significaron la consagración decisiva. Ya no historiaba hombres sino épocas y colectividades; y aunque el género episódico persistiera en el plan y en los relatos, la viveza del estilo y la amplitud social de los hechos valorizaban el conjunto.

Tal vez sea la oportunidad de poner en claro su concepción historiográfica, que aparece como vacilante en los primeros libros, según lo hemos señalado en el lugar correspondiente. Del biografismo, que era su nota más característica, no se desprendió nunca, pero lo atenuó mucho con la preocupación de la *historia social*, que en su concepto debía al fin prevalecer sobre la historia meramente política. En la introducción a la *Historia General de la República* explicó él su punto de vista sobre esta materia. No aprobaba la manera de agrupar los hechos en torno de los gobernantes, como estaba siendo costumbre entre nosotros, porque así procedían los historiadores europeos. De ese modo se olvidaban los aspectos que dan su fisonomía autóctona a los americanos.—«Lo que propiamente se ha escrito hasta aquí, decía, es la historia de los *gobiernos de Chile*, no la de su *sociedad*, menos la de su *pueblo*».

Sin embargo, al desenvolver esta concepción, incurría en un extravío lamentable. Declaraba que, ya que otros se habían encargado de escribir la historia de las *cosas*, él contribuiría ahora a escribir la historia de los *hombres*; como si las agrupaciones llamadas *sociedad* o *pueblo* no pudiesen historiarse en el conjunto de su vida, en las manifestaciones comunes de su actividad, y hubiera que personificarlas en un individuo determinado para conocer mejor su desarrollo. Precisamente, lo que distingue a la historia social de la política es la preocupación por las cosas y la relegación de los individuos a un segundo plano, como miembros de una colectividad de cuyas ideas y costumbres participan en forma irreflexiva y espontánea.

Durkheim lo ha dicho después categóricamente: los hechos sociales deben ser observados *como cosas*. Y en realidad era eso lo que hasta entonces no había llamado la atención a los estudiosos de la historia en Chile. En cambio, les habían apasionado los *hombres*, sus gestos y sus disputas, sus andanzas, sus figuraciones y sus caídas. Pero el biógrafo romántico

que había en Vicuña Mackenna creía hacer *historia social* refiriendo los pormenores familiares de cada uno de sus próceres, única manera de proporcionar alma a los tiempos ya idos.

«¿Qué otra cosa es la historia,—se preguntaba,—sino el trasunto de las acciones humanas, en todos sus significados íntimos o exteriores, en su audacia desembozada como en sus arcanos impenetrables, en su noble y responsable franqueza como en las tímidas excusas de un cobarde egoísmo? Por eso cada capítulo de la historia es la vida de un hombre; y la historia misma, puede decirse así, no es sino la vida de la humanidad. Por eso también buscar al hombre, desenterrar sus cenizas sin profanarlas, exhumar su pensamiento y su corazón sin lisonja ni calumnia, estudiarlo en todas sus fases, excepto la única que hay vedada para el escritor honrado y de conciencia,—la del hogar,—es trazar la existencia misma de una época, con todas sus sombras y sus espacios luminosos, y hacer revivir como en un cuadro animado la sociedad, el pueblo y los gobiernos que las generaciones, esas lápidas mudas que se van renovando periódicamente sobre el vasto sepulcro del linaje humano, han ido cubriendo y olvidando. Tal manera de concebir la historia no hace de esta sólo una enseñanza; constituye casi una resurrección.

«Por otra parte, el hombre es siempre el mismo. Las luchas que le trabajan en la plaza pública, no dejan en su ser huellas menos profundas que los cuidados y los afanes de su existencia íntima; y así como una palabra, un gesto, un ademán traicionan muchas veces en el recinto de sus afecciones los secretos más recónditos de su alma o de su mente, así una palabra, un gesto, un ademán que se hayan hecho expectables en el tumulto de una asamblea, en el bullicio de las pobladas o en el estruendo de las batallas,—cosas todas tan propias de nuestra organización turbulenta y democrática,—ponen a menudo de manifiesto la verdad de acontecimientos que esas piezas escritas que llamamos de buena fé *documentos históricos* se han encargado muchas veces de disfrazar con falsedad y astucia.

«Adoptando el sistema que acabamos de trazar, encuentran por sí solos legítima cabida en las páginas severas de la historia, todos aquellos episodios que se han juzgado frívolos

o vulgares, todos aquellos rasgos del carácter individual que se reputaban ajenos del vasto conjunto de hechos y de acciones que representan una época colectiva, todos aquellos pormenores minuciosos que conservan la memoria fiel de los testigos presenciales, aquellos epigramas palpitantes arrancados de las prensas o la tribuna, el veneno mismo de esos pasquines sigilosos que son, a la manera de esas viles aves de la noche, los precursores de la luz, las anécdotas en fin y hasta los chistes característicos de una época o de una sociedad, y que es la tarea del concienzudo escritor entresacar de la era de los tiempos, como el paciente labriego aparta el grano de la paja vana que arrastra el viento en la cosecha de las mieses».

He ahí todo el credo del historiador, expuesto con el brillo natural de su frase. Y ya se comprende a dónde ha de conducirlo en cada una de sus obras. Apenas si hoy se necesita demostrar lo vacío y anacrónico del procedimiento. Pero, si el episodio individual es su fuerte, no prescinde por eso de ambientar a sus héroes; y así es cómo traza y colora interesantísimos cuadros sociales, en que nos presenta *humanizadas* las cosas del pasado; esas mismas *cosas* que no estima de su deber historiar especialmente, aunque lo esté haciendo por vía incidental, con el detalle que ilumina el personaje o el objeto y con la palabra que mejor lo define.

Bien merecía un poco de descanso el fecundo obrero de la inteligencia y de la pluma. Lo tuvo por fin, aunque relativamente. En 1867 había formado su hogar, unido en matrimonio a una de sus primas, Victoria Subercaseaux Vicuña, joven de naturaleza delicada, por cuya salud ambos emprendieron viaje a Europa apenas comenzó el año 70. En busca de los sitios de sanidad adecuados, el escritor pasea de nuevo su vista por las mismas ciudades y los mismos campos que en la juventud recorriera como estudioso y proscrito. Francia, Inglaterra, Alemania, Suiza, Italia, España, a todas partes va, mientras su compañera se distrae y mejora. Sin embargo, para él no hay remedio. Su enfermedad es escribir y sólo se cura con la tinta... decía alegremente.

¿Y cómo no ha de escribir él ahora, cuando todo lo que vio hace diez o quince años ha cambiado hasta el punto de pare-

cerle inconocible? ¡Qué progreso y qué potente vida hay en Europa! Y empieza entonces la serie de las correspondencias a *El Mercurio*, sobre las cosas que más atraen su atención en los lugares que visita, aquellas correspondencias célebres con el seudónimo de *San Val*. La nota política es esta vez la de su dilección, sin perjuicio de desviarse,—aunque excepcionalmente,—hacia la economía, la crítica social o las letras, cuando algún asunto de manifiesto interés lo reclama.

Y es no sólo porque en esta ocasión haya un parlamentario en él, sino porque el ambiente europeo está cargado de electricidad. Son las nubes precursoras del conflicto franco-prusiano que va a estremecer el continente. Ninguna hora más propicia para el ágil y acucioso espíritu del historiador. No escaparon a su visual experta los elementos que fermentaban en lo alto y en lo bajo para interrumpir la paz. Oportunamente, en sus comunicaciones a *El Mercurio*, denunció y previno la catástrofe; y la siguió en su desarrollo, desde la Francia misma o desde los países neutrales, casi día a día.

Los artículos del corresponsal pudieron muy bien ser tenidos,—y efectivamente llegaron a serlo,—como auténticos testimonios de la guerra, escritos con la palpitante emoción de las batallas cuyo trueno parecía él oír. Todavía dirigió su lente hacia las consecuencias sociales y económicas del conflicto, ya que las políticas fueron visibles desde los comienzos; y a continuación de éstas, señaló aquéllas también.

No rehuye tampoco las horas de emoción. Cuando caído el imperio, la Francia encendía de nuevo su fe en la república, él ve pasar por las calles de Lyon el regimiento engalanado con la cucarda democrática; y de pie sobre el victoria que ocupa al lado de su esposa, se descubre para rendir el homenaje de un corazón chileno al pueblo francés. ¡*Vive la république!* exclama a todo grito; y la tropa responde roncamente con un grito igual.

En los últimos meses de 1871 estaba de regreso, ufano de este viaje, el más feliz de los que realizara, porque había llenado con creces su objeto: la enferma volvía sana y él había conseguido el éxito más resonante y provechoso de su carrera. Nunca se le leyó tanto ni se le recompensó mejor que como

corresponsal viajero en Europa. Y aquí podría decirse que termina la segunda etapa de su afanosa existencia.

* * *

El gobierno quiso contar con la colaboración de Vicuña Mackenna como intendente de Santiago; y en abril de 1872, el presidente Errázuriz Zañartu, que era su amigo y camarada desde los tiempos ya lejanos de la *Sociedad de la Igualdad*, lo disuadió a aceptar el cargo. No creyó el presidente, sin duda, como tampoco lo imaginó el agraciado,—y el vecindario mucho menos,—que tras el agitador, el político, el periodista y el historiógrafo se ocultara el mandatario más inverosímil, por la laboriosidad, el empuje, la resolución y la constancia. Su inquietud no era sólo de pensamiento; era principalmente de realización; y así como podía darse una jornada de veinte horas continuas, abstraído en escribir, también podía resistir la misma jornada en su despacho de intendente, en el paseo público, en la calle, en el campo o la montaña, proyectando obras, revisando planos, impartiendo órdenes, dictando decretos, vigilando trabajos, recogiendo informaciones, explorando terrenos para instalar nuevos servicios, siempre en movimiento y en una acción infatigable.

Fué aquello un vértigo que rompió los moldes de mesura, serenidad, reposo, discreción, y cuantos secularmente tenía catalogados la timidez sesuda de nuestros administradores locales. En el principio los propósitos del intendente parecieron locuras; y la probada sensatez de los magnates sonrió compasivamente. ¿Cómo alarmar y poner patas arriba la ciudad entera, destripar las calles, derribar los ranchos, abrir avenidas, atajar el río, enseñorearse del Santa Lucía, despojarlo de sus basuras, hacer sobre los peñascos un castillo de las Mil y una Noches, improvisar parques y plazas, crear escuelas en la ciudad y los campos, establecer lazaretos, fundar hospitales, ensanchar mercados, celebrar exposiciones de arte, regularizar los servicios de locomoción y de tránsito, atrevérseles a las carretas, los faroles, los teatros, los hoteles, las cantinas, las chinganas; y todo, para limpiar, sanear, pavi-

mentar, embellecer, alegrar, infundir cultura y nueva vida, y dar más aire y luz a este villorio polvoriento y dejado de la mano de Dios, pasto de la polilla, la mugre y los ratones, y por añadidura, de todas las pestes? ¿Dónde se ha visto audacia semejante? ¿Qué apuro de hacer eso? ¿Y con qué recursos se cuenta? ¿Y el respeto a la propiedad, a los derechos adquiridos, a la libertad de vivir como a cada uno se le ocurra, dónde quedan?—¡Cosa más insufrible e insólita!.. Sin embargo, los obstáculos que parecían insuperables fueron vencidos; y cuanto se proyectó se hizo, total o parcialmente, en el transcurso de tres años. La ciudad experimentó muy luego los beneficios de aquellas iniciativas; hasta los mismos que empezaron combatiéndolas concluyeron alabándolas; y por fin, nada se deploró más que abandonara su puesto el atrevido taurmaturgo de la modernización de Santiago.

La mala fama vuela, pero siquiera la buena fama corre. En todas las provincias el nombre y la obra del intendente de la capital repercutieron con asombro; y hasta en las naciones vecinas hubo comentarios lisonjeros. Santiago de Chile ofrecía el ejemplo de una ciudad que se europeizaba y se renovaba febrilmente, a golpes de hacha y de barreta. Tanto el plan como el esfuerzo pertenecían a un solo hombre, que era a la vez un escritor y un político, entregado a la obra con alma y corazón.

Ha llamado a todas las puertas, en demanda de recursos, y los ha obtenido. No ha vacilado siquiera en comprometer su crédito personal,—ya que peculio propio no tenía,—cuando esos recursos han sido insuficientes. No ha mirado más que adelante, seguro de triunfar. Su desprendimiento y su civismo rayan a la misma altura que su capacidad de concebir y hacer. Por lo demás, él lo ha contado todo, se ha defendido y se ha impuesto sobre la inercia, en libros, folletos y publicaciones innumerables, demasiadas sin duda, pero demostrativas de su conocimiento del problema edilicio, que era problema de civilización y por tanto problema nacional.

Nada tiene de raro entonces que muchos pensaran en él como en un probable candidato a la presidencia de la república. Lo consideraban, por los hechos a la vista, como la capacidad

mejor dispuesta para acelerar la evolución social y económica del país. Fué en las provincias donde nació la idea. En el verano de 1875 iba en viaje de vacaciones cuando, al detenerse en Talcahuano, surgió espontáneamente el movimiento que condujo a su candidatura. Ella se basaría en la organización de un nuevo partido, que se llamó muy luego «liberal-democrático». Multitud de pueblos del Sur, y en seguida del Norte, saludaron el nuevo pabellón político y adhirieron al candidato que ungían miles de voluntades extrañas a los círculos de la capital. En unos cuantos meses todo se organizó a lo largo del país, para la propaganda y la lucha del año 76.

Pero no eran los tiempos de elecciones libres todavía, por mucho que se dijera de que el gobierno estaba en manos liberales. El presidente Errázuriz tenía, como sus antecesores, designado ya al sucesor, en la persona de uno de sus ministros; y no había de renunciar a ejercer este derecho consuetudinario que integraba la Constitución, aunque ésta no lo dejase en parte alguna presumir. La elección presidencial se haría impuesta por el ejecutivo, tal y como se habían hecho las otras, incluso la del mismo supremo magistrado en funciones.

* * *

Cuando Vicuña Mackenna comprendió que él sería un candidato independiente, contra el inevitable candidato oficial, renunció a la intendencia de Santiago y se lanzó a la campaña de opinión más estrepitosa que se hubiese librado hasta entonces. Era en abril de 1875. Tres años justamente había servido aquel cargo y dejaba en la capital y en la provincia una huella imborrable de su genio realizador. Pero oigámosle contar a él mismo las primeras incidencias de esa campaña, en un discurso que al año siguiente dirigió a sus electores, en el teatro lírico de Santiago.

«En enero de 1875, decía, me encontraba ajeno, completamente ajeno a la política. Vivía del todo consagrado a la tarea de dar a esta gran ciudad embellecimiento, higiene y progreso, y al deber de restituir a mi hogar una salud perdida y que un reciente viaje a Europa apenas había recobrado.

Nada estaba más lejos de mi espíritu que el calor, ni siquiera la tentación de lo que en nuestro suelo se llama *política*. La conocía casi desde la niñez; y en la edad madura ya no la amaba, porque la había conocido demasiado. Durante tres años,—y en esta parte invoco la memoria de todos,—esa sibila falaz, con su séquito de perfidias, de cobardías y de bajezas, no había subido jamás en mi compañía las escalas de piedra de la intendencia de Santiago. Al contrario, yo le había señalado la puerta, como a un visitante odioso, desde el primer día.

«Emprendí en ese mes, como en todos los veranos anteriores, un viaje de salud. Iba a Valdivia por consejo de los médicos. Pero en la mitad del camino fué preciso detenerme, por consejo también de los médicos. Instalé mi hogar provisorio en Talcahuano. Pero allí, sin que yo lo imaginara ni lo sospechara siquiera, comenzaron a llegar emisarios calurosos de todos los pueblos que existen entre el Maule y el Biobío, y que hacían un llamamiento a mi patriotismo y a los bríos de mi naturaleza y de mi espíritu.

«Vuestra manera de manejar la autoridad, haciéndola « completamente democrática; vuestra laboriosidad infatigable; vuestro desinterés; la participación de hecho que « habéis brindado, en las manifestaciones del poder local, « a los hombres de todos los partidos, y especialmente a la « juventud, y aún a la mujer; todo esto,—me decían esos emisarios,—ha llegado a hacer de vuestro nombre una especie « de encarnación viva y palpitante de las aspiraciones de los « pueblos de ultra Maule y de ultra Biobío, que han vivido « siempre bajo el flagelo y la mordaza de soberbios e irresponsables mandones».

«A ese lenguaje, demasiado hermoso porque era demasiado indulgente, yo contestaba con mi incredulidad y con mi deber. No amaba la política, porque no creía en ella. Esa era mi incredulidad. Amaba, al contrario, mi puesto de intendente de Santiago, porque ese puesto era trabajo y sacrificio. Este era mi deber. Pero esas manifestaciones íntimas tomaron luego un carácter público y general. Lo más selecto de la sociedad de Concepción me ofreció un baile en Talcahuano.—Tomé, Coronel, Chillán y Linares me brindaron entusiastas banque-

tes; y vino en seguida la imponente manifestación política de Talca, que sacudió en muchos espíritus las fibras del encono y de la ira... Yo no habría podido, sin embargo, rechazar ninguna de esas nobles ovaciones, ni como hombre, ni como funcionario, ni menos como antiguo y probado liberal. Eran laureles que yo recogía al borde de la senda, para la causa común; eran guirnaldas de vistosos colores, destinadas a engalanar la bandera querida bajo cuyos pliegues había combatido durante mi juventud. ¿Por qué entonces esos laureles y esas guirnaldas habrían de causar enojo a los antiguos y leales compañeros de lucha y de trabajo?».

Hasta aquí sus palabras. Ellas son suficientes para revelar la resistencia que su candidatura encontraba entre los hombres de gobierno, sus correligionarios y amigos de la víspera, pero que ya tenían sus resoluciones acerca del futuro presidente, para cuya elección a ellos les bastaba unirlo. La lucha a que Vicuña Mackenna se entregaba esta vez rebalsaba con mucho los círculos y las tertulias de Santiago. Era incomparablemente más difícil y azarosa. Se extendía a todo el país y había que sostenerla contra la mano omnipotente del gobierno. La afrontó, sin embargo, con el ímpetu, la decisión y el denuedo que sólo eran suyos, para ir en definitiva al fracaso; pero al fracaso más honroso.

La campaña se desarrolló en el transcurso de catorce meses, desde principios de mayo de 1875 hasta fines de junio de 1876. El candidato independiente y jefe del nuevo partido, recorrió el país pueblo por pueblo, en ruidosas jiras; pronunció innumerables arengas; dirigió a sus amigos ardorosos manifestos y comunicaciones; editó folletos; sostuvo diarios; interpelló ministros; y opuso a la intervención cuanto dique las circunstancias permitían.

La plataforma con que se presentaba era sencilla, pero concreta. Defendía el respeto a la libertad electoral, como la más preciosa conquista de la democracia. Sostenía a la vez el principio de la libertad religiosa y de la libertad de enseñar, si bien bajo la tuición del Estado. Auspiciaba el fomento de la educación popular y de la cultura para todos. Quería la expansión de la agricultura y demás fuentes productoras, bajo

un régimen de protección gubernativa. Anhelaba con fervor el mejoramiento de las condiciones de subsistencia entre las muchedumbres campesinas y obreras, juntamente con el realzamiento de su nivel moral. Y se inclinaba, en fin, a la asimilación del indígena, mediante la inmediata ocupación de la Araucanía, aún indómita.

En el calor de la contienda,—calor de sinceridad,—no reservaba tampoco sus disparos contra los viejos partidos, estados mayores sin soldados, que sojuzgaban la república desde la capital y mantenían las provincias bajo un sistema de centralización intolerable; contra las camarillas de club, que disponían a su antojo del país; y contra la oligarquía de antigua data, ya caduca y herida de muerte, según él, pero osada y logrera, que continuaría gobernando para su propio medro, si triunfaban ahora las imposiciones del ejecutivo; porque en la intervención electoral tenía aquélla su más sólido baluarte.—No podía hablar el candidato, dentro del ambiente de la época, con destemplanza menos oportuna.

Todo fué en vano. La intervención comenzó por hacerse sentir en las elecciones del congreso de 1876, que precedieron a las de presidente; y aunque no consiguió el aplastamiento del candidato popular, como lo hubiese querido, dió a comprender demasiado de lo que sería capaz en las próximas urnas. Vicuña Mackenna fué elegido aquella vez, simultáneamente, senador por Santiago y diputado por Talca, cargo este último que muy a su pesar declinó, con la venia de los mismos electores, para conservar el primero. Desde el senado continuó el formidable duelo por la libertad electoral y contra el ejecutivo interventor. Ya éste montaba, sin rebozo alguno, la máquina escamoteadora de sufragios en todas las localidades que le eran adversas. Fué inútil el reclamo insistente y comprobado delante de la alta cámara. El denunciante de la arbitrariedad estaba allí en una desoladora minoría. Clamaba en el desierto. La domesticación de los partidos carece de conciencia; no oye, no ve, no siente, no se inmuta, no palpita; es una roca; la ola la invade, la asalta, la golpea, pero la roca inmovible sigue desafiando el temporal que ruge.

Y así llegó el fin de la contienda, con el candidato

independiente fuera de combate, en la imposibilidad de resistir. Ya en vísperas de comparecer ante las urnas, hubo de resignarse a la abstención. La pidió a sus amigos de la capital y las provincias como una protesta. El boletín telegráfico llevó a estas últimas un estremecimiento de coraje, junto con la esperanza en la reforma ineludible. A fuerza de resolución y valor cívico, la república sería alguna vez una verdad. ¡Noble anhelo de ilusos soñadores! Ha trascurrido más de medio siglo desde aquellos días y aún repercuten en nuestro campo social y político las admoniciones del iluminado paladín demócrata.

* * *

La república no sería la libertad y la democracia, durante el período de su generación ni en el período siguiente tampoco. Había él sacudido al país con su fervor y su elocuencia. Jamás otros osaron emprender una campaña semejante. Las presidencias y hasta los congresos se hacían cómodamente desde la Moneda, previa gestación en el club. Por primera vez se había usado, en 1876, el procedimiento de las convenciones, para proclamar de modo solemne,—o por mejor decir, teatral,—a los candidatos que se disputarían la magistratura suprema; pero el gobierno lanzó en una de ellas el suyo y sin mayor obstáculo lo hizo triunfar, lo que equivalía desde luego a elegirlo.

Los cenáculos de Santiago, que ostentaban el nombre de partidos, disponían de la voluntad de las provincias,—cuando no contaban con su indiferencia,—y les daban hecha la elección, para que no tuviesen más que confirmarla. Las autoridades locales, fieles ejecutoras del poder central, se encargaban de los pormenores de las urnas. El candidato no tenía para qué moverse de su casa. No había de descender a codearse con la muchedumbre. Hasta la dignidad del cargo parecía oponerse a tal actitud. A lo más, la cortesía le aconsejaba escribirle de su puño y letra a algún vecino influyente en el pueblo lejano o hacer una jira de conversación, para conquistarse un cacicazgo recalcitrante o dudoso. La metrópoli deslumbraba. La provincia obedecía.

Vicuña Mackenna interrumpió esa tradición y poco menos que invirtió los papeles; quiso apoyarse en la provincia y en el pueblo; ir de abajo hacia arriba; realizar la «democracia práctica», como gustaba decir. Que desconoció esta vez, como en algunas otras, la realidad en que actuaba; que se imaginó un pueblo y una opinión que no existían; y que se adelantó medio siglo o un siglo a su época, lo confirman los hechos posteriores hasta hoy. La oligarquía contra la cual él se revelaba, preponderó como antes, sin contrapeso alguno, en las tres presidencias que siguieron a su brava contienda; y la jornada que ensangrentó al país en 1891, hasta obtener el triunfo de la libertad electoral, tampoco le arrebató el mando a esa oligarquía. El fraude y el cohecho reemplazaron a la intervención; y el parlamentarismo democrático apenas si fué más inclinado al pueblo de lo que habían sido el autoritarismo conservador y el presidencialismo liberal. Se siguió legislando como antes, en provecho de la clase que tenía el privilegio del poder.

Cuentan de Roma que cuando los plebeyos exigieron tener un tribuno en su defensa, con autoridad para oponerse a las resoluciones del senado, los patricios, generosamente, les ofrecieron dos; pero a condición de que, para vetar una ley, ambos tribunos estuviesen de acuerdo. Aceptaron los plebeyos la dádiva sin darse cuenta del ardid patricio, que consistía cabalmente en comprarse a un tribuno para anular el otro. Así la oligarquía de nuestros viejos partidos. Aceptó regocijada la libertad electoral; pero se reservó el derecho de comprar los votos, cuando no de falsearlos con el auxilio de serviles agentes. Fué un tutelaje aún más amplio que el del ejecutivo, pero mucho menos ostensible.

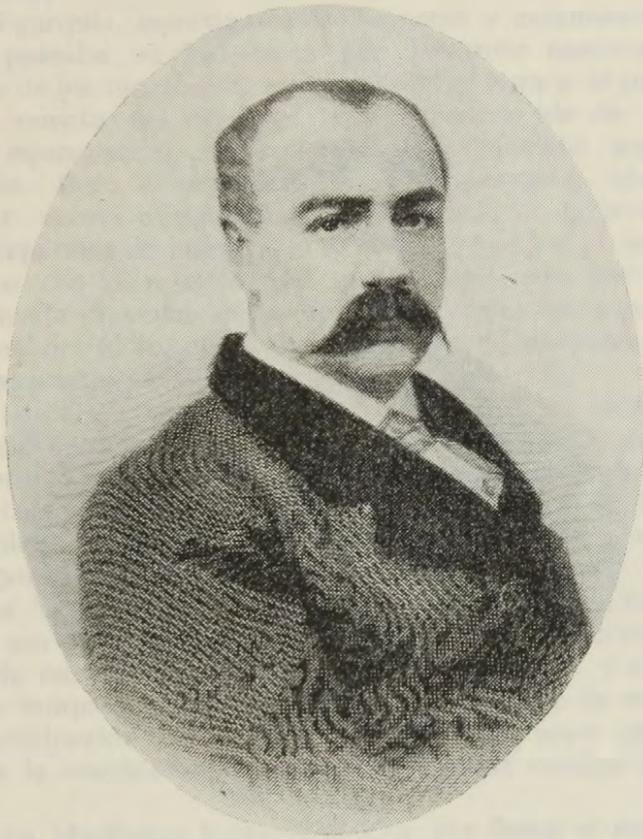
Regístrase el caso del opulento senador de las provincias centrales, ante quien se presentó una comisión de sus electores para pedirle apoyo en beneficio de una obra de importancia local. Estos solicitantes invocaban el hecho de haber contribuido a su elección.—«¡Cómo!, les contestó el magnate. ¿Se atreven ustedes a decir que me han elegido? Pues, enténdanlo de una vez: no me han elegido ustedes ni nadie, sino yo mismo, como que compré los votos necesarios con ochocientos mil

pesos. De modo que nada tengo que ver con ustedes, ni con lo que a ustedes pueda interesarles...».

Mucho se ha discutido sobre si este procedimiento electoral ofrecía o no mayores ventajas que el de la intervención; y es muy probable que nunca se llegue a un acuerdo. Lo que parece seguro es que uno y otro han presentado inconvenientes parecidos, pues la calidad de los electos fué siempre poco más o menos la misma, dentro de uno y otro sistema. Quizás si el haber evitado la violencia significó un progreso; y acaso en las subastas de la conciencia cívica pudo haber algún asomo de inmoralidad; pero, ¿es que existe en el pueblo una conciencia cívica?—¡Cuestión considerable!

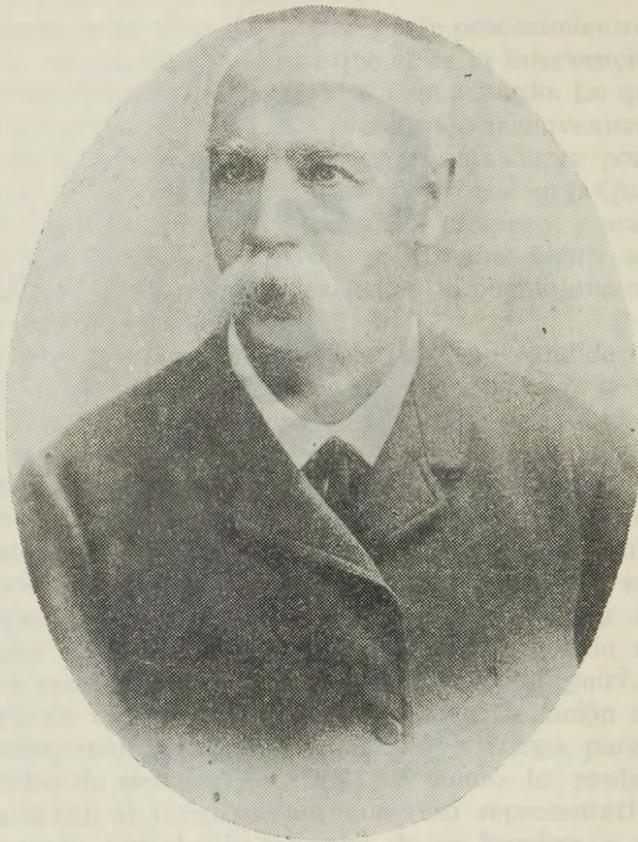
Cuando por segunda vez, en 1920, un candidato popular estremecía al país y fanatizaba a las masas con la verba radiante de promesas, su triunfo fué recibido con rabioso estupor en los círculos de la oligarquía. Ella combatió sin descanso su gobierno, hasta exasperar la espontánea vehemencia del caudillo y arrastrarlo a una intervención tan peligrosa como innecesaria, al elegirse el congreso de 1924. Ella también acogió,—con indiferencia al principio y con júbilo en seguida,—la irrupción militar de septiembre de ese mismo año, que derribaba al presidente de la democracia y venía a romper una era casi secular de civilismo. ¿Y a qué seguir?... En la memoria de todos está cómo se fué a continuación de tumbo en tumbo,—con algunas ventajas, sin embargo, para los desamparados de siempre,—y cómo se colmó la medida de la arbitrariedad, al constituir un congreso representativo, único en el mundo, por el solo capricho de un hombre y sin forma alguna de sufragio.

La verdad era también que carecía de objeto recurrir al pueblo. La sumisión había descendido a un relajamiento contagioso; los partidos, disueltos mucho antes, no eran sino patrullas merodeadoras en Santiago, sin arraigo en las provincias y mucho menos en la opinión social; pero estas patrullas no tenían inconveniente para asumir cualquiera representación de circunstancias, como que en su mayoría las formaban hombres sin ideal, doctrina ni bandera, que sólo exhibían los descoloridos gallardetes de otros



Vicuña Mackenna en 1865

(Fotografía tomada en la época de su misión a Estados Unidos)



Vicuña Mackenna en sus últimos años

tiempos, con añejos motes de luchas que pasaron y que no han de volver.

La oligarquía, mientras tanto, la noble y zarandeada oligarquía, paseaba su indolencia por flamantes caminos o a la sombra de los rascacielos, en espera de su hora y al parecer sin darse cuenta del derroche más desenfrenado de cuantos, en equivalencia de recursos, haya podido soportar una nación. Pero, en presencia de la bancarrota, que en el exterior cubría de ignominia a la república,—la severa y honrada república de nuestros mayores,—y que en el interior amenazaba con el espectro del hambre, comenzó por fin a comprender la gravedad del momento; y se dispuso a socavar la columna del ídolo, cuya aureola habría de disiparse como el humo al primer soplo de la rebeldía juvenil.

Ya nadie acudió entonces a recibir el óleo de las fuertes manos que detentaban el poder ni a cohonestar siquiera la monstruosidad del crimen en que todos, cuál más cuál menos,—tanto los de arriba como los de abajo,—éramos responsables; los unos por indiferencia, los otros por tolerancia, algunos por cálculo mezquino y no pocos por miedo o por insensatez. Y el ídolo cayó, sin comprometer siquiera la vitalidad de esa oligarquía que Vicuña Mackenna declaraba, hacía más de medio siglo, caduca y herida de muerte y sin que el pueblo tampoco tuviera en el derrumbamiento la más remota participación. Y ahora se pregunta de nuevo: ¿a dónde reside la conciencia cívica?—¡Tan pausada camina la historia!

Vicuña Mackenna había empezado por llevar el romanticismo a la política; y en esa actitud permaneció luchando durante el cuarto de siglo que va desde 1851 hasta 1876. La prueba cruel de este último año no marchitó su ilusión democrática; pero el partido que había improvisado comenzó a ralearse muy pronto, no tanto por la forzada inacción, como por el alejamiento del poder, única atmósfera que entre nosotros da vida a esas colectividades. Sin embargo, sus conatos de reforma podrían en varios aspectos desplegarse hasta hoy; tan poco es lo que la sociedad ha cambiado fundamentalmente desde entonces en sus hábitos de gobierno, aunque en otros sentidos

los progresos sean muy valiosos; lo que probaría una vez más que no es desde el poder de donde derivan los beneficios sociales sino de la sociedad misma y que, por consiguiente, un próspero estado intelectual y económico puede coexistir con una organización política deficiente o viciada.

Como quiera que sea, las reformas que el escritor propició en aquel tiempo, todavía en gran parte se aguardan; y de seguro, serán el resultado de la evolución producida por las solas fuerzas sociales en permanente actividad; pero a quien quiera que las observe, esas transformaciones exasperan por su lentitud. Sin embargo, por mucho que hayamos perdido la fe en la democracia y en la libertad, no podremos desconocer que en aquellas luchas se forjan las armas de las conquistas que habrán de venir. La influencia de un renovador es siempre escasa; pero ella se suma a la de sus contemporáneos y así se transmite, viva e inmutable, a las generaciones que le suceden.

* * *

Después de aquella agitada contienda, el historiógrafo volvió a sus libros y a su labor de prensa, sin abandonar por eso las funciones de senador, donde en seguida actuó sosegadamente; porque, si antes había perdido la fe en la política, ahora creía en ella mucho menos; su falsía lo desconcertaba. Sin duda que el país y las letras nacionales ganaron con esa determinación, sin contar con el mayor relieve que adquiriría su nombre. Pronto viene en la producción literaria un nuevo período de fecundidad. Es el tiempo de esos libros de tan maduro sabor local, *La Quintrala*, *Los Médicos de Antaño* y la serie de las *Relaciones Históricas*, entregadas a los diarios antes de circular en dos hermosos volúmenes.—*De Valparaíso a Santiago*, *El Clima de Chile*, *Cambiazó* y *La Jornada del 20 de Abril de 1851*, pertenecen además a esa época, aparte de una porción de bosquejos y artículos de menos proporciones.

También fué ése el tiempo de sus ensayos de economía nacional, en las columnas de *El Ferrocarril*, denominados *Tierra Ignota*, y de sus polémicas en defensa del régimen pro-teccionista, propaganda que entonces significaba nadar contra

la corriente del libre cambio, desencadenada en Chile, veinte años atrás, con toda la autoridad científica de un Courcelle-Seneuil. Estudios críticos, etnográficos y folklóricos se mezclaban con los historiográficos y económicos, de tal manera que se hacía difícil creer en la elaboración simultánea de tantas materias distintas en una sola mente. Pero ésta fué la característica del autor desde los principios de su carrera.

Tal ductilidad de pensamiento, que ya de suyo podía considerarse sorprendente, hubo de intensificarse más aún, a poco de iniciado el año 1879, el de la guerra del Pacífico. Los esfuerzos de Vicuña Mackenna parecieron ahora imponderables. Todo su tiempo lo absorbe la preocupación de la lid desigual en que está comprometida la patria; escribe torrentosamente, en *El Mercurio* de Valparaíso y en *El Ferrocarril* de Santiago; y no conforme con eso, funda un nuevo diario, que casi llena él solo con la exuberancia y la energía de su espíritu. Asiste a manifestaciones públicas; sostiene en Coquimbo una ruda campaña electoral, para no perder su asiento del senado, desde donde necesita controlar la acción del gobierno en el conflicto; a todo atiende a la vez, hasta a las posibilidades de que la Argentina intervenga en la guerra, removiendo enojosamente la antigua cuestión de límites; y reúne en un libro sus estudios sobre *La Patagonia*, para aclarar este negocio, con la mira de atraer los dos países a una inalterable cordialidad. No hay esparcimiento ni descanso. Se le lee y admira, dentro y fuera del país, como el exponente más representativo de su generación.

A todos cuantos han tomado las armas estimula y alienta con su aplauso; exalta sus acciones y los señala al público reconocimiento. Canta la guerra y las victorias, y consagra el sacrificio y el deber, como el Tirteo legendario. Nadie más popular y misericordioso entre las viudas y los huérfanos. Su correspondencia diaria es un alud que se renueva inagotable; y a todos responde, y a todos consuela. Mide los obstáculos; desvanece las dudas; traza directivas; y argumenta, y protesta, y discute, y se indigna, y se entusiasma, según el ritmo de los acontecimientos. En él vibra épicamente el alma de la nación. Es idea, impulso, fuego y luz.

Cuando el empuje del soldado chileno, subiendo el arenal

que ahora mismo parece infranqueable, se apodera de las fortificaciones del morro de Arica, bajo el furor de la metralla, el vidente patriota condensa en *El Mercurio* el sentimiento unánime de la opinión nacional. ¡No Soltéis el Morro! Así denomina su proclama; y ya pasado medio siglo, este grito repercute aún. Caída luego Tacna, la voz de orden es ¡A Lima!; y el mismo conductor de multitudes la populariza en todo el país y contribuye a imponerla contra las vacilaciones de los gobernantes. Tomada Lima, por fin, celebra alborozado el término de la guerra; y entonces su acción de gracias es *La Victoria del Pueblo*; es decir, la abnegación y el sacrificio de la masa, de donde sale el héroe desconocido, tanto más héroe cuanto más anónimo.

En seguida, las gestiones de la paz con los aliados lo mantienen a toda hora alerta, defendiendo los derechos que crea la victoria, tanto desde su cargo de senador como desde su tribuna de periodista. Y no rehúye tampoco la política ardiente y tempestuosa. Se hace el vocero más activo de la candidatura presidencial de Baquedano, en 1881, como una recompensa al vencedor de Chorrillos y de Miraflores. Se alía al partido conservador, que ha levantado esa candidatura; combate a favor de ésta con su habitual denuedo, pero a la vez con una destemplanza que por lo menos a sus años no sentaba bien; se pone frente a frente a la candidatura oficial de Santa María, su viejo camarada y amigo; arremete contra el ministerio interventor que ha de dirigir las elecciones; lo interpela y censura con inusitada violencia, pero no consigue derribarlo; y vuelve con crecientes bríos por los fueros de una libertad electoral que nunca logró ver practicada.

A todo esto, la candidatura Baquedano, falta de ambiente político, tiene que retirarse del cartel poco antes del día de las urnas,—más o menos como la suya propia de cinco años atrás.— Tanto despilfarro de energías se emplea sin éxito ni honor; y por último, su partido, divorciado definitivamente de él, lo deja punto menos que solo, bajo el sambenito de la inconsecuencia y de los apasionamientos ingratos en que prima el encono personal. Su prestigio decae; su estrella palidece; el político va hacia el ocaso; no queda más que el escritor.

Pero el escritor es todavía formidable, por la pujanza en el trabajo, el caudal de sus producciones y la verba magnífica que las exorna. Paralelamente a la labor de prensa, que ha llegado a constituir su único medio regular de vida, surgen unos tras otros los libros glorificadores de las hazañas de la guerra, de sus jefes, oficiales y soldados, todos confundidos en el deber supremo y en la actitud espartana de combatir, triunfar o perecer con la bandera desplegada al viento. Ya en el mismo año 1879,—apenas se inmortaliza Prat en la rada de Iquique,—Vicuña Mackenna se consagra a escribir y a los pocos meses da a luz el primero de esos libros impregnados de honda unción patriótica. Es el titulado *Las Dos Esmeraldas*, que dedica «a los bravos marinos de Chile, de contralmirante a paje». Al año siguiente, es *La Campaña de Tarapacá*; luego *La Campaña de Tacna y Arica*; y en el mismo año 81, *La Campaña de Lima*. Crónica, anecdotario, leyenda, biografía e historia, todo se reúne allí en una relación desenfadada, brillante, nerviosa, con arrebatos de oda y de epopeya. Son cinco volúmenes con más de cinco mil páginas. Revueltos con la escoria, hay en ellos muchos granos de oro.

No satisfecho de esta labor titánica, ni de la multitud de artículos biográficos o necrológicos con que hizo resonar el nombre de las víctimas de la contienda, a medida que iban cayendo, todavía en 1884 entrega, en homenaje a ellas también, *El Album de la Gloria de Chile*, artísticamente ilustrado. La guerra del Pacífico es así todo un ciclo, el más vibrante y esforzado tal vez, de su pródiga carrera.

* * *

Concluída aquella jornada, empieza el atardecer de este cerebro potentísimo. Asiste al senado; pero interviene con poca fortuna en los debates. Sus proyectos de colonización en las tierras patagónicas y magallánicas no son acogidos. La reforma constitucional planteada por él mismo en 1883 no prospera; y la planteada por el ejecutivo en 1884 no lo tiene de su parte. Fatigado ya realmente, en este último año decide poner término a su actuación política. En el mes de octubre se

despide de las tareas legislativas, para retirarse al campo «por un tiempo indeterminado», dice; y da cuenta del ejercicio de su mandato a los electores, en una detallada y vívida exposición que titula *Seis Años en el Senado de Chile*. El parlamentario ha obrado con independencia, con brillo y con pasión a veces, pero sus esfuerzos por lo general han carecido de eficacia. Se echan de menos un plan bien meditado, cierta disciplina de partido y hasta un poco de sagacidad.

No mostró en su juventud esas condiciones. Tampoco las adquirió después. Fué siempre el mismo franco rebelde de los tiempos de Montt; personalísimo, sólo en armonía con su propia conciencia, despreocupado del pensamiento de los demás, aun de los amigos de la víspera, sin consideración a su censura ni a su enojo. La actitud que asumió contra las reformas llamadas «teológicas», propuestas por el gobierno de Santa María, así como la observada en el proyecto de reforma constitucional que emanó del mismo gobierno, lo aislaron casi completamente en el senado. El irreconciliable enemigo de la Constitución de 1833, viejo y probado liberal como él se decía,—pero católico sin doblez alguna,—no aceptaba que se vulnerase la situación preeminente que a la Iglesia le reconocía ese código; y buscaba fórmulas de avenimiento para que su subordinación al Estado no menoscabase el influjo social de que ella disfrutaba. Nada consiguió, sin embargo, como tampoco fué tomada en cuenta su oposición a los proyectos de matrimonio y registro civil, que el congreso sancionó como leyes. Tales decepciones parecieron señalarle el retiro absoluto de la política activa.

Escribe incansablemente, eso sí, en la prensa y en el libro, pero ya sus obras denuncian el avance del agotamiento. *La Edad del Oro en Chile*, *El Libro de la Plata* y *El Libro del Cobre*, aunque valiosos arsenales de noticias, carecen del relieve de sus primeras producciones. *La Historia de la Guerra de Chile con España* (1863-1866); *El Tribuno de Caracas*, o sea, la vida del canónigo chileno José Cortés Madariaga; *Juan Fernández*, «historia verdadera de la isla de Robinson Crusoe»; las biografías del mariscal Sucre,—a quien llama *El Washington del Sur*,—y del coronel *Tomás de Figueroa*, lo mismo que otra multitud de páginas correspondientes a estos años, has-

ta 1885, se exhiben como frutos del profesionalismo del escritor que ya cuida poco de la estructura y del estilo, y más parece preocupado de la pirámide de volúmenes que ha de llevar su nombre.

En el aspecto físico también decae. La calva espaciosa ensancha el óvalo de su frente, pero revela una prematura vejez. Las cejas abundantes y el espeso bigote, que le proporcionaban un aire marcial, han blanqueado totalmente. El rostro lleno ha enflaquecido. Los hombros levantados encorvan y empequeñecen su figura. El cuerpo, que fué ágil y flexible, ha perdido en gracia y esbeltez. El luchador no es un vencido, pero una sombra de tristeza parece por momentos cubrir su semblante. Está aún en la edad de la fuerza, como que acaba de pasar la línea de los cincuenta y cuatro años; pero los excesos mentales han comprometido su vigor. Ha vivido demasiado apresuradamente. La lámpara quema ya las últimas reservas de su lumbre.

La enfermedad que lo atenaza progresa día a día. Es el cansancio del espíritu. Se le prescribe el reposo y el campo; pero él acepta el último y rechaza el primero. No puede soltar la pluma de las manos, ni despreocuparse de cuanto pasa a su alrededor. Le llegaba la hora de la serenidad, en su hacienda de Santa Rosa de Colmo, próxima a Quinteros. Sin embargo, no iba a aprovechar esos sitios que mucho amaba, viviendo exclusivamente para sí y los suyos, él que siempre había vivido para todos. Poco se apartaba de su biblioteca. La idealidad de su temperamento lo alentaba al mismo paso que lo consumía. Era una de esas almas cuya felicidad consiste, al decir de Renan, en la consagración a un sueño o a un deber. Para ellas el sacrificio es el medio más seguro de llegar al reposo.

El mismo Renan cuenta de un antiguo y santo buda que alcanzó el *nirvana* de extraña manera. Vió cierta vez a un halcón que perseguía a una avecilla. «Te suplico, dijo el buda al pájaro goloso, que dejes libre a esa bella criatura. Yo te daré su peso de mi carne». Una pequeña balanza descendió inmediatamente del cielo y la ejecución del convenio empezó. La avecilla se instaló cómodamente en uno de los patillos; en el otro, el santo puso una ancha tajada de su carne.

El fiel de la balanza no se movió. Pedazo por pedazo, el cuerpo fué pasando a ella todo entero; la balanza no se movía aún. Cuando el último trozo del cuerpo del santo fué puesto en el platillo, el fiel descendió por fin, la avecilla voló y el buda entró en el *nirvana*. El halcón se había hartado de su carne.

Y ahora, he aquí el significado de este símbolo: la avecilla representa los residuos de belleza y candor que nuestro triste planeta conservará siempre, cualesquiera que sean sus decaimientos. El halcón es la parte infinitamente más fuerte de egoísmo y grosería que constituye el séquito del mundo. El sabio rescata la libertad del bien y la belleza abandonando su carne a los ávidos, quienes mientras la comen lo dejan tranquilo, de igual manera que a todo lo que él ama. La balanza descendida del cielo es la fatalidad. Uno no la dobla ni tampoco la teme; pero, mediante la absoluta abnegación, tirándole su presa, se la deja a un lado y no consigue someterlos. En cuanto al halcón, se mantiene tranquilo desde que la virtud, por sus sacrificios, le proporciona ventajas superiores a las que obtendría por la violencia. Sacando provecho de la virtud, tiene interés en que ella exista; y así, al precio del abandono de la materia que lo envuelve, el sabio logra su único objeto, que es el goce tranquilo del ideal (*c g*).

Tal había llegado a ser, hasta en sus últimos momentos, la vida de Vicuña Mackenna, toda ella entregada a un ideal de verdad, cultura, libertad y justicia, para servir al país y merecer la gloria de su nombre. El 25 de enero de 1886 espiraba repentinamente en la hacienda de Colmo, al lado de su pluma y de sus libros. El halcón de la vulgaridad había concluído por agotar su resistencia orgánica. Para saciarlo, le debió dar sin medida el vigor de la sangre y del espíritu.

* * *

La muerte abrió el juicio sereno de la posteridad, previos los homenajes de rigor. No era posible desconocer su prodi-

giosa facundia mental, ni los merecimientos que la aquilataban; tampoco habían de ponerse en duda sus servicios, ni su incontrastable devoción a la causa pública, la pureza de intenciones que la guiaba y el desprendimiento cívico que la sostenía. La nación lloró sobre su féretro.

Entre los incontables elogios que se le dispensaron, hay uno que bien pudiera tenerse como el más justo y comprensivo, pues expresa en una sola pincelada todo el valor de la personalidad extinguida. Lastarria, el maestro, dijo del discípulo: —«Su obra es inmensa, porque es la de un escritor verdaderamente nacional que por primera vez aparece entre nosotros» (*ch*).—Y eso era, sin duda, por encima de todas las cosas: un escritor de chilenidad inconfundible e insuperable.

Los monumentos y el culto a su memoria se comprenden y se justifican de ese modo. El ha encarnado, durante un largo período, el alma de la raza, con sus inquietudes, sus ansias, sus emociones y sus quebrantos. Ostenta las mejores cualidades de ímpetu y de lucha, a la vez que no pocos de los defectos de pasión y juicio. Pero su obra es efectivamente la más nacional y merece otros honores fuera de los que hasta ahora se le han tributado. Su glorificación no está acabada. El país se la debe; y sobre todo se la debe el pueblo, la muchedumbre, tronco vivo de la nación; la muchedumbre laboriosa y humilde, de cuyas reivindicaciones tantas veces se sintió solidario.

La columna imperecedera en que ha de descansar la gratitud de todos los chilenos debería estar ya construída con la colección de sus *Obras Completas*, editadas por subscripción popular, a base de una clasificación en lo posible metódica, según los tópicos más o menos afines que en ellas se tratan. Raudal desbordado el suyo, llevó la fertilidad a muy diversos campos; pero si en ellos hay alguna maleza, también hay siempre doradas espigas y lozanas flores. Más de una vez se intentó esa edición, en los últimos diez años de su vida y aún con posterioridad; pero el proyecto nunca llegó

a realizarse. Quizás si el tiempo de hacerlo se aproximase (*c i*).

No ya las letras nacionales solamente reclaman ese galardón; también lo impone un deber de justicia al patriota sin tacha que ni un momento se detuvo ante el sacrificio, la insidia o el odio, por servir a sus conciudadanos. Eso se ha hecho ya con los escritores de primera fila que honraron a su misma generación. Lastarria tiene editadas sus obras completas por cuenta del Estado; Amunátegui y Barros Arana tienen así mismo publicadas las suyas en análogas condiciones. Crescente Errázuriz vivió lo bastante para ver sus lucubraciones históricas impresas a satisfacción. De otros, como Bilbao y algunos autores de producción dispersa, se ha recogido y compilado a su vez lo mejor que de ellos se conoce de folletos, diarios y revistas. Sólo falta Vicuña Mackenna, el más fecundo de todos y el más repartido en diferentes géneros. Es posible que por la misma abundancia de sus escritos no se haya logrado editarlo hasta ahora íntegramente; pero esto, si puede ser una excusa, de ningún modo es la justificación de un olvido que ya parecería agravio. Muy semejante en cantidad y en variedad fué la labor de publicista dejada por Sarmiento después de su vertiginosa existencia; y sin embargo, hace ya tiempo que sus compatriotas han dado cima a la reimpresión de su

(*c i*) En 1876 un agente viajero de la casa editora *Abel Pilon y Cia.*, radicada en París, trazó el plan de la publicación completa de las obras de Vicuña Mackenna, en cuarenta volúmenes en cuarto. Como era natural, M. Moliné,—que así se llamaba el agente,—se puso de acuerdo con el autor para ordenar las series en que se clasificaría la gran edición e hizo circular el prospecto de ella en un folleto que tenemos a la vista. Esas series serían cinco, en el orden siguiente: 1.^a *Viajes* (seis volúmenes); 2.^a *Biografía Histórica* (diez volúmenes); 3.^a *Historia Civil* (siete volúmenes); 4.^a *Historia Nacional y Política* (ocho volúmenes); y 5.^a *Obras Varias* (nueve volúmenes, cuyo contenido se detallaba minuciosamente). En este plan se hacía referencia a algunas obras todavía inéditas, pero que el autor no publicó después; y por cierto, las publicadas recibirían retoques de importancia al imprimirse la nueva edición. Todo no pasó de ser un proyecto; porque, de seguro, no reunió el editor la cantidad de suscriptores que hubiese convenido a su negocio; pero es interesante conocer la ordenación dada por Vicuña Mackenna a su ya entonces vastísima producción literaria, que en los diez años siguientes se incrementó de manera considerable, hasta el punto de decirse que sería necesario, para contenerla, más de un centenar de volúmenes. Sin embargo, no creemos que se requiera tanto espacio. Ello dependería de las dimensiones que se diera a las páginas y de otros detalles de impresión que tal vez permitirían reducir a la mitad esa cifra. En todo caso, la labor editora exigiría la consagración de varios años a una junta de recopiladores competentes.

enorme acopio de papeles; porque, a pesar de las incorrecciones y de las bizarrías, aprecian y exaltan en ellos la inconfundible argentinidad. Si nuestro escritor nacional por excelencia no ha merecido todavía ese honor, mengua sólo es de la generación de este siglo, que no se ha empeñado lo suficiente para hacerlo más suyo.

Sus crónicas de viaje llenarían substanciosos volúmenes, incluyendo por cierto las referentes a la guerra franco-prusiana; sus observaciones de las costumbres criollas y sus críticas de arte y de literatura nos regocijarían hoy y siempre, con el aditamiento de algunas sugerencias no desdeñables; sus vistas sobre la economía nacional, en las diversas ramas y en los aspectos político e histórico, todavía podrían proporcionarnos más de una enseñanza provechosa; sus páginas americanas expresan un sentido de confraternidad y una comprensión tan definida de los valores e intereses del continente indolatino, que bien merecen ser releídas y meditadas; sus manifiestos y discursos marcan toda una etapa de nuestras luchas cívicas y esta información no puede parecer redundante; aun sus diarios íntimos, sus memorias de determinados acontecimientos, sus polémicas personalísimas, cuanto satisfizo sus inclinaciones autobiográficas, junto con su correspondencia, tienen el atractivo palpitante de las cosas vividas; sus excursiones exploradoras y sus notas geo-demográficas, unidas a los planes de urbanización y a los informes sobre sus trabajos en la capital, ofrecen ya un innegable valor retrospectivo, como expresiones de su tiempo.

En los asuntos de su predilección, la biografía y la historia, la serie es de una amplitud desconcertante. Cronológicamente, ella empezaría acaso por los temas de las *Relaciones Históricas*, con los rasgos de los conquistadores, para seguir con la sociedad colonial, comprendidas las historias de Santiago y de Valparaíso. Se continuaría con los aspectos de la emancipación y las biografías de muchos de sus próceres, con las publicaciones sobre los Carrera, O'Higgins y San Martín; y luego, con Portales y su época, Montt y su gobierno, la guerra hispano-chilena y la guerra del Pacífico, que culmina en el *Album de la Gloria*. La historia de las islas de *Juan Fernández*,

los estudios sobre la Patagonia y Magallanes, las biografías de los contemporáneos y algunos ensayos diversos de carácter bibliográfico o educacional, integrarían la acumulación de esas hojas dispersas en cerca de cuarenta años de inauditos esfuerzos. Sería, aproximadamente, un medio centenar de volúmenes, a cuál de valor más intrínseco y de lectura más deleitable.

Ocasión hemos de hallar, tal vez propicia, para cumplir este deber de sano patriotismo. Mientras tanto, nos atrevemos a insinuar la idea. Ojalá el ambiente la fecunde. Ese homenaje a Vicuña Mackenna sería el único digno de la porción de gloria a que él siempre aspiró, entregando a su país, toda entera, una vida rica en pensamientos y actos, con absoluta y ejemplar abnegación. Los trastornos del criterio colectivo, que rectifican o alteran los valores, y la acción destructora del tiempo, no prevalecerían contra el pedestal que se labró a sí mismo para irradiar desde su altura las más nobles inspiraciones. Siempre enaltecerá al individuo cuanta ofrenda deponga en aras de la comunidad; pero sólo serán dignos de esa ofrenda quienes le otorguen su reconocimiento.

Santiago, 1931.

